PRINCIPAL NOIR

LA CHICA CULPABLE



PATRICIA GIBNEY

UN CASO DE LA INSPECTORA LOTTIE PARKER

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



La chica culpable

Patricia Gibney

Libro 11 de la inspectora Lottie Parker

Traducción de Luz Achával para Principal Noir

Contenido

Portada
Página de créditos
Sobre este libro
Dedicatoria

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83

Carta de la autora
Agradecimientos
Sobre la autora

Página de créditos

La chica culpable

V.1: octubre de 2023
Título original: *The Guilty Girl*

© Patricia Gibney, 2022
© de la traducción, Luz Achával Barral, 2023
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2023
Todos los derechos reservados.
Publicado mediante acuerdo con Rights People, Londres.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Imagen de cubierta: Marijs Jan | ViChizh | Shutterstock
Corrección: Lola Ortiz

Publicado por Principal de los Libros
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, despacho 10
08013, Barcelona
info@principaldeloslibros.com
www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-18216-71-8
THEMA: FFP
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

La chica culpable

Un trepidante caso que pondrá a prueba las habilidades de la inspectora Parker

Lucy es una joven de diecisiete años y, aprovechando que sus padres están de viaje, celebra una fiesta multitudinaria en su casa. A la mañana siguiente, la mujer de la limpieza acude a primera hora y descubre el cuerpo de Lucy.

La inspectora Lottie Parker llega a la escena y debe abrirse paso entre los cristales rotos y las salpicaduras de sangre. Pronto descubre que, horas antes de su muerte, Lucy había revelado un terrible secreto sobre Hannah, una compañera de instituto con la que no se llevaba bien. Y cuando Lottie encuentra una toalla manchada de sangre escondida en la mochila de Hannah, no tiene más remedio que detener a la tímida y asustada joven. Pero pronto otro adolescente que también había asistido a la fiesta aparece muerto, y entonces Lottie descubre que su propio hijo, Sean, también estuvo allí. ¿Es inocente, culpable o, peor aún, la próxima víctima?

«Con más de dos millones de ejemplares vendidos, Gibney es uno de los mayores fenómenos literarios del año.»
The Times

El nuevo fenómeno del *thriller* internacional
Más de dos millones de ejemplares vendidos
Best seller* del *Wall Street Journal* y del *USA Today

Para Jo Kelly y Antoinette Hegarty

Prólogo

Cada vez que un puñetazo caía sobre la piel de él, ella se encogía y trataba de no mirar. Pero no podía evitar espiar entre los dedos. Gruesas líneas rojas dejaban constancia de la paliza que estaba recibiendo. Parecía especialmente violenta, y ella no estaba segura de poder aguantarlo mucho más.

No era una pelea callejera. Era un combate de boxeo, con sus reglas, tiempos, técnicos y su entrenador; sin embargo, era brutal. Si así eran los entrenamientos, ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar en un combate real en el que se jugara el título de campeón?

Rodeó despacio el perímetro del elevado *ring*. Fijó los ojos en el suelo y, en lugar de mirar, escuchó. El sonido del juego de pies podría haber rivalizado con cualquier coreografía de *Riverdance*. El sudor flotaba en el aire como una suave neblina matutina. Bufidos y jadeos creaban un idioma sin palabras, como si los contrincantes estuvieran enfrascados en una conversación silenciosa. Y luego estaban los golpes y puñetazos intermitentes. Los gemidos y el sonido de pies resbalando, intentando no caer, tratando de evitar golpearse contra el suelo porque si lo hacían, quizá ya no volverían a levantarse. Era fundamental no caer o empezaría la cuenta. Eso sería desastroso. Lo sabía.

Aunque ella era joven, sentía como si llevara toda la vida alrededor de aquel deporte, aunque nunca había entendido qué atractivo tenía. Pero si a él le hacía feliz, no se lo discutiría.

Al llegar al fondo de la sala, se dejó caer con pesadez en un banco y esperó, echando alguna que otra mirada a los boxeadores en el *ring*.

Hacían piruetas, se tambaleaban, se agachaban y se lanzaban sin que ninguno de los dos se rindiera o se diera por vencido. Uno estaba destinado a morir en cuestión de semanas, pero ella, mientras esperaba, todavía no lo sabía. Ignoraba que sus acciones ya habían puesto en marcha los trágicos eventos y que aún le quedaba un inocente error por cometer, un error que acabaría en muerte.

Tal vez, si hubiera estado más atenta a los peligros del pequeño rincón del mundo en el que vivía, habría podido detener la serie de acontecimientos que estaban a punto de desencadenarse. Pero no estaba al tanto de ellos, así que no podría cambiar el destino.

El precario equilibrio que sostenía el mazo de cartas se quebraría y, al desmoronarse, pocas podrían escapar de los efectos colaterales, y mucho menos ella.

Así que siguió allí, sentada, ajena a todo, observando y esperando.

Capítulo 1

Faltaba poco para las cuatro de la madrugada y Sean Parker no había dormido nada. Quizá era la sidra caliente que había bebido en la fiesta. Las dudas le asaltaron la cabeza, no recordaba haber traído de vuelta a casa su nueva chaqueta de cuero. ¿Era ese el motivo por el que no conseguía dormir?

Dio un par de vueltas por el dormitorio buscándola; la ansiedad se apoderó de su estómago cuando se puso de rodillas y miró bajo la cama. Un par de calcetines sucios enrollados y una zapatilla. También polvo. Nada más. Recorrió la habitación con la mirada. Sobre su silla de *gamer* estaba el mando nuevo y la segunda zapatilla. El escritorio estaba abarrotado, pero la chaqueta no estaba allí.

Tendría que volver.

Después de ponerse unos vaqueros y una sudadera limpia, se calzó las zapatillas en los pies desnudos y bajó deprisa las escaleras. En la cocina se sirvió un vaso de agua fría y se quedó frente a la ventana observando la oscuridad del exterior. La chaqueta había sido un regalo de su madre, «uno bien caro, así que no vuelvas a casa sin ella», le recordaba a menudo. Pero ahora había vuelto sin ella. Ni siquiera había pensado en la chaqueta durante la fiesta, por el calor que había hecho.

No salía a menudo y para una vez que lo hacía, había perdido la chaqueta. No, perdido no, se la había olvidado. Tenía que estar en casa de Lucy.

Le esperaba una caminata de más de un kilómetro y medio por la carretera rural, una vez recorrido el camino que llegaba a su casa. La casa que, por ahora, llamaban hogar. Al parecer, Farranstown House había sido propiedad de la familia de su madre desde hacía décadas y, ahora, ellos básicamente se encargaban de cuidar el viejo edificio lleno de corrientes de aire hasta que el tío Leo tomara una decisión sobre este. Si su madre montaba en cólera por lo de la chaqueta, Sean la podría amenazar con irse a vivir con Leo a Nueva York. Eso aplacaría su ira.

Encendió la linterna del móvil y se puso en marcha. Quizá Lucy seguía de fiesta, y si no, llamaría a la puerta hasta echarla abajo. Prefería mil veces enfrentarse a Lucy cabreada que a su madre furiosa.

Las luces de un coche aparecieron sobre la cresta de una estrecha colina y Sean se apartó a la cuneta para evitar que lo atropellara. El conductor iba tan rápido que ni siquiera lo había visto. Sean se quedó mirando las luces rojas traseras mientras el coche desaparecía. Creyó reconocerlo. Un Fiat pequeño. ¿No había llegado un chico a la fiesta en él? El mismo chico que había estado

sirviendo el alcohol. Quizá la fiesta acababa de terminar y la puerta aún estaría abierta, ni siquiera tendría que molestar a Lucy. ¡Sí!

Siguió caminando y pensó en cómo la distancia parecía mucho mayor en la oscuridad. Tenía que subir la colina, bajarla, caminar unos cientos de metros y llegaría. Escuchó el suave zumbido de unas ruedas y vio que una bicicleta con una luz débil se acercaba. Solo era un crío, nadie que él conociera.

—¿Y tú qué miras? —le gritó el niño al pasar y desapareció de su vista antes de que Sean pudiera replicarle.

Al fin vio la luz que se derramaba de la casa de Lucy McAllister. Pese a que la casa estaba tan iluminada como un árbol de Navidad, todo estaba en silencio. La fiesta había terminado.

Subió con esfuerzo por el camino de grava, pateando guijarros mientras decidía cuál era la mejor manera de abordar la situación. No quería quedar como un crío diciéndole a Lucy que se había olvidado su chaqueta de cuero buena y que su madre iba a matarlo. Tenía que pensar en una mentira apropiada.

La puerta principal estaba abierta y la luz del interior destacaba en la oscuridad. Pronto el cielo reluciría con los tonos rosados del amanecer, pero aún faltaban unas cuantas horas. Sopesó qué hacer. Entraría corriendo, encontraría la chaqueta y se marcharía antes de que nadie lo viera. Era el mejor plan. Animado por su decisión, se adentró en la casa.

Se detuvo y observó los restos de la fiesta que cubrían la alfombra. Aquel no era su problema, sin embargo, tampoco veía ningún abrigo en el recibidor. Echó un vistazo rápido en la cocina al final del pasillo. Vasos y botellas se amontonaban sobre las encimeras de mármol. Ni rastro de su chaqueta. Retrocedió y entró en el salón.

Boquiabierto, contempló la escena. Pese a haber visto el desorden de la cocina, no estaba preparado para la destrucción del salón. Las puertas del patio colgaban abiertas, una de ellas tenía el cristal roto. Sillas volcadas y…

Unos escalofríos sacudieron su cuerpo y fue incapaz de detener los espasmos. Era como si todo su esqueleto quisiera liberarse de la barrera de músculo y carne. Frente a él, la pared y el suelo estaban salpicados de sangre. ¿Qué demonios había ocurrido allí?

Un sonido que provenía del piso de arriba rompió el silencio mortal. Sean apartó los ojos de la sangre y levantó la vista al techo. Unos pasos descendían por las escaleras. ¿Era la persona herida o la causante de la sangre derramada? Se puso en movimiento y huyó por la puerta, la más cercana a donde había estado pinchando el DJ. Se movió tan deprisa que casi se cayó de cabeza al tropezar con un cable enredado en el suelo.

De regreso a la cocina, escuchó voces amortiguadas en el salón. Alguien dejó escapar un grito. Luego, silencio. Esperó un minuto entero antes de atreverse a mirar. El salón estaba vacío.

Miró las botellas y los vasos desechables desperdigados por la cocina, las bolsas negras de basura llenas a reventar, y se dio cuenta de que allí el suelo también estaba manchado de sangre. ¿Qué había pasado? Quizá debería largarse, pero había heredado el olfato de su madre para los problemas, así que se obligó a cruzar otra puerta y subir por las escaleras de cemento que llevaban del lavadero al piso superior.

Con cuidado de no pisar las manchas de sangre (estaba asustado, pero no era estúpido), se encontró en un descansillo enmoquetado. El olor a sangre era tan fuerte como palpable era el silencio.

Avanzó sin hacer ruido por el descansillo siguiendo el rastro hasta el dormitorio. Las sábanas de la cama estaban revueltas, como si alguien hubiera tirado de ellas, arrastrándolas hacia el suelo. Al otro lado, se encontró cara a cara con el horror que esperaba no ver, aunque inconscientemente sabía que sería terrible.

El cuerpo yacía en el suelo, con los brazos estirados, las piernas cruzadas y la ropa hecha jirones. Tenía muchas heridas, pero la del cuello era sin duda la más perturbadora en medio de aquel mar de sangre.

Se le revolvió el estómago. Una arcada le subió por la garganta. Se cubrió la boca con la mano y sacudió la cabeza sin poder creerlo, como si ese gesto pudiera librarlo de la visión del cuerpo roto en el suelo. Aquello no podía estar pasando. Retrocedió hasta salir de la habitación antes de darse cuenta de que tal vez debería comprobar si seguía con vida.

Se preparó inspirando con profundidad fuera de la habitación antes de volver a entrar y, aunque era consciente de que las zapatillas podían dejar huellas sobre la suave moqueta si no iba con cuidado, tenía que saber si necesitaba una ambulancia. Le invadió una arcada mientras apoyaba vacilante los dedos sobre la muñeca, buscando el pulso, sabiendo que no lo encontraría, pero esperanzado a la vez.

No había pulso. No había esperanza.

El miedo le atenazó el corazón y se le erizó el vello de la piel. Aquello no era un juego de la PlayStation. Estaba delante de sus ojos y no había nada que pudiera hacer. No había forma de reiniciar la partida. Ninguna opción de volver a empezar. Ninguna vida extra. Aquello era la realidad.

Recordó las voces que había oído hacía unos minutos. ¿Y si los asesinos seguían aquí?

No pensaba quedarse para averiguarlo. Tomó una decisión, acertada o no (probablemente no), y salió de nuevo al rellano. Se dio la vuelta y bajó corriendo las escaleras. Antes de marcharse, echó un vistazo al salón profanado, como si esperara ver aparecer de repente su chaqueta. Pero no la vio. Un saco de dormir y unos cuantos cojines era todo lo que había alrededor del sofá. No podía volver a entrar allí. El terror era demasiado real.

Huyó por la puerta principal. Podía llamar a la policía de forma anónima, ¿verdad? Pero primero tenía que alejarse, antes de que el asesino viniera a por él.

Capítulo 2

Nueve horas antes

Esa noche, la noche fatídica, Jake Flood, de quince años, estaba convencido de que iba a superar todas sus dificultades y convertirse en alguien, en alguien importante. Alguien a quien tener en cuenta. Un héroe. Sí, quería ser el héroe de todos, pero, sobre todo, quería ganar dinero.

Lo primero en su lista era convertirse en campeón olímpico. Se veía sobre un podio, con una reluciente medalla de oro al cuello y, tras él, la bandera irlandesa ondeando por la brisa. Todos decían que se le daba bien correr, y él sabía que tenía resistencia. Sin ir más lejos, la semana pasada había escapado corriendo de la policía, ¡y eso que ellos iban en bici! Qué divertido había sido aquello. Nada podía evitar que Jake Flood se convirtiera en cualquier cosa que quisiera ser. ¡Era el mejor! O eso pensaba.

Se levantó la camiseta negra, la que había pertenecido a su padre, esa con la foto de los Blizzards que estaba agrietada de tanto usarla, esa misma, y se echó desodorante en los sobacos. Se asombró de los resultados que estaba consiguiendo en los abdominales. Para Jake, las noches en el gimnasio no eran en vano. Los campeonatos de boxeo de Leinster eran la semana que viene, y, aunque le daban igual, no quería cabrear a su entrenador, Barney. Barney lo había animado a entrar en la competición de pesos ligeros para menores de dieciséis años. Jake sabía que no le costaría ganar; cuando se proponía algo, podía hacer lo que fuera. La pregunta era: ¿iba a tomarse la molestia? Quizá una vez, pero no más. Cierto, quería ser boxeador olímpico, pero también quería ganar dinero.

Se metió la camiseta por dentro de los vaqueros negros desteñidos con las rodillas rotas (había utilizado un cuchillo de cocina para cortarlos, aunque este estaba desafilado que te cagas) y decidió que prefería dejarla caer sobre el cinturón. Unas Converse negras con cordones de un blanco impecable completaban su *outfit.* Aquel era el *look* al que aspiraba: es decir, el de tío guay, como la peña de YouTube. La peña que ganaba un montón de pasta.

Se pasó la mano por el pelo negro y alisó algunos mechones sueltos alrededor de la oreja izquierda que se le habían escapado al echarse la gomina. También se había afeitado el pelo sobre la oreja derecha. Allí, frente al espejo, se lanzó un guiño con uno de los ojos verdes.—Listo para petarlo.

—Jake, pareces un gótico —dijo una voz desde la puerta.

—Pírate, Shaz. —Sacudió la cabeza despacio. ¿Por qué tenía que romper el hechizo que había conjurado para sí mismo? Sharon era la realidad de la que constantemente trataba de escapar. Reprimió el impulso de decirle a su hermana de diez años, la persona más molesta del mundo, que cerrara la boca y se largara, porque la verdad es que no podía verla llorar.

Con un suspiro, dio la espalda al espejo y la pilló colgada y columpiándose del picaporte.

—Vas a romperlo, Shaz.

—No es verdad.

—Te digo que sí.

—Me da igual. ¿A dónde vas?

—Por ahí.

—¿Puedo ir contigo?

—Por el amor de Dios, enana, deberías estar en la cama.

—Bah. —Sharon puso los ojos en blanco, como le había visto hacer miles de veces a él, y se tiró de las perneras del pijama de Disney demasiado corto que le habían regalado la Navidad pasada. Había crecido como mínimo quince centímetros desde entonces. Su hermanita crecía demasiado deprisa, y eso le daba miedo.

—Jake, sabes que a mamá le va a dar un patatús si no estás en casa cuando vuelva.

Se suponía que tenía que hacer de canguro. ¿Cómo iba a convertirse en alguien con Shaz y mamá reteniéndolo? «Basta». Nada de aquello era culpa de Shaz. Realmente, debería quedarse en casa, pero no podía perderse la aventura de esa noche. Era el momento de ser amable con la persona más irritante del mundo.

—Tengo una idea, Shaz, te traeré una bolsa de patatas fritas, pero con la condición de que te vayas a la cama y te quedes ahí. No puedes decirle a mamá que he salido. ¿Lo prometes?

Con un mechón de pelo negro en la boca, lo miró entrecerrando los ojos.

—Quizá no se lo diga si también me traes unos *nuggets* de pollo.

—Hecho.

—¡Sí! —Se acercó corriendo y lo abrazó antes de salir por la puerta y meterse en su habitación.

En la cocina, Jake vio sobre la mesa la llave del viejo Fiat Punto de su madre. Aquella tarde había ido caminando al trabajo, quejándose de que no podía gastar dinero en aparcamiento.

El chico alargó la mano y se detuvo.

«No, Jake, no lo hagas».

Pero ¿por qué no?

Se imaginó la cara de asombro de sus amigos si aparecía en el cochecito azul. No importaba que fuera una cafetera, todavía andaba.

Se mordió el labio y echó un vistazo sobre su espalda. Shaz estaba en su cuarto. Devolvería el coche antes de que su madre volviera a casa. Nadie lo sabría, ¡y sería muy emocionante ir motorizado!

—No le abras la puerta a nadie, Shaz. Hasta luego.

Cogió la llave y cerró el puño a su alrededor. Aquella noche sería el rey de su mundo. El hecho de que solo hubiera conducido el coche una vez, junto al lago, cuando su madre se lo

había prestado, no lo perturbaba. Aprendía rápido. Aun así, esperaba ser capaz de recordar qué pedales pisar.

—No te olvides de los *nuggets* —le llegó el grito de Sharon amortiguado por la puerta.

—No me olvidaré —gritó el chico y cerró de un portazo al salir.

Capítulo 3

Las había pasado canutas para engancharse la última extensión en el pelo, pero Hannah Byrne quería añadirle un toque extra de volumen. No necesitaba longitud, ya que su melena rubia le acariciaba la curva de la espalda, justo por encima del cinturón de su ajustada minifalda negra.

Lucy daba una fiesta para celebrar el final de los exámenes, y Hannah sabía que tenía suerte de que la hubiera invitado. Las fiestas de Lucy McAllister eran legendarias en Ragmullin. Conseguir una invitación significaba que eras *alguien.* Eso preocupaba a Hannah, puesto que sentía que no era nadie.

Había llegado a casa de Lucy muy emocionada y hecha un flan. Lucy la había recibido con un abrazo, aunque sin rozarse las mejillas. Hannah sintió una oleada de felicidad al instante. Estaba siendo aceptada en un mundo nuevo.

Ivy, la mejor amiga de Lucy, había imitado el abrazo.

—Puaj, ¿qué perfume llevas? —Hizo un sonido de asco.

—Es el de mi madre. Una botellita blanca, no sé cómo se llama. —Era barato, y Hannah sintió que se le encogía el estómago cuando le recordaron lo mal que olía. Miró a Lucy, que le devolvió una sonrisa dulce.

—Probablemente, Anaïs no sé qué —dijo.

—Es superantiguo. —Ivy se enroscó un mechón de pelo negro en el dedo.

—Estamos en el piso de arriba —dijo Lucy, echándose el largo cabello oscuro sobre el hombro mientras guiaba la marcha—. No te preocupes por no llevar la ropa adecuada para la fiesta. Puedo dejarte algo.

—No hace falta, he traído algo para cambiarme —dijo Hannah mirando sus vaqueros mugrientos y la camiseta vieja. Hasta sus zapatillas eran un asco.

—Si lo que has traído se parece al perfume, cariño, vas a tener que ponerte algo mío. Venga, puedes cambiarte en una de las habitaciones de invitados.

Mientras Hannah se desvestía, Lucy e Ivy entraron de golpe.

Ivy arrugó la nariz.

—¿No llevas la ropa interior conjuntada? Qué cutre. ¿Tienes un sostén que le quede bien, Lucy?

—¿Estás loca? No pienso dejar que esa tabla de planchar se acerque a mis sujetadores —resopló Lucy a la vez que reprimía una carcajada.

—No hace falta. —Hannah estaba a punto de llorar—. Nadie me va a ver la ropa interior. —¿Cómo podían ser tan crueles?

—Si tú lo dices —comentó Lucy y le pasó una falda y una camiseta—. Puedes quedártelas, no las quiero. Se me han quedado pequeñas, pero puedes embutirte en ellas. Seguro que la camiseta acaba entrando. —Dicho eso, Ivy y ella se echaron a reír y salieron corriendo de la habitación.

Hannah se quedó mirando con tristeza su reflejo en el espejo de cuerpo entero, trataba de no preguntarse por qué Lucy estaba siendo tan cruel con ella después de haberla invitado. ¿Era ese su propósito? ¿No era demasiado tarde ya para una amistad, ahora que todos irían a diferentes universidades en otoño? Pese a sentirse humillada, era demasiado blanda; así que juró no dejar que el comportamiento de Lucy e Ivy le aguara el entusiasmo por la fiesta. No por ahora, al menos.

Se había desnudado para probarse la ropa de Lucy y habría jurado que había alguien riéndose en el pasillo. Se volvió, en bragas, con los brazos cruzados sobre su desnudez y vio que la puerta estaba entreabierta. Cogió su camiseta con rapidez y, sujetándosela contra el pecho, se acercó sigilosamente y miró hacia fuera, justo cuando la puerta del dormitorio de Lucy se cerraba de golpe y las risitas aumentaban hasta convertirse en estrepitosas carcajadas.

«No puedo llorar», se advirtió a sí misma. Había tardado siglos en maquillarse, así que se tragó las lágrimas y se vistió.

Giró sobre sí misma para asegurarse de que la minifalda le cubriera las bragas. Tal vez Lucy le había dado ropa demasiado pequeña a propósito. Esperaba que no, pero tenía la sensación de que las otras chicas se reían a su costa.

Se acomodó sus tetas planas en la camiseta negra con cuello *halter*, adornada con una hilera de lentejuelas brillantes en el dobladillo, y tuvo que admitir que era demasiado ajustada. ¡Debía de ser de cuando Lucy tenía diez años! Pese a todo, la minifalda hacía resaltar su punto fuerte: sus piernas. Las piernas que la convertían en la atleta más rápida del instituto.

Resultaba extraño prepararse en casa de Lucy, pero era la única forma de poder llevar tanto maquillaje y de poder vestirse tan ligera. Si su madre la viera, le daría un patatús. «No cometas los mismos errores que yo», le diría, y Hannah haría una mueca al escuchar la puya en las palabras que no había dicho. Lo que en realidad quería decir era «no te quedes preñada a los diecisiete, como yo». Eso hacía que Hannah se sintiera aún menos deseada de lo que ya se sentía.

Notó una presión en el pecho. Las notas. Los exámenes habían sido difíciles, pero esperaba haber conseguido suficientes puntos para la carrera que había escogido, ciencias del deporte. La ambición la motivaba, no quería pasar ni un solo día más de lo necesario en el piso de una habitación que compartía con su madre y su hermano pequeño. Iba a escapar de Ragmullin.

Una pizca de inquietud la hizo detenerse. Oyó más risitas provenientes de la habitación contigua. Las otras chicas bebían con pajita vodka que habían mezclado en botellas de cristal de Coca-Cola. Hannah tenía experiencia de sobra en lidiar con gente que bebía, concretamente con su madre. Quizá esa era la razón por la que ella misma no bebía.

Espantó la sensación de que no la querían allí, se sacudió el pelo y admiró su volumen. Estaba estupendo, ¡así que a la mierda Lucy e Ivy!

Enderezó los hombros y salió del dormitorio emocionada.

Aunque su confianza se estuviera desmoronando, Hannah Byrne estaba decidida a

interpretar su papel.

* * *

Lucy McAllister, de diecisiete años, supo que estaba muy borracha antes de que su pie tocara siquiera el último escalón de las escaleras. Era popular, pero esa noche tenía que estar alerta, ya que iba a ser una fiesta apoteósica. La mejor que había dado jamás. Sus fiestas eran las más comentadas antes y, lo más importante, después de que se hubieran celebrado. Todo el mundo hablaría de esta como poco hasta Navidad. Soltó una risita, pisó el suelo con sus sandalias plateadas de tacón alto y se subió un poco el vestido blanco con brillos para mostrar un muslo esbelto. Sabía cómo hacer una entrada triunfal.

—¡Ja! Has conseguido bajar las escaleras de una pieza, Lucy.

—¡Cormac O'Flaherty! Creía que el zoo estaba cerrado. ¿Quién te ha dejado entrar?

Lucy no había invitado al pelirrojo y pecoso de Cormac. Giró la cabeza hacia la puerta. Noel Glennon, su profesor de Educación Física, estaba allí. Había accedido a vigilar la entrada esa noche, ya que a menudo trabajaba de portero en las discotecas del pueblo. Lucy lo interrogó con la mirada y él se encogió de hombros. Por supuesto que había pensado que Cormac era uno de sus amigos, puesto que no aparentaba más de veinte años.

—La puerta estaba abierta. —Cormac se encogió de hombros y derramó un poco de la bebida que contenía el vaso de plástico en la mano. Una mancha transparente apareció en la moqueta color crema y el chico la limpió con la punta de su zapatilla negra.

—Eres un capullo. Considérate afortunado de que no sea tinto, o me aseguraría de que te arrodillaras para limpiarlo.

No podía asegurarlo, pero le pareció que la llamaba puta entre dientes. Aquello estaba yendo demasiado lejos. Debería decirle que se marchara, pero le gustaba tener a alguien a quien ridiculizar.

—Mira quién habla —dijo apartándose de Cormac, que estaba boquiabierto, mientras sus amigas la seguían como una procesión de vírgenes vestales. Sonrió con malicia. No había vírgenes en su grupo. A menos que contaras a Hannah Byrne, pero nadie contaba a la penosa de Hannah. Pese a ello, Hannah era parte de su brillante plan para aquella noche. ¡La noche de la fiesta inolvidable!

Hizo su gran aparición en el amplio salón al son de los hurras de los chicos y las exclamaciones celosas de las chicas; Lucy se asombró del poder que poseía. Debía de haber ya veinticinco adolescentes allí, dando vueltas, riendo y bebiendo. Y más tarde llegarían más. Cuanta más gente para presenciar su gran demostración, mejor. No importaba si estaban invitados o no. Solo necesitaba hacerlo bien.

—¿No debería haber música? —dijo Hannah.

—Pues claro. Richie acaba de prepararlo todo —dijo Lucy. Miró a Richie Harrison, el DJ que había contratado por recomendación de Noel Glennon. Estaba de pie detrás de su equipo en el rincón opuesto de la habitación. Lucy le hizo un gesto de saludo con la cabeza, lo que obligó al DJ a devolverle la sonrisa mientras ponía a todo volumen un tema viejo de Avicii. La fiesta había empezado.

—Creo que está demasiado fuerte —dijo Hannah.

—Oh, por el amor de Dios. —Lucy puso su expresión más feroz y se volvió hacia la chica —. Si vuelves a quejarte, Hannah Byrne, yo misma te acompañaré a la puerta. —Al ver el dolor en los ojos de Hannah, suspiró—. Es una fiesta, la música tiene que estar alta. Sé una buena chica y sírvete una copa, una bien cargadita. Y trae una para mí también. Después búscate un novio.

Observó a Hannah abrirse camino a codazos a través de la multitud y por un instante sintió envidia de sus piernas largas y esbeltas. Piernas de atleta. ¿Por qué no tenía las pantorrillas gordas y musculosas si era tan buena corredora? Tal vez haberle dado la minifalda ajustada había sido un error, la hacía parecer incluso más alta. Lucy se consoló pensando que el plan de la noche acabaría con la inocencia de su rostro.

—¿Por qué la has invitado? —le gritó Ivy al oído. Su mejor amiga de siempre.

Lucy se encogió de hombros. Ivy no estaba al tanto de todo, por mucho que creyera que sí.

—Vamos al jardín. Tengo una mesa preparada con copas. Si tenemos suerte, tardará horas en encontrarnos.

Echó hacia atrás su reluciente melena color ébano y cruzó la sala contoneándose como Kim Kardashian, luciendo ante sus invitados su sonrisa perfecta de cinco mil euros. Todo era tan emocionante, pensó, mareada por todo el vodka puro que ya había tomado.

Aquella sería la noche de su vida.

Capítulo 4

Una burbuja de rabia subió por el estómago de Hannah, creció hacia arriba y se acomodó en su pecho como un remolino. No era estúpida, sabía que la estaban menospreciando, excluyendo y riéndose a su costa. En ese breve intercambio, Lucy había mostrado un desprecio absoluto hacia ella. Era evidente que no la querían allí.

Reprimió el dolor y se abrió paso como pudo hasta la mesa donde un chaval con cara de aburrimiento y vestido con una camiseta negra desteñida servía el alcohol. Le tendió una botella de sidra. Parecía demasiado joven para tener edad de beber, menos aún de servir alcohol.

Hannah negó con la cabeza.

—¿Me pones una Coca-Cola?

—¿Qué has dicho? —El chico se acercó y Hannah notó el olor a desodorante barato de la tienda de todo a una libra. Era falso, tan repugnante como su propio perfume.

Le ofreció una sonrisa al darse cuenta de que estaba tan fuera de lugar entre esa gente como ella.

Un poco más alto, dijo:

—Una Coca-Cola o un agua, por favor.

El chico sonrió. Era mono, a pesar de tener los incisivos montados y llevar demasiada gomina en el pelo negro. Apenas le llegaba al hombro.

—Solo hay alcohol. Ni siquiera hay tónica para la ginebra. Supongo que Lucy quiere que todo el mundo pille un coma etílico.

—Quiere que todos digan que esta ha sido la mejor fiesta del mundo, y ni siquiera es una suposición, es la verdad.

—No creo que la gente vaya a recordar gran cosa.

Había algo en los ojos del chico. Algo hipnótico, concluyó Hannah. En aquel momento, se sentía sola y a la vez no.

—¿Cómo te llamas?

—No importa. Solo estoy aquí para repartir las bebidas y las *pastis.*

—¿El qué? —Le costaba entenderlo con la música tan alta.

—Qué pringada —dijo él y metió la mano en el bolsillo. Le mostró la parte superior de una bolsa de plástico que estaba repleta de pastillas.

—¡Oh! —Hannah retrocedió.

—Vuelve más tarde si quieres una. —El chico guardó la bolsa de nuevo y se volvió para darle una botella de sidra al siguiente de la fila.

Hannah se alegró de que no le hubiera insistido porque estaba lo suficientemente malhumorada como para tomarse una. Se apartó y se apoyó contra la pared, se preguntó si podría marcharse ahora sin que nadie se diera cuenta. Coger la mochila del piso de arriba y pedir un taxi. Podría desaparecer en la noche y rezar para no volver a ver a Lucy McAllister jamás. La chica era una falsa. ¿Por qué había confiado en ella? Ahora se alegraba de haber acabado el instituto y de que le esperara la universidad. Si obtenía la nota suficiente, iría al Instituto de Tecnología de Athlone. Por supuesto, Lucy había escogido Trinity. «Solo la flor y nata consigue entrar a Trinity», le encantaba recordarle a todo el mundo cuando tenía la oportunidad.

¿En qué estaba pensando Hannah yendo a su fiesta?

Mala idea.

* * *

Cormac O'Flaherty todavía se sentía dolido por los insultos que Lucy le había lanzado. Necesitaba hablar con ella. La encontró fuera con su grupito, junto a una silla de huevo colgante y una gran mesa de mimbre repleta de botellas. El jardín estaba rodeado de farolillos con velitas, que acentuaban el ambiente festivo.

—Cormac, eres como una sanguijuela —dijo Lucy—. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Él le dedicó una sonrisa torcida.

—Solo tú, Lucy.

Sus amigas rieron y dieron unos sorbos a sus cervezas *light.*

—Esta te la voy a regalar, Cormac: no me gustan las sanguijuelas —escupió Lucy en la calurosa noche—. Son viscosas, se te pegan a la piel y te chupan la sangre. Así que hazme un favor y vete a tomar por culo. Que le cortes el césped a mi padre no te da derecho a estar aquí. ¿Me oyes? No te quiero aquí.

Cormac retrocedió ante las palabras de Lucy y se rascó el supurante acné de la frente. Lucy no lo había tratado así la última vez que habían hablado, así que ¿por qué era tan capulla ahora? Probablemente, porque tenía público.

Observó cómo la chica se volvía hacia el aquelarre que se apiñaba a su alrededor, mientras sus hombros se sacudían por la risa. Apretó los puños con tanta fuerza que rompió el vaso de plástico y pensó en cuánto le gustaría golpearla.

Al regresar al interior de la casa vio a una de las amigas de Lucy apoyada contra la pared. Era diferente al grupo. La había visto bajar las escaleras detrás de Lucy, pero nunca habría adivinado que Hannah Byrne era una *grupi.* Aunque, ¿qué sabía él?

—Eres Hannah Byrne, ¿verdad? —Todavía cabreado por el ataque de Lucy, se apoyó contra la pared junto a ella.

—Diría que nunca hemos hablado, Cormac —contestó la chica—, así que ¿cómo sabes mi nombre?

Cormac tuvo que acercarse para hablar por encima del ruido disfrazado de música. La chica no se apartó de él. Le gustaba su olor, suave y aromático.

—Conozco a mucha gente —dijo—. Tú también sabes cómo me llamo. ¿A qué se debe?

—Lucy te gritó en el recibidor, pero ya sabía quién eras. No tu nombre, solo de vista.

—¿Y dónde me has visto?

—Te encargas del jardín del instituto. También te he visto paseando por la ciudad.

Cormac sintió que se le encendía la cara.

—Ya, mucha gente me dice que me vaya a paseo. Incluida tu amiga Lucy.

—No es realmente mi amiga. Antes le ha faltado poco para decirme lo mismo, así que supongo que estamos en igualdad de condiciones.

—Tal vez podríamos «irnos a paseo» juntos. —Hizo comillas con los dedos y sonrió cuando Hannah se volvió a mirarlo. Dios, era preciosa.

—No creo que sea una buena idea —dijo ella en voz baja y él se acercó aún más.

—Dame una buena razón.

—Porque… me voy a casa. No bebo, y aquí solo hay alcohol y drogas.

—¿Drogas?

—Sí. Ese chaval que reparte las bebidas me ha enseñado una bolsa llena de pastillas.

—Ah, pasa de Jake Flood. Solo tiene quince años y es un capullo. ¿Quieres que llamemos a la poli para que hagan una redada? —Le dio un pequeño codazo y esbozó la que consideraba su mejor sonrisa.

Los suaves labios de Hannah se curvaron hacia arriba e iluminaron su rostro. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—Se me había pasado por la cabeza —rio ella—, pero supongo que sería la primera de la que sospecharía Lucy si llegara la policía. Paso de darle otro motivo para que me odie.

—Supongo que es una razón tan buena como cualquier otra. —Cormac señaló con la cabeza la mesa de las bebidas—. Como te he dicho, conozco a Jake.

—¿Eso es algo bueno o malo?

—No pensaba que fuera a vender drogas.

—Tal vez Lucy quiere que anime la fiesta.

—Oye, escucha, ¿quieres probar una? —le preguntó, e hizo una mueca cuando vio cómo Hannah abría los ojos, horrorizada. «Mierda», se arrepintió.

—Ni de coña —contestó ella.

La chica se apartó y Cormac sintió que el espacio entre ellos se expandía como si un ente físico se hubiera metido entre ellos.

—Lo siento, Hannah. No pretendía ofenderte. —Quería acercarse más, pero decidió cambiar de tema—. ¿Sabes?, también conozco a ese tío de ahí.

—¿El rubio alto y friki?

—Sí. Sean Parker. Su madre es poli.

—¿Poli? ¿En plan poli de verdad?

—Es inspectora. No sabía que a Sean le fuera este rollo.

—¿De qué lo conoces?

—Jugamos a videojuegos *online.*

—¿Qué tipo de juegos?

—Antes al FIFA, pero ahora lo que está de moda es la F1. También se le da bien, podría ser profesional. Hace *streams* en directo, puedes suscribirte en YouTube. Oye, ¿por qué no nos

largamos de aquí y te cuento más? Podríamos pillar un café. Estoy seguro de que la cafetería Bean está abierta hasta tarde los viernes por la noche.

La observó mientras ella ojeaba su teléfono. ¿Miraba la hora o buscaba una manera de escapar?

—Hace unos minutos pensaba en pedir un taxi e irme a casa, pero ahora no creo que sea tan buena idea.

—En otras palabras, no quieres darle a Lucy McAllister la satisfacción de saber que te ha hecho daño.

Hannah sonrió.

—Algo así.

—Pues yo me voy a «paseo» contigo un rato, si te apetece.

—No veo por qué no.

Cormac se acercó más y una amplia sonrisa se iba extendiendo por su rostro. Quizá colarse en la fiesta de Lucy había sido un gran acierto.

Capítulo 5

La verdad es que la fiesta no era del estilo de Sean Parker; sin embargo, algunos de los chicos de su curso habían ido, con la intención de pillarse un pedo y ligarse a una chica. A Sean no le interesaban ninguna de las dos cosas, pero había cumplido diecisiete en abril y ni siquiera lo había celebrado. Cuando había mencionado el tema de la fiesta en casa de Lucy, había notado que su madre tenía la esperanza de que no fuera, por eso no le sorprendería que estuviera aparcada frente a la casa de Lucy esperando a verlo salir o llamar a la puerta a la una de la madrugada y llevárselo a casa.

Se abrió paso entre la multitud hacia la barra improvisada y vio a Cormac ligando con una chica.

—Hola, Sean —dijo Cormac—. No pensaba que te iría este rollo.

—Preferiría estar en mi cuarto jugando a la F1.

—Yo también.

«Gran error», pensó Sean mientras la rubia guapa se apartaba de Cormac.

—Hola, soy Sean. —Se presentó en un intento de salvar la situación.

—Hannah —respondió sin mover la cabeza.

—Encantado.

La chica lo miró y puso los ojos en blanco. Sean sintió que el rubor le subía por las mejillas. Se le daba tan mal como a Cormac, era torpe de remate.

—Os dejo hablando de videojuegos, par de frikis —dijo la chica—. Quiero ver quién más hay por aquí.

Sean no podía apartar los ojos de sus largas piernas mientras ella se abría paso a codazos a través de la multitud que bailaba. Era despampanante.

—Gracias, colega —dijo Cormac.

—¿Por qué?

—Por estropearme la noche. No sabía que vendrías.

—Estoy tratando de ganarle ventaja a mi madre.

—¿Sigue jodiendo como de costumbre?

—Algo así.

—¿Quieres una copa?

—Estoy bien así. —Sean se llevó la botella a los labios y sintió una arcada cuando la sidra le

quemó la garganta—. Qué calor hace aquí.

—¿Qué?

Se estaba inclinando hacia Cormac para repetir sus palabras cuando se fijó en que el chico de la mesa de las bebidas los miraba.

—¿Quién es ese chaval?

—Jake. Hannah cree que es un camello.

Sean dio un paso atrás, chocó con alguien y sintió un chorro de líquido tibio empaparle la camiseta.

—¿Un camello? Eso no mola nada. Me piro antes de que alguien llame a la poli. Si mi madre se entera de que hay drogas en la fiesta, me hará picadillo.

—Espabila, Sean. Tiene que saber que cuando alguien da una fiesta en casa siempre hay drogas.

Sean se sintió avergonzado.

—Dudo que piense que Lucy McAllister es el tipo de chica que tendría drogas en su fiesta.

—Lucy es precisamente ese tipo de chica. Sus padres están en España, así que, si no hay moros en la costa… pues, ya me entiendes.

—¿Cómo sabes eso? —Sean sintió una punzada de pánico. Si su madre descubría que los padres de Lucy no estaban en casa, era hombre muerto. Castigado en su cuarto durante un mes, quizá todo el verano.

Cormac se dio unos golpecitos a un lado de la nariz. Sean bebió un sorbo de sidra tibia y valoró los daños causados en la preciosa casa de los McAllister.

—Mañana habrá mucho que limpiar —dijo. ¿Por qué había dicho eso? Sin duda, había llegado la hora de marcharse.

Cormac rio.

—¿Te imaginas a Lucy recorriendo la casa con la fregona y el cubo? Pagaría por verlo. No se rompería ni una uña por salvarle la vida a alguien, menos aún para levantar una fregona.

—Eso es cierto.

—Esto es un rollo. Guárdame el sitio, quiero ver qué me ofrece Jake.

Sean observó cómo Cormac regateaba con el chico de pelo oscuro detrás de la mesa. Apartó la mirada con rapidez mientras cerraban el trato. Quizá debería echar un vistazo fuera para ver si realmente su madre estaba esperándolo y lo llevaba a casa. El santuario de su habitación con sus cosas de *gamer* resultaba más tentador que una noche aguantando que le tiraran bebidas calientes encima y viendo a sus amigos colocarse.

Antes de que pudiera moverse, Cormac ya estaba de nuevo a su lado con una sonrisa nerviosa.

—Espero que sea de la buena, porque esta fiesta es una mierda.

Sean suspiró. ¿Cuándo iba a poder escaparse?

Más tarde, cuando iba hacia la puerta, vio a Hannah acercándose a él. Puede que fuera guapa, pero realmente necesitaba largarse de ahí. Aunque, por otro lado, ¡era muy guapa!

* * *

Lottie bostezó y cerró los ojos un momento antes de sacudirse para espabilarse. Era casi medianoche y esperaba que Sean se fuera pronto de la fiesta. La música era ensordecedora incluso con las ventanillas del coche cerradas. Los McAllister tenían suerte de no tener vecinos cerca, o las quejas habrían inundado la comisaría.

Dejó que los párpados se le volvieran a cerrar.

Un golpe en la ventanilla la hizo saltar y golpearse la rodilla contra el volante.

—¿Qué demonios? —Se relajó al ver el rostro sonriente de su hijo.

El chico rodeó el coche y se sentó en el asiento del copiloto.

—Sabía que estarías aquí. Gracias, mamá.

—¿No estás enfadado?

—Por una vez, me alegro. Habría sido imposible conseguir un taxi.

Lottie arrancó el motor, encendió las luces y dio marcha atrás hasta la carretera.

—¿Una fiesta aburrida?

—No es mi rollo.

La inspectora se alejó de la ruidosa casa.

—Se han pasado un poco con la música. Parece que hay un montón de gente dentro. Estoy segura de que la señora McAllister no se alegrará demasiado si la casa queda hecha pedazos. Diría que debe de estar dando vueltas limpiándolo todo con un plumero.

—No está en casa. Mierda. —Sean se tapó la boca con la mano.

—¿Qué? ¿Los adultos no están en casa?

—No voy a decir nada. Estoy cansado. ¿Puedes ir más rápido?

—No te habría dejado ir si hubiera sabido que iba a ser un desmadre.

—No pasa nada. Solo hay música y bebidas, gente celebrando que se han acabado los exámenes antes de que todo el mundo se vaya a la universidad. Sé que todavía me falta un año, pero a veces me gusta divertirme un poco, ¿sabes? Quizá deberías probarlo.

Las palabras de Sean le dolieron. Lottie se mordió la lengua para no responder. Sean tenía razón. Era una aburrida y no era capaz de recordar la última vez que se había divertido. Pero en aquel momento de su vida, camino de los cincuenta, imaginaba que era lo que cabía esperar.

—Solo espero que se estén comportando —dijo—, y que nadie salga herido.

—¿Por qué iba alguien a salir herido?

—He visto los resultados de fiestas locas. Créeme, Sean, las cosas pueden irse al traste demasiado rápido. ¿Hay drogas en la fiesta?

Su hijo permaneció callado.

Capítulo 6

Hannah vio a Cormac guardándose las pastillas en el bolsillo. Se acercó de forma apresurada a él.

—Es una hija de puta —dijo apretando los dientes—. Simple y llanamente.

—¿Qué te ha dicho?

La chica tecleó rabiosa en el móvil.

—Ha… No importa. He intentado hablar con ella sobre algo, pero me ha ignorado por completo.

—¿Qué quieres decir?

Hannah se tragó la rabia y dijo:

—¿Has visto al tío que está en la entrada haciendo de portero? Es mi entrenador de atletismo, Noel Glennon. También es el profesor de Educación Física en nuestro colegio. Solo quería saber qué hacía aquí.

—¿Te lo ha dicho?

—No, pero me parece raro y siniestro que un profe esté en una fiesta de adolescentes.

—Supongo que sí. ¿Y no te ha dicho por qué?

—No. A veces Lucy es insoportable.

—Pregúntaselo a él directamente, ya que lo conoces.

—Me da demasiada vergüenza. Debe de tener treinta o incluso cuarenta años. Está mal. Me da mal rollo. Me voy a casa.

—Espera, no te vayas todavía. Tengo un regalo para ti.

Hannah se quedó boquiabierta cuando abrió el puño y le mostró dos pastillas rosas.

—Tienes que relajarte un poco —le dijo—. Diviértete. Tómate una, solo una. No te arrepentirás.

Hannah no parecía convencida.

—Podrían tener matarratas.

—Ah, venga ya —insistió Cormac—. Eso solo pasa en las películas. Hay que vivir.

Hannah miró cómo cogía una de las pastillas y se la tragaba.

—Mira, no me sale espuma por la boca ni se me han saltado los ojos.

—No puedo —dijo ella, dudosa—. Necesito agua o algo.

—Pues ve a buscarla.

Se acercó a Jake.

—Eh, la chica que no bebe —dijo él—. He encontrado una botella de Coca-Cola en la cocina. —Sacó la botella de debajo de la mesa, la abrió y sirvió el refresco en un vaso de plástico.

Hannah lo cogió y volvió junto a Cormac.

—Esta noche es una mierda total.

—Prueba una. Hará que mejore.

¿De verdad iba a hacer eso? ¿Tomar drogas cuando estaba en contra de cualquier cosa que le hiciera perder el control?

—¿Estás seguro de que una no me hará daño?

—Que me caiga muerto aquí mismo. —Esbozó una gran sonrisa y abrió el puño.

Hannah miró la pastilla un momento y la cogió.

—Me la guardo para luego.

—Entonces, ¿te quedas?

—Un rato, quizá.

Se metió la pastilla en el bolsillo secreto de la falda. Vio que tenía una notificación en el móvil, tocó para abrirla y casi se le cayó el vaso de la otra mano.

—La voy a matar. Juro por Dios que voy a matar a esa hija de puta.

* * *

Lucy observaba a Hannah y Cormac al otro lado de las puertas del jardín y una sonrisa se formó despacio en su cara. Miró hacia Jake en el rincón y el chico levantó el pulgar. Richie, el DJ, le sonreía como el gato de Cheshire. Su largo pelo oscuro estaba recogido en un moño a la altura del cuello de su brillante camisa roja. Un collar de bolas de colores colgaba sobre su pecho. Parecía un *hippy* entrado en años, aunque suponía que no tenía más de treinta. Él le lanzó una mirada seductora, luego se lamió el dedo y lo sostuvo en alto. Ella soltó una risita y una sensación cálida le inundó el abdomen.

—Luego —gesticuló y se volvió para mirar a Hannah, que tenía la vista clavada en el móvil. La noche mejoraba por momentos, y estaba a punto de hacer que fuera espectacular. Revisó sus fotos recientes y se preparó para darle a «enviar».

Ivy se le acercó, tambaleándose.

—¿Puedes prestarme el móvil un segundo? Necesito sacarme un selfi. No encuentro el mío.

—Claro. —Lucy dio un sorbo a su bebida y observó cómo Hannah y ese chucho de Cormac se acercaban más.

Lo que estaba haciendo era cruel, pero era la única manera que conocía para llamar la atención.

Alguien tenía que sufrir para que se fijaran en ella.

* * *

El chaval de la bicicleta se apoyó contra un árbol. Había visto a Jake llegar antes en el coche azul y feo. Ahora Jake era el encargado principal de vender las pastillas y, aunque al principio le había costado decidirse, ahora estaba comprometido al cien por cien. A Jake Flood le gustaba el dinero.

¿Qué pensaría Sharon de su hermano mayor si supiera lo que hacía? El chico ahogó una risita con la mano. Todo el mundo suponía que Jake era puro como la nieve recién caída, pero él sabía la verdad.

Se acomodó bajo las ramas cargadas de hojas, donde estaba seguro de que nadie podría verlo. Iba a ser una noche larga. No quería meter la pata y tenía que asegurarse de que Jake tampoco. Ese era su trabajo: observar y pasar el informe. Y se le daba bien.

* * *

Observo a todos; tomo nota de todo a mi alrededor.

Nadie se fija nunca en mí por quien realmente soy cuando estoy transformado. Siempre ha sido así.

Podría encontrarme en medio de una habitación iluminada y nunca se fijarían en mí. Hubo un tiempo en que no me molestaba. Pero ahora, la falta de reconocimiento me resulta un ataque personal. Yo soy la razón de que ellos cumplan sus sueños de juventud. Me considero a mí mismo una urraca.

La urraca es una de las criaturas más inteligentes de la tierra. Dicen que se cuelan en las casas y roban objetos brillantes para forrar sus nidos. Verdad o no, se me da bien robar cosas. Como la inocencia de las jóvenes. La fiesta de esta noche está repleta de carne joven esperando ser violada.

Pero, primero, necesito saber qué está planeando Lucy McAllister.

Capítulo 7

Sharon estuvo dando vueltas en la cama hasta las 03:35 y, entonces, se levantó a buscar algo para beber. Frente a la habitación de su hermano, se fijó en que no salía luz por debajo de la puerta. Jake debía de estar dormido, y se sintió triste porque no le había traído los *nuggets* de pollo ni las patatas fritas.

Avanzó en silencio por el diminuto descansillo hasta el dormitorio principal. La puerta estaba entreabierta. Apretó la nariz contra la rendija en el marco, tratando de ver en la oscuridad. Las cortinas estaban descorridas y la cama sin deshacer. Su madre no había llegado a casa.

En el piso de abajo, la cocina estaba limpia y ordenada. Se sirvió un vaso de leche y se lo bebió junto al fregadero. Olía a algo podrido que provenía del desagüe. Dejó la leche, buscó en la alacena y encontró una botella de desinfectante sin abrir. Echó un buen chorro en el fregadero y aspiró el aroma floral, esperando que no fuera tóxico. Así es como su hermano llamaba a cualquiera que no le cayera bien.

«No hables con él, es tóxico». O a veces decía: «Aléjate corriendo de ella, es tóxica. No quieres tener gente tóxica en tu vida, Shaz».

No creía que su hermano lo supiera (esperaba que así fuera), pero ya había tenido contacto directo con gente muy desagradable. ¿La convertía eso en tóxica? ¿Era algo contagioso?

Se terminó la leche, enjuagó el vaso bajo el grifo y lo dejó en el fregadero. Se sentía un poco grogui por el olor a lavanda que subía del fregadero. Tal vez la ayudaría a dormir o eso esperaba, porque temblaba solo de pensar que su madre todavía no estaba en casa y que quizá la gente tóxica sabía dónde vivía.

Capítulo 8

Sábado

A Sarah Robson le gustaba limpiar casas a primera hora de la mañana, sobre todo en verano. Levantarse temprano significaba que podía disfrutar del aire fresco de la mañana y maravillarse al contemplar la neblina baja que flotaba sobre la ciudad a medida que salía el sol. El buen tiempo aliviaba su depresión.

Levantó la vista al cielo y supo que sería un buen día, aunque el pronóstico meteorológico prometía lluvia en la región central al anochecer.

Salió de casa con la radio del coche sonando a todo trapo con una canción de Niall Horan. Conocía a alguien que le había dado clase en el instituto y una vez había visto a su padre. Ese dato inútil la hizo sonreír mientras conducía.

Después de aparcar frente a la casa de los McAllister, que llevaba el pomposo nombre de Beaumont Court (qué aires de grandeza tenían algunos), sacó su cesta de limpieza y la aspiradora. Siempre llevaba su propia aspiradora a casa de los McAllister, porque la que tenían era una porquería inalámbrica que había que cargar a la media hora de usarla. La suya era una Nilfisk anticuada y un poco maltrecha. La había comprado de segunda mano, pero fueron los cincuenta euros mejor empleados de su vida.

Se enroscó el incómodo tubo en el brazo y se agachó a coger la cesta antes de detenerse. Sintió una corazonada, había algo fuera de lugar.

¿Era el silencio?

Beaumont Court se encontraba a más de dos kilómetros en las afueras de Ragmullin, sin vecinos cerca, y aquella mañana flotaba en el aire neblinoso un silencio sepulcral. Inexplicablemente, sintió que algo no iba bien.

Abandonó su equipo y avanzó hacia la gran puerta principal bajo el pórtico. En el escalón de la entrada encontró una caja llena de botellas de cerveza vacías. Los alféizares estaban repletos de vasos y más botellas también vacías. ¿Había dado Lucy una fiesta aprovechando que sus padres no estaban?

Empujó la pesada puerta de madera y se sorprendió al descubrir que no estaba cerrada;

asomó la cabeza. Las luces seguían encendidas.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? ¿Lucy?

No hubo respuesta, lo cual no era extraño, ya que apenas eran las siete de la mañana. Entró.

¡Madre mía, cómo estaba la alfombra!

Se le cayó el alma a los pies al pensar en lo que le costaría limpiarla. Veía una multitud de manchas y… ¿eso eran trozos de *pizza* pisoteados? De todos modos, ¿a quién se le ocurría poner una alfombra de pelo largo color crema en un recibidor, con pies todo el día pisándola? A veces la gente más rica tenía el cerebro más pobre.

—¿Lucy? ¿Dónde estás? —gritó desde el pie de la escalera, que se alzaba majestuosa en medio del amplio recibidor.

Sacudió la cabeza al ver los vidrios rotos esparcidos a sus pies, cristales hechos añicos reluciendo bajo la luz de la mañana que entraba a su espalda. Al avanzar, reconoció el pie de una copa de vino rota. Esperaba que no fuera el cristal de Waterford que ella se encargaba de limpiar y pulir una vez al mes, y que ahora le fueran a echar la culpa a ella de que estuviera roto. Avanzó hasta la puerta abierta a su derecha y entró en el gigantesco salón.

—Dios santísimo —gritó al ver la destrucción frente a sus ojos.

Lo primero que pensó fue: ¿qué diablos ha pasado aquí? Lo segundo, la cantidad de tiempo que tardaría en limpiar en profundidad y devolver la sala a su estado anterior. Y lo tercero que le vino a la mente se vio eclipsado en un instante, cuando sus ojos se posaron sobre lo que sospechosamente parecía sangre, en la pared del fondo y sobre la moqueta.

Se quedó petrificada donde estaba. ¿Quién había resultado herido? Los McAllister regresaban hoy de sus vacaciones. No obstante, Lucy debía de estar cerca, ¿verdad? El cristal de una de las puertas del patio estaba roto, y echó un vistazo al jardín. Botellas tiradas por todas partes y el césped estaba incluso más profanado.

Abrió la puerta de la cocina y vio las gotas de sangre que conducían a la escalera trasera. ¿Debería marcharse ahora y llamar a la policía o echar un vistazo? Si había alguien herido, tenía que comprobar si necesitaba ayuda. Pero ¿y si alguien había sido atacado y el agresor seguía en la casa?

—Cálmate y ve a mirar —se reprendió, y subió por la escalera de cemento.

Más gotitas rojas.

En el amplio rellano, abarrotado de puertas que conducían en todas las direcciones, siguió el rastro de sangre hacia uno de los dormitorios de invitados. Respiró con profundidad y entró.

La chica yacía en el suelo al otro lado de la cama. Tenía los brazos estirados y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Sarah no podía distinguir de qué color había sido el vestido que llevaba, porque ahora era rojo sangre. Con los ojos clavados en el corte abierto en el cuello, supo que no había nadie a quien salvar. La chica había sido brutalmente asesinada.

Fue entonces cuando, al fin, dejó salir el grito que había tratado de contener con todas sus fuerzas.

Gritó y gritó hasta tener la garganta en carne viva.

* * *

Sean estaba acurrucado en su cama, le dolían los ojos por la falta de sueño. ¿Por qué no había

llamado a los servicios de emergencia cuando había visto el cuerpo? Porque era un cobarde, por eso. Además, no quería que su madre supiera que había vuelto a la casa en mitad de la noche.

Pero sabía por qué su miedo era real. Años atrás, ya había sufrido a manos de un demente. Ese bastardo asesino había matado al novio de su hermana Katie, y ella, entonces, ni siquiera sabía que estaba embarazada de Louis.

Ahora, imágenes de esa época terrible se proyectaban en su cerebro y temblaba de manera incontrolada. No, no podía decírselo a su madre. Aún no. Tenía que asimilar lo que había visto. Esperaba no haber dejado ninguna prueba, aunque sin duda lo había hecho. Pisadas en la alfombra, huellas en el cuerpo al comprobar si tenía pulso. Pruebas que no podían explicarse con el hecho de que hubiera asistido a la fiesta.

Estaba de mierda hasta el cuello.

Necesitaba tiempo para pensar, pero su cerebro estaba plagado con imágenes de la chica muerta y de su propia experiencia traumática en las garras de un asesino desquiciado.

Se abrazó la cabeza con las manos y trató de ahogar el sonido de sus sollozos.

Capítulo 9

El sargento Mark Boyd estaba sentado en una pequeña mesa redonda frente a una cafetería bajo el calor asfixiante de Málaga. Medio resguardado por el toldo del establecimiento, observó al niño frente a él, sentado cómodamente en la sombra. El chico sorbía, haciendo bastante ruido, su batido de chocolate con una pajita. Un pequeño extraño con la boca manchada de leche.

Boyd todavía se estaba acostumbrando al hecho de que tenía un hijo. Después de recibir en abril una carta de su exmujer, Jackie, había querido viajar a España de inmediato para comprobar si decía la verdad sobre el niño. Sus planes se vieron frustrados cuando la comisaria Deborah Farrell le denegó el permiso. Acababan de cerrar una investigación de asesinato y la cantidad de papeleo por poco llegaba a sostener el techo como si fuera un andamio. Al final, se había escapado la primera semana de junio, combinando vacaciones anuales y un permiso no remunerado. Había cargado la tarjeta de crédito con sus ahorros y se había embarcado en un vuelo de Ryanair rumbo a Málaga.

Tenía que regresar a casa el lunes por la noche después de casi un mes fuera. Y seguía mirando fijamente a ese pequeño extraño que era su hijo.

El chico debió de notar sus ojos clavados en él porque levantó la vista velozmente. Dos esferas salpicadas de verde, un calco de los ojos de Boyd. Y por si aquello no fuera prueba suficiente, las orejas del chico se erguían casi en ángulo recto, aún más pronunciadas que las suyas.

Se había hecho la prueba de ADN solo para estar seguro, porque no podía fiarse de su exmujer. ¡No le habría extrañado que hubiera hecho que el niño se operara las orejas! Sonrió para sí. Una idea absurda, pero en lo referente a su ex, todo era posible. Lottie había dicho lo mismo. Dios, cómo la echaba de menos. Echaba de menos las pullas y los comentarios sarcásticos mutuos. Echaba de menos su presencia y punto.

—¿Por qué sonríes? —dijo Sergio.

—Por ti, porque eres un buen chico —respondió Boyd, aunque en realidad lo que habría querido decir es que todavía le resultaba difícil creer que Sergio era su hijo.

El niño levantó la vista al cielo y sorbió ruidosamente con la pajita. El sonido irritante ni siquiera le hizo apretar los dientes, hasta ese punto estaba Boyd cautivado.

—Diría que ya has terminado. Deberíamos volver al apartamento.

—Espera. —Sergio se llevó el vaso a los labios y bebió las últimas gotas de líquido. Luego metió el dedo en el vaso y lo pasó por el borde antes de chupárselo.

Boyd gimió. ¿Cómo iba a conseguir acostumbrarse al comportamiento de su hijo? Su hijo. La palabra aún le resultaba extraña. Lo aterrorizaba. Llevaba consigo el peso de la responsabilidad.

—¿Mamá estará en casa?

Boyd apretó los puños bajo la mesa. Jackie se había marchado en cuanto él había llegado. Lo había dejado con el niño y el número de una vecina, la señora Rodríguez, por si necesitaba que alguien lo cuidara. Jackie estaba bronceada y tan bien conservada como siempre. Le había enseñado dónde había escondido el pasaporte de Sergio, con instrucciones para llevarlo a Irlanda si quería. Boyd se preguntó cuándo se había vuelto tan fría, pero se fue tan rápido que no tuvo tiempo de interrogarla. Supuso que estaría huyendo de algún criminal con el que se había cruzado. Con lágrimas en los ojos, que sorprendieron a Boyd, había abrazado a su hijo.

Boyd dejó sobre la mesa el dinero para pagar la cuenta y se puso en pie.

—Vamos a averiguar qué nos depara este glorioso día soleado, Sergio.

Se preguntó si debería comprar más protector solar. Su pálida piel se había tostado nada más un poco en las últimas semanas, pero dado que estaba en remisión de una leucemia, se cuidaba con esmero de que no le diera demasiado el sol.

Cuando se alejaban de la cafetería, se topó con Albert y Mary McAllister. La pareja había pasado las vacaciones en un piso que habían comprado años atrás. El primer día que se los encontró, se presentaron diciendo que habían visto a Jackie unas cuantas veces. Desde que estaba en Málaga, Boyd había descubierto que había una gran comunidad irlandesa que residía en la Costa del Sol.

Sonrió.

—Creía que ya estaríais en el aeropuerto.

—Unos regalos de última hora. —Albert miró a su mujer y dio unos golpecitos a su riñonera con tristeza—. Aún no doy crédito a lo pequeño que es el mundo. No eres el primero de Ragmullin que encontramos aquí. Ha sido un gusto verte. ¿Cuándo vuelves a casa?

—Pronto —contestó Boyd. No le gustaba divulgar sus planes.

—No te olvides de buscarnos. Podemos ir a tomar una copa. El bar Cafferty es tu local, ¿verdad? No puedo decir que haya ido nunca, pero, como se dice, siempre hay una primera vez para todo. Vamos, Mary, o perderemos el vuelo. —Le dio unas palmaditas a Sergio en la cabeza y se alejó con paso afectado, seguido de su mujer.

—No te cae bien —dijo Sergio.

Boyd tenía que reconocer que el chaval era astuto.

Capítulo 10

Con la mascarilla, el traje y los patucos protectores puestos, la inspectora Parker echó un vistazo al impresionante recibidor. La alfombra de pelo largo color crema estaba manchada, empapada de bebidas derramadas y cubierta de esquirlas de cristal, vasos de papel arrugados y trozos de comida.

—No hay señal de que hayan forzado la entrada —observó el detective Larry Kirby al volver la vista hacia la pesada puerta.

—La mujer de la limpieza dijo que estaba abierta —contestó Lottie con brusquedad. Trasnochar no ayudaba a madrugar—. Anoche vine a recoger a Sean de una fiesta en esta casa. Debía de ser medianoche. Todas las puertas y ventanas estaban abiertas. —Se estremeció al pensar que su hijo había estado en una fiesta que había terminado con un asesinato.

—¿Tu Sean estuvo aquí? —preguntó Kirby—. ¿Anoche?

—¿Hace falta que repitas todo lo que digo? Estoy cansada, me duele la cabeza y todavía no he podido ni oler un café.

Se apartó del detective, pisando con cuidado. El traje forense crujía a cada paso que daba. Recordó el informe que había recibido poco antes. Sarah Robson, la mujer de la limpieza, había sido la primera en llegar al lugar y había llamado a la policía. Los dos oficiales uniformados que respondieron habían actuado con profesionalidad, acordonando el perímetro y montando guardia hasta que llegaron la ambulancia y los forenses. Los agentes le habían tomado declaración a Sarah. Dijo que había llegado sobre las siete de la mañana para limpiar la casa y que se había encontrado con una pesadilla. Los padres estaban de viaje y si la policía quería más información, tendrían que hablar con Ivy Jones, la mejor amiga de la fallecida. Una vez tomaron nota de su confusa declaración y después de que un médico la examinara, la enviaron a casa.

Enfundada en el traje protector, Lottie se acercó a la detective Maria Lynch, que estaba frente a la escalera.

—El cuerpo está arriba —dijo Lynch—, pero quizá quieras echar primero un vistazo al salón. —Señaló la puerta abierta a la derecha de Lottie.

—Gracias.

Lottie caminó pisando sobre las tablas colocadas en el suelo para proteger cualquier prueba que pudieran rescatar. De inmediato, se sintió perturbada por la escena que había dentro del salón. Manchas de sangre en las paredes. Sangre seca en el suelo. Sillas y mesas volcadas por toda la habitación. El cristal de una de las puertas del patio estaba esparcido por el suelo en

miles de pedazos, tanto dentro como fuera. Había comida pisoteada y las esquirlas de vidrio brillaban bajo el sol de la mañana. Además de la comida pegada al césped, vio muebles de mimbre de aspecto caro, una silla volcada, un *jacuzzi,* una silla en forma de huevo sin el cojín y una estructura parecida a una cabaña al final del jardín. Volvió hacia la sala de estar.

—Alguien perdió la cabeza aquí —dijo Kirby.

—Estoy de acuerdo, y necesitamos aclarar la secuencia de los hechos —respondió Lottie, tratando de sonar amable.

—Si el cuerpo está en el piso de arriba, ¿por qué hay sangre aquí?

—Fuera lo que fuera lo que pasó, comenzó aquí antes de pasar al piso de arriba. Pero no he visto sangre en el recibidor.

Un forense apartó la vista de la mesa que estaba empolvando en busca de huellas y dijo:

—Hay una escalera trasera, inspectora. En esa dirección, cruzando la cocina.

Lottie siguió sus indicaciones hasta llegar a una puerta ubicada detrás de donde parecía haber estado montado el equipo de música. Un montón de cables sobresalían de un alargador y algunos aparatos: un altavoz, un tocadiscos y una mesa de mezclas. ¿No faltaba algo? Lo archivó para más tarde.

A su izquierda, otra mesa volcada y más botellas rotas. Un montón de cajas se alineaban contra la pared, y otras estaban repartidas por el suelo.

Cruzó la puerta con algo de dificultad y entró en una cocina abierta a un comedor monstruosamente grande. Algunas gotas de sangre manchaban las baldosas blancas. A pesar del amasijo de botellas, copas y cajas de *pizza* que poblaban las encimeras, no había indicios de destrucción en los muebles ni en los electrodomésticos. La persona herida había huido en esa dirección. Y ¿alguien la había perseguido? No veía huellas en la sangre, pero si las había, quizá los forenses podrían encontrarlas.

Atravesó otra puerta y llegó a unas escaleras de cemento. Cada gota estaba marcada con una tarjeta de plástico numerada. Subió por las escaleras con cuidado para no alterar nada.

Más actividad. Frente al dormitorio, se preparó para la cara de pocos amigos de Jim McGlynn, el jefe del equipo forense, pero se alegró al encontrar en su lugar a Gráinne Nixon arrodillada junto a la cama.

—¿Qué tenemos aquí, Gráinne? —dijo, sintiéndose ya mucho más tranquila. Trabajar con esa mujer era un sueño, nada que ver con el malhumorado de McGlynn.

—Basándome en la sangre del piso de abajo y aquí, hablando en plata, lo describiría como un ataque de locura. —La forense se puso de pie al otro lado de la cama—. Por aquí es aún peor.

Lottie se inclinó hacia delante.

—Espantoso.

No había otra manera de describir la imagen del cuerpo, la ropa destrozada y empapada en sangre, la piel rasgada y ensangrentada, los párpados entreabiertos llenos del horror de todo aquello. Y una herida abierta en el cuello. La cama, el suelo y las paredes alrededor de la víctima estaban cubiertos de enormes salpicaduras de sangre. Los forenses podrían trazar la trayectoria. Los brazos de la chica estaban extendidos y tenía los pies cruzados. La imagen le recordó algo a Lottie. ¿No era esa una pose que usaban a veces los asesinos en serie? ¡No, seguro que no!

—Pobre chica —dijo—. Qué manera más espantosa de malgastar una vida tan joven.

—¿La conoces? —preguntó Gráinne.

—Es Lucy McAllister. Diecisiete años, casi dieciocho. —Las palabras se le atascaron en la garganta.

Gráinne señaló la herida del cuello.

—Deduzco que ese fue el golpe fatal. Hay muchas otras heridas, sobre todo superficiales, pero lo bastante profundas como para suponer una gran pérdida de sangre. Falta un cuchillo de cocina del juego que hay abajo. Podría ser el arma utilizada, pero la patóloga podrá decirte más. —Los ojos azul plateado de Gráinne estaban nublados hoy. Era evidente que el asesinato de alguien tan joven le afectaba; como a todos.

—Hay muchas salpicaduras de sangre en el piso de abajo —dijo Lottie, esforzándose por controlar sus emociones—. ¿A qué podría deberse?

—Todavía no puedo responderte.

—¿Sería posible que el atacante hubiera resultado herido?

—Es posible. Lo sabremos cuando analicemos la sangre.

—¿Algún indicio de violación? —Lottie trató de imaginar el trauma que había sufrido la víctima.

Gráinne se encogió de hombros en un gesto evasivo.

—No hay indicios visibles, pero es posible. El *post mortem* debería decírnoslo. He oído que la patóloga forense está en Dublín.

—Sí, se está preparando para un juicio. Espero que pueda venir.

Levantó la vista cuando Kirby entró haciendo ruido, sin aliento, con el traje protector tirante sobre la barriga. Gotas de sudor y rizos húmedos le enmarcaban la frente, la capucha escondía casi toda su encrespada melena.

—¿Alguien ha conseguido ponerse en contacto con la familia de la víctima? —preguntó Lottie.

—Los padres estaban en España —dijo el detective—. Da la casualidad de que ahora están volviendo. El vuelo acaba de despegar, está previsto que aterrice en Dublín dentro de tres horas. Tienen un piso en Málaga. Es gracioso, si siguieran allí, podríamos haberle pedido a Boyd que les informara.

—No tiene ni pizca de gracia. —Lottie sintió que se le aceleraba el corazón al oír mencionar a Boyd. Echaba de menos tenerlo cerca, en especial a la hora de enfrentarse a una investigación tan seria.

—Asegúrate de que alguien vaya a buscarlos al aeropuerto —dijo—, y que los acompañen a casa.

—¿Qué les decimos?

La inspectora pensó un momento.

—Que alguien ha allanado su casa. Nada más, por ahora. Y mantén a los medios alejados de aquí. No queremos que la familia lo lea en internet cuando enciendan el móvil al llegar.

—Entendido. —Kirby se dio la vuelta y salió a toda prisa, jadeando ruidosamente.

—Gráinne, ¿no sabrás la hora de la muerte?

—Eso tendrá que determinarlo la patóloga. Pero calculo que no debe de llevar muerta más de unas cinco horas, tal vez seis.

—Gracias. Te dejo seguir.

Lottie salió del dormitorio, con el hedor a muerte taponándole la nariz a través de la

mascarilla. En el piso de abajo, habló con Lynch.

—¿Se ha localizado el móvil de la víctima?

—Todavía no. Los forenses están revisando el lugar palmo a palmo, con cuadrícula. Pero tenemos un portátil. Podría ser de la víctima.

—Bien. Cuando vuelvas a comisaría, ponte a investigar las redes sociales de Lucy. Mira a ver si puedes encontrar algo en el portátil. Luego envíaselo a Gary, del equipo técnico. También tenemos que rastrear a todos los que estuvieron anoche en la fiesta.

—Debe de haber sido una noche de chicas que se descontroló.

Lottie tragó con fuerza. Olía la muerte en todas partes.

—Fue una fiesta. Sean estuvo aquí, y lo recogí poco antes de la medianoche. La música estaba a todo volumen, así que debió de ocurrir más tarde. Escucha, Maria, es de vital importancia que hablemos con todos los jóvenes que estuvieron aquí y con cualquiera que pudiera haber estado trabajando en la fiesta. Averigua los nombres de los amigos de Lucy. Colabora con McKeown e interrogad a todo el mundo lo antes posible. Averigua a qué hora trajeron las *pizzas* y habla con el repartidor.

—Me pondré con ello en cuanto pueda escaparme.

A Lottie no le entusiasmaba la tarea de organizar interrogatorios con adolescentes resacosos acompañados de sus padres o tutores, pero tenía que hacerse.

—Cuéntame más sobre la mujer que encontró el cuerpo.

Lynch revisó su libreta.

—Ya la habían acompañado a casa cuando he llegado: Sarah Robson. Trabaja limpiando casas. No sé mucho más de lo que le han sacado los agentes en el primer interrogatorio.

—Necesito hablar con ella.

—Los paramédicos le han recomendado que se tomara un Valium.

—Vale. —Lottie pensaba que a ella también le vendría bien uno—. La interrogaré más tarde. Con suerte, para entonces estará en condiciones de responder a preguntas más detalladas.

—Le pediré a la garda Brennan que localice a Ivy Jones para interrogarla, es la mejor amiga de Lucy.

—Genial, entonces empezaré con ella. Tú ponte con el portátil.

Lynch miró a su alrededor con nerviosismo.

—¿Cuándo llegarán los refuerzos?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Lottie.

Le esperaba un largo día por delante.

Capítulo 11

Ivy Jones fue a la comisaría voluntariamente, acompañada de la garda Martina Brennan. La garda Brennan la recogió en su casa después de la llamada de Lottie. La madre de Ivy, Rita Jones, accedió a que su hija fuera interrogada sin su presencia, diciendo que lo lamentaba, pero que tenía que arbitrar un partido de *camogie* de alevines. Aunque estaba horrorizada por lo que le había pasado a Lucy, era la final del condado y no podía faltar. Su marido estaba trabajando todo el fin de semana, preparando una presentación para una conferencia de trabajo.

La chica temblaba sin parar. La garda Brennan le llevó una taza de té dulce mientras esperaban a que Lottie se acomodara.

Ivy no abrió la boca, solo temblaba.

—La garda Brennan puede traerte un refresco si no te gusta el té —dijo Lottie.

Ivy negó con la cabeza y comenzó a arrancarse el esmalte rosa de sus largas uñas; mantenía la cabeza cuidadosamente gacha, con el pelo recogido a un lado en un moño deshecho. La chica era guapa de una manera sutil y era evidente que se había maquillado mucho la noche anterior. Todavía tenía restos de lápiz de ojos y se le había olvidado limpiarse la base de alrededor de las orejas. Tenía los brazos y la camiseta blanca manchados de bronceador. Llevaba unos vaqueros azules ajustados y zapatillas blancas.

—Sé que esto debe de ser difícil para ti, Ivy, pero necesito que me cuentes todo lo que recuerdes sobre anoche.

—No… no recuerdo gran cosa. Bebí mucho. No se lo diga a mi madre. —La chica temblaba tanto que el pelo se le soltó y le cayó sobre los hombros.

—Tienes que intentar recordar, hazlo por Lucy. Piensa en sus pobres padres. —Lottie juraría que Ivy ahogó una risa, o quizá solo estaba reprimiendo un sollozo. Fuera lo que fuera, puso a Lottie en alerta—. ¿No te caen bien los McAllister?

Se encogió de hombros.

—Son adultos, y no me gusta mucho la gente mayor que yo, incluyendo a mis padres. Lo siento, no debería haber dicho eso. Demasiada información.

«Demasiada información», pensó Lottie. En vez de ahondar en esa relación, decidió que el tiempo era oro. Necesitaba hechos.

—Cuéntame lo que recuerdes.

La chica se encogió de hombros una vez más. Lottie contuvo el impulso de alargar los

brazos y sujetarla para que se quedara quieta.

—Estuvo bien —dijo Ivy—. La fiesta, quiero decir. Vino todo el mundo. Bueno, todos los que le importaban a Lucy. Pero había unos cuantos a los que yo no habría invitado y luego algunos que simplemente se colaron.

—¿Y quiénes son?

—¿Qué importa ahora? Lucy ya no está. Es… era mi mejor amiga. —Los ruidosos sollozos llenaron la sala de interrogatorios mal ventilada.

Lottie le tendió una caja de pañuelos del Lidl y esperó impaciente, golpeando el suelo con el pie y la rodilla contra la parte inferior de la mesa.

—¿Cuánto hace que eres amiga de Lucy?

Ivy clavó los ojos en ella y se sonó la nariz, luego hizo una bola con el pañuelo y lo dejó sobre la mesa antes de coger otro de la caja.

—Desde que teníamos cuatro años. Estuvimos en la misma clase hasta… *hip.*.. hasta la primaria. En secundaria nos apuntamos a las mismas clases. Acabábamos de… *hip.*.. terminar los exámenes para entrar en la universidad y Lucy decidió dar una fiesta para celebrarlo, y… — Otro pañuelo hecho una bola rodó por la mesa.

—Bebe un poco de té —la invitó Lottie.

Ivy sacudió la cabeza.

—Estoy bien.

—¿Quién estaba en la fiesta?

—Todo el mundo. Ya se lo he… *hip.*.. dicho.

Lottie deseó que la chica bebiera un poco para que se le calmara el hipo.

—¿Quién había en la fiesta que según tú no debería haber sido invitado o que se presentó sin estarlo?

—Pasó como con todas las fiestas, ¿sabe? Se corrió la voz. Por Snapchat, los grupos de WhatsApp. La gente viene por el alcohol gratis y… lo deja todo hecho un desastre. Dios, en algún momento el *jacuzzi* se llenó de vómito. Qué asco.

Haciendo un esfuerzo por no imaginárselo, Lottie continuó:

—Me he fijado en que había cajas de *pizza* en la cocina. ¿Cuándo las trajeron?

—No lo sé. Tarde. Tal vez una hora antes de que se terminara la cosa.

—¿Había recibido Lucy alguna amenaza últimamente? ¿Tenía enemigos?

—¿Enemigos? Lucy era la chica más popular del instituto.

Lottie contó hasta cinco mentalmente.

—Ivy, Lucy está muerta y tengo que recopilar toda la información que pueda lo antes posible. Necesitamos los nombres de la gente que estuvo en la fiesta y los de quienes estuvieron y tal vez no deberían haber estado. Cuanto antes podamos interrogarlos, más cerca estaremos del asesino de Lucy.

—Supongo que podría empezar por Hannah Byrne.

—¿Se coló en la fiesta?

—Estaba invitada, pero no tengo ni idea de por qué. Lucy siempre la llamaba el patito feo entre los cisnes bellos, que éramos nosotras. —Ivy sonrió y Lottie se mordió la lengua—. La llamaba la Pequeña Don Nadie, como en los libros de *Señorita.* Anoche, Hannah llegó

temprano. Se cambió en uno de los cuartos de invitados mientras nosotras tomábamos unas copas y nos maquillábamos.

—¿Iba a quedarse a pasar la noche?

—Dios, no. —La cara de Ivy se contorsionó en una mueca de horror—. Lucy nunca habría dejado que se quedara. Aunque, para ser sincera, creo que tal vez le tenía algo de envidia. En realidad, Hannah no es ningún patito feo. Es guapa, pero se comporta como si no lo supiera. Se toma muy en serio el atletismo, pero aparte de eso no sé gran cosa de ella. Oh, excepto que su madre tenía un problema con la bebida.

Lottie había recopilado suficiente información como para convertir a Hannah en una presunta implicada, en especial si Lucy y ella no tenían una buena relación.

—Luego está Cormac O'Flaherty —continuó Ivy.

Lottie anotó el nombre en su libreta bajo el de Hannah Byrne, y dijo:

—¿Estaba invitado?

—Lo dudo.

—Háblame de él.

—Es el jardinero del instituto, es un centro femenino. Y también hace algo para el padre de Lucy. Ella se reía de él. No a sus espaldas, como con Hannah, sino a la cara. A él no parecía importarle, porque siempre volvía a por más. En realidad, creo que estaba colado por ella.

—¿Volvía a por más qué?

—Insultos, supongo. —La chica se encogió de hombros de nuevo. Lottie ya tenía bastante de eso en casa como para hartarse.

—¿Por qué lo insultaba Lucy?

—No me gusta decir cosas negativas sobre mi mejor amiga, pero la verdad es que a veces Lucy podía ser la chica más cruel de todas. A mí me parecía gracioso, pero ahora me pregunto si podría haber tenido algo que ver con que… con que la hayan asesinado, ¿sabe?

—¿Quieres decir que llevó a alguien al límite?

—Es posible. No me creo que ya no esté. —La chica se sonó ruidosamente y otro pañuelo rodó sobre la mesa.

—¿Pasó algo entre Lucy y Cormac anoche?

—La verdad es que no. Oh, derramó la bebida en la alfombra de la entrada y Lucy le dijo algo al respecto. Eso fue al principio, antes de que la fiesta empezara de verdad, ¿sabe? Después, Lucy discutió con Hannah y Cormac se entrometió.

—¿Sobre qué discutieron? —Lottie miró a Martina Brennan y se sintió satisfecha de ver a la joven garda tomando abundantes notas de tan poca información.

—No… no lo sé. Yo estaba en el jardín y ellas en la casa. La música se detuvo de repente y las oí gritar, pero la música volvió a sonar y eso fue todo.

—¿Entraste para ver lo que estaba pasando?

—A esas alturas, apenas me podía tener en pie, así que me quedé donde estaba, en el sofá del jardín.

—¿A qué hora fue esto?

—No lo sé. —Ivy se enroscó un mechón de pelo en el dedo—. El dolor de cabeza me está matando. Necesito irme a casa y tumbarme un rato.

—Pronto. ¿Qué pasó después de esa pelea?

La joven hizo un puchero con los labios y, de nuevo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No me acuerdo. Creo que Lucy salió otra vez. Estaba mirando algo en el móvil, pero no me lo quiso enseñar cuando se lo pedí. Después de eso, todo es borroso. ¿Me puedo ir ya?

—¿Tenías planeado dormir allí anoche?

—No. Los padres de Lucy volvían de España al día siguiente, y ella había contratado a alguien para que limpiara a primera hora.

—¿A qué hora te marchaste?

—Tarde. Estaba allí cuando trajeron las *pizzas,* así que en algún momento después de que llegaran.

—¿Cómo te fuiste a casa?

—Eh… no estoy segura. En taxi, supongo. Lo siento, estaba muy ida.

—¿Puedes intentar recordar cuándo terminó en realidad la fiesta? —insistió Lottie, buscando una respuesta más precisa.

—Era tarde. ¿Quizá las dos o las tres?

—¿Por qué crees que eran las dos o las tres?

—No estoy segura, pero diría que Lucy había contratado al DJ hasta las dos, así que fue después de eso, ¿le vale?

—¿Quién era el DJ?

Ivy levantó la vista y Lottie percibió una expresión distinta en el rostro de la chica. Era como si algo hubiera pasado por delante de sus ojos, haciendo que su boca formara una fina línea. Silencio.

—Bueno, ¿sabes cómo se llama? —la espoleó Lottie.

—Richie no sé qué. No sé mucho sobre él, solo que la música que puso era una mierda.

Allí había algo más, Lottie lo notaba, pero no conseguía averiguar el qué. Antes de que pudiera seguir preguntando, Ivy continuó:

—¿Cómo… cómo murió Lucy?

—Lo lamento, pero todavía no puedo divulgar esa información.

—Pero ¿alguien la mató?

—Lo único que puedo decir es que su muerte es sospechosa.

—Pobre Lucy. —Las lágrimas inundaron los ojos de Ivy y se sonó ruidosamente.

—¿Conoces a alguien que quisiera hacerle daño a tu amiga?

Ivy se pellizcó el labio con una uña pintada de rosa.

—No lo sé. Lucy es… era muy popular, y siempre hay zorras celosas, ¿no es cierto? Sobre todo, porque era guapa y muy inteligente. Además, tenía un montón de pasta. Solo tenía que pedirle algo a su padre para que se lo comprara. Adoraba que la malcriara. —Una pausa larga—. La intrusa era Hannah Byrne.

—De acuerdo, hablaré con Hannah. ¿Dónde puedo conseguir una lista completa de todos los invitados de la fiesta? —Lottie no quería tener que meter a Sean en aquello, pero si todo lo demás fallaba, sabía que su hijo podría darle algunos nombres.

—Quizá en el móvil de Lucy. Lo guardaba todo ahí. Era su vida.

—Todavía no lo hemos encontrado. —Lottie arrancó una hoja de su libreta y la dejó delante de Ivy con un boli—. Escribe todos los nombres que recuerdes, luego puedes irte a casa a

dormir.

—Gracias. —Ivy cogió el boli y se detuvo con la mano en el aire.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—¿Como qué?

—Algo que pueda haber pasado en los días previos a la muerte de Lucy. O cualquier cosa que ocurriera durante la fiesta.

—No, no. N-nada. Su padre estará destrozado. Yo también lo estoy. No puedo creer que esté muerta. ¿Qué voy a hacer ahora?

«Escribe los nombres de una vez», pensó Lottie. Había algo extraño en el asesinato de Lucy McAllister, y no le gustaba un pelo.

Capítulo 12

Hannah Byrne vivía con su madre en un piso de un dormitorio situado sobre la tintorería Cleanz Dry, en la calle principal. La puerta de entrada daba a una estrecha escalera, que era de madera y por la que a duras penas cabía una persona a la vez. Lottie la subió con Kirby resoplando detrás y llamó a la puerta que había al final.

Le había asignado al detective Sam McKeown la responsabilidad de distribuir la lista de nombres de Ivy a un equipo de agentes. Todos debían ser interrogados y esperaba que los adolescentes pudieran añadir nombres de otros que hubieran estado en la fiesta.

La puerta se abrió y apareció una mujer que Lottie sabía que no debía de tener más de treinta y cinco años, pero que aparentaba casi cincuenta. Una criatura con el pelo largo hasta los hombros se aferraba a sus piernas. Con un gesto molesto, levantó al pequeño y dejó pasar a los agentes.

La habitación era diminuta. Lottie vio un dormitorio y un baño junto a la sala de estar. Su mirada se posó sobre el colchón que había en el suelo. Una adolescente estaba acostada en él y roncaba ruidosamente. A sus pies había una mochila sucia azul, decorada con margaritas que en su momento debieron de ser blancas.

—¿De qué va esto?

—¿Puedo llamarla Barbara?

—Todo el mundo me llama Babs.

Los ojos de la mujer recorrieron nerviosos la pequeña sala, como si estuviera buscando cualquier cosa que pudiera causarle problemas con la policía. Lottie se apresuró a tranquilizarla.

—Babs, no tiene de qué preocuparse. Solo necesito que su hija venga a la comisaría. Tengo algunas preguntas, todo rutinario. Necesitará estar acompañada de un adulto cuando la interroguemos. ¿Puede hacerlo usted?

—¿Interrogar a mi hija? ¿Sobre qué? ¿Cree que ha hecho algo malo? Tiene que estar equivocada. Hannah es una buena chica…

Así que Babs no estaba al corriente de la muerte de Lucy.

—Anoche ocurrió un incidente durante o después de una fiesta en casa de Lucy McAllister. Estamos interrogando a todas las personas que acudieron a la fiesta. Nos han dicho que su hija estuvo allí y necesitamos hablar con ella.

—¿Qué ha pasado?

—Una chica fue herida de gravedad. De momento es todo lo que puedo decir.

—Hannah no le haría daño ni a una mosca.

—Estoy segura de que es verdad, pero necesito interrogarla de todos modos.

—Hable con ella aquí.

—Me temo que el interrogatorio debe ser grabado. —A Lottie le dolía la mandíbula por forzar una sonrisa tanto rato.

—Necesita dormir. Han sido unas semanas de exámenes muy largas.

—¿A qué hora regresó de la fiesta?

—Era tarde. Pegó un pu… puñetero portazo al cerrar la puerta. Despertó a Olly, su hermanito. —Babs acarició al niño que tenía en brazos, que luchaba por soltarse—. Ni siquiera encendió la luz, solo se metió en la cama y lleva durmiendo desde entonces. Pero me va a oír cuando se despierte.

Lottie se preguntaba cómo era posible que la chica no se hubiera despertado ya, con la voz de su madre que cada vez chillaba más, hasta el punto de que casi hacía temblar las ventanas mugrientas. A Lottie le perforaba el cráneo.

—Le agradecería si pudiera despertarla ahora, por favor.

Babs alargó el pie y dio una patada al colchón.

—Hannah, despierta. Hay dos policías que quieren hablar contigo.

La chica se cubrió los ojos con el brazo y gimió.

—Déjame.

Otra patada al colchón y la chica se levantó de golpe.

—¿Mamá? Para. No me encuentro bien, la cabeza me da vueltas.

—Como hayas estado bebiendo, yo sí que haré que te dé vueltas, señorita. Arriba.

Hannah entrecerró los ojos tras los dedos, dejando escapar un gemido.

Lottie adoptó una expresión severa.

—Hannah, tienes que venir con nosotros para que te interroguemos.

—¿Qué? ¿A dónde?

—A la comisaría.

—¿Qué ha pasado? —Hannah tenía una expresión de dolor, como si se le fuera a caer la cabeza si intentaba levantarla.

—Hablaremos allí. Vamos.

—Tiene que ser una broma. —La chica apartó la manta y se levantó en ropa interior. Se balanceó y apoyó una mano en la pared para recuperar el equilibrio—. Voy a vomitar.

Fue entonces cuando Lottie se dio cuenta de que las uñas de Hannah estaban cubiertas con algo parecido a la sangre seca.

—¿Qué te ha pasado en las manos?

La chica se apoyó contra la pared y levantó las manos, luego las giró y se quedó mirándolas con recelo.

—No lo sé.

—Parece sangre —comentó Lottie y se preguntó cuánto tardaría en poder llevarla a la comisaría para tomar una muestra.

La boca de Babs formó una inmensa O.

—¡De ninguna manera! Solo es tierra, nada más. Te caíste de camino a casa o algo así, ¿verdad, Hannah?

Lottie no iba a tragarse las suposiciones de la madre.

—¿Pasó algo en la fiesta de Lucy McAllister?

Hannah se encogió de hombros y siguió mirándose las manos extendidas.

—Tienes que ducharte. Venga, Hannah. ¡Ahora! —Babs fue a tirar de su hija, pero Lottie se interpuso.

—Tengo muchos interrogatorios pendientes esta mañana. Puedes lavarte luego. Vístete. Babs, usted puede seguirnos.

—No puedo. Alguien tiene que encargarse de Olly.

—Lo lamento, pero insisto en que Hannah venga con nosotros. Cuando tenga canguro, llame a este número y enviaré un coche a recogerla. —Lottie le tendió una tarjeta con sus datos.

Mantenía los ojos fijos en Hannah. La chica cogió unos vaqueros a los pies del colchón y se los puso. Se pasó por la cabeza una blusa a medio abrochar y metió los pies descalzos en unas zapatillas harapientas. No había rastro de sangre en la ropa, y Lottie determinó que no era la que había llevado a la fiesta.

—¿Dónde está la ropa que llevabas anoche?

—No lo sé. Tal vez la dejé en el lavadero.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—No lo sé.

Lottie se volvió hacia Babs.

—¿Dónde está el lavadero?

—Abajo. Lo compartimos con Krysta, de la tintorería. Vive en el piso de al lado.

—Tengo que llevarme esa ropa.

Lottie esperaba que Hannah no hubiera puesto la lavadora. Recordó que Ivy había dicho que Lucy y Hannah habían discutido. ¿Había llegado a correr la sangre? ¿Estaba relacionado con la muerte de Lucy? Si Hannah había matado a Lucy, ¿cómo es que había tenido la sensatez de poner a lavar la ropa, pero no de lavarse las manos? Nada tenía sentido. Era evidente que Hannah pensaba lo mismo.

—Esto es muy raro —dijo—. No entiendo qué está pasando. Me encuentro fatal.

—Esto no había sucedido antes—dijo Babs, ahora con voz rota—. No pueden llevársela estando confundida y enferma.

—Venga a la comisaría cuando pueda, señora Byrne —dijo Kirby.

Hannah parecía muy confundida.

—Será mejor que vaya con ellos, mamá. No hace falta que vengas.

—No pueden interrogarla sin que yo esté presente, ¿cierto? —Babs agitó el dedo, pero en su entrecejo se formó una profunda arruga de preocupación.

—No podemos empezar hasta que llegue. —Lottie se volvió hacia Kirby—. Trae esa mochila y coge la ropa del lavadero.

Dicho esto, tomó a Hannah del codo, la llevó hacia la puerta y bajaron las escaleras. Estaba ansiosa por meterla dentro del coche, donde podría cubrir las manos de la chica con dos bolsas estériles. Y rogaba a Dios que nadie hubiera encendido la lavadora.

Capítulo 13

El calor de la mañana se había colado en la comisaría. Lottie se quitó la chaqueta y se sacó por fuera del vaquero negro la camiseta blanca sudada que llevaba. No le habría venido mal un poco de desodorante, pero no se atrevía a perder de vista a la chica.

Con ojos de acero observó cómo procesaban a la adolescente. Aunque todavía no se encontraba bajo arresto, Lottie tenía la impresión de que, al acabar el interrogatorio, Hannah Byrne sería detenida; como mínimo, sería acusada de agresión.

—Tenemos que esperar a que llegue tu madre antes de comenzar con las preguntas —le dijo a la adolescente mientras la conducía a la sala de interrogatorios.

—No lo entiendo. —Hannah se miró las manos al sentarse.

Lottie se alegraba de habérselas cubierto con bolsas. Habían cogido muestras de debajo de las uñas, y el técnico había confirmado que era sangre. Los del laboratorio comprobarían si coincidía con la de Lucy. La mochila de Hannah contenía una toalla turquesa manchada de sangre que, junto con la mochila, se había enviado al laboratorio para su análisis.

Lottie no había sido capaz de recordar el color de las toallas de la casa de Lucy. Había hecho una llamada rápida a Gráinne, que le había confirmado que las toallas de todos los baños eran turquesa. No habían encontrado manchas de sangre en ninguna de las que habían examinado hasta el momento, pero no había forma de saber si faltaba una.

—¿Qué está pasando? —sollozó Hannah—. ¿Estoy arrestada?

—Solo vamos a tener una conversación, pero siguiendo el procedimiento.

—¿Qué significa eso?

—Te leeré tus derechos y te haré algunas preguntas. Tienes derecho a un abogado, si lo quieres. ¿Te apetece una taza de té? ¿Quizá un refresco?

—¿Un abogado? ¿La cosa es seria?

—Es rutinario —mintió Lottie. No tenía nada de rutinario. De momento, no tenía ninguna prueba de que Hannah hubiera matado a Lucy, y había demasiadas preguntas sin respuesta. Por desgracia, conseguir una confesión podía llevar tiempo. La chica parecía estar desconcertada.

—No lo entiendo. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué han tomado muestras de mis uñas? Son pruebas de algo, ¿verdad? Pero no he hecho nada, lo juro. —Miró fijamente a Lottie con los ojos muy abiertos.

Al ver la confusión extenderse por el rostro de la chica, Lottie dijo:

—Hannah, anoche estuviste en una fiesta, ¿verdad? ¿En casa de Lucy McAllister?

—Sí, yo y un millón de personas más. —Sus hombros se estremecieron bajo la delgada camisa.

—Ocurrió un incidente trágico durante la madrugada y estamos interrogando a todos los que estuvieron en la fiesta.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Hannah se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó el móvil.

—Creo que será mejor que dejes el móvil sobre la mesa. Cuando llegue tu madre, te lo explicaré todo.

—Tardará una eternidad en encontrar a alguien que cuide de Olly. —Sus ojos azul oscuro rogaron a Lottie—. Pregúnteme lo que quiera ahora, y luego, ¿podré irme a casa?

—Lo siento, Hannah, eres menor de edad. Necesito el consentimiento de tu tutor legal.

—Esto pinta mal —masculló Hannah.

Incapaz de contener su deseo de obtener información, Lottie se inclinó sobre la mesa.

—¿El qué?

La chica levantó las manos.

—Esto… lo que tengo bajo las uñas. Es sangre, ¿no es cierto? Y ha cogido una muestra para hacer una prueba de ADN.

—Tenemos que hacerlo con todos los que estuvieron en la fiesta. Para descartarlos como sospechosos.

Los ojos de Hannah se abrieron como platos de porcelana, rodeados por restos de lápiz de ojos negro. Lottie veía el punto donde las extensiones rubias se le habían soltado de la larga melena y colgaban desordenadas de sus enganches. No veía rasguños ni cortes y no había notado nada incriminatorio cuando la chica se había puesto de pie en ropa interior en su casa.

Pese a ello, la cosa no pintaba bien para Hannah Byrne. El top *halter* y la falda que Kirby había sacado de la cesta de la ropa junto a la lavadora comunitaria tenían algunas manchas oscuras. Una sencilla prueba confirmaría la presencia de sangre y análisis posteriores demostrarían si era de Lucy. Más tarde o más temprano, esperaba Lottie.

Se oyeron unos golpes en la puerta y Kirby hizo entrar a Babs Byrne para luego sentarse junto a Lottie.

—Me he retrasado —dijo Babs sin aliento mientras cogía una silla para sentarse junto a su hija—. Era imposible encontrar a alguien que se ocupara de Olly. La señora Delaney tiene la gripe, aunque creo que solo es un catarro, pero de todos modos he acabado dejándolo con Krysta en la tintorería. Será mejor que esto no lleve mucho tiempo, no creo que los vapores de ese lugar sean buenos para el niño. —Se desabrochó la chaqueta—. Ha dicho que hubo un ataque anoche, y Krysta me ha dicho que ha oído que la víctima es Lucy McAllister. Dios, si eso es cierto… pobre Lucy.

Lottie se concentró en la reacción de Hannah al oír la noticia. Pareció palidecer y abrir aún más los ojos, si es que aquello era posible.

Se tiró del pelo hasta pescar algunos mechones y se los enroscó en los dedos temblorosos.

—¿Qué le ha pasado a Lucy? ¿Por eso estoy aquí? Por favor, dígamelo. Necesito saber qué está ocurriendo. Oh, Dios, me encuentro fatal. ¿Qué me pasa?

Lottie ignoró sus súplicas y dirigió su atención a Babs.

—Este interrogatorio está siendo grabado como prueba de nuestra conversación. En este momento, su hija no ha sido arrestada. Hemos tomado una muestra de una sustancia que había bajo sus uñas para analizarla, así como una muestra de ADN. También estamos examinando su mochila y su ropa. Se le han tomado las huellas. Por el momento, este proceso se ha llevado a cabo con la intención de descartarla de nuestras sospechas.

—No he dado permiso para nada de eso. No tenían ningún derecho a… —Babs perdía la compostura por segundos.

Lottie la interrumpió.

—Había pruebas visibles de sangre en las manos de su hija.

—Ya les dije que era tierra. Se cayó… o algo. —Babs cogió las manos de Hannah e hizo que las abriera, luego les dio la vuelta y señaló las uñas—. Es solo… tierra. ¿Qué está pasando aquí?

Lottie miró a Kirby, que recitó los datos de los presentes y el discurso habitual que precedía a los interrogatorios.

—¿Necesito un abogado para mi hija? —Babs miró nerviosa la luz que parpadeaba en el equipo.

—Tiene todo el derecho a pedirlo —respondió Lottie.

—No me fío de usted, inspectora. Ni de usted. —La mujer señaló a Kirby con un dedo tembloroso antes de clavar en Lottie una mirada furibunda—. Está tratando de culpar del ataque o lo que sea a mi hija. ¿Lucy está muerta? Tiene que creerme, mi niña no le haría daño ni a una…

—¿Muerta? —Hannah tragó saliva de forma ruidosa y sus mejillas se tiñeron de un tono verdoso. Le sobrevino una arcada, se la tragó, y, antes de que Lottie o Kirby pudieran apartarse, un chorro de bilis salió de su boca y cayó sobre la mesa. Lottie tomó su libreta y el expediente; consiguió rescatarlos. Kirby saltó y comenzó a limpiar con unos pañuelos, sin éxito, el desastre maloliente.

—P-perdón —sollozó la chica—. Lo siento mucho.

—¿Qué te pasa? —preguntó Babs.

—Siento que me va a estallar la cabeza. Oh, Dios…

—¿Lo ha oído, inspectora? Hannah está enferma, tiene la gripe de la señora Delaney. Pídale un médico, por favor.

—Quiero irme a casa —gimió Hannah.

—Te irás a casa pronto —dijo Lottie—. Pero, primero, ¿puedes responder a unas preguntas sencillas?

—No he hecho nada. —Después de limpiarse la boca y los ojos, Hannah preguntó—: Dígamelo, por favor, ¿Lucy está muerta?

—Me temo que sí —respondió Kirby, ya que Lottie había vacilado. El detective empujó la caja de pañuelos casi vacía hacia delante mientras Hannah se tapaba la boca con la mano.

—¿Qué… qué le ha pasado?

—Esperábamos que tú pudieras ayudarnos a averiguarlo —dijo Lottie—. Estuviste en la fiesta, ¿verdad?

A Hannah le temblaba todo el cuerpo.

—Me siento muy rara. No recuerdo gran cosa. Y me duele muchísimo la cabeza.

—Inspectora, mi hija está enferma —dijo Babs.

—¿Por qué crees que no puedes recordar? —Lottie mantuvo la mirada fija en la chica.

—No lo sé.

—¿Bebiste mucho alcohol?

—Hannah no bebe —se entrometió Babs.

Lottie alzó una ceja, interrogante.

—Es verdad —dijo Hannah—. Solo me tomé una Coca-Cola, pero… —Miró a su madre un momento antes de decidir cuál era el mal menor—. Me tomé una pastilla. Pero no recuerdo nada más.

—¿De dónde sacaste la pastilla?

—No lo sé.

—¿Quién te la dio? —insistió Lottie.

Babs le dio un codazo a Hannah.

—¿Cuántas veces te he dicho…? Oh, olvídalo. Díselo.

—Eh… —La chica vaciló, bajando la cabeza—. Me la dio Cormac.

—¿Cormac qué más? —preguntó Lottie mientras Kirby recorría con el dedo la lista de nombres que les había dado Ivy.

—No recuerdo su apellido.

—¿Cormac O'Flaherty? —preguntó Kirby.

—Podría ser —respondió Hannah encogiéndose de hombros—. Estaba… Estaba ch-charlando con él y entonces me sentí mal y me cabreé…

Lottie sintió que aquello podía llevar a una confesión, así que mantuvo su tono impasible y continuó:

—¿Por qué estabas cabreada, Hannah?

—Puede que fuera porque Lucy me trató mal, aunque eso no es nada nuevo. —La chica se enderezó en la silla, como si se sintiera convencida de al menos poder recordar algo importante que la sacara de aquella habitación asfixiante—. Cormac había conseguido unas pastillas del chico que servía las bebidas. Debí de tomarme una, no sé qué pasó después.

—¿Había algún adulto presente?

—No. Oh, sí. El señor Glennon estaba allí, en la puerta. Quizá era el portero o el segurata. No lo sé.

—¿El señor Glennon? ¿Quién es? —inquirió Lottie y se fijó en que Babs se había quedado boquiabierta.

—Mi entrenador de atletismo. También enseña Educación Física en mi instituto.

Lottie digirió la noticia a la vez que formulaba otra pregunta. Ivy Jones no había mencionado a ningún señor Glennon.

—¿Un profesor de vuestro instituto estaba en una fiesta para adolescentes? ¿Era el único adulto?

Hannah asintió.

—Eso creo.

—No me parece correcto —dijo Kirby sacudiendo la cabeza.

—Bueno, al menos había un adulto presente —dijo Babs, pero tampoco sonaba convencida.

—La mayoría ya hemos terminado el instituto —comentó Hannah—. Lucy dijo que se

pluriempleaba como segurata en algunas de las discotecas.

—¿Pluriempleaba?

—Eso dijo Lucy.

Lottie aparcó esa información.

—Retrocedamos un poco. ¿Lucy y tú discutisteis anoche?

—Bueno, me invitó a la fiesta, pero luego se comportó como si hubiera cometido un error o algo. Se burló de mí delante de sus amigas.

—¿Qué pasó cuando se burló de ti?

Hannah ignoró la pregunta.

—¿Cómo murió? —preguntó con seriedad, y Lottie sintió pena al ver sus intensos ojos abiertos como platos.

—La causa exacta de la muerte no será confirmada hasta que la patóloga forense lleve a cabo el examen *post mortem.* Lo único que puedo adelantar es que Lucy fue víctima de un grave ataque. Es probable que fuera asesinada —añadió Lottie para causar mayor efecto, y así ver cómo reaccionaba la chica. ¿Injusto por su parte? Le pareció que era necesario o estarían todo el día dando vueltas en círculos.

Hannah se quedó inmóvil un segundo, antes de caerse de la silla desmayada. Babs no fue lo bastante rápida para cogerla y la chica se deslizó bajo la mesa.

—¡Mire lo que le ha hecho a mi hija! —sollozó Babs mientras se arrodillaba en el suelo y la abrazaba—. ¿Cómo puede ser tan cruel?

Estaban esperando a que llegara el médico cuando Hannah se despertó entre los brazos de su madre. Kirby había ido a por una botella de agua y Lottie fue a por una camiseta de su taquilla para que la chica pudiera cambiarse.

Babs los miró.

—Por favor, dennos un poco de intimidad.

Lottie y Kirby las dejaron solas.

—¿Qué opinas? —Lottie se recostó contra la pared con un pie apoyado, cargando el peso en el otro. Cruzó los brazos, se sentía exhausta.

—No parece lo bastante fuerte para haber llevado a cabo un ataque tan salvaje —dijo Kirby y se palpó el bolsillo en busca de un puro, que no podría fumar dentro del edificio—. Había mucha sangre en el salón. Fuera quien fuera el que mató a Lucy, la hirió allí y luego la persiguió a través de la cocina hasta el piso de arriba, donde terminó lo que había empezado. Eso requiere energía.

—El análisis de sangre confirmará si es toda de Lucy. Pero ¿y si Hannah estaba colocada por la pastilla que se había tomado? Puede que tuviera más energía de lo normal. Además, es una atleta.

—Si el ADN de la sangre que tiene en las manos coincide con el de Lucy, se acabó la partida. Drogada o no.

Lottie sacudió la cabeza, pensativa.

—Algo no me encaja, Kirby. Si el ADN coincide, solo probará que estaba presente cuando se produjo el ataque, o a lo mejor después. Podría ser de un momento cualquiera de la noche. No

significa que realmente matara a su amiga.

—¿Crees que eran «amigas»?

—Me parece un poco extraño que Lucy invitara a Hannah y luego la tratara mal. —Lottie se apartó de la pared y caminó en círculos—. A menos que Lucy la quisiera allí para humillarla delante de sus compañeros.

—Eso pudo hacer que Hannah perdiera la cabeza.

—Ivy mencionó que Hannah y Lucy habían discutido. Tenemos que interrogar a todos esos chavales. Alguien que estuviera en la fiesta tiene que saber qué pasó de verdad.

—Si pide un abogado, no sacaremos nada más de ella.

—Tenemos que averiguar cómo y cuándo se fue a casa. Dice que no recuerda gran cosa, pero dejó la ropa en el sótano. ¿Por qué iba a hacerlo si no es culpable?

—Pero si fuera culpable, habría lavado la ropa y la toalla, o las habría tirado a un contenedor. Si quieres mi opinión, jefa, todo esto es un poco extraño.

—Necesitamos que se den prisa con el análisis de ADN. Ve al laboratorio y déjales claro que necesitamos los resultados para arrestar al asesino de una adolescente.

—Lo haré.

—Y prepara una orden de registro para el piso de la familia Byrne. Tenemos pruebas suficientes, pero necesitamos encontrar evidencias sólidas. El examen *post mortem* también debería ayudar. Si es cierto que Hannah está bajo la influencia de alguna droga, no podemos continuar el interrogatorio.

—De acuerdo. Pediré que le hagan un examen toxicológico —dijo Kirby.

—Quiero a ese tal Glennon en comisaría.

—¿Quién?

—El entrenador de atletismo, el profe de Educación Física. No me cuadra que estuviera presente en una fiesta de adolescentes, sobre todo sin los padres en casa. ¿Por qué iba a poner su carrera en peligro de esa manera? —Lottie no conseguía entenderlo—. Algo huele mal, Kirby. Averigua quién es el DJ y tráelo. Y tenemos que hablar con Cormac O’Flaherty. Consígueme sus datos.

—El día no tiene suficientes horas para…

—Lo sé, Kirby, y no quiero oírlo.

Kirby se alejó bamboleándose por el pasillo y Lottie deseó por segunda vez esa mañana que Boyd estuviera allí. Tenía una manera clara y racional de abordar las investigaciones, de la que ella a menudo carecía. Su hábitat natural era el caos, mientras que él actuaba de manera lineal, y eso le ayudaba a ver la luz al final del túnel.

La inspectora sentía que estaba mirando las entrañas de un pasillo muy estrecho y oscuro.

Capítulo 14

Los sucesos de la fiesta de la noche anterior se reproducían en la mente de Richie Harrison como si fuera una de sus canciones malas. Ser DJ implicaba muchas noches en vela, pero prefería las fiestas a las discotecas. Se tragó un par de paracetamoles más, aparte de los dos que se había tomado hacía media hora; sin embargo, siguió dando vueltas, con las sábanas enrolladas en el cuerpo. Frustrado, estiró el brazo y tiró un vaso de agua de la mesita de noche.

—¡Me cago en la puta! —Se inclinó sobre el borde de la cama y observó el líquido filtrarse en el suelo de madera. Luego volvió a dejarse caer sobre la almohada.

—¿Richie? —gritó su mujer desde el piso de abajo—. ¿Eres tú?

—¿Quién va a ser? —masculló. Oyó las escaleras crujir—. No pasa nada, Brontë, solo he tirado el vaso.

Entonces la vio en la puerta, su barriga de embarazada entró en el dormitorio antes que el resto de ella. Cerró los ojos para no ver el odio que desprendía. No quería otra pelea.

—¿A qué hora llegaste a casa?

—¿Por qué me lo preguntas cuando ya pareces saber la respuesta?

Ella le lanzó una mirada cargada de furia asesina y apretó los puños. Supo que no se movería hasta que se lo dijera.

—Vale, cariño. Después de las tres, tal vez a las cuatro. No lo sé. No veas, las fiestas de esos críos se parecen a las que nos pegábamos nosotros. —«Hace mucho, mucho tiempo», pensó, pero no lo dijo en voz alta.

El caro colchón viscoelástico se hundió cuando Brontë se sentó en la cama. Todo en esa maldita casa era demasiado caro.

—Sé que estabas con una de ellas. Me das asco, Richie.

Richie se apoyó sobre el codo y se enganchó el pelo largo, que se había soltado de la goma, y una punzada de miedo le revolvió el estómago.

—¿A qué te refieres?

—Estabas con una de esas adolescentes de piernas largas embadurnadas de bronceador. —Un rubor intenso tiñó las mejillas de Brontë—. No me mientas, Richie. Puedo olerla en ti.

«No, no puedes», reflexionó él. Lo primero que había hecho al llegar por fin a casa había sido darse una ducha caliente en el baño de abajo, antes de subir las escaleras sin hacer ruido. No es que tuviera que preocuparse por despertar a su mujer, ya que hacía poco que había

empezado a dormir en el cuarto de invitados. Decía que él roncaba demasiado. No podía ganar. No lo quería cerca cuando estaba en casa, y se quejaba cuando no estaba. De todos modos, tenía que tranquilizarla.

Alargó la mano y le acarició el brazo desnudo con suavidad, entrecerrando los ojos por la luz que se colaba por encima de la persiana.

—Oye, ¿qué hora es?

—No vas a librarte de esta con palabras. —Brontë se puso en pie con rapidez con el rostro contorsionado por la rabia—. Esta vez no, Richie Harrison. Ya he tenido suficiente. O te vas tú o me voy yo.

Richie tiró de la sábana en un intento desesperado de desenrollarlas de su cuerpo y trató de salir de la cama; sin embargo, se cayó de cara sobre la húmeda y pulida tarima. Esperaba que su mujer no viera la mancha que había dejado el agua derramada.

Entonces Brontë rio y Richie exhaló. Quizá conseguiría escapar de una pieza, esta vez.

Se puso de pie con dificultad, con el bóxer por debajo de la cadera, la envolvió con un brazo y le acarició la barriga.

—El bebé está jugando con tus hormonas. Escúchame, Brontë, sabes que nunca me iría con nadie más. Te quiero. Quítate de la cabeza esas ideas absurdas. —Se inclinó y le dio un beso en la frente.

Ella se lo quitó de encima.

—¿Por qué te diste una ducha a las cinco de la mañana? Nunca lo haces, por muy borracho que estés, y, Richie Harrison, *no* estabas borracho.

—¿Qué quieres decir? —Se apartó a un lado, chocando con la pared. Así que estaba despierta.

—Te oí entrar. Bajé a prepararte una taza de chocolate caliente para que te ayudara a dormir. Eso fue antes de darme cuenta de lo tarde que era. Te vi en la ducha de abajo. ¿Por qué? ¿Por qué me haces esto?

—¿Hacerte qué?

—¡Follarte a cualquiera! A adolescentes. Con todo lo que hago por ti. ¿Crees que viviríamos en esta casa si no fuera por mí? ¡Madura de una puta vez! Estoy a punto de echarte a patadas por adúltero.

Richie la agarró del brazo antes de que pudiera golpearlo.

—Basta, cariño. No sabes lo que dices.

—Oh, sí que lo sé. Esta no es la primera vez y sé que no será la última. Estoy harta de ti.

Él le apretó el brazo con más fuerza.

—Ese bebé que llevas es mío, Brontë. Estamos juntos en esto y seguiremos juntos.

—Basta. Me haces daño. ¡Richie! Lo digo en serio. Suéltame.

Richie la observó frotarse el brazo furiosamente, haciendo que la marca roja de sus dedos sobre su piel se viera aún más. Había ido demasiado lejos.

—Lo siento. Es solo que estoy agotado. Créeme, no estuve con nadie anoche.

—Pues entonces fue esta madrugada —dijo ella, y su voz sonaba ahora cargada de desdén infantil—. ¿Dónde estuviste hasta las cinco?

—Ni siquiera eran las cinco, y tuve que recoger parte del equipo. Ya sabes lo lento que es eso. Todavía tengo que volver a por los cables y otras cosas. Ven conmigo. Puedo dormir luego.

¿Trato hecho?

—Podría gritar. Me pones tan furiosa que no sé qué hacer.

—Pon la tetera a calentar. Me vestiré y luego podemos ir a casa de los McAllister.

—Ya veré. —Brontë se encogió de hombros y salió de la habitación.

Richie dejó escapar un largo suspiro de alivio. Se dejó caer al suelo deslizándose por la pared y se cogió la cabeza con las manos.

Capítulo 15

Sentada en su escritorio cubierto de notas, Lottie trataba de encontrar la manera de proceder con Hannah Byrne cuando Kirby regresó con el entrenador de atletismo de la chica y lo dejó en la vieja sala de interrogatorios.

Noel Glennon parecía tenso e incómodo sentado en la estrecha silla. Lottie pensó que era atractivo, vestido con chándal azul marino y un suéter de *rugby* con la cremallera a medio subir. Llevaba el cabello rubio peinado hacia atrás, bien cortado alrededor de las orejas y el cuello. Treinta y pocos. Eso era lo que la inquietaba. Y, con los padres de Lucy ausentes, la situación se complicaba aún más por el hecho de que daba clases en el instituto al que acudían la mayoría de los adolescentes.

Con creciente cautela, la inspectora se tomó su tiempo para colocar la carpeta llena de papeles y alinear el boli y la libreta como solía hacerlo Boyd. Kirby comenzó con las formalidades y, una vez hubo terminado, Lottie dejó que el silencio inundara la sala.

Glennon se toqueteó el cuello blanco del suéter de *rugby* verde y luego apoyó las manos sobre el regazo, bajo la mesa. Se inclinó hacia delante y sonrió, mostrando unos dientes demasiado blancos en su rostro esculpido.

—Estoy aquí para ayudar en todo lo que pueda, inspectora.

La sonrisa parecía forzada, y Lottie pensó que su encanto era fruto de muchos ensayos.

—Gracias por venir, señor Glennon. Nuestra intención es interrogar a todas las personas que estuvieron presentes en la fiesta de Lucy —dijo de manera casual, para darle una falsa sensación de tranquilidad y ver qué les revelaba—. Es complicado localizar a tantos adolescentes.

—La entiendo perfectamente. Y que no le quepa la menor duda de que ayudaré en lo que pueda. —Sacudió la cabeza despacio y un delicado mechón de pelo rubio revoloteó ante sus ojos —. Un asunto espantoso. Cuando un detective se puso en contacto conmigo, no dudé en venir y hablar con usted.

—Se lo agradezco, señor Glennon.

—Por favor, llámeme Noel.

—Muy bien. ¿Estuvo anoche en la fiesta de Lucy McAllister?

—Así es.

—Por favor, no se ofenda, Noel. —Lottie sabía que debía proceder con cautela—. Si no le importa que se lo diga, ¿no pensó que fuera inapropiado que usted, siendo profesor y entrenador

de atletismo, asistiera a una fiesta de adolescentes?

La máscara cayó un instante antes de que el hombre se recuperara con rapidez.

—En retrospectiva, estoy de acuerdo en que no debería haber ido.

—Entonces, ¿por qué fue?

—Ya sabe que enseño Educación Física en el colegio de Lucy, pero no me dan muchas horas. Ser el entrenador de atletismo me da algunos ingresos extra; aun así, no gano lo suficiente, por eso a veces trabajo como portero en una discoteca. —Hizo una pausa, como si aquello fuera justificación suficiente.

Lottie asintió para que continuara.

—Escuché a algunos de los chavales hablando sobre la fiesta, y sabía que los padres de Lucy no estaban, así que…

—Disculpe, ¿sabía que los McAllister estaban de viaje?

—Lucy me lo dijo.

—¿Qué motivos tenía para decírselo?

El hombre sonrió de nuevo con su blanca y falsa sonrisa, y Lottie sintió vergüenza ajena. Se esforzaba demasiado.

—Inspectora, los chicos no me ven realmente como un profesor, porque solo es deporte y juegos. Hablan conmigo. Lucy hablaba conmigo. Siempre me traía notas de su madre con excusas para saltarse Educación Física. La semana antes de que comenzaran las vacaciones, estaba llorando. Dijo que sus padres estaban de viaje y que no se encontraba bien, y que por eso no había traído una nota.

—¿Y qué hizo usted?

—Le permití saltarse la clase.

—No me parece un motivo válido para estar en la fiesta.

—No, pero estaba triste y nos pusimos a charlar. Me dijo que iba a dar una fiesta para celebrar el final de los exámenes. Sabía que yo trabajaba en algunas discotecas y, como sus padres estaban de vacaciones, le preocupaba que hubiera problemas. Me pidió si podía vigilar la puerta para evitar que se colara gente problemática. Le dije que por supuesto, que me encantaría echarle una mano a cambio de algún dinerillo…

—¿Echarle una mano? —dijo Lottie—. No entiendo cómo pensó que aquello estaba bien.

—En aquel momento no creí que tuviera nada de malo. Después de todo, la mayoría de los chavales van a las discotecas en las que trabajo.

—La mayoría de los chavales son demasiado jóvenes para poder entrar en una discoteca.

—Eso no los detiene. Ya sabe, identificaciones falsas y todo eso.

—Y todo eso —masculló Lottie esforzándose por contener la irritación que sentía—. El colegio está cerrado por vacaciones de verano. ¿Cómo quedó con Lucy?

—Necesitaba dinero extra, así que hice de vigilante durante los exámenes. Antes del último, Lucy vino y habló conmigo. —El rostro del hombre adoptó una expresión triste—. Es realmente espantoso lo que ha pasado. Era una chica encantadora. ¿Cómo… ya sabe… cómo murió?

Lottie ignoró la pregunta.

—¿La conocía bien?

—La verdad es que no. Como he dicho, no le interesaba nada el deporte. La estrella del espectáculo es Hannah Byrne. En un futuro no muy lejano, Hannah representará a Irlanda a nivel

internacional. Es una atleta nata.

—¿Hannah y Lucy eran amigas?

—Ivy Jones es la mejor amiga de Lucy. Esas dos eran uña y carne. Hannah es un poco marginada. Si le soy sincero, me sorprendió verla en la fiesta.

—¿Por qué?

—No forma parte del círculo de Lucy.

—Pero allí estaba.

—Así es. Estoy seguro de que hubo muchos chicos que se presentaron sin ser invitados. Ya sabe, hoy en día es difícil mantener una fiesta en secreto.

—¿Alguien problemático consiguió colarse?

—No vi a nadie causando problemas.

«No hasta el final de la noche», pensó Lottie.

—¿Hubo algo en la fiesta que le llamara la atención?

Glennon sacudió la cabeza.

—No eran más que un montón de adolescentes celebrando que habían terminado los exámenes. Para algunos de ellos significaba marcharse a la universidad. Había mucho alcohol y baile.

—¿Algún indicio de consumo de drogas?

—No vi nada. Pero no soy ingenuo, así que estoy seguro de que lo hubo. Ya sabe cómo son los chicos a esa edad…

—¿Hay un problema de drogas en el colegio?

—Dios, no. No he oído nada parecido.

—¿Conoce a Cormac O’Flaherty?

El hombre negó enfáticamente con la cabeza.

—No.

—¿Está seguro? —Lottie revisó la información que tenían sobre Cormac—. Estuvo en la fiesta. Tiene veinte años y trabaja como jardinero en el colegio. Me han dicho que no estaba invitado, pero que usted lo dejó pasar.

—Si entró, es porque parece lo bastante joven como para estar allí. ¿Puede enseñarme una foto?

Lottie hizo caso omiso a la pregunta discreta y continuó:

—En la fiesta, ¿vio a Hannah Byrne con alguien?

—La vi un par de veces. Para ser sincero, no vi que estuviera con nadie en concreto, pero estuve fuera en la entrada casi toda la noche.

—¿Entró en algún momento?

—Entré para tomar agua e ir al baño, eso es todo. La música estaba demasiado alta. —Se dio unos golpecitos en la oreja—. Ya estoy viejo.

—¿Conoce al chico que trabajaba en la barra? —Lottie no iba a tragarse esas chorradas. ¿Que la música estaba alta? Trabajaba de portero, por el amor de Dios.

—No, diría que no.

La inspectora siguió disparando preguntas sin darle tregua.

—¿Cómo vio a Lucy?

—Se la veía muy bien. Sabía montar una buena fiesta.

—¿Había estado en alguna de sus otras fiestas?

—No.

—¿Había estado alguna vez en su casa antes?

—No. Es un casoplón, ¿no cree? En cualquier caso, no se parece en nada a mi *pisucho.* —Rio.

Lottie detectó celos en su voz. ¿O eran imaginaciones suyas?

—Trajeron las *pizzas* a las… —Se volvió hacia Kirby, que estaba buscando en la carpeta que tenía delante.

—A la una y diez —dijo. La tienda les había dado los datos del pedido. Lucy lo había hecho desde el móvil y pagado con su propia tarjeta de crédito.

—¿Dejó entrar al repartidor? —preguntó Lottie.

—Sí. Traía unas diez *pizzas* grandes. Un tío de por aquí.

—¿Cuánto tiempo estuvo dentro de la casa?

—Un minuto, tal vez. Le mostré dónde estaba la cocina, entró, dejó las *pizzas* y se marchó.

—¿A qué hora se marchó usted de casa de los McAllister?

—Cuando apagaron la música, después de las dos.

Lottie revisó sus notas.

—¿Quién era el DJ?

—DJ Rich, o Rich Discs, algo así. Creo que no lo conozco.

—¿De verdad? Según nuestros datos, pincha en algunas de las discotecas de la ciudad.

—Es posible, pero yo estoy en la calle, no en la pista de baile.

—¿Habló con él?

—No. Él estaba dentro y yo fuera. —Glennon se revolvió en la silla.

Lottie continuó.

—¿Cómo llegó a la fiesta?

—En coche.

—¿Llevó a alguien, de ida o de vuelta?

—No.

—¿Está seguro?

—Pues claro que estoy seguro. Sé cómo empiezan los rumores, y mi trabajo me gusta lo suficiente como para no permitir que ninguna situación se malinterprete.

Lottie contuvo una carcajada que amenazaba con escaparse. Al menos Glennon había tenido la decencia de sonrojarse.

—Como he dicho, en retrospectiva, fue un error ir a la fiesta. Lo siento, pero no he hecho nada malo y no vi nada que me hiciera sentir incómodo. Desde luego, no vi a nadie hacerle daño a Lucy. Cuando me marché, estaba bien.

—¿Habló con ella entonces?

—Solo para decirle que me marchaba. Estaba con Ivy. El DJ estaba recogiendo y los chicos estaban por ahí preparándose para largarse. Es todo cuanto puedo decirle. Me fui a casa. Fin.

—¿Vio entonces a Hannah Byrne?

—No puedo decirlo con certeza.

—¿Puede alguien verificar a qué hora llegó a casa?

—Vivo solo.

—Para que quede claro, ¿no hay nadie que pueda confirmar a qué hora llegó a casa o si se quedó allí?

—No me gusta lo que insinúa.

—Estoy afirmando un hecho.

—Me fui a casa, me metí en la cama y dormí hasta las ocho de la mañana.

Lottie suspiró. Por ahora, no había mucho más que pudiera sonsacarle.

—Si se le ocurre algo más, póngase en contacto con nosotros, y gracias por venir con tanta rapidez —añadió a regañadientes.

—Estoy disponible para cualquier cosa que pueda hacer para ayudar. Por cierto, me ha llamado la directora del instituto. Está organizando un homenaje para la semana que viene. ¿Quiere que le pase la información? —Se puso en pie para marcharse.

—Claro, avíseme. Una última cosa, ¿por casualidad vio a alguien merodeando por la casa? ¿Alguien que actuara de manera sospechosa durante la noche o cuando se marchó?

—No vi a nadie ni nada fuera de lo normal. Ya sabe cómo son los chicos. Algunos se marchaban, otros se estaban enrollando, y eso.

Era el «y eso» lo que preocupaba a Lottie, en especial por Sean.

Antes de ir a hablar con Cormac O'Flaherty, Lottie se tomó dos minutos en su escritorio.

Primero, llamó a Sean.

—¿Qué pasa? —dijo el chico.

—Quería decirte algo antes de que te enteres por cualquier otra persona.

—¿Decirme el qué? —Sonaba vacilante.

—Hubo un incidente anoche en casa de Lucy McAllister.

—¿Un qué?

Lottie pensó que debía de estar en medio de una partida. Se sentía aliviada de haberlo recogido anoche. Con suerte, no se vería implicado en la investigación, salvo por un interrogatorio preliminar.

—Hubo un incidente muy grave. Sean, Lucy está muerta. Quería que lo supieras. El detective McKeown o alguien del equipo hablará contigo. Es pura rutina.

—¿Conmigo? ¿Por qué? Yo no he hecho nada.

Lottie se alejó el móvil de la oreja y lo miró, preguntándose por qué su hijo sonaba tan a la defensiva.

—Sean, no tienes nada de lo que preocuparte. Solo tienes que decirle que te recogí poco después de las doce, ¿vale?

—¿Cuándo fue el ataque?

—¿A qué te refieres?

—¿A qué hora? —le espetó.

Esa actitud no era propia de él.

Kirby apareció por la puerta.

—¿Lista, jefa?

Lottie asintió y levantó un dedo.

—¿Va todo bien, Sean?

—¿Por qué no iba a ir bien?

—Porque te noto afectado. ¿Conocías bien a Lucy?

—No. Mamá, estoy en medio de una partida.

—Vale, asegúrate de contárselo todo a McKeown. Si puedes darle los nombres de quienes estuvieron en la fiesta, sería estupendo.

—Solo conozco a algunos chicos de mi curso.

—Genial. Te veo luego. Cuídate. —Miró el móvil—. Me ha colgado.

—Chavales —dijo Kirby sacudiendo la cabeza con tristeza.

Lottie lo siguió hasta el coche con una sensación de inquietud que se le había asentado entre los omóplatos.

* * *

Sean arrojó el móvil sobre la cama y se sentó en el suelo, mordiéndose los nudillos. Había estado tan tenso durante la llamada con su madre que se moría porque acabara.

¿Sabía algo? ¿Por eso lo había llamado? Si supiera que había vuelto a casa de Lucy, se lo habría dicho, ¿verdad? Habría ido a casa y lo habría llevado a rastras a una sala de interrogatorios.

Ahora tendría que pasar por un interrogatorio formal con el detective McKeown. Era imposible mentir, tendría que decir la verdad. ¿O era mejor esperar para ver si algo lo situaba en casa de Lucy después de las cuatro de la madrugada? Deseó poder preguntárselo a Mark, pero no tenía suficiente saldo para llamar a España.

Y en el fondo sabía que tendría que habérselo contado todo a su madre.

Capítulo 16

La calle de un solo sentido era tan estrecha que Kirby tuvo que aparcar en un espacio diminuto detrás del bar Chair; la parte trasera del coche sobresalía y quedaba en la carretera.

—Así mismo —afirmó Lottie.

La pequeña casa adosada, a dos puertas de la tienda de bicicletas, era sencilla y simple. No le vendría mal una capa de pintura, pero, dado el estado de su casa, ¿quién era ella para criticar a nadie?

Saludó a John Kenny, a quien conocía porque era el hombre que reparaba las bicicletas de Sean y Boyd.

—Bonita mañana —dijo él, preparado para charlar.

—Así es —contestó Lottie.

—Aunque luego va a llover.

Lottie siguió caminando y él entró de nuevo en su tienda.

Kirby llamó al timbre. Como nadie salió, Lottie se inclinó y presionó de nuevo con fuerza. Al final, la puerta se abrió.

El chico que tenían delante era delgado como un palo y tenía aspecto de estar hambriento. Sus ojos miraban recelosos, con las pupilas tan dilatadas que prácticamente borraban el color del iris. Cormac O'Flaherty tenía veinte años; sin embargo, descalzo, vestido con una camiseta azul arrugada y unos vaqueros rotos que dejaban ver sus piernas pálidas cubiertas de pecas, aparentaba dieciséis.

—¿Puedo ayudarles? —Su pelo corto y pelirrojo llamaba la atención y hacía resaltar la hilera de acné severo que le surcaba la frente.

A Lottie le llegó el olor de su aliento agrio. No hacía mucho que se había levantado de la cama. Impertérrita, cruzó el umbral.

—¿Te importa si entramos, Cormac?

—Eh, no pueden meterse en mi casa, sin más. ¿Quiénes son?

Lottie lo esquivó para pasar a la pequeña cocina. La casa era tan pequeña que Kirby tuvo que esperar a que el chico se apartara.

—Soy la inspectora Parker y mi colega es el detective Kirby. —Observó por encima del hombro cómo Cormac cerraba la puerta mientras sacudía la cabeza.

—Vale, pero ¿qué quieren? —gruñó.

—Creo que deberías calzarte. Vamos a llevarte a comisaría para hablar sobre lo que ocurrió anoche.

Cormac pasó el peso de un pie al otro.

—¿Por qué no podemos hablar aquí? —Cogió una silla, pero se quedó de pie pasándose la mano por la frente llena de espinillas.

Lottie se sentó en un intento de obligarlo a hacer lo mismo. En ese momento, escuchó un suave zumbido que parecía de una lavadora. Venía de detrás de una puerta próxima a donde ella estaba sentada.

—¿Estás haciendo la colada?

—¿Y qué? Es mi casa.

—¿Vives solo?

—Con mi padre.

—¿Y dónde está?

—En Siria, en misión de paz. Volverá en octubre, hablen con él entonces, si quieren.

Lottie ya había tenido suficiente.

—Ponte los zapatos, no tengo tiempo que perder.

La bravuconería de Cormac se desinfló y pareció convertirse en el niñato que retrataba su vanidad.

—¿Por qué quieren hablar conmigo?

Lottie se detuvo y consideró sus opciones. Los minutos se convertían en horas, y con cada «tic tac» del reloj, el asesino de Lucy les ganaba cada vez más terreno.

—Siéntate un momento y te lo explicaré.

—¿Y si no me quiero sentar?

Kirby sacó pecho y los botones de la camisa parecieron estar a punto de reventar.

—Cuanto antes te sientes, chaval, antes te dejaremos en paz.

Cormac arrastró una silla y se sentó.

Kirby se quedó de pie, encabezando la mesa. La habitación era tan pequeña que seguía cerca de la puerta principal.

—¿Dónde estuviste anoche? —comenzó Lottie.

—Aquí.

—Sabemos que estuviste en la fiesta de Lucy McAllister, así que te lo preguntaré otra vez. ¿Dónde estuviste anoche?

—Si lo sabe, ¿por qué me lo pregunta?

Lottie tamborileó los dedos sobre la mesa sin contestar.

—Vale, vale —dijo Cormac—. Sí, estuve en la fiesta de Lucy.

—¿Estabas invitado?

—Sí.

—Cormac, puedo llevarte a rastras a la comisaría y encerrarte en una celda sin ventana durante veinticuatro horas si te empeñas en ser un niñato y no cooperar. —No podía hacerlo sin pruebas, pero él no lo sabía.

Cormac jugaba con tres migas secas que había sobre la mesa, las hizo una bola entre los dedos. Lottie pensó que iba a tirárselas, pero el chico siguió haciéndolas rodar, con la cabeza

gacha.

—Vale, puede que Lucy no me invitara. —Levantó la vista—. Pero invitó a todo el mundo. El tío de la entrada me dejó pasar. ¿Va a meterme en una celda por eso?

—¿Se molestó cuando te vio allí?

—Fue un poco borde conmigo, aunque eso no es nada nuevo. Tampoco me dijo que me marchara, así que me quedé.

—¿Con quién hablaste anoche?

—La verdad es que no me acuerdo.

—Nombres.

—Estuve hablando un rato con Hannah Byrne. —Cormac miró con dureza a Lottie, luego dejó caer las migas y empezó a indicar con un dedo pecoso—. Hablé con Sean Parker. Eh, ¡usted es su madre! A veces juego con él a F1 por internet. Es bueno y sus directos cada vez tienen más suscriptores. —El chico sonrió, pero sin mucha convicción. Lottie no aprobaba la cantidad de tiempo que Sean pasaba jugando, aunque parecía mantenerlo tranquilo, y eso le bastaba.

Estudió a Cormac y decidió ir al grano.

—¿Dónde conseguiste las drogas?

—¿Qué drogas?

—Te aseguro que no quieres cabrearme, Cormac, y estoy muy cerca de cabrearme en serio. Dime la verdad.

El chico pareció sopesar sus opciones.

—¿Le ha pasado algo a Hannah?

—¿Qué te hace pensar eso? —Lottie cruzó los brazos. Sintió la necesidad de rascarse el dorso de las manos. La casucha estaba asquerosa, y ella sentía que se llenaría de ronchas si tenía que pasar allí mucho más tiempo.

—Están aquí, ¿no? Aparte de Sean, Hannah fue la única con quien hablé. Es una chica simpática.

—¿Tan simpática que la atiborraste a drogas?

—Eh, venga ya, eso no es cierto. Yo no me drogo.

—Pero es verdad que le diste una pastilla, ¿no?

El chico tamborileó con los dedos sobre la mesa, acalorado de pronto.

—¿Y qué? No la obligué.

Lottie alargó el brazo y le agarró la mano antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Te lo advierto…

—Vale, vale. Solo fue una pastilla. Por el amor de Dios, si ni siquiera bebe.

Lottie retiró la mano y se la limpió en los vaqueros.

—Una pastilla puede hacer mucho daño a alguien que no está acostumbrada a tomar drogas, ¿sabes?

—Ya se lo he dicho, yo no la obligué a metérsela en la boca.

—¿Qué hiciste?

Cormac suspiró con dramatismo.

—La fiesta era aburrida, así que compré un par de pastillas. Se las mostré y me tragué una.

Ella cogió la otra. ¿Contenta?

—¿Qué tipo de droga era? ¿Éxtasis?

—Ni idea. Ya se lo he dicho, no suelo drogarme.

—¿Dónde conseguiste las pastillas?

Cormac tragó saliva.

—¿Importa?

—Todo importa en una investigación de asesinato.

La mandíbula del chico se abrió de golpe y su rostro se tornó ceniciento; incluso las pecas adquirieron un tono enfermizo. Le temblaban las manos.

—¿Asesinato? Pero estaba bien…

—¿Quién? —Ahora Lottie había cogido ritmo, pero no estaba disfrutando de destapar las mentiras del chico.

—Hannah. Se puso un poco rara después de tragarse la pastilla. Estaba molesta, creo que por eso se la tomó.

—¿Por qué estaba disgustada?

Cormac se retorció las manos y los dedos.

—Nunca se la habría dado si hubiera pensado que le afectaría tanto. Lo juro por Dios. —Comenzó a temblar.

—Hannah está bien —dijo Lottie. Una mentira piadosa: la chica no estaba nada bien. Se preguntó si ya la habría visto el médico para poder interrogarla formalmente.

Cormac se pasó la manga por debajo de la nariz e inhaló. Respiraba con dificultad.

—Mi inhalador…

—¿Dónde está?

—Ya voy yo. —Se puso de pie y agarró un inhalador azul del estante junto al fregadero. Inhaló un par de veces antes de volver a sentarse—. ¿Qué quieren saber?

—¿A quién le compraste las drogas?

—A Jake Flood.

—Cuéntame más.

—Estaba sirviendo las bebidas. Solo tiene quince años, así que no sé por qué lo eligió Lucy.

—¿De qué lo conoces?

—Solo sé cómo se llama y que hace boxeo.

—¿Conoces a alguien más que estuviera en la fiesta?

—Hannah conocía al tío que estaba en la puerta. Dijo que era su entrenador o un profe de su instituto. Y luego estaba ese DJ baboso, Richie no sé qué. Con coleta y unos collares, creyéndose la hostia. —Hablaba de forma atropellada en un intento por exculparse.

—Dale otra calada al inhalador. —Lottie necesitaba que se calmara—. Volvamos a Jake Flood. ¿Es conocido entre tus compañeros como un traficante de drogas?

—¿Mis qué?

—Tus amigos.

—No lo sé. Ya se lo he dicho, no suelo…

—Sabes cómo se llama, así que debes de saber más.

—Lo único que sé es que hace boxeo, pero lo he visto con una banda de chicos en bicicleta.

BMX y esas mierdas. Venden pastillas a los críos de las urbanizaciones y frente a las escuelas.

Lottie estaba al tanto de aquello. El grupo de adolescentes se había incorporado recientemente a la escena criminal de Ragmullin, eran conocidos por aterrorizar a los niños en la entrada de los colegios. Los agentes en bicicleta estaban haciendo esfuerzos desesperados por pillar a alguno con las manos en la masa, de momento sin éxito.

—¿Es posible que Lucy tuviera trato con esos traficantes adolescentes?

El chico se encogió de hombros.

—Supongo que sí. ¿Por qué si no iba a estar Jake en su fiesta intentando vender pastillas?

—De acuerdo. Háblame de Hannah Byrne. ¿Por qué estaba molesta antes de tomarse la pastilla?

—Supongo que seguirá insistiendo si no se lo digo.

—No te equivocas —dijo Kirby y Lottie asintió.

—¿Puedo coger el móvil? Se lo enseñaré.

—Adelante. —Lottie se echó hacia atrás cuando el chico salió de la habitación para tratar de ver qué hacía—. ¿Qué opinas?

Kirby golpeteó con el bolígrafo la libreta llena de anotaciones ilegibles, al menos para Lottie.

—Está muy nervioso —dijo el detective—. Esconde algo.

—Está claro. Mira cómo está la casa. ¿Por qué iba a poner la lavadora? —Señaló la puerta medio abierta a su espalda y fue a investigar—. ¿Qué adolescente lava la ropa justo después de una noche de juerga?

—¿A mí me lo preguntas? No lavé ni un calcetín cuando era adolescente. Incluso ahora, las paso canutas para recoger las camisas del suelo una semana después de habérmelas puesto.

Lottie se sentó de nuevo e hizo una mueca.

—Sean es igual. Estoy hasta el moño de recoger lo que deja tirado, y con las chicas no es muy distinto. Quizá Cormac esté compinchado con Hannah.

Cormac regresó a la cocina con el móvil y un cargador. Lo enchufó y esperó a que se encendiera. Después de unos minutos de silencio, comenzó a buscar algo en el dispositivo.

—Miren esto.

Lottie agarró el móvil, todavía enchufado, y vio la foto que había en la pantalla. La chica de la imagen estaba desnuda de cintura para arriba. Se sujetaba el pelo rubio por encima de la cabeza con una mano y, con la otra, se levantaba los pechos casi inexistentes mientras se miraba al espejo, parecía estar contemplando su físico.

—¿Quién es? —preguntó Lottie, aunque sabía la respuesta.

—Hannah —confirmó Cormac en voz baja.

—¿Cómo es que tienes esta foto en el móvil? —Lottie sintió una rabia lenta que subía quemándole el pecho.

—Lucy la mandó por Snapchat y WhatsApp a todo el mundo, incluida Hannah. Hannah estaba muy cabreada. Le pedí que me la mandara porque quería averiguar qué pasaba.

—¿Lucy se la mandó a Hannah a propósito?

—Eh… eso tendrá que preguntárselo a ella.

«Imposible», pensó Lottie a la vez que trataba de aplacar el fuego en su estómago.

—¿Cuándo se compartió?

Cormac miró la hora en el mensaje.

—A las doce y treinta y cuatro de ayer… de hoy. Qué más da.

—¿Qué hizo Hannah al respecto? ¿Cómo reaccionó?

Cormac se apretó un dedo contra el ceño, reflexionando.

—Los móviles comenzaron a vibrar con el mensaje. Hannah estaba ahí y todos la miraban. Se puso a dar vueltas, frenética, y a despotricar de Lucy. Fue entonces cuando se tomó la pastilla.

Lottie chasqueó la lengua.

—¿Y después?

—Bailamos.

—¿Y?

—Eso fue todo.

Lottie no le creía. Para cogerlo desprevenido, le preguntó:

—¿Por qué estás lavando la ropa?

El chico se sonrojó.

—No es un crimen, ¿no?

—Lo es si estás tratando de borrar pruebas.

—¿A qué se refiere? No he hecho nada malo. Admito que le di la pastilla a Hannah, pero se la tomó y luego se relajó un montón.

—Nuestro equipo forense querrá tu ropa de anoche, aunque la hayas lavado. —Si Cormac o Hannah habían cometido el asesinato, ya fuera juntos o por separado, esperaba que los forenses encontraran algo que analizar en la ropa.

—¿No necesitan una orden para eso? —Cormac parecía aún más inquieto—. Si me dice qué es lo que se supone que he hecho, quizá pueda ayudarla. —Se frotó los brazos desnudos con las manos y la piel reseca flotó en el aire.

—¿Cómo volviste a casa?

—En mi coche. Una chatarra.

—¿Dónde está?

—En el aparcamiento del puerto. Tengo que ponerle un tique o me pondrán una multa.

—¿A qué hora te fuiste de la fiesta?

—Tarde.

A Lottie le desesperaba que ya nadie supiera la hora.

—¿Llevaste a alguien a casa? ¿A Hannah, quizá?

—No entiendo de qué va esto.

Fue entonces cuando la inspectora se dio cuenta de que el chico no le había preguntado quién había muerto. Clavó los ojos con firmeza en los suyos y dijo:

—Lucy McAllister fue asesinada anoche.

A Cormac se le desencajó la mandíbula y apartó la vista hacia un punto de la pared detrás de Lottie.

—No puede ser verdad. No puede ser.

—Créeme, no estaría malgastando mi tiempo contigo si no fuera cierto.

—Mierda. Joder. Coño. —Detuvo la retahíla y se frotó la frente, frenético—. Hostia puta. Su padre se quedará destrozado.

—¿Conoces a los padres de Lucy?

—No. Es decir, les cuido el jardín. Las pocas veces que estuve allí, era evidente que Lucy y su madre no se llevaban bien. Pero su padre siempre estaba hablando de ella.

—¿Cuándo viste a Lucy por última vez exactamente?

Fue entonces cuando Cormac cerró la boca y se negó a decir ni una palabra más.

* * *

Los agentes se marcharon en coche con el chico, y el chaval de la bicicleta mandó el mensaje. Después, sacó la bici de detrás de las escaleras que llevaban al aparcamiento del centro comercial y pedaleó por la calle estrecha.

—¡Eh, tú, el de ahí! Me debes lo de los frenos que te arreglé la semana pasada. Vuelve aquí.

El chico se puso de pie sobre los pedales y, con una mano, le hizo la peineta al de la tienda de bicicletas. No pensaba pagar porque le arreglaran los frenos de mierda. El hombre podía gritar todo lo que quisiera, nadie lo estaba escuchando.

Pedaleó deprisa, tratando de ver el coche sin identificación, y sintió alivio al ver que giraba hacia la comisaría. Ahora quizá tendría tiempo de mear y comer algo.

* * *

Yo, la Urraca, estoy en el límite y no me gusta. Creía que resultaría sencillo pasar de mi realidad cotidiana a mi personaje de ave, pero es difícil.

La sensación estimulante se extinguió con bastante rapidez después de que me marchara. Supuse que podría volar alto con mis alas imaginarias, pero mis pies permanecen enraizados en el suelo, atrapados. Esto no es bueno.

¿Qué puede elevarme de nuevo?

Necesito hacerme con algo joven y brillante. Mi propio tesoro.

Eso me motiva.

Ahora que he empezado mi misión, no habrá nada que me detenga. Siento que podría volar mientras mi mente invoca la imagen de la carne joven e intacta, suave y elástica bajo mis dedos. Me imagino acariciando la piel, burlando la boca temblorosa a abrirse y mirando esos ojos aterrorizados y cargados de preguntas.

Sé lo que debo hacer. Alguien tiene que sufrir para restaurar mi euforia.

Que así sea.

Capítulo 17

Hannah no se había encontrado tan mal en su vida. Le latía la cabeza y le temblaba todo el cuerpo. Tenía frío y calor a la vez. Les había dicho el nombre de Cormac a los detectives porque, de todos modos, lo habrían averiguado. Pero la sangre bajo sus uñas… ¿Qué significaba? ¿Cómo podía Lucy estar muerta? ¿Y por qué tenía la memoria en blanco?

—No tienes que decir nada —le insistió su madre—. No has hecho nada malo, cariño.

Aunque quisiera, no habría podido hablar.

—No recuerdo nada. Esto no pinta bien, ¿verdad, mamá?

—No, así que, por favor, mantén la boca cerrada.

—Quiero irme a casa.

—Han dicho que tiene que examinarte un médico y sacarte una muestra de sangre para ver si te drogaron. Han mencionado una evaluación psiquiátrica, así que también tendrás que esperar a eso.

—¿Crees que necesito un abogado? —Hannah estaba otra vez al borde de las lágrimas.

—Por favor, Hannah, estoy intentando encontrar una manera de arreglar este asunto.

—La asistencia legal gratuita es para la gente que no puede pagarse un abogado.

—Calla. Estoy pensando.

Hannah se apartó de su madre y la contempló ir de un lado a otro detrás de la mesa en la pequeña y sofocante habitación donde las habían reubicado. De repente, un recuerdo horrible le inundó la cabeza. Se metió el puño en la boca para evitar gritar.

Había habido una foto, ¿verdad?

Apretó los ojos con fuerza intentando recordar. Una foto semidesnuda que todo el mundo había visto. Se pasó los dedos por el pelo, desesperada por recordar. ¿La había enviado Lucy? ¿O Ivy? ¿Quién salía en la foto? ¿Se le veían los pechos? ¿Era un pecho plano? ¿El suyo? «Dios, no, por favor que no fuera yo», rogó en silencio. Podría arruinar su carrera como atleta antes de que empezara. ¿Y qué efecto tendría en su madre?

¿Por qué estaba pensando en una foto cualquiera cuando no podía recordar nada que le fuera de ayuda? Se presionó las sienes con los nudillos, como si quisiera obligar a la verdad a que se revelara.

Había un hilo borroso, si tan solo pudiera cogerlo… Dejó caer las manos y un pedazo de verdad se abrió camino, poco a poco, desde un rincón de su mente, hasta clavarse en su cerebro

como una espina.

¿Qué había hecho?

Capítulo 18

Sharon Flood se despertó y sintió la casa vacía. Saltó de la cama y entró en la habitación de Jake. Adormilada, se rascó la cabeza y entrecerró los ojos preguntándose por qué su hermano no estaba en casa. Siempre dormía hasta tarde, incluso cuando tenía clase, y en ese momento estaban de vacaciones y era sábado.

Estiró el cuello para mirar por la ventana, pero el coche de su madre no estaba aparcado en la calle. Comprobó el dormitorio de su madre. Vacío. Abrió la puerta del baño. También vacío. Después de hacer pis, lavarse las manos, la cara y los dientes, fue al piso de abajo.

El pequeño salón estaba desierto, al igual que la cocina. ¿Dónde estaba todo el mundo? Mientras subía de nuevo por las escaleras, oyó una llave girar en la puerta principal. Se quedó de pie en el último escalón y observó a su madre entrar con sigilo y colgar su chaleco negro en el gancho detrás de la puerta.

—Mamá, ¿dónde estabas?

—Dios santísimo, Shaz, me has dado un susto de muerte. Sé buena y pon a calentar el agua mientras me doy una ducha rápida.

—¿Has estado trabajando hasta tarde? —Sharon sabía que el bar del hotel cerraba oficialmente a las once y media, y, aunque a veces tardaba una o dos horas más en vaciarse, era imposible que su madre hubiera estado allí toda la noche.

—Tuve que ayudar a Gino a hacer el inventario. Tardamos horas. Me muero por una taza de té.

Cuando su madre pasó junto a ella en el rellano, Sharon dijo:

—Jake no está en casa, mamá.

—¿Qué quieres decir con que no está en casa? Estuvo cuidándote anoche.

Sharon no quería chivarse de su hermano, pero estaba preocupada. ¿Y si se encontraba con la gente tóxica? Se mordió la punta del pulgar.

—Pues salió. —Una vez empezó a hablar, no pudo parar—. Me he despertado y pensaba que estaba en la cama, pero creo que se llevó tu coche y no volvió a casa. Me prometió una bolsa de patatas fritas y *nuggets* de pollo. ¿Dónde está, mamá?

—¿Qué dices de que se llevó mi coche? Shaz, no digas tonterías, el coche está fuera.

Liz Flood bajó corriendo las escaleras y atravesó la puerta principal; no obstante, antes de llegar al camino que llevaba a la casa, se dio la vuelta y volvió corriendo y cerró de un portazo.

—Ese niñato va a estar castigado el resto de su vida.

Sharon la siguió a la cocina y dijo:

—¿Llamamos a la policía?

—Lo meterían en la cárcel por chorizo. —Liz llenó el hervidor y lo encendió—. ¿Dijo a dónde iba?

Sharon negó con la cabeza.

—Dijo que me traería patatas fritas y…

—¡Le voy a dar yo patatas fritas y *nuggets* de pollo! ¡Joder! —gritó Liz y Sharon casi se tuvo que tapar las orejas con las manos—. ¿A qué hora salió?

—No lo sé.

—Sabe que no tiene que dejarte sola. —Liz iba de un lado a otro de la estrecha cocina—. ¿Alguien vino a buscarlo o lo llamó antes de que saliera?

Sharon sintió que se mareaba al mirar a su madre.

—Mamá, no lo sé. Yo me fui a dormir cuando él salió. Soñé con *nuggets* de pollo y cuando me he despertado, Jake no estaba, no sé nada más. —Hizo una pausa para coger aliento y Liz llamó a su hermano. Tendría que haber pensado en eso.

—El muy capullo tiene el móvil apagado. —Liz cogió una taza del armario, limpió el borde con un trapo y metió una bolsita de té usada. Se quedó de pie con las manos apoyadas sobre la encimera y respiró profundamente—. Es culpa mía por confiar en él.

—Tal vez ha tenido un accidente. Puede que esté en el hospital. La policía…

—Calla, Shaz. Necesito pensar. Vístete y ve a casa de sus amigos. Si ha estado bebiendo, lo mataré. Lo más seguro es que esté en alguna parte durmiendo la mona. Juro por Dios que cuando le ponga las manos encima, Jake Flood no va a dormir en un mes.

—Tal vez le hayan robado el coche. Puede que le dé miedo volver a casa o…

—¿Qué haces aquí todavía? ¡Te he dicho que te vistas! ¿Es que en esta casa ya nadie me escucha?

Sharon se escabulló de la cocina mientras su madre vertía agua a medio hervir en la taza. Se estaba comportando de manera más extraña de lo normal, pensó Sharon. Además, ¿dónde había estado anoche?

¿Y dónde diablos estaba Jake?

El timbre sonó justo cuando Sharon bajaba las escaleras, vestida con sus vaqueros azules rotos, una camiseta negra y las zapatillas rosas manchadas. Solo una de las zapatillas tenía cordones. Jake debía de haberle quitado el otro, igual que se había llevado el coche de su madre. Qué estúpido era.

Tal vez el que llamaba era Jake. Pero tendría la llave, ¿no? A menos que la hubiera perdido. Tal vez también había perdido el coche. Sí, después de todo, Jake no era muy inteligente.

Cuando su madre abrió la puerta, Sharon se detuvo en la curva de las estrechas escaleras. Se agachó, se agarró las rodillas y espió por debajo del pasamanos, entre dos postes que necesitaban una mano de pintura. Mamá había comprado la pintura y le había encargado la tarea a Jake, pero él todavía no lo había hecho. «Si papá estuviera aquí —pensó Sharon—, la escalera ya estaría pintada». Se le hizo un nudo en la garganta y trató, con todas sus fuerzas, de no llorar. A mamá

la sacaba de quicio que llorara, y Sharon sabía que no podría soportarlo con todo lo que ya había pasado esa mañana.

En la puerta había dos personas, un hombre y una mujer. Parecían policías. Si Jake estuviera allí sabría quiénes eran. Se le daba bien averiguar de qué trabajaba la gente. Y entonces dejó escapar un grito. ¿Habían venido a decirles que Jake estaba muerto? ¡No!

Observó a su madre apartarse para dejarlos entrar. La mujer, que vestía una camiseta de aspecto mugriento y sostenía un bolso de cuero arrugado bajo el brazo, sonrió. Sharon levantó la mano para saludar, pero se quedó inmóvil cuando su madre le lanzó una mirada de advertencia.

La policía, sin duda.

* * *

Lottie y Kirby habían dejado a Cormac O'Flaherty en la comisaría para que le tomaran las huellas y una muestra de ADN, así podrían confirmar o descartar si era sospechoso. Había mencionado el nombre de Jake Flood en la sala del caso, y el garda Lei, miembro de la brigada ciclista, lo conocía y sabía dónde vivía.

La urbanización se dividía en varias calles y avenidas, como si el constructor hubiera querido dar la impresión de que estaba formada por áreas separadas. Pero no había manera de obviar el hecho de que, vivieras en el paseo Brinsley, la calle Brinsley o la avenida Brinsley, seguía siendo una red de casas parecidas y muy pegadas. Un refugio para la pobreza y para quienes querían llevar a cabo comportamientos no muy cívicos o arrojar basura de manera ilegal; un terreno bien abonado para las bandas.

Estaban buscando el número 16 del paseo Brinsley para interrogar a Jake Flood. A esas alturas, Lottie tenía a Hannah Byrne en el punto de mira por el asesinato de Lucy McAllister, pero el hecho de que la chica pudiera haber estado bajo los efectos de una sustancia ilícita la hacía dudar de que el caso fuera a ser tan sencillo. Y luego estaba Cormac O'Flaherty, no podía controlarlo comprenderlo. Para eso, primero tenía que encontrar a ese niñato camello.

Al entrar en la casa de los Flood, Lottie se sintió agradablemente sorprendida. La cocina era pequeña, pero estaba limpia y ordenada. Aspiró con aprobación un olor floral, tan diferente de la morada rancia de Cormac O'Flaherty. Kirby cogió una silla de la pequeña mesa redonda y se sentó. Liz Flood se puso a llenar el hervidor, aunque los detectives habían declinado su oferta de una taza de té.

—Yo sí que necesito una —dijo, y vació una taza medio llena en el fregadero y la enjuagó bajo el grifo. Se veía que las manos le temblaban. Al fin se quedó quieta, se las secó y se apoyó contra la encimera—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Lamentamos molestarla un sábado por la mañana, pero querríamos hablar un momento con Jake.

—¿Jake? —La mujer delgada y demacrada se sentó. Tenía el rostro de alguien a quien le hubieran sacado toda la sangre del cuerpo—. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Para serle sincero, no estamos seguros, por eso queremos hablar con él —intervino Kirby al dejar su libreta andrajosa y el boli sobre la mesa, haciéndose el importante.

—Jake no está.

—¿Dónde podríamos localizarlo? —preguntó Lottie, que sintió cómo el hambre le roía el

estómago. No había comido nada en toda la mañana. Esperaba tener tiempo de comprar un café y un bocadillo de regreso a la comisaría.

—No… no lo sé —vaciló Liz, y el hervidor silbó. Se levantó y lo apagó—. ¿Pueden volver luego? Estará en casa más tarde.

—Me temo que es urgente. —Kirby golpeó ruidosamente la pata de la mesa con el boli.

Una niña vestida con unos vaqueros rotos, una camiseta negra acanalada y zapatillas rosas mugrientas (una de las cuales no tenía cordones) entró en la cocina. Con las manos en las caderas y una expresión descarada en el rostro, dijo:

—¿Qué pasa, mamá?

—Vete a tu cuarto, Shaz. Esto no tiene que ver contigo.

—¿Por qué están buscando a Jake? —preguntó Sharon sin ceder ni un milímetro.

Lottie no tenía tiempo de charlar con la pequeña; quería hablar con Jake.

—Señora Flood, de verdad que necesitamos encontrar a su hijo. Debe de tener alguna idea de dónde está.

—Ha… salido.

Era hora de cambiar de dirección.

—¿Ha oído hablar de la banda de adolescentes que van en bicicleta vendiendo drogas? Tengo entendido que operan en esta urbanización.

—No he oído nada sobre eso —dijo Liz con el rostro imperturbable, pero la niña giró la cabeza y miró a su madre.

—Tú sí, ¿verdad, Shaz? —dijo Lottie.

—No. Y llámeme Sharon. —La niña se llevó de nuevo las manos a las caderas. Lottie sospechaba que intentaba mostrarse segura, pero solo parecía estar perdida.

—Creo que sabes algo. Me lo ha dicho tu cara cuando lo he mencionado. ¿Qué edad tienes, Sharon?

—Diez años.

—Pareces muy inteligente para tener diez años. Es muy importante que me digas lo que sabes.

—Bueno…

—Si sabes algo —la animó Liz, tan perpleja que se le había arrugado el ceño—, díselo.

—He oído hablar de ellos. Pero Jake no tiene nada que ver con esos chicos.

—¿Dónde suelen estar? —insistió Lottie.

—¿Y yo qué sé?

—Esos modales, Shaz —dijo Liz.

—No pasa nada —comentó Lottie—. Si Jake anda mezclado con ellos, tenemos que saberlo.

Liz apartó a su hija de en medio y apoyó las manos sobre la mesa.

—Mi hijo es un buen chico. No lo ha tenido fácil, ni Sharon tampoco. Su padre murió el año pasado y yo trabajo todo el día para poner comida en la mesa y los libros del colegio en sus mochilas. Sea lo que sea en lo que piense que está involucrado, se equivoca, ¿me oye? Aparte del colegio, Jake vive para el boxeo, así que está meando fuera del tiesto.

—¿A qué club de boxeo pertenece? —preguntó Kirby.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Por favor, señora Flood, necesitamos saberlo. —Lottie sintió que la impaciencia le rugía junto con el hambre en el estómago.

—Y yo necesito saber por qué están preguntando por Jake.

La mujer iba a enterarse pronto de todos modos, así que Lottie dijo:

—Una adolescente fue atacada anoche después de la fiesta en casa de Lucy McAllister. Tenemos entendido que Jake estuvo presente en la fiesta. La chica ha muerto.

—¿Una fiesta? —Liz pasó la mirada de Lottie a Kirby antes de fijarla en Lottie—. Se equivoca. Jake solo tiene quince años, no iría a ninguna fiesta.

—Tengo testigos que confirman que anoche asistió a una. ¿Está segura de que no sabe dónde está esta mañana?

—Ha salido, como ya le he dicho. —La mujer trataba de sonar enfadada, pero Lottie vio que le temblaba la barbilla, al igual que las manos.

—¿Jake estuvo en casa anoche?

Liz observó a su hija, como si deseara que la niña estuviera en cualquier sitio menos ahí, con la boca abierta, mirándola.

—Trabajé hasta tarde. He… he vuelto a casa esta mañana.

—¿Dónde trabaja?

—En el bar del Hotel Brook. Anoche hubo mucho trabajo, como todos los viernes.

—¿Y estuvo trabajando hasta esta mañana?

—Eh, sí.

Lottie no la creyó.

—¿A qué hora ha llegado a casa?

—Mire, la hora a la que he llegado a casa no tiene nada que ver con usted o con dónde está Jake.

—La cuestión es que puede tener algo que ver con establecer si su hijo estuvo anoche en casa o en la fiesta. Si está involucrado con una banda de chavales que venden droga, puede que esté en problemas.

—Jake no le haría daño a nadie —afirmó Sharon.

—¿Estuviste en casa anoche, Sharon? —Lottie centró su atención en la niña.

—Sí.

—¿Y Jake?

Sharon miró a su madre sin decir nada, como pidiéndole permiso. Pero Liz tenía la mirada clavada al frente y se retorcía las manos. Al fin, rompió el silencio.

—Acabo de llegar —dijo con voz derrotada—. Se suponía que Jake tenía que estar en casa. Nunca dejaría sola a Shaz, pero me ha dicho que Jake salió anoche y que no estaba aquí cuando se ha despertado esta mañana. Siento lo de antes, es que estoy preocupada por mi hijo.

—Se llevó el coche de mamá —añadió Sharon.

Lottie asimiló la noticia tratando de evitar que la sorpresa y la rabia se reflejaran en su rostro. Se encaró con Liz:

—¿Cuándo pensaba decirme que su hijo de quince años le ha cogido el coche?

Liz sacudió la cabeza y se sentó con pesadez y expresión desconcertada.

—No lo sabía hasta hace unos minutos. Tienen que dar con él.

—Necesitaré el número de matrícula —dijo Kirby.

La mujer le dio la información.

—¿Marca y color? —preguntó el detective.

—Un Fiat Punto. Azul. No pensará de verdad que Jake ha tenido algo que ver con este asesinato, ¿verdad?

—Solo necesito hablar con él. ¿A qué club de boxeo está afiliado?

—Al Ragmullin Goldstars. Utilizan un gimnasio en el viejo club de *squash*. Jake va a entrenar tres veces por semana.

—Y es bueno —añadió Shaz.

—¿Quién lleva el club?

—No estoy segura, pero puedo averiguarlo —dijo Liz frunciendo el ceño, como si de repente se hubiera dado cuenta de que había mucho que no sabía sobre su hijo.

—Déjenoslo a nosotros.

—¿Sabe que el padre de Lucy es agente de boxeadores profesionales?

Lottie miró a Kirby, que se encogió de hombros.

—Vale. Emitiremos una alerta sobre su coche y sobre Jake. Necesito una foto de su hijo.

Sharon se sacó un iPhone maltrecho con la pantalla rota del bolsillo del vaquero.

—Yo puedo enviársela.

Lottie les dio una tarjeta con sus datos. Miró la foto de Jake que la niña había abierto en el móvil. Los dientes delanteros del chico estaban un poco montados y la piel era blanca en contraste con el pelo oscuro, que llevaba rapado en un costado. Triste, pero tierno. Nada que ver con la imagen que se tendría de un camello, o incluso de un asesino. Pero Lottie sabía que a menudo los asesinos no encajaban en el molde de percepción.

La inspectora salió de la cocina detrás de Kirby, seguida de cerca por Liz y Sharon.

—Cuando Jake vuelva a casa —dijo—, póngase en contacto conmigo de inmediato.

Cerró la puerta al salir.

* * *

El chico se refugiaba en la oscuridad del callejón, con las manos en los frenos, listo para salir pedaleando si tenía que hacer una huida rápida.

Había visto a los dos detectives entrar en la casa. Había meado contra la pared, pero todavía no había tenido tiempo de comer, y se moría de hambre.

Habían estado un rato largo en la casa y se preguntó si Sharon habría abierto la bocaza. No se podía confiar en los críos, lo contaban todo. Él mismo no se consideraba un crío. Tenía quince años, igual que Jake, pero Sharon solo tenía diez. Y, además, era una chica. ¡Uf!

Cuando los detectives salieron de la casa, observó a la de las piernas largas con el bolso arañado hablar, por encima del techo del coche, con el tío gordo y pequeño antes de meterse en el interior del vehículo y arrancar.

Con el móvil en la mano, escribió otro mensaje y lo envió. Jake se había metido en un buen lío. Cuando el móvil sonó anunciando la respuesta, se alejó pedaleando hacia su próxima misión.

* * *

Jake sentía la sangre manarle del costado. Había ocurrido tan rápido que apenas había tenido tiempo de reaccionar, excepto para intentar esconderse. Demostraba lo cobarde que era fuera del *ring*.

Pensó en Shaz, que habría esperado sus patatas y sus *nuggets* toda la noche. Un grito ahogado se le atascó en la garganta. Allí estaba él, atado, sin saber si viviría o moriría, recordando que no le había llevado la comida a su hermana pequeña. Gimió y el dolor se hizo más intenso. No tenía la menor idea de dónde estaba, pero el suelo bajo su cuerpo era de frío cemento.

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Unas cuantas horas, supuso, porque veía una rendija de luz del sol a través de la jamba de la puerta. Le dolía muchísimo la espalda, la herida en el costado era insoportable y su mente hacía que su miedo fuera mil veces mayor.

Una puerta chirrió al abrirse hacia dentro y el espacio se llenó de una claridad que lo cegó. Levantó las manos, atadas, para protegerse los ojos. Una figura humana se acercó hacia él. Jake tenía los ojos muy magullados y casi cerrados, pero fue capaz de distinguir una cadena enroscada en una de las manos de la figura.

—Por favor, no me mates —lloriqueó. Entonces se dio cuenta de que estaba amordazado y que un trapo amortiguaba el sonido.

Su captor sacudió la cadena. Jake se preguntó por qué había sido tan estúpido. La gente tóxica de la que había advertido a Shaz lo había cogido. Enroscó el cuerpo lo mejor que pudo pese a las cuerdas que lo ataban cuando el primer latigazo le cortó la piel.

—Lo siento —dijo, sabiendo que nadie que importara podía oírlo.

Temió que nadie volvería a oír su voz.

Capítulo 19

Se acercaron a la casa del DJ después de conseguir la dirección de Richie Harrison. Era una vivienda semiadosada de construcción nueva, ubicada en la zona cara de la ciudad. Lottie se asombró al compararla con la vivienda de Liz Flood. La de Richie Harrison parecía sacada de una revista de decoración.

—Es como un sueño húmedo —dijo Kirby.

—¿Cómo se la puede permitir?

—Seguro que no con lo que gana como DJ. Su mujer debe de tener un buen trabajo.

No había ningún vehículo frente a la casa y, por mucho que llamaron, nadie contestó.

En el camino de vuelta a la comisaría, Lottie recibió la noticia de que el avión de los McAllister había aterrizado y que pronto estarían de camino a Ragmullin acompañados por una escolta. Era hora de escoger dónde darles la terrible noticia. La inspectora se estremeció al pensar que tendría que decirles que su única hija estaba muerta.

En la comisaría, se enteró de que el médico de guardia había atendido a Hannah Byrne. Le había tomado muestras de sangre y de orina para comprobar si había drogas y alcohol en el organismo. La chica estaba esperando la evaluación psiquiátrica. Tanto tiempo malgastado cuando Lottie podría estar tomándole declaración, aunque debía admitir que Hannah no se encontraba bien.

Acababa de meter el bolso bajo el escritorio y tenía la cartera en la mano para ir a buscar comida cuando llegó la garda Martina Brennan.

—Cormac O'Flaherty, inspectora, lo he metido en una sala de interrogatorios. Está siendo un quebradero de cabeza.

—¿Se ha negado a darnos las muestras? —preguntó Lottie.

—Sí.

—Ven conmigo —dijo, desesperada por comer algo—. Hablaré con Cormac. Hay un chico desaparecido: Jake Flood, de quince años. Kirby te pondrá al corriente. Comprueba si alguien ha visto el coche de la madre. El niñato lo ha robado. Y que alguien localice a Richie Harrison, el DJ.

—Lo haré.

—Ya que estás, habla con Kirby a ver qué podéis averiguar sobre el club de boxeo

Goldstars. Jake es miembro y el padre de Lucy también está metido en boxeo. Está ubicado en el viejo club de *squash* en el polígono industrial. Encuentra a alguien que pueda saber dónde anda el chico.

—¿Boxeo en un club de *squash?*

—Y habla con el garda Lei. Él sabe lo de los chavales que venden droga. Puede que tenga información al respecto.

—Perfecto.

Lottie miró a Martina alejarse por el pasillo, se la oía repetirse las instrucciones recibidas. No tenía ni idea de qué relación tenía con todo lo demás el hecho de que Jake Flood hubiera desaparecido o que fuera miembro de un club de boxeo, pero la inquietaba que hubiera estado pasando droga en la fiesta de Lucy. Aunque, primero, tenía que lidiar con el problema de Cormac O'Flaherty.

—Quiero un abogado. —Cormac estaba apoyado contra la pared, con el inhalador en una mano y una botella de bebida isotónica en la otra. Se había rascado la frente y tenía los granos en carne viva, uno incluso sangraba.

—¿Para qué necesitas un abogado?

—Estoy aquí, ¿no? Quieren tomarme muestras, así que creen que he hecho algo malo. Y si ese es el caso, entonces doy por supuesto que necesito que alguien me represente.

¿Que alguien lo represente? Sin duda, le estaba tomando el pelo.

—La toma de muestras es un proceso rutinario para descartar sospechosos. Nada que deba preocuparte, a menos que temas que tu ADN vaya a coincidir con las muestras que tomemos del cuerpo de Lucy.

El chico se mordió el labio y se sentó. Lottie supuso que se cerraría en banda como había hecho en su casa; sin embargo, dibujó una línea en la condensación de la botella y comenzó a hablar en voz tan baja que Lottie tuvo que estirar el cuello hacia él para oírlo.

—Creo que pudo haber sido Hannah.

—¿Qué pudo haber sido Hannah? —La inspectora no se atrevió a apartar la vista del chico, quien continuaba toqueteando la botella.

—La que le hizo algo a Lucy.

—¿Por qué lo dices? —Lottie se preguntaba si aquello era un intento de protegerse o si de verdad creía que Hannah había cometido un asesinato.

—La foto. Hannah estaba muy disgustada y cabreada con Lucy. Discutieron y no moló nada.

—¿No moló?

El chico entrecerró los ojos bajo sus pestañas pelirrojas.

—Se estaban gritando. El DJ… me ayudó a separarlas.

—¿Qué pasó después?

—Lucy corrió al piso de arriba. Debió de arreglarse el maquillaje, porque unos minutos después volvió a bajar las escaleras como si no hubiera pasado nada. Toda perfecta y con una sonrisa falsa en la cara.

—¿Y Hannah?

—Estaba muy disgustada. Frenética. Pero entonces empezó a relajarse.

—¿En qué sentido se relajó?

—En plan… que se quedó colgada. Bailando por ahí como si fuera de trapo. No sé cómo

describirlo.

—¿Fue por la pastilla que le diste?

—Yo me tomé lo mismo y no me puse así. Tal vez se había tomado algo antes de atacar a Lucy. Dijo que estaba bebiendo una Coca-Cola. Podría ser que hubiera algo mezclado en la bebida.

Lottie le dio vueltas.

—¿Podría Jake u otra persona haberle puesto algo en la bebida?

Cormac se encogió de hombros.

—Tal vez. No estuve con ella todo el tiempo.

—Háblame más de la pelea.

—Cuando Hannah atacó a Lucy, traté de retenerla, antes de que se metiera el DJ, y me arañó la barriga con esas uñas largas que tiene. Así que, si le encuentran sangre, parte podría ser mía, de cuando las separé.

El joven estaba hablando por los codos, a Lottie le estaba costando seguirlo. Cormac se retorció en la silla y se levantó la camiseta, y Lottie examinó los arañazos frescos que le surcaban el torso.

—¿Qué llevabas puesto?

—¿Ibas luciendo ombligo? —dijo Kirby entre risas.

—No tiene gracia. —Cormac se inclinó sobre la mesa.

—Sin duda, un asesinato no tiene ninguna gracia. —Lottie fulminó a Kirby con la mirada.

—La camiseta me iba ancha y estaba con los brazos levantados tratando de pararla cuando me arañó.

Lottie se preguntó si aquella era la razón por la que Hannah tenía sangre bajo las uñas. Necesitaba los resultados del análisis de ADN cuanto antes.

—Cormac, tenemos que tomar muestras de las heridas y fotografiarlas. ¿De acuerdo?

—Solo son unos arañazos, pero sí, vale. Tal vez demuestre lo inestable que estaba Hannah.

¿Inestable?

—Después de que Lucy se fuera al piso de arriba a arreglarse el maquillaje, ¿qué hizo Hannah?

—El DJ la calmó y le dio una bebida. Como he dicho, estaba muy ida. Era como si no supiera lo que pasaba a su alrededor. Probablemente, ni siquiera sepa lo que hizo.

—Sí que recuerdas cosas de repente. ¿Qué ha cambiado?

El joven se removió en la silla y se pellizcó el pellejo del pulgar.

—No quería chivarme de Hannah, pero con Lucy muerta, todo ha cambiado. Siento haber mentido antes. Sigo queriendo un abogado.

—Ya. —Lottie ahogó un gemido—. Trataré de arreglarlo. El tío que estaba en la puerta, Noel Glennon, el entrenador de atletismo, profesor de Educación Física, lo que sea, ¿has conseguido recordar algo más sobre él? —No fue capaz de esconder el cinismo en su voz.

—No lo había visto nunca hasta anoche.

—¿De verdad? Daba clases en el instituto de Hannah y Lucy. Tú trabajas allí como jardinero, ¿no?

—Yo lo llamo paisajismo. Sigo sin conocerlo.

Lottie no estaba segura de si creerlo o no. ¿Era Cormac alguien a quien le resultaba fácil mentir y todavía más fácil omitir la verdad?

Salió de la sala preguntándose qué versión le estaba contando: ¿la verdad, mentiras o una ficción con elementos de verdad? Necesitaba hablar con el DJ, Richie Harrison, estuviera donde estuviera el tipo. Y cuando el médico diera el visto bueno y hubiera pasado la evaluación psiquiátrica, a Hannah le esperaba un buen interrogatorio.

Pero ¿qué pasaba con la foto? ¿Por qué la había compartido Lucy? Tal vez Maria Lynch encontraría algo en el portátil. Lo que Lottie necesitaba era el móvil de la víctima.

Capítulo 20

Kirby clavó la foto de Jake Flood en la pizarra de la sala del caso.

—Tiene cara de no haber roto un plato —dijo la garda Brennan.

—Oh, estás aquí, Martina. Tenemos un adolescente desaparecido y un coche robado, además del asesinato.

—¿Cuál es la historia del chico desaparecido?

—Jake Flood, quince años. Vive en el número 16 del paseo Brinsley con su madre, Elizabeth o Liz, y una hermana de diez años, Sharon, o Shaz para sus amigos. —Kirby hizo una pausa para coger aliento—. Jake estuvo vendiendo drogas en la fiesta de Lucy McAllister. Por ahora solo son rumores, pero probablemente ciertos. Anoche robó el coche de su madre: un Fiat Punto, una carraca. Y encima azul chillón. Forma parte de un club de boxeo, el Ragmullin Goldstars. El padre de Lucy, Albert McAllister, es promotor de boxeo. Además, parece que es posible que Jake tenga conexión con una banda de chavales que van en bicicleta vendiendo drogas. Un auténtico batiburrillo de información. —Dio unos golpecitos al puro en el bolsillo de su camisa con frustración.

—Deberíamos traer al garda Lei —dijo Martina—. Se ha comido más pinchazos que tú Happy Meals, tratando de atrapar a esos críos.

—Llámalo, por favor.

Cuando Martina se fue a buscar al garda Lei, Kirby trató de respirar con normalidad. Martina le gustaba y sabía que él a ella también… como un hermano mayor. Se imaginaba que seguiría siendo así mientras el detective Sam McKeown anduviera cerca. Pese a la considerable bronca que se montó cuando la esposa de McKeown recibió una llamada misteriosa que acusaba a su marido de tener una aventura con Martina, el detective se las había ingeniado para capear ese temporal. Tal vez era hora de hacer otra llamada.

Antes de que pudiera darle más vueltas, una sombra cayó sobre la sala cuando el sol dobló la esquina del edificio.

—¿Me buscabas? —El garda Lei entró apresuradamente.

Lei era la última adquisición de la comisaría de Ragmullin. Era tan bajito como Kirby, pero ahí acababa el parecido. Lei era esbelto sin ser delgado, aunque bien podía competir con Boyd en ese aspecto. También era joven y estaba muy motivado; Kirby, en cambio, era fofo, tenía la cara colorada y su entusiasmo por el trabajo flaqueaba. Por lo que Kirby sabía, el garda Lei

había nacido y se había criado en Longford, un pueblo cercano, de donde era su madre. Su padre era hijo de inmigrantes chinos. Kirby se compadecía de que le hubieran asignado la brigada ciclista. No se podía ni imaginar el maltrato que debía de recibir. El propio Kirby había sido ridiculizado por su peso y apariencia, así que sabía los ataques verbales que sufría Lei.

—La garda Brennan me ha dicho que puede que sepas algo de Jake Flood y los adolescentes camellos en bicicleta. ¿Qué puedes contarme?

Lei estudió la foto de Jake.

—El chico es rápido, eso sin duda. Me dejó medio muerto hace un tiempo.

—¿Estaba con la banda en ese momento?

—Unos cuantos estaban montando follón frente al colegio femenino. Los seguí. El único fruto de mi esfuerzo fue un montón de ampollas en el culo.

—¿Llegaste a hablar con Jake?

—No.

—¿Sabes algo del chaval?

—Mantengo los oídos abiertos. Es una incorporación más reciente. He oído que su padre murió el año pasado y ha estado dando problemas desde entonces. No es el típico capullo. Tengo la sensación de que el crío anda un poco perdido, pero ya volverá a encontrar el camino.

—No podemos esperar tanto. —Kirby esbozó una sonrisa afligida—. Jake lleva desaparecido desde anoche y tenemos que encontrarlo. —Puso a Lei al corriente de lo que sabían hasta el momento.

—Preguntaré por ahí —dijo Lei—. Alguien tiene que saber dónde está. Entonces, ¿seguro que no está en casa?

—No, solo están su madre y su hermana. Tiene el móvil apagado. Averigua cómo sigue lo del coche. Asegúrate de que se envían las notificaciones de desaparición rutinarias y chequéalo todo conmigo antes. —No es que pensara que Lei no sabía hacer su trabajo, pero no podía arriesgarse a que Lottie lo jodiera vivo si se hacía público algo que no debía.

—Le pone ganas —dijo la garda Brennan, que regresó cuando Lei se marchaba.

—¿Estás insinuando que yo no?

—Para nada, pero tienes que admitir que no puedes competir con el torrente de sangre fresca que corre por la oficina.

—Qué cosa horrible me has hecho imaginar.

Ella rio.

—Lo siento. Tengo que ayudar a Furey en el punto de control cerca de casa de los McAllister. Luego le echaré una mano a Lei. —Se giró para marcharse.

—¿Martina?

—¿Sí? —Lo miró por encima del hombro.

—¿Nos tomamos algo después del trabajo?

—No puedo, lo siento. ¿Quizá otro día?

Kirby habría jurado que la joven se sonrojó al marcharse.

«Maldito McKeown».

Capítulo 21

Richie Harrison paró la furgoneta a medio kilómetro de la propiedad de los McAllister. Una cinta atravesaba la estrecha carretera y una garda uniformada levantó la mano y lo hizo detenerse. Se recolocó en su asiento y se esforzó por mantener la calma. Brontë ya estaba bastante asustada, así que mejor no echarle más leña a ese fuego.

—Me temo que tendrá que dar la vuelta —dijo la agente—. Desde este punto, la carretera está cortada.

—¿Qué ocurre? —Richie se toqueteó nervioso los collares que llevaba en el cuello.

—Un incidente un poco más allá. Tendrá que buscar una vía alternativa.

—Tengo que recoger mi equipo de casa de los McAllister. Lo dejé allí anoche. Serán diez minutos.

—Espere un momento. —La agente se dio la vuelta y habló por radio. Richie no escuchaba lo que decía.

—¿Por qué no nos dejan pasar? —preguntó Brontë.

—Ni puta idea.

—Nunca sabes nada.

Antes de que pudiera contestar, la garda regresó.

—¿Cómo se llama, señor?

—Richie Harrison.

—¿A qué se dedica?

—Soy DJ.

—¿Y pinchó anoche en la fiesta de Lucy McAllister?

—Eh… sí. Esta noche tengo otro evento, así que necesito mi equipo.

—¿Le importaría bajarse del vehículo, señor, por favor?

—Tengo un poco de prisa. —Aquello no pintaba bien.

—Señor, por favor, baje del vehículo. Usted también, señorita.

—Señora Harrison —dijo Brontë, molesta.

Al sentir que no tenía alternativa, Richie bajó de la furgoneta.

—¿De qué va esto?

Llegó otro agente. Ambos lo miraron, sin abrir la boca.

Al otro lado de la furgoneta, Brontë dejó escapar un grito. Richie corrió hacia ella, con los dos agentes siguiéndolo.

—¡Mi bebé! —gritó, agarrándose la barriga y doblándose—. Creo que… Oh, Dios… ya viene.

Richie rodeó a Brontë con el brazo para ayudarla a incorporarse y dijo:

—¡Tenemos que llevarla al hospital!

—El garda Furey los acompañará hasta la ciudad —dijo la mujer bajita y rechoncha, que parecía aplastada por el pesado equipo que llevaba en el cinturón.

Richie no pudo evitar fijarse en su piel suave y perfecta. Tenía que admitir que, para ser policía, era bastante atractiva.

—Gracias —dijo. El bebé no tenía que nacer hasta al cabo de cinco semanas, como mínimo. Esperaba que todo estuviera bien.

Metió a Brontë en la furgoneta. Ella le lanzó una mirada cómplice, pero Richie no alcanzó a descifrar qué significaba. Le pasó el cinturón por encima de la barriga y se inclinó para abrocharlo.

—Actúa como un padre preocupado —le susurró.

—¿Qué…?

—Chsss. Sube a la furgoneta y calla.

Richie cerró la puerta y se sentó en el asiento del conductor.

—Sígame —le indicó Furey y comenzó a caminar hacia el coche patrulla.

—¿Qué pasa? —preguntó Richie. Brontë le pegó un codazo en las costillas.

—Ha habido un incidente serio en casa de los McAllister. Esta mañana han hallado muerta a una joven, probablemente se trate de un asesinato. Ahora llevemos a su mujer al hospital.

Richie dio marcha atrás con la furgoneta y, antes de que consiguiera girar, esta se le caló en el arcén cubierto de hierba; durante la maniobra, se fijó en que la garda atractiva estaba anotando el número de la matrícula. ¿Qué le pasaba? Fue entonces cuando procesó las palabras del otro agente y casi se vomita encima.

Un asesinato en casa de los McAllister.

Y la policía estaba por todas partes. Mierda.

El coche patrulla aceleró por las callejuelas antes de meterse, derrapando, en la carretera principal con las luces estroboscópicas azules y blancas parpadeando sobre el techo y la rejilla. A Richie le costaba seguirle el paso. Su furgoneta eructó gases diésel cuando apretó con fuerza el acelerador. La cabrona de Brontë no quería darle dinero para el taller, pero ahora tenía cosas más urgentes de las que preocuparse.

—¿Estás bien? —Miró a su mujer y la encontró con la mirada clavada al frente y la boca apretada—. ¿Brontë?

—Estoy bien.

—¿Algún otro dolor? —Estaba acostumbrado a sus cambios de humor, pero parecía estar entrando en un terreno totalmente nuevo.

—Obviamente, todo era mentira —le contestó, y Richie casi pisó el freno. Con rabia, Brontë añadió—: Sigue conduciendo, joder.

Él tragó con fuerza y trató de recuperar un mínimo de compostura.

—¿Y a qué ha venido la actuación?

—Tenía que alejarte de ellos. Puede que esa poli fuera guapa, pero no iba a tragarse tu falso carisma. Eso solo debe de funcionar con las adolescentes, porque te ha mirado como si fueras un… no sé, ¿un pervertido? O tal vez un sospechoso.

—Por el amor de Dios, ¿sospechoso de qué? —Los nudillos se le pusieron blancos al apretar más el volante. Perder los estribos nunca servía de nada con Brontë—. No pensarás de verdad que he tenido algo que ver con la muerte de esa chica, ¿no?

—No sé qué pensar.

—¿Hablas en serio? No tengo la menor idea de lo que está pasando, cariño.

—¿Estás seguro, «cariño»? —Se volvió para mirarlo y sus ojos eran dos pozos negros de rabia.

Richie sintió ganas de encogerse como un animal acorralado. Sabía cómo era Brontë cuando empezaba.

—Me pregunto quién será —susurró.

—Escúchame, Richie, tienes que espabilarte. Sigue de cerca el coche patrulla y empieza a fingir que eres un padre primerizo preocupado. Dios sabe que no has hecho otra cosa más que fingir desde que te dije que estaba embarazada.

—Ah, no digas eso. Es un golpe demasiado bajo. —Puso el intermitente y giró a la izquierda en la rotonda, manteniéndose tan cerca como pudo del coche patrulla.

—Admítelo, Richie, y por una vez en tu patética vida, sé sincero. Ves al bebé como un estorbo para tu estilo de vida.

—¿Qué estilo de vida? —Sacudió la cabeza, completamente perplejo.

—La vida que vives después de que se ponga el sol. La vida en la que te comportas como un semental *sexy* cuando estás por ahí pinchando tu música de mierda. Todas esas madrugadas de flirteo y lo que sea que haces se verá limitado cuando nazca nuestro hijo. Y tengo la sensación… no, tengo la certeza de que estás resentido con el bebé. No sabes la que te espera cuando nazca.

Richie no respondió, pero se le cayó el alma a los pies. Las palabras de Brontë se le clavaron porque eran ciertas. Brontë lo tenía calado, y rezaba a Dios porque no supiera lo que había pasado anoche.

—Qué, no lo niegas, ¿no? —Se acarició la barriga con suavidad.

Tal vez el silencio era la mejor opción, no quería incriminarse delante de su esposa. No se le escapaba nada, era demasiado inteligente. Mejor dejar esa pelea para otro día. En vez de eso, trató de averiguar qué sabía, si es que sabía algo. Si sabía ni que fuera un poquito, estaba con la mierda hasta el cuello. Empezaba a pensar que ya sabía demasiado.

Capítulo 22

Lottie se había comprado un café y un bocadillo en la cafetería Bean y estaba sentada en su escritorio comiéndoselo cuando le sonó el móvil. ¿Y ahora qué?

—Sean, estoy ocupada. ¿Qué pasa?

—Ha llamado la abuela. Se la oía mal. Creo que está acatarrada. Me ha pedido que le compre leche y pan y que se lo lleve a casa.

—Vale. —Tendría que llamar a su madre después del trabajo—. ¿Puedes ir con la bici?

—Sí. Mamá, en realidad no llamaba por…

—Estoy ocupada, Sean. Estoy investigando un asesinato.

—Sí, ya me lo has dicho, y es terrible. Verás, lo que quería saber es… Eh… ¿Cuándo me van a interrogar?

—En algún momento de hoy. Probablemente, lo haga el detective McKeown.

—¿Te retirarán del caso porque yo estuve allí?

Lottie vio a dónde quería llegar su hijo.

—No, no te preocupes. Te recogí sobre la medianoche. La muerte de Lucy ocurrió horas más tarde, aunque todavía falta mucho para tener una hora exacta. Solo di lo que viste o escuchaste, y da los nombres de cualquiera que sepas que estuvo allí, ¿de acuerdo?

Una pausa larga. La inspectora dio unos sorbos al café; lo oía respirar al otro lado. Al fin, Sean dijo:

—Vale.

No sonaba muy convencido.

—¿Hay algo más?

—Bueno… quiero decir, creo que no. ¿Tengo que contarlo… todo?

—Sí. —Lottie hizo una pausa—. No tienes nada que esconder, Sean, ¿verdad?

—Será mejor que me vaya a hacer la compra para la abuela. Hablamos luego.

Lottie se quedó mirando el móvil cuando su hijo colgó el teléfono. ¿Qué motivo podía tener para estar preocupado? Lo había recogido poco después de medianoche y, un rato más tarde, se había metido en la cama. Tal vez había visto la foto de Hannah semidesnuda. Tendría que habérselo preguntado. McKeown lo haría.

Entonces, se preguntó si se habría tomado una de esas pastillas, como Hannah y Cormac. No era posible, ¿verdad? Si lo había hecho, lo mataría. Estaba a punto de llamarlo de nuevo cuando

escuchó gritos en la sala general de la comisaría, frente a su despacho.

«Primero come y luego ve a ver qué pasa».

Bebió otro trago de café y dio un mordisco al bocadillo preparándose para lo que le caería a continuación.

* * *

Hacía tanto calor en la comisaría que parecía que faltara el oxígeno. Lynch se deshizo de la chaqueta y el suéter y se arremangó la camisa. Si no fuera porque McKeown estaba allí, se habría quitado los zapatos. Al revisar el portátil de Lucy, frunció el ceño y se rascó la cabeza con la punta del bolígrafo.

—Qué frustración.

—¿Ben no te folla lo suficiente?

—Cierra la boca, McKeown. Te denunciaré por acoso sexual.

—Igual que cuando le dijiste a mi mujer lo mío con Martina, ¿cierto? No eres más que una chivata.

Lynch frunció el ceño y los labios. Ni de coña iba a hablar de nada con él.

—Adelante —dijo el detective—. Sé que te mueres por decirme lo que has descubierto.

Maldita sea, pero necesitaba hablar con alguien.

—Lucy tenía planeado pasar el fin de semana pasado fuera con alguien.

—¿El fin de semana de antes de la fiesta?

—Sí. Parece que la persona a quien le estaba escribiendo usaba una de esas cuentas de correo anónimas. Le he pedido a Gary que intente rastrear la dirección.

—¿Por qué no envías un correo y ves quién te contesta? —dijo McKeown estirando los brazos hacia arriba y bostezando.

—¿Y asustarlo? Ni hablar. —Pero reflexionó un poco sobre la sugerencia—. Podría pedirle a Gary que me hiciera una cuenta y una RPV falsas.

—¿Ves?, soy más que una cara bonita.

Lynch se quejó.

—¿Por qué no haces lo que se supone que tienes que hacer y vuelves a interrogar a los adolescentes de la fiesta?

—Puedo hacer varias cosas a la vez, a diferencia de alguien que yo me sé.

—Imbécil.

Desde la pelea en la comisaría a raíz de su aventura, no soportaba a McKeown. Para ser sincera, tenía más que ver con el hecho de que hubiera seguido, con todo el descaro, su relación con la garda Brennan. ¡Hombres! Pensaban con la polla. Sacudió la cabeza furiosa.

—Ten cuidado o te saldrá volando —dijo el detective.

—Capullo —masculló ella.

—Qué infantil eres. Para que conste, no es de tu incumbencia lo que hago en mi vida privada, o con quién lo hago. Relájate.

—Imbécil. —Cerró el portátil de golpe, se lo metió bajo el brazo y entró en el despacho de Lottie cerrando la puerta de un portazo.

* * *

—Lo siento jefa —dijo Lynch—, no pretendía pegar un portazo. Bueno, sí, pero no era por ti.

—Siéntate. —Lottie abolló el envoltorio del bocadillo y lo tiró a la basura. Echó al suelo las migas que habían caído sobre el escritorio—. Pareces una tormenta a punto de estallar. ¿Qué está pasando ahí?

—Es McKeown siendo un… cara dura.

—Querrás decir un capullo.

—Exacto.

—Intenta mantener la paz. Hablaré con la comisaria para ver si lo devuelven a Athlone cuando terminemos con este caso. Soy muy consciente de que el ambiente en la oficina no es el mejor…

—Eso es quedarse corta.

—… pero necesitamos todo el personal que podamos tener y…

—No importa. —Lynch levantó la mano en señal de rendición—. Puedo manejarlo.

—¿Estás segura?

—De verdad, no pasa nada.

—Me alegro de oírlo. —Lottie no estaba segura de cuánto tiempo podría mantener el control Lynch, pero todavía no podía permitirse perder a McKeown. Tenía habilidades que otros miembros del equipo no tenían, así que era fundamental mantener la calma hasta que encontraran al asesino de Lucy McAllister—. ¿Has podido entrar en el portátil de Lucy?

—Gary consiguió dar con la contraseña.

—¿Y? —Lottie no fue capaz de ocultar su impaciencia. Pronto tendría que reunirse con los padres de Lucy, y sería genial poder darles alguna noticia positiva en un momento de conmoción y dolor inevitables.

—Estoy revisando sus cuentas en redes sociales. Juro por Dios que si veo otro selfi, lloraré. Cómo se quería esa chica.

—A esa edad, todas son iguales —dijo Lottie, pensando en sus hijas, aunque en el caso de Hannah Byrne no se cumplía—. ¿Alguna pista de por qué alguien querría a Lucy muerta?

—No, pero he encontrado algo en sus correos. Parece que había planeado encontrarse con alguien el fin de semana pasado. No sé con quién, Gary está tratando de rastrear al usuario. Es un poco extraño.

—Explícate.

—Dice: «Reúnete conmigo en el Café Lagh, 19:00, sábado. Trae un camisón *sexy*». La dirección no existe, y la persona utilizó una cuenta anónima. ¿Tal vez alguien que temía ser descubierto?

—Maldita sea. ¿Lucy contestó?

—Solo para decir: «Allí estaré».

—A saber dónde es «allí». Habla con Ivy Jones. Es la mejor amiga de Lucy y puede que sepa algo del tema.

—Lo haré.

—Imprímeme el correo y cualquier otro mensaje parecido que encuentres. Los McAllister llegarán en cualquier momento.

—Suerte que no me toca hablar con ellos.

—Muchas gracias —dijo Lottie secamente.

Capítulo 23

Lottie fue a ver cómo se encontraba Hannah y se sorprendió al ver que su madre no estaba con ella. Un agente uniformado montaba guardia frente a la puerta, así que era imposible que la chica pudiera escapar, aunque no parecía que estuviera en condiciones de caminar, menos aún de correr.

—Te pido disculpas por el retraso del psiquiatra —dijo Lottie—. No depende de mí. No podemos continuar hasta que la evaluación determine que estás en condiciones para ser interrogada.

—¿Para qué la necesito?

—El médico te ha tomado muestras de sangre, que deberían confirmar si te drogaron con… —Hizo una pausa. No quería asustarla—. El psiquiatra tiene que averiguar si las drogas que tomaste han afectado a tus facultades.

Hannah se arrancaba trocitos de las uñas agrietadas.

—Y si no estoy en condiciones de ser interrogada, ¿qué pasa entonces?

—Puede que tengan que ingresarte en el hospital en observación.

—Solo quiero irme a casa. Me encuentro fatal.

—¿Dónde está tu madre?

—Ha ido a ver cómo está Olly. Volverá lo antes posible.

—¿Quieres comer o beber algo?

—Alguien me ha traído una botella de agua.

—¿Necesitas ir al baño?

—No.

—Llama a la puerta si necesitas ir.

—Lo que usted diga. —Hannah se miró fijamente las manos—. ¿Por qué no me pregunta lo que me quiere preguntar?

—Porque estabas enferma, hay ciertos procedimientos que debemos seguir. —Por mucho que Lottie quisiera preguntarle sobre la foto y el incidente que había revelado Cormac, no podía. Debía hacerlo bien. También sabía que no podía retener a la chica indefinidamente.

—He estado tratando de recordar cosas. Me vienen retazos, pero todo es muy confuso. Estoy segura de que Jake me puso algo en la bebida. ¿No puede hablar con él?

—Estamos teniendo problemas para localizarlo.

—¿Han hablado con Cormac? Él lo sabrá.

—Lo hemos hecho.

—¿Qué ha dicho?

—Lo siento, Hannah, no puedo decírtelo.

—Pues entonces tienen que encontrar a Jake. Él me sirvió la Coca-Cola. Tiene que ser culpa suya. Soy una atleta y cuido mucho lo que me meto en el cuerpo. No es culpa mía si alguien me drogó. —Hannah dejó caer los hombros, como si toda resistencia hubiera abandonado su cuerpo, y se abrazó, como si eso pudiera ahuyentar el lío en el que estaba metida. Se encontraba en un estado tan lamentable que parecía tener siete años en vez de diecisiete.

—Lo siento, Hannah. Por mucho que me gustaría hablar contigo de lo que pasó anoche, eres menor de edad y tengo las manos atadas hasta que se considere que estás en condiciones de ser interrogada. Espera y yo hablaré con el médico para ver qué pasa. Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo.

—Lo único que quiero es irme a casa, darme una ducha y dormir.

«Ya somos dos», pensó Lottie.

Capítulo 24

Sean pedaleaba tan despacio como podía sin llegar a caerse de la bicicleta. Necesitaba tener claro lo que iba a contar antes del interrogatorio. Cuanto más tiempo pasaba sin decirle a su madre que había vuelto a casa de Lucy la noche anterior, que había visto el cuerpo y que había oído a alguien hablando, más difícil iba a ser. Estaba seguro de que la apartarían del caso.

Se acomodó en la espalda la mochila cargada con la compra para su abuela y trató de quitarse de la cabeza la imagen del cuerpo roto de Lucy. Imposible. La veía cada vez que parpadeaba, fija, atormentándolo. ¿Quién podía haber sido tan despiadado? ¿Y a quién había oído hablar? ¿A los asesinos? Estuvo a punto de caerse de la bicicleta. ¿Era posible que lo que había presenciado cambiara el rumbo de la investigación? Le pediría consejo a la abuela Rose.

Apoyó la bicicleta contra el muro lateral y entró en la cocina por la puerta trasera, decidido; sabía que su abuela le diría qué hacer.

—Ah, Sean, aquí estás. No sé qué haría sin ti. Eres un ángel en bicicleta.

Forzó una sonrisa porque pensó que, si no lo hacía, se echaría a llorar. Comenzó a guardar la compra.

—Tienes mala cara, abuela. ¿Estás resfriada?

—Tengo mucha mejor cara que tú, hijo. ¿No estás durmiendo? Un vaso de leche tibia antes de irte a la cama es mano de santo. O un chocolate caliente. Tengo una lata en alguna parte. Te la buscaré.

Se levantó del sillón orejero y comenzó a buscar abriendo y cerrando alacenas.

—No hace falta, abuela.

—Oh, aquí está. Una cucharada de esto en un vaso de leche caliente y dormirás como un bebé.

Sean se quedó mirando la lata. No tuvo el coraje de decirle que era salsa de carne en polvo.

—Gracias. Lo probaré esta noche, pero no volveré a salir de fiesta durante un tiempo.

—¿Fiesta? Me alegro de que salgas un poco. Todos esos ordenadores y trastos no son buenos para ti. Ya es hora de que te busques una muchacha. —Volvió a sentarse en el sillón junto al fuego y se cubrió las rodillas con una manta—. ¿Tienes novia? ¿O tal vez novio? No soy tan carca como dice tu madre.

Sean se sentó frente a ella.

—Estoy en un aprieto, abuela.

—No estará embarazada, ¿verdad?

—No tengo novia, ni novio.

—Oh, me alegro. De que no haya una novia embarazada, quiero decir, no de que no tengas un novio, aunque no sé qué pensaría tu madre. A veces es un poco mojigata.

—Abuela. —Sean se acercó más—. ¿Siempre es mejor decir toda la verdad o está bien callarse algunas cosas?

—Oh. —Eso fue todo lo que dijo, y cerró los ojos.

«Esto es una pérdida de tiempo», pensó Sean.

La anciana abrió los ojos de golpe y se inclinó hacia delante.

—Sean, yo viví con una mentira durante más de cuarenta años y cuando la verdad salió a la luz, casi nos destroza a tu madre y a mí. Puede que pienses que es mejor mentir, pero por muy listo que te creas, al final la verdad se sabrá.

—Eso suponía. Gracias, abuela.

—¿Quieres contarme de qué va la cosa?

—Es mejor que no te involucre.

—Espero que no estés en peligro.

—Yo también.

—Decidas lo que decidas, ten cuidado. —Los ojos de Rose parecieron nublarse—. Antes de irte, ¿puedes ir a la sala de la caldera y subir el termostato? Hace un frío que pela aquí dentro.

En la cocina hacía un calor abrasador, pero Sean hizo lo que le pedía. Cuando volvió, su abuela estaba roncando con suavidad, tenía la cabeza apoyada sobre el hombro en un ángulo extraño. Le acomodó la manta, cerró la puerta de la estufa y la dejó allí mientras peleaba mentalmente con su dilema.

* * *

Tratar de organizar un homenaje para Lucy McAllister, con la mayoría de los profesores tostándose al sol en un país extranjero, era una tarea casi imposible. Noel Glennon se quedó solo el tiempo necesario en la reunión para no parecer un maleducado y no reveló que había trabajado en la fiesta de Lucy. Sabía que en algún momento saldría a la luz y le jodería la vida. De eso no había duda.

Mientras volvía caminando hacia su apartamento, tomó un desvío a través del parque de la ciudad y repasó, palabra por palabra, el interrogatorio con los detectives de hacía unas horas. ¿Y si, sin darse cuenta, había dicho algo que no debía, algo que pudiera arrojar sospechas sobre él? Más sospechas aún de las que ya había levantado su estupidez.

Había sido un error echarle una mano a Lucy. No había sido por vocación, ¿verdad? Le dijeron que era una buena oportunidad para vigilar de cerca a los adolescentes. El señuelo de los cien euros que Lucy le había prometido lo había cegado. Ahora ya no los cobraría nunca.

Tenía que admitir que había tenido suerte de que la mayoría de los chavales en la fiesta ya hubieran terminado el instituto o estaría en un lío todavía más grande cuando se supiera la verdad. Entonces pensó en el pequeño número de adolescentes que volverían después de las vacaciones. A los críos les encantaba meter a los profesores en problemas. Eso significaba que tal vez se había quedado sin trabajo.

Se sentó en un banco y miró a un pato que trataba de cruzar el estanque chapoteando. Todo ese asunto había sido un inmenso error de cálculo. Y ahora se había visto arrastrado a una investigación de asesinato.

—Lucy McAllister está muerta —masculló. No había manera de escapar de ese hecho. Esa chica, tan hermosa y con tantos problemas, ya no estaba. No podía revelar la verdad.

Él sabía cosas que nunca podría contar. Habían comprado su silencio, y ahora el secreto vivía en él. Como un bloque de cemento apretándole el pecho, lo asfixiaba. ¿Por qué se había dejado involucrar en todo aquello, cuando no quería otra cosa que vivir en paz? Y dinero.

Apretó el puño y lo descargó contra el banco de hierro. Un dolor inmenso le subió por la mano y por el brazo, como un misil teledirigido despegando. Trató de estirar los dedos, pero el dolor se lo impidió.

Un error. Había cometido varios, pero ahora una chica había perdido la vida.

Si todo salía a la luz, joder, podía acabar en la cárcel.

Tenía que hacer algo ya.

Pero ¿qué?

Se acarició la mano dolorida un momento más, tomó una decisión y salió del parque con paso lento y calculado.

* * *

Cormac no conseguía respirar bien en la claustrofóbica sala de interrogatorios, así que al final había permitido que le tomaran las muestras. Supuso que en algún momento tendría que dárselas. Las manos le temblaban tanto que tuvieron que tomarle las huellas dos veces. Se preguntó qué sentido tenía tomar huellas con toda la gente que había estado en casa de Lucy. Esperaba que la policía supiera lo que hacía.

Fuera, respirando el aire fresco y con la advertencia de no abandonar la ciudad resonándole todavía en los oídos, sintió que llevaba días enjaulado entre las paredes de la comisaría. ¿Que no abandonara la ciudad? Como si tuviera algún lugar al que ir, aparte del callejón sin salida que era Ragmullin.

Caminó deprisa, respirando a bocanadas el aire fresco; intentó llenar su cerebro con las imágenes y sonidos del bullicio de la ciudad de aquel sábado. Era un esfuerzo para librarse de la imagen de Hannah medio desnuda que ocupaba cada centímetro cuadrado de su cráneo. También había otras imágenes, pero era peligroso explorarlas.

Pasó frente a la cafetería Bean. Le encantaba el café que hacían, y el olor lo siguió como una sombra. Se moría de hambre, pero siguió caminando. Con resolución forzada, sus pasos lo llevaron por la calle Gaol y la cruzó. Rodeó el exterior del parque hasta que se encontró en el camino que llevaba al canal. Esperaba encontrar junto al agua espacio para pensar.

Aunque allí se estaba más tranquilo, todavía oía el murmullo del tráfico y el chirrido de los frenos. Se sentó en la orilla repleta de cañas, con los tobillos cruzados y las manos metidas bajo las rodillas. Miró el agua turbia y consideró de verdad la posibilidad de tirarse.

Estaba realmente jodido. Todo ese asunto era demencial. Nunca olvidaría esa foto de Hannah. ¿Cómo podía haber sido tan cruel Lucy? Había sentido mucha lástima por Hannah, así que ¿por qué se lo había contado a la policía? ¿Por qué no les había dicho la verdad? Toda la

verdad. En su lugar, había usado a Hannah como cabeza de turco ante la policía para desviar la atención de sí mismo. ¿Sabía siquiera toda la verdad?

Cuando había visto la foto en la fiesta, sintió que podría matar a Lucy. Ese pensamiento hizo que se le cortara el aliento. ¿Era capaz de matar a alguien? Lucy tenía una lengua afilada y solía meterse con él, pero nunca le había molestado de verdad. No hasta anoche, cuando había escogido a la dulce Hannah como víctima.

¿Sentía esa aversión intensa hacia Lucy por lo que había pasado la semana antes de que muriera? ¿O era porque lo había humillado delante de Hannah? La chica le gustaba y no quería quedar como un pringado delante de ella. ¿Era el efecto de las drogas que había tomado? ¿Qué le había vendido Jake?

Y luego estaban las manchas de sangre en su ropa. La policía conseguiría una orden de registro. Aunque la había lavado, ¿debería quemarla? No, eso lo haría parecer culpable, y no tenía nada por lo que sentirse culpable, ¿verdad?

Se dio cuenta de que estaba llorando, la respiración se le cortaba con cada sollozo. Hurgó en el bolsillo buscando el inhalador y se dio cuenta de que se lo había olvidado en la comisaría. Intentó dejar de llorar y trató de respirar.

¿Cómo podía haber metido a Hannah en ese follón? Había sufrido tanto como él por la lengua afilada de Lucy. Las lágrimas le caían una tras otra e intuyó lo que se avecinaba, incapaz de detenerlo.

A toda velocidad, el pánico le subió por el pecho como una bola de demolición, oprimiéndole los pulmones con sus largos y penetrantes dedos, como una garra atenazadora. Ya no podía recuperar el aliento. Trató de hacer entrar y salir el aire por su nariz, pero el tsunami de pánico se negaba a aflojar; peor aún, se retorcía cada vez con más fuerza. Tenía que aguantar. Siempre acababa pasando. En la agonía del ataque, un pensamiento atravesó su cerebro: ¿qué le había dicho Hannah a la policía?

Sentía que el aire a su alrededor desaparecía y, en ese momento, le pareció ver a un chico en bicicleta acercándose a él.

Se levantó a toda prisa y, tambaleándose, se fue a casa sin mirar atrás.

Capítulo 25

Con las manos atadas con firmeza, Jake no podía hacer nada para detener los golpes de la cadena contra su piel. Gritó y lloró con la mordaza en la boca, se ahogaba con la bilis que le subía del estómago. No sabía si su atacante era un hombre o una mujer, porque un pasamontañas le cubría la cara. No entendía por qué estaba sucediendo, había hecho lo que le habían pedido. Excepto por una pequeña pifia, y eso no podía justificar la intensidad de aquella paliza que le estaba arrancando grandes pedazos de carne del cuerpo.

Su hermana pequeña apareció ante él, suplicando a su atacante que dejara de hacer daño a su hermano mayor. La imagen se tiñó de rojo mientras la sangre llenaba las cuencas de sus ojos. Su hermanita, la persona más molesta del mundo, estaba en peligro. La quería, a pesar de lo mucho que lo irritaba, y la había puesto en un grave peligro sin posibilidad de salvarla.

«¡Shaz!», creyó gritar su nombre, pero no había más sonido que el de los eslabones de la cadena tintineando cuando su atacante retrocedió antes de descargar otro golpe atroz. Ya estaba débil por lo que había pasado en casa de Lucy, pero ahora sintió que se desvanecía.

Las lágrimas se mezclaron con su sangre en el oscuro espacio, donde era incapaz de ver quién blandía la cadena con una fuerza tan cruel.

Sintió que la vida abandonaba su cuerpo indefenso y su último pensamiento antes de que el mundo se convirtiera en oscuridad fue: ¿quién salvaría a su hermanita?

Capítulo 26

Iba a ser un encuentro desgarrador con los McAllister; Lottie tenía un nudo en el estómago. No le habría ido nada mal un antiácido. O un vodka.

Habían escoltado con discreción a los padres de Lucy desde la zona de llegadas del aeropuerto de Dublín. Un garda uniformado había conseguido que Albert McAllister le diera la información del aparcamiento y, tras coger las llaves, se había ido con un montón de maletas caras a buscar el vehículo para llevarlo hasta Ragmullin. Después de eso, condujeron a la pareja hasta un coche de policía camuflado y partieron de inmediato. Habían manejado con destreza sus preguntas frenéticas. La única respuesta que habían recibido fue que esas eran las instrucciones que les había dado la inspectora Lottie Parker, de la comisaría de Ragmullin.

Lottie lo había organizado todo para que los llevaran a un apartamento en el Hotel Brook. No pensó que fuera justo darles la noticia del asesinato de su hija en la comisaría, y no podían ir a casa, ya que los forenses seguían examinándola.

Antes de salir hacia el apartamento, la inspectora comprobó con el gerente del bar el horario de Liz Flood de la noche anterior. No le sorprendió escuchar que la mujer había terminado su jornada quince minutos después de la medianoche. Así que, ¿dónde había estado desde entonces hasta llegar a su casa esa mañana?

El apartamento *boutique* era compacto y limpio. Lottie se sentó en una silla frente a los dos rostros ansiosos y Kirby permaneció de pie junto a la puerta.

Albert habló de inmediato:

—He leído en la aplicación de noticias que ha habido un ataque cerca de nuestra casa. El conductor se ha negado a llevarnos. ¿Quién ha sido atacado? ¿Dónde está Lucy? ¿Qué está pasando? —Su piel caoba se arrugaba como un bolso de cuero viejo y los ojos marrones relucían de rabia.

Se puso de pie cuando Lottie se sentó. ¿Para intimidarla? Menuda chorrada. El hombre medía alrededor del metro setenta, si ella se ponía en pie ya vería quién intimidaba a quién. Sin embargo, aquel no era el momento para juegos de poder, así que permaneció sentada.

Eran más o menos vecinos, aunque no habían hablado antes. Sus chinos azul marino estaban arrugados por el vuelo y la camisa de lino blanco también, además de estar manchada de sudor, con los dos botones de arriba desabrochados. Al comprobar sus antecedentes, había averiguado que tenía cuarenta y cinco años.

Mary McAllister se balanceaba en el borde del sofá, retorciéndose los dedos bronceados

cubiertos de diamantes.

—Tengo que ir a casa. Estoy preocupada por Lucy, no me ha devuelto las llamadas.

Esa era la frase que Lottie necesitaba.

—¿Cuándo habló por última vez con su hija, señora McAllister? —Ignoró a Albert, que caminaba detrás del sofá, aunque la distraían los largos rizos rubios de Mary. De alguna forma, resultaban antinaturales en una mujer de cuarenta años.

—Ayer, alrededor de las cinco de la tarde. Bueno, eran las cinco en España, así que debían de ser las cuatro aquí. Puede que las seis. Nunca me aclaro con cómo funciona el cambio de hora. ¿Albert?

—Serían las cuatro de aquí —dijo el hombre con impaciencia. Su pelo, aclarado por el sol, parecía paja y le caía alrededor de la cara de forma desordenada—. ¿Qué hacemos aquí? Quiero ver a Lucy.

No había una forma fácil de decir algo así, nunca la había, así que lo dijo sin más.

—Siento tener que darles una trágica noticia. Me temo que su hija Lucy ha sido encontrada muerta en su casa esta mañana.

El rostro de Albert se tiñó de rojo por la rabia.

—No sea ridícula. Mary habló con ella ayer. Lucy está bien. Esto es un terrible error. —Entonces se detuvo y se dejó caer junto a su mujer.

—Mucho me temo que no es ningún error.

El hombre debió de captar la sinceridad en la expresión de Lottie, porque perdió el color y se dejó caer hacia atrás sobre los cojines afelpados.

—¿A qué se refiere? —La voz de Mary sonaba frágil—. Quiero ver a mi hija. —Hizo ademán de levantarse, pero Lottie la detuvo levantando la mano en el espacio entre ellas.

—Esto no son más que estupideces —dijo Albert antes de que Lottie pudiera hablar, a la vez que se golpeaba las rodillas, recuperando con creces su prepotencia.

Lottie se concentró en su esposa.

—Señora McAllister, ¿puede…?

—Oh, por el amor de Dios, llámeme Mary.

La inspectora se irguió y apoyó las manos sobre las rodillas, inclinándose ligeramente hacia delante.

—Lo siento de verdad. Esta es una noticia espantosa y tardarán en procesarla. Le pido disculpas por ser tan directa, pero deben saber que su hija ha sido asesinada. Quién lo ha hecho y por qué es algo que todavía no sabemos, pero necesito su ayuda para averiguarlo. Soy consciente de que es desgarrador, traumático; no obstante, el tiempo es crucial y quiero que ambos trabajen conmigo para averiguar quién le hizo esto a su preciosa hija. —Se sentía como una desgraciada por haber hablado así a unos padres que acababan de perder a su hija, pero a veces no podía evitar tener que ser cruel para ser buena.

—Sigo sin entenderlo. ¿Nuestra Lucy? No puede estar muerta… —Los labios de Mary temblaban como gelatina.

—Creo que es cierto. —La voz de Albert era apenas un susurro y sus ojos miraban a todas partes menos a Lottie. Se puso a mirar el móvil y, después de unos segundos, volvió la pantalla hacia su mujer, para que viera la aplicación de noticias que había abierto—. Aquí dice que han encontrado muerta a una adolescente en… Beaumont Court… Dios bendito, es nuestra

dirección.

—No puede ser cierto. No me diga que mi pequeña está muerta, por favor, no me haga esto. —Mary se desplomó con el rostro desencajado, retorciéndose las manos.

—Dice que se rumorea que los padres dejaron sola en casa a su hija de diecisiete años durante más de tres semanas. ¿Cómo coño han conseguido los periodistas esa información? —Albert fulminó a Lottie con la mirada. La inspectora estaba acostumbrada a la rabia que precedía al dolor.

—Le aseguro que no ha sido a través de nosotros, pero lo comprobaré. —Se le rompía el corazón por ellos al pensar en cómo se sentiría si algo así les pasara a sus propios hijos—. No puedo ni imaginar por lo que deben de estar pasando, pero tengan en cuenta que en los casos de asesinato el tiempo es crucial. Por favor, ayúdenme.

—Lucy es nuestra única hija. No puede estar muerta. Es lo único que tenemos. —Mary pareció encogerse en sí misma, su bronceada piel palideció de forma notable. Era como si estuviera mudando la piel por la conmoción. Entonces, levantó la vista, con los ojos llenos de esperanza de pronto—. ¿Cómo saben que es ella? No hemos identificado el… c-cuerpo. Quizá han cometido un error. Puede que no sea Lucy.

—No hemos cometido ningún error. Lo lamento muchísimo.

—¿Cómo… cómo murió? —preguntó Albert. Ya no se resistía.

Lottie esquivó la pregunta.

—Se realizará un examen *post mortem*, pero puedo pedir que les dejen ver el cuerpo de su hija.

—¿Le dispararon? —El hombre habló con energía renovada—. ¿La apuñalaron? ¿Le dieron una paliza? Joder, quiero saber qué le ha pasado a nuestra niña. Díganoslo. Sin rodeos.

«Respira», se advirtió Lottie a sí misma mientras contaba mentalmente para mantener la calma.

—Lucy fue víctima de un ataque con arma blanca. Murió a consecuencia de las heridas.

—Oh, Dios misericordioso, mi pequeña —aulló Mary, y el cabello le flotó alrededor como un halo rizado.

Albert le abrazó la cabeza y la llevó hacia su pecho, acariciándola como si fuera una niña.

—¿Qué quiere saber? —preguntó, otra vez hundido.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que alguien quisiera matar a su hija?

Albert sacudió la cabeza despacio.

—Por supuesto que no. Solo tenía diecisiete años. Esto es espantoso. Nuestra Lucy era una buena chica. Una gran estudiante. Se portaba de maravilla en casa. Nunca hemos tenido ni un solo problema con ella, ¿verdad, Mary? Era un auténtico encanto, tanto nosotros como sus amigos la adorábamos. Nunca he oído nada malo sobre mi pequeña.

Lottie se preguntó si quizá sus palabras no eran un poco demasiado forzadas.

—¿Tenía novio?

—Salió con alguien el año pasado. Brad o Bud o algo así. Cortó con él porque iba a empezar su último año.

Lottie escuchó a Kirby tomando notas y dijo:

—¿Apellido?

—Ni idea. No era nada serio.

Mary levantó la cabeza del hombro de su marido.

—Se llamaba Bradley Curran. Vivía en alguna parte del lado norte de Ragmullin. Se mudó a Australia con su familia.

—De acuerdo. ¿Saben quién pudo estar en la fiesta de anoche?

—¿Qué fiesta? —preguntaron los McAllister al unísono.

—Lucy dio una fiesta anoche para celebrar el final de los exámenes. Bastante concurrida. ¿No estaban al corriente?

Mary miró a su marido. Ambos negaron con la cabeza.

—Se equivoca —dijo Albert—. Nos habría pedido permiso. Cuando Mary habló ayer con ella, no le dijo nada de ninguna fiesta. ¿Está segura?

—Bastante segura —dijo Lottie—. ¿Quién suele tener acceso a su propiedad? Llaves de la casa, ese tipo de cosas.

—Hay una mujer que viene a limpiar dos veces por semana. Tiene una llave. Sarah Robson. Durante una temporada, dio clases en el instituto de Lucy. Muy buena gente.

Era la primera noticia que tenía Lottie de que Sarah había sido profesora. Guardó la información para después.

—Sarah llegó esta mañana a limpiar su casa y fue quien hizo el triste descubrimiento. ¿Qué hay de los jardineros, empleados de mantenimiento? Es una propiedad de un tamaño considerable.

—Hay un muchacho que nos corta el césped. Cormac O'Flaherty. No tiene la llave ni nada parecido. Yo suelo estar con él. Nadie tiene acceso privado, además de Sarah.

«Y el asesino», pensó Lottie. Aunque la noche anterior hubo una multitud en la casa, así que bastante gente había tenido acceso.

—¿Lucy tenía mucha relación con Sarah?

—Por lo general, estaba en el colegio cuando Sarah limpiaba —dijo Mary—. Pero es probable que hablaran cuando estábamos fuera. Oh, Albert, nunca debimos dejarla sola.

—Necesito una lista de los amigos y conocidos de Lucy, así como sus datos de contacto.

—Estarán en el móvil de Lucy —dijo Albert.

—De acuerdo. —Los forenses aún no lo habían encontrado.

—Ivy Jones es su mejor amiga —dijo Mary—. Ella la ayudará.

—Ya he hablado con Ivy, gracias. ¿Conocen a Noel Glennon?

—¿Quién es? —preguntó Albert.

Lottie miró a Mary, pero la mujer se limitó a encogerse de hombros.

—Es el profesor de Educación Física del colegio de Lucy. Anoche estuvo en la fiesta.

—¿Un hombre adulto mezclándose con adolescentes fuera del horario escolar? —comentó Albert—. No lo conozco, pero pienso denunciarlo a la dirección del instituto y al Departamento de Educación.

—¿Qué hay de Richie Harrison? ¿Les suena?

El hombre entrecerró los ojos como tratando de ubicar el nombre.

—La verdad es que no. ¿Mary?

—¿Es otro profesor?

—Es un DJ. Pinchó en la fiesta de anoche. ¿Qué hay de Jake Flood? —Lottie estaba tratando

de encontrar una conexión.

Mary sacudió la cabeza, pero Albert levantó la vista.

—He oído hablar de él. Es uno de los chavales de Goldstars, el club de boxeo. ¿Por qué pregunta por él?

—Estuvo en la fiesta.

—No debe de tener más de quince años.

—Me han informado de que usted es agente y promotor de boxeo, señor McAllister. ¿También tiene relación con el club Goldstars?

—No de forma directa. Ayudé a ponerlo en marcha y aporto fondos de vez en cuando. Solo conozco a Jake porque me han dicho que es alguien a quien tener en cuenta en el futuro.

—Esto es difícil para ustedes, lo sé, pero ¿Lucy hizo alguna vez una incursión en las drogas?

Albert se volvió hacia ella con la cara a punto de explotar.

—¡Cómo se atreve! Lucy era una chica honrada. El mero hecho de mencionar drogas y su nombre en la misma frase es ridículo. Se ha pasado de la raya, inspectora.

Lottie se dio prisa en cambiar de tema.

—¿Podemos pasar a hablar de ustedes? Mary, usted es ama de casa, ¿correcto?

—Sí.

—Y Albert, ¿en qué consiste exactamente su trabajo? —Lottie pensó que si conseguía que se relajara, tal vez podría sacar algo que le diera una pista.

—Represento a Terry Starr. He representado a grandes nombres en el pasado, pero él es uno de mis principales clientes hoy en día.

Lottie había oído el nombre. ¿No había ganado alguna pelea importante?

—¿Qué edad tiene?

—Treinta. Ganó el oro en el Campeonato Europeo hace un par de años y se hizo profesional. Comenzó tarde. Mi trabajo es conseguirle buenas peleas. Algún día será campeón mundial.

Lo mismo que había dicho sobre Jake Flood, reflexionó Lottie. Decidió que podía indagar sobre aquello más tarde, y preguntó:

—¿Se le ocurre alguien que pudiera tenérsela jurada? ¿Alguien que fuera capaz de hacer daño a su hija para vengarse de usted?

Albert cerró los ojos un momento y cuando los abrió, estaban negros como los botones de un abrigo de cuero.

—No, no se me ocurre nadie que pudiera querer hacerle daño a mi familia.

—Si se le ocurre alguien, por favor, hágamelo saber.

—Lo haré.

—¿Pueden decirme por qué han estado tres semanas en España? Parece mucho tiempo para dejar a una chica de diecisiete años sola en esa casa tan grande, en especial con los exámenes finales y…

—No se atreva a juzgarnos —escupió Albert, apartando a su mujer al levantarse del bajo sofá. Se movió como poseído para detenerse frente a Lottie—. Lucy siempre es nuestra prioridad… era nuestra prioridad… Oh, Dios, ¿cómo podría entenderlo? —Dejó caer los hombros y fue hacia la ventana.

—Estoy haciendo todo lo posible para entenderlo y le agradecería si pudiera sentarse de

nuevo, señor McAllister. No tardaré mucho más.

El hombre siguió dándole la espalda.

—Lucy era nuestro mundo. Todo lo que hacíamos, lo hacíamos por ella, para asegurar su futuro. Ahora nada de eso tiene sentido. Mi pobre pequeña.

Lottie no iba a darse por vencida, así que dijo:

—Entonces, ¿por qué marcharse en un momento tan estresante para una adolescente, cuando estaba a punto de presentarse a los exámenes finales?

—Tenemos un apartamento en España. Mary estaba… un poco deprimida y decidimos que unas semanas al sol le sentarían muy bien. Lucy estaba más que satisfecha con el acuerdo. Dijo que estudiaba mejor cuando no estábamos en casa. Era una joven muy capaz. A menudo nos íbamos buscando un poco de sol y ella estaba encantada de quedarse en casa.

Lottie pensó en que ella no dejaría a sus hijos solos ni un solo fin de semana, menos aún tres. Vivirían de comida para llevar y la casa se convertiría en un basurero. Por otra parte, cada vez que se veía atrapada en una investigación importante, el escenario era más o menos ese.

—¿Tenía negocios que atender en España mientras estuvieron allí?

—Seguí trabajando. A veces, la tecnología es una bendición; otras, una maldición.

A Lottie se le acabaron las preguntas, así que se puso en pie.

—Lamento de corazón su pérdida. Me pondré de nuevo en contacto con ustedes cuando tenga noticias de la patóloga.

—Solo queremos ver a nuestra hija —dijo Mary con tristeza.

—Tan pronto como pueda organizarlo. Lo prometo.

La inspectora los dejó solos con su dolor, preguntándose abatida si, en el caso de que alguno de sus hijos sufriera una muerte como la de Lucy, querría ver su cuerpo golpeado y maltratado. Es probable. Sí. Y luego querría crucificar al asesino.

Capítulo 27

Estaban sentados en dos tumbonas de playa en la azotea del apartamento. Un toldo arrojaba sombra sobre ellos, pero, muy precavido, Boyd había aplicado otra capa de protector solar en las piernas y brazos bronceados de Sergio, y luego había limpiado las manchas grasientas que la botella había dejado sobre la mesa de cristal.

—Mark, ¿tu apartamento tiene una azotea como esta? —preguntó Sergio, quitándose uno de los auriculares.

Estaba escuchando un audiolibro. ¿A esa edad? En la época de Boyd, el único entretenimiento disponible era hacer rebotar una *sliotar* contra la pared o leer un tebeo de segunda mano.

—No, no la tiene. —No tenía ni una ventana con luz decente.

Sergio lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y dónde te sientas a tomar el sol?

—No tengo tiempo para tomar el sol. Mi trabajo ocupa todo mi tiempo.

El chico lo observó un momento, ladeando la cabeza, con el pelo cayéndole sobre las cejas.

—¿Hace sol donde tú vives?

—A veces. —Boyd se dio cuenta de que Sergio se iba a quedar muy sorprendido cuando llegara a Ragmullin.

—Mamá me dijo que allí llueve todo el tiempo, que por eso le gusta vivir aquí. ¿Cuándo va a volver?

Le hacía la misma pregunta varias veces al día. Boyd había abierto la boca para contestar cuando el tono agudo de su móvil cortó el aire.

Fue a cogerlo y se inclinó sobre la balaustrada, chasqueando la lengua al ver el polvo que cubría la barandilla. Observó, más allá de los tejados, un crucero entrando en el puerto de Málaga y recordó cuando Lottie y él habían estado allí interrogando a un capo del crimen relacionado con una investigación. Habían pasado muchas cosas desde entonces.

—¡Hola, Lottie Parker! Justo estaba pensando en ti.

—Y yo aquí creyendo que te pasabas todo el día pensando en mí. Me decepcionas, Boyd. —Ella rio y Boyd sintió una cálida sensación en su pecho.

—Siempre estoy pensando en ti. Qué alegría que me llames, te echo mucho de menos. —Joder, siempre le decía lo mismo.

—¿Qué tiempo hace por allí?

—Llueve —dijo él—. Todo el día.

—Mentiroso. —Otra vez esa risa suave y arrulladora; Boyd sintió que se sonrojaba. La inspectora continuó—: Necesito un favor.

Por supuesto, siempre había truco, pero seguía alegrándose de escuchar su voz.

—¿Un caso nuevo?

—Una adolescente fue asesinada durante una fiesta en su casa, anoche o esta madrugada. Sus padres se habían ido tres semanas de vacaciones a Málaga. Tienen su propio apartamento en la ciudad. Sé que estás en una zona popular entre los residentes irlandeses, me preguntaba si podías investigar un poquito por mí. Tengo la dirección.

—Haré lo que pueda, pero también tengo que ocuparme de Sergio.

—¿Qué tal te llevas con él?

—Bien. Ahora mismo está conmigo, tomando el sol. Oye, ¿por qué no te tomas un par de días y vienes a broncearte con nosotros antes de que vuelva a casa?

—Sabes que no puedo, sobre todo con este nuevo caso. —Hizo una pausa y Boyd escuchó su respiración, deseaba poder estar allí con ella—. De todas formas, ¿no vuelves a casa el lunes?

—A menos que reaparezca quien-tú-sabes. Cuéntame más sobre ese favor.

—Como he dicho, esta mañana, han encontrado a una chica de diecisiete años muerta en su casa. Tenía múltiples heridas de arma blanca. Estoy esperando al *post mortem* para comprobar si también la violaron. La cuestión es que sus padres han vuelto de Málaga justo esta mañana, como estaba previsto, sin saber lo que le había pasado a su hija.

Boyd sintió un cosquilleo de inquietud.

—Continúa.

—La chica se llamaba Lucy y sus padres son Mary y Albert McAllister.

—Me cago en… Si esta mañana he estado hablando con ellos, antes de que se marcharan.

—¿De verdad? Qué cosa tan rara. En ningún momento pensé que los conocieras.

—No es que los conozca, nos hemos encontrado por ahí unas cuantas veces. Tienes razón, tienen un apartamento no muy lejos de donde estoy ahora. Dios bendito, estarán destrozados.

—He hablado con ellos. Nunca es fácil, ¿verdad?

—No.

—¿Averiguarás lo que puedas? Estoy tratando de abarcar todas las posibilidades. McAllister ha dicho que es el agente de un boxeador llamado Terry Starr. No creo que el asesinato de Lucy tenga nada que ver con el trabajo de su padre, pero no puedo evitar sentirme intranquila por el hecho de que la hayan dejado sola tres semanas en época de exámenes. ¿Crees que Albert estaba metido en algún asunto turbio en España?

—Ambos sabemos que hay una multitud de criminales irlandeses en las sombras que residen en la Costa del Sol —reflexionó Boyd—. Le das una patada a una piedra y seguro que aparece alguno. ¿Es eso lo que insinúas? ¿Sospechas que Albert está metido en algo sucio y que por eso han asesinado a su hija?

—Es posible que Lucy haya sido asesinada por algo en lo que estuvieran involucrados sus padres. Solo necesito comprobarlo y seguir adelante.

—Veré qué puedo averiguar. ¿Algún sospechoso?

—Hay una chica que tenía sangre seca bajo las uñas cuando la fuimos a buscar. No estoy

segura de cómo está involucrada porque no recuerda nada relevante. Se tomó algún tipo de narcótico, así que todo es posible.

—Parece un caso sencillo —dijo el detective.

—La cuestión es que Sean también estuvo en la fiesta. Lo recogí temprano, pero ¿crees que debería contárselo a la comisaria Farrell?

—Dios, te masticará y no esperará a escupirte. Te va a joder viva, a ti y a tu carrera. Tienes que decírselo ya.

—¿Pero no empeorará las cosas que lo mencione ahora?

—La decisión es tuya, pero tienes que decírselo.

—Ya veré. ¿Podrás preguntar un poco por ahí? Ya sabes cómo va el juego.

—Sí, veré qué descubro y te pondré al corriente.

—Eres un cielo.

—Mientras sea tu cielo, no me importa nada más.

—Te enviaré la dirección completa por mensaje.

—Te echo de menos, Lottie.

—Yo también.

—Te quiero.

—Yo también.

Boyd colgó y se quedó mirando el teléfono. ¿Por qué le resultaba tan difícil a Lottie verbalizar sus sentimientos? Se dio la vuelta. Sergio estaba de pie justo detrás de él.

—¿Quién era? —preguntó el chico.

—Mi jefa.

—¿Le dices «te quiero» a tu jefa?

Boyd rio y envolvió al chico en un cálido abrazo.

—Eh, suéltame —dijo Sergio—. No soy un bebé.

—Tienes razón. —El móvil de Boyd sonó con el mensaje que indicaba la dirección de los McAllister—. ¿Te apetece dar un paseo?

—Estamos a treinta grados. Deberíamos echarnos una siesta.

Boyd sonrió. En muchos aspectos, Sergio le recordaba a su hermana Grace, y todavía no se había acostumbrado a que hablara como un adulto. Pese a sus dudas sobre su exmujer, había hecho un buen trabajo criando al chico. En ese momento, mientras recogía las toallas, le preocupó que Jackie reapareciera para evitar que se llevara a Sergio a Irlanda.

—¿Te apetece hacer de poli durante unas horas?

—¿En plan detective de verdad? ¡Guau!

—Eres mi hijo, así que creo que tendrás buen olfato para los tipos malos.

—Seguro que sí, papá.

Era la primera vez que Sergio lo llamaba papá.

Boyd siguió a su hijo por la estrecha escalera de caracol hasta el apartamento, con una sonrisa tan profunda en el rostro que sentía cómo le tiraban los músculos de las mejillas.

Capítulo 28

Después de dejar a los conmocionados y destrozados McAllister, Lottie y Kirby cruzaron la ciudad para visitar a Sarah Robson, la limpiadora que había descubierto el cuerpo de Lucy.

Sarah vivía en un piso ubicado en una de las áreas que habían reformado alrededor del psiquiátrico abandonado Saint Declan. El edificio principal llevaba años cerrado y se caía a trozos, pero algunos de los terrenos circundantes se vendieron para edificar urbanizaciones y apartamentos.

La mujer condujo a los detectives hasta su salón. Compacto, abarrotado y sofocante, pensó Lottie.

—Es tan impactante —dijo la mujer mientras rompía en trocitos un pañuelo de papel y se sentaba en un sillón, apoyando su figura menuda en un montón de cojines a juego. El cabello color cobre le colgaba lacio alrededor de la cara y sobre sus cejas un áspero flequillo dibujaba una línea recta. Un pijama de franela roja con un árbol de Navidad bordado en la parte delantera colgaba de su cuerpo tembloroso. Lottie tuvo que recordarse que estaban a finales de junio y no de diciembre.

Sentada en el sofá, espantó a un gato negro, que fue a sentarse en el alféizar de la ventana detrás de ella. Kirby se apoyó en el marco de la puerta. Lottie se fijó en lo callado que estaba hoy, tendría que hablar con él.

—Sarah… ¿Le importa si la llamo Sarah?

—No.

La mujer tenía unos treinta años, pero parecía mayor. Quizá era la conmoción por haber descubierto la escena de un crimen tan sangriento. En momentos como ese, Lottie se preguntaba si ella misma se estaría volviendo inmune a los horrores de los asesinatos. A menudo se sorprendía de cómo las muertes violentas afectaban a aquellos que no lidiaban con crímenes de manera frecuente. Tal vez solo estaba cansada.

—Mis compañeros le tomaron una declaración previa, y sé que esto debe de ser espantoso para usted, pero necesito que lo repasemos todo otra vez. ¿Le parece bien?

—Sí.

La inspectora esperaba que el interrogatorio no consistiera en respuestas monosílabas.

—¿Hoy tenía que ir a casa de los McAllister?

Sarah tragó con fuerza.

—Los sábados no están en mi horario habitual. Lucy me llamó ayer por la noche y me pidió si podía ir a limpiar a primera hora. Quería que la casa reluciera antes de que volvieran sus padres.

—¿Cómo la notó?

—Alegre. Ahora que lo pienso, un poco nerviosa.

—¿Le dijo algo sobre la fiesta?

—Ni una palabra.

—¿Hablaron de algo más aparte de la limpieza de la casa de esta mañana?

—Solo del pago. Accedí a estar allí a las siete y media como muy tarde, y dijo que me pagaría ella misma. Leí entre líneas y asumí que no quería que sus padres lo supieran. Pero podría equivocarme.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para los McAllister?

—Unos cuantos años.

—¿Ha interactuado mucho con la familia?

—Solo para saludar a Albert. A veces tenía que hablar de las tareas con Mary. Nunca hubo motivos para sentarnos a charlar.

—¿Cada cuánto iba a limpiar la casa?

—Tenía una rutina fija, tres horas los martes y los viernes. Algunas veces Mary me daba trabajo extra, como limpiar la cristalería una vez al mes. Pero no me importaba, pagaban bien.

—¿Estuvo limpiando la casa durante el tiempo que ellos estuvieron en España?

—Mary me dijo que mientras estuvieran fuera bastaría con ir los martes, así que me pareció raro que Lucy me pidiera que limpiara un sábado, pero necesito el dinero, así que no iba a discutir.

—¿Cómo le pagan normalmente?

—Me ingresan el salario en la cuenta bancaria. Todo legal. No cobro en negro, si es eso a lo que se refiere.

Lottie captó un matiz de desconfianza y dijo:

—Sarah, estoy tratando de hacerme una idea de cómo era la familia. La cuestión es que Lucy ha sido asesinada en su propia casa mientras sus padres estaban de viaje. Comprender la dinámica familiar puede ayudarnos a aclarar qué ha pasado y por qué. Necesito establecer tantos hechos como sea posible para llevar a cabo una investigación exhaustiva de su muerte.

—Lo siento. Todavía estoy conmocionada. —Sarah levantó la vista del pañuelo hecho trizas que tenía sobre la rodilla.

—Háble me de Lucy. Debe de haber tenido alguna interacción personal con ella mientras no estaban sus padres. ¿Cómo era?

—No me gusta hablar mal de los muertos.

«Interesante», pensó Lottie.

—Lucy ya no puede oírla. Y es posible que haya presenciado u oído alguna cosa importante en las semanas previas a su muerte, algo que pueda ayudar a llevar a su asesino ante la justicia.

—Me daba la impresión de que era la princesa perfecta de Albert.

—Yo también he tenido esa impresión al hablar con él hace un rato —dijo Lottie.

—Para él, lo hacía todo bien, aunque su madre veía más allá de la fachada de hija

consentida.

—¿Se refiere a que Mary no la malcriaba como Albert?

—Supongo.

—¿Cómo era Lucy?

—La describiría como dominante, rencorosa y malcriada. A veces era una abusona.

Las palabras, dichas con calma y en voz baja, dejaron atónita a Lottie.

—Escuche, inspectora, no estoy diciendo que haya recibido su merecido. En absoluto. Pero era como una diva. No me caía muy bien, aunque era popular. Tenía muchos amigos.

—Cuénteme más.

—Detrás de esa apariencia de seguridad, creo con sinceridad que era una chica triste.

—¿Triste? ¿En qué sentido?

—No estoy segura. Es solo que me producía una extraña sensación. —Sarah juntó las cejas, frunciendo el ceño—. Era como si todo lo que decía y hacía fuera teatro, mientras que, por dentro, su espíritu se estaba muriendo. Me da la sensación de que el papel de diva era solo eso, una fachada.

Lottie tomó nota mental de la observación.

—¿Alguna vez conoció a alguno de sus amigos?

—Durante las semanas que sus padres no estuvieron, invitó a su amiga Ivy como mínimo una vez. Estaban desayunando en la cocina con los libros del colegio sobre la mesa y tuve que esquivarlas para limpiar. No vi chicos, pero eso no significa que no vinieran en algún otro momento.

—¿Algo más que le llamara la atención?

—La verdad es que no. Parecía que estaban estudiando de verdad. Y la casa no estaba hecha un desastre, como hoy. No puedo borrar de la cabeza la imagen de toda esa sangre.

—La imagen se desvanecerá con el tiempo —dijo Lottie—. No obstante, no negaré el horror de lo que ha presenciado.

—Necesito una taza de té. —Sarah se puso de pie, temblando.

—Antes de eso, háble me un poco más de usted. —Lottie quería averiguar de qué pie cojeaba la mujer. Había sido la primera en descubrir la escena y accedía con regularidad a la casa. Había que añadirla a la lista de sospechosos—. Tengo entendido que dio clases en el instituto al que iba Lucy.

Sarah volvió a sentarse, mirando la puerta como si quisiera escapar.

—Sí, antes daba clases. No me dedico a limpiar para complementar mis ingresos, lo hago porque tengo que pagar el alquiler de alguna manera.

Lottie se preguntó por qué ya no daba clases.

—¿Qué asignaturas?

—¿Para qué necesita saberlo?

La inspectora sonrió con dulzura.

—Me gusta ser minuciosa.

—Enseñaba Economía y Geografía. También me encargaba de las clases de Educación Física cuando era necesario.

—Así que debe de conocer a Noel Glennon. Es el profesor de Educación Física y entrenador

de atletismo.

La mano de Sarah tembló y el pañuelo cayó al suelo como la nieve. Cuando levantó la vista hacia Lottie, tenía los ojos duros como el acero.

—Noel Glennon es la razón de que dejara mi trabajo.

—¿Qué pasó? —Lottie se movió hasta el borde del sofá para que no se le escapara algo crucial.

—No es relevante para su investigación.

—A estas alturas, no sabemos qué es relevante. Noel Glennon trabajó en casa de Lucy anoche.

—Eso sí que me preocupa. —Sarah palideció.

—¿Por qué?

—Otros le dirán que nunca ha roto un plato, pero yo no me lo creo.

Lottie reaccionó ante ese pedacito de información.

—Por favor, Sarah, dígame qué pasó.

—Lo acusé de acosar a una alumna. La chica acudió a mí en confianza, me dijo que creía que la espiaba, que rondaba los vestidores, ese tipo de cosas. Estaba desconsolada. Lo gestioné mal.

—¿Cómo lo gestionó?

—Traté de lidiar con ello sola, cuando lo que debería haber hecho era informar a dirección y a los padres. Me estalló en las narices. —Sarah encontró otro pañuelo bajo un cojín y se sonó de forma ruidosa.

Lottie permaneció en silencio. Era la mejor manera de dejar que la mujer revelara su historia.

—Verá, me enfrenté a Noel. Ese fue mi primer error. Se rio en mi cara. Qué hombre tan desagradable.

Sobrevino el silencio, así que Lottie dijo:

—¿Qué ocurrió?

—Fue a dirección antes que yo y lo tergiversó todo. Se inventó que era yo la que acosaba a los estudiantes. La cuestión es que yo había tenido problemas con el alcohol antes y ya tenía un aviso. En ese momento, estaba débil y mi defensa se perdió en la miríada de acusaciones que lanzó contra mí. El trabajo se volvió insostenible y tuve que marcharme antes de sufrir una crisis nerviosa.

—Pero sin duda el instituto no podía despedirla sin una investigación apropiada, ¿cierto?

—No podía soportarlo con la advertencia anterior colgando sobre mí. Perdí la confianza de golpe. Dimití. —Levantó la vista y miró a Lottie con los ojos ardiendo de rabia.

—¿Le importaría decirme quién presentó la acusación inicial de acoso?

—No puedo traicionar su confianza.

—Una chica de diecisiete años ha sido asesinada. Noel Glennon estuvo presente en su fiesta. Es imprescindible que sepa a quién estaba acosando.

Los ojos de Sarah se apagaron y perdió la batalla.

—Fue Ivy Jones.

—Gracias por decírmelo.

La revelación preocupó a Lottie. Necesitaba averiguar más sobre Noel Glennon antes de

interrogarlo de nuevo. Tendría que hablar con Ivy sobre aquello, y eso significaba traicionar su confianza.

—Ivy no siguió adelante con la acusación. Por favor, no le diga nada sobre esta conversación.

—No puedo prometérselo. ¿Ha vuelto a tener noticias de Glennon?

—No, y tampoco quiero saber nada de él.

—Le agradezco que sea sincera conmigo.

Sarah miró a Kirby y de nuevo a Lottie, como un conejo asustado. La inspectora se preguntó si estaría ocultando algo.

—¿Alguno de ustedes quiere algo de beber? ¿Té, agua? Yo necesito una taza.

—No, gracias —dijo Lottie, aunque se moría por un café. Le daba la sensación de que la mujer estaba alargando la situación.

—Vale. Está bien. Tengo que decirle algo. —Sarah hizo una pausa, como sopesando lo que estaba a punto de revelar (u ocultar).

«Sospecho demasiado de todo el mundo», pensó Lottie.

—Noel Glennon me amenazó y asustó. Sabía que yo seguía escondiendo alcohol en el colegio y si me hubiera denunciado, yo no habría soportado la humillación. Esa es la verdadera razón por la que me marché. Me aterrorizaba estar en la misma habitación que él, incluso con más gente. No sé si mató a Lucy, pero creo que es posible. Esa pobre chica… Nunca olvidaré su imagen, ahí tendida como Jesús en la cruz.

Las palabras hicieron que Lottie se centrara en la imagen del cadáver de Lucy. ¿Había sido el asesino quien la había colocado así?

—¿Por qué utiliza esa analogía, Sarah?

—Es lo que parecía. Los brazos estirados y los tobillos cruzados. Lo único que le faltaban eran unos clavos atravesándole las manos y los pies. Sufrió, igual que Jesús.

—¿Cree que sufrió por sus pecados?

—No… no sé qué pensar.

—¿Algo más que añadir?

—Creo que no.

—Gracias por su tiempo. Si necesitamos volver a hablar con usted…

—Ya saben dónde vivo.

Lottie fue hasta la puerta y el gato saltó del alféizar y regresó a su lugar en el sofá.

En el coche, dijo:

—Tenemos que averiguar más sobre quién era en realidad Lucy McAllister y si había ocultado algo que podría haber hecho que la mataran.

—¿Como qué? —preguntó Kirby.

—No lo sé, pero algo pasaba en su vida porque ahora está muerta.

—La cosa se está complicando. —Condujo el coche a la carretera principal, acortando entre dos vehículos en la fila en dirección a la ciudad.

Lottie se agarró al salpicadero y dijo:

—Investiga el pasado de Noel Glennon. Quiero algo sólido antes de traerlo de nuevo a comisaría.

—Sin duda, Sarah ha agitado el avispero de los sospechosos.

—Y también necesitamos descubrir más sobre ella.

* * *

El chico en la bici masticaba una chocolatina mientras esperaba. Había robado dos barras de la tienda de la esquina y esta era la segunda. Se las había comido rápido, una tras otra, tratando de llenarse el estómago.

La tarea que le habían asignado ya no molaba. Tenía las piernas cansadas de pedalear todo el día siguiendo a los dos detectives y se aburría.

No le gustaba estar cerca del viejo psiquiátrico, le daba mal rollo. Se estremeció al levantar la vista hacia las estrechas ventanas y las múltiples chimeneas. Se le podía venir encima en cualquier momento.

Cuando el coche se metió en la carretera principal, envió el mensaje. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta el cuello y se alejó pedaleando como si el propio demonio le pisara los talones.

Se negó a mirar atrás.

Los edificios antiguos le daban cagalera.

Capítulo 29

Boyd no se había dado cuenta de que el paseo les llevaría tanto tiempo, pero Sergio tenía calor y avanzaba despacio, y él tenía que ajustar su paso al del niño. Quizá debería haberlo dejado con la señora Rodríguez, la vecina que echaba un cable a Jackie cuando lo necesitaba, pero lo cierto es que le gustaba sentir la mano sudada de su hijo en la suya.

Giraron a la izquierda junto al lecho seco del río, y, justo antes de llegar al gigantesco muro, levantó la vista para ver el edificio en el que se encontraba el apartamento de los McAllister. No resultaba muy acogedor, al menos desde fuera. En el portal había una puerta de madera doble con una fila interminable de botones al lado. Boyd tuvo la desagradable sensación de que alguien lo observaba. Echó un vistazo rápido a su alrededor, puede que solo fuera el sudor que le goteaba por la nuca.

Se hizo a un lado cuando la puerta chirrió para abrirse hacia dentro; por ella, un hombre vestido de traje, blandiendo un maletín y un móvil, salió disparado. Alargando la mano, Boyd mantuvo la puerta abierta e hizo pasar a Sergio. Respiró aliviado el aire fresco y se maravilló al ver el amplio recibidor de techos altos. Un viejo ascensor de hierro se erguía en medio de la planta. Puede que tuviera suerte y consiguiera hablar con un vecino, pero le ponía un poco nervioso involucrar a su hijo. Quizá aquello no fuera tan buena idea, después de todo.

—Veamos lo rápido que es este trasto.

Deslizó hacia un lado la puerta en forma de acordeón y entró en el ascensor después de Sergio. El aire olía a loción para después del afeitado, con toda probabilidad del hombre que acababa de salir, y enmascaraba otro olor más aceitoso. Pulsó el botón del cuarto piso y la puerta se cerró. Un crujido y un chirrido y, para su sorpresa, la caja cerrada comenzó a subir muy deprisa.

Entraron en un estrecho rellano con cuatro puertas. Volvió a mirar el mensaje de Lottie. El apartamento de los McAllister era el 4.º 4.ª. Llamó con el puño, aunque no esperaba que contestara nadie. La pareja ya se había ido del país, así que ¿para qué había ido? Para hablar con los vecinos. Estaba a punto de darse la vuelta, con la mano aún en la puerta, cuando esta se abrió unos milímetros.

Con precaución, se llevó un dedo a los labios y apartó a Sergio a un lado, junto al apartamento del vecino. Luego se apoyó contra la puerta y escuchó. ¿Quizá un sonido imperceptible? Se planteó marcharse sin más, pero le venció la curiosidad. Los McAllister se habían ido, así que ¿qué hacía la puerta abierta? Sergio estaría bien siempre y cuando se quedara

quieto.

Dentro, escuchó un sonido como de agua cayendo en un fregadero o en una bañera. Avanzó otro paso. El estrecho pasillo conducía a un salón sin paredes con unas ventanas que iban del techo al suelo y que ofrecían vistas del puerto, hacia la izquierda, y de la ciudad, hacia la derecha. Frente a él se extendía un paisaje de tejados.

Miró a su alrededor, incapaz de detectar de dónde venía el sonido del agua. Giró a la izquierda, hacia la cocina abierta, decorada con un estilo monocromo a la última moda y electrodomésticos de acero inoxidable. Retrocedió y avanzó por otro pasillo, más ancho que el que salía de la puerta principal. Tres dormitorios, todos bien decorados. Dos tenían las camas hechas y estaban ordenados. En el tercero había una maleta de mano abierta en el suelo. La ignoró por el momento y caminó hasta la siguiente puerta. El sonido del agua se volvió más fuerte: el baño.

Bajó el picaporte plateado y empujó la puerta.

La habitación estaba llena de vapor y la ducha ocupada. El hombre dentro de ella asomó la cabeza por la puerta de vidrio.

—¿Qué cojones? ¿Quién eres tú? —ladró con un marcado acento irlandés.

—Perdone que le moleste —dijo Boyd—. La puerta estaba abierta. Estaba buscando a los McAllister.

Cuando hubo cerrado la ducha, el hombre cogió una toalla, se la enroscó en la cintura y pisó el suelo de mármol.

—¿Quién coño eres tú?

—Yo iba a preguntarle lo mismo. —Boyd se tambaleó sobre el suelo mojado cuando el hombre lo empujó para pasar. Cuando hubo recuperado el equilibrio, lo siguió.

—¿Y vienes con un crío? —rugió el hombre al entrar en el salón.

—No lo toques —dijo Boyd con voz temblorosa. No había esperado encontrar a nadie en el apartamento. ¿Qué había pasado con lo de «esperar lo inesperado»? Atrajo a Sergio hacia él y le puso la mano en el hombro en un gesto protector. ¿Por qué no se había quedado fuera? Supuso que con ocho años la curiosidad era más fuerte que cualquier miedo. De tal palo, tal astilla.

—Eres Terry Starr —dijo Sergio, sorprendiendo a Boyd.

—Así es, hijo.

—No soy tu hijo, soy el suyo. —Sergio señaló a Boyd con la barbilla.

—¿Vas a decirme por qué os habéis colado o tengo que llamar a la policía?

Boyd se sintió casi hipnotizado bajo los ojos negros del hombre, el derecho aún más oscurecido por un cardenal. Las costillas también las tenía amoratadas. Terry Starr, pensó, el boxeador que Lottie había mencionado.

—La puerta estaba abierta —dijo Sergio.

—No tenéis derecho a estar aquí.

—La puerta estaba abierta. —Boyd repitió las palabras de Sergio.

—He debido de olvidarme de poner el pestillo.

—Me gustaría hablar con usted.

—Deja que me vista primero.

Boyd observó a Starr alejarse por el pasillo y quitó la mano del hombro de Sergio.

—Te he dicho que te quedaras fuera.

—Lo siento.

—No pasa nada, pero tenemos que irnos. —Boyd no tenía ganas de meterse en una pelea con un boxeador profesional—. Por cierto, ¿cómo sabes quién es?

—Mamá mira sus peleas. Es bueno.

—¿Ah, sí? —dijo Boyd, que no tenía ni idea de boxeo.

—Campeón europeo invicto de peso semipesado.

—Ese soy yo. —Starr regresó vestido con unas bermudas color caqui y calzado con unos mocasines de cuero marrón que Boyd sabía que él nunca se podría permitir. El hombre le arrancó la etiqueta a una camiseta blanca con el logo de Tommy Hilfiger y se la pasó por la cabeza antes de ponerse a tocar una cafetera monstruosa—. ¿Te apetece un expreso?

—No, gracias —respondió Boyd, tratando de averiguar por qué el hombre estaba tan tranquilo con un extraño en su apartamento, aunque la verdad es que ni siquiera era su apartamento.

Observó boquiabierto cómo Sergio se dejaba caer en un inmenso sillón de cuero blanco y comenzaba a toquetear un mando a distancia. Un televisor de pantalla plana, de al menos sesenta y cinco pulgadas, salió del suelo.

—¡Guau! Cómo mola. —Los ojos del chico se abrieron con asombro.

Boyd supuso que su hijo estaba a salvo sentado frente a la tele.

—Este es el apartamento de Albert McAllister, ¿verdad? —Se sentó en un taburete alto en la barra americana con la vista fija en el boxeador.

—Sí. Siempre me quedo aquí cuando vengo de visita a la Costa del Sol. Además, me gustan las vistas.

—Cuando no está en esta zona, ¿dónde vive?

—Por todas estas preguntas, deduzco que eres poli o algo así.

—Ahora mismo estoy de permiso, pero conozco a Albert y Mary.

La máquina escupió café negro como el alquitrán en una minúscula taza de porcelana blanca.

Terry miró de frente a Boyd.

—Eso no te impide hacer preguntas, ¿eh? ¿Qué haces aquí?

Boyd reflexionó con cuidado sobre lo que iba a decir. No tenía forma de saber hasta qué punto la relación de Terry con los McAllister era íntima, o el verdadero motivo por el que estaba en su apartamento. Supuso que la sinceridad era su mejor opción para evitar quedar como un mentiroso más tarde.

—Cuando estoy de servicio soy el sargento Mark Boyd, de la comisaría de Ragmullin. Una compañera me sugirió que hiciera algunas investigaciones. Albert y Mary se han encontrado con una noticia terrible al volver a casa. ¿Ha oído algo al respecto?

—¿Qué noticia? —Cuando Boyd no respondió, Terry dijo—: Solo llevaba aquí veinte minutos cuando habéis aparecido.

—¿De dónde venía?

—Primero cuéntame eso de la noticia terrible.

—Me temo que su hija ha sido asesinada en las últimas doce horas, aproximadamente.

—¿Lucy? —La taza tintineó sobre la encimera de cuarzo. La piel de Terry adquirió un tono ceniciento—. No me lo creo.

—Su única hija. Muy triste.

—Oh, Dios, Albert se va a quedar destrozado. Adoraba a Lucy. ¿Qué le ha pasado? ¿Sabes por qué, o quién…?

—En estos momentos no tengo más información —dijo Boyd, transformándose de forma automática en su yo detective—. Me he fijado en que ha dicho que Albert se va a quedar destrozado, pero no Mary. ¿Mary y Lucy no se llevaban bien?

—No lo decía con ninguna intención —se apresuró a añadir Terry—. Es solo que conozco mejor a Albert.

—No me trago que lo haya dicho por eso —replicó Boyd con un tono medido—. Le agradecería que me dijera la verdad.

—¿Estás seguro de que no quieres un café? Juro que yo necesito otro. —Terry le dio la espalda a Boyd y tiró de unas palancas en la cafetera. Esta vez puso una taza grande bajo el pitorro.

—Un vaso de agua no me vendría mal, y otro para mi hijo. —Boyd miró de reojo a Sergio, enfrascado en un programa de noticias en español.

—¿De verdad es tu hijo?

—Sí. Es una larga historia.

—¿Acaso no lo son todas?

Capítulo 30

Al detective Sam McKeown la casa de Lottie le pareció una birria. Una de sus hijas, no sabía cuál, lo condujo hasta el salón.

—¿Un té o un café?

—No, gracias.

—Mejor, porque acabo de usar la última bolsita de té y el café está duro como una piedra al fondo del frasco. Le diré a Sean que baje. Espero que no se haya portado mal. —La chica le guiñó un ojo y el detective se sintió incómodo.

La chica se marchó a buscar a su hermano y McKeown observó la habitación fría y cavernosa. Olisqueó el aire y lo encontró rancio. Los muebles habrían estado mejor en un museo. En el recibidor temió que la vieja lámpara de araña le cayera sobre la cabeza si no se apartaba.

De pie, junto a la chimenea, vio entrar a Sean. El chico era alto y delgado; unas profundas ojeras le rodeaban los ojos. Alguien no había dormido mucho anoche.

—Hola, Sean. Soy el detective Sam McKeown. Llámame Sam.

Sean lo miró por debajo de sus largas pestañas, probablemente viendo de lejos la falsedad de su saludo amistoso. A McKeown le daba igual. Se moría por interrogar al hijo de Lottie.

—Chloe me ha dicho que estabas aquí. —El chico se daba golpecitos en la rodilla. ¿Nervios o impaciencia? El tiempo lo diría.

—Estuviste en la fiesta de Lucy McAllister, ¿verdad?

—Ya sabes que sí, así que ¿por qué me lo preguntas?

Susceptible, igual que su madre.

—No hace falta que saques las garras. ¿Estás bien?

—Estoy bien, gracias.

Pues directo al grano.

—¿A qué hora llegaste a casa de Lucy?

—Sobre las nueve en punto. —La mirada firme, todavía en calma.

—¿Cuánto bebiste?

—Un par de botellas de sidra caliente. No toqué nada más, así que es imposible que estuviera borracho, si es eso lo que insinúas.

McKeown ignoró la pulla.

—¿Drogas?

—¿Perdón?

—¿Consumiste alguna droga durante la fiesta? Estimulantes o tranquilizantes. Crac, cocaína, éxtasis, hierba. ¿Te metes algo de eso?

—¿Me tomas el pelo? Yo no me meto nada. Mi madre me mataría.

—Pero ella no estaba en la fiesta, ¿verdad?

—No, pero me recogió y me trajo a casa.

¿Ese adolescente de dos metros seguía siendo un niño de mamá?

—¿A qué hora?

—¿Perdón?

—¿A qué hora te fuiste de la fiesta?

—Sobre las doce. Pregúntaselo a mi madre, ella te lo dirá.

—No te preocupes, lo haré. —Eso hizo que el chico levantara la cabeza de golpe. ¿Había sido tan estúpido como para creer que esa conversación era privada? «Mala suerte, chaval»—. Háblame de la fiesta.

—¿Qué pasa con la fiesta?

Si no dejaba de dar golpecitos, McKeown creía que acabaría cogiéndole la mano y poniéndole unas esposas.

—¿Quién había? ¿Qué pasó? ¿Polvos, peleas, drogas? ¿Algo fuera de lo normal?

—No suelo ir a fiestas, así que no sabría decir qué es lo normal. Había un montón de gente, solo conocía a algunos. Me marché pronto. Hacía demasiado calor, la bebida era una mierda y tenía hambre.

—¿No había comida? He oído que pidieron un montón de *pizzas.*

—Debió de ser más tarde.

—¿Con quién estabas?

—Un par de tíos del instituto. Después de un rato, me encontré con Cormac O'Flaherty. Juego *online* con él y hemos quedado alguna vez por la ciudad. Charlamos un rato. Él estaba con Hannah Byrne. La verdad es que no hablé con nadie más.

—¿Cómo era la relación entre ellos, entre Cormac y Hannah?

—¿Y yo qué sé? Ella salió un rato y yo hablé con Cormac. —El chico dejó de dar golpecitos.

—¿Se estaban drogando?

Sean se mordió el labio. Casi con toda seguridad estaba tomando una decisión. ¿Sería una mentira o la verdad? McKeown esperaba que fuera una mentira, y, oh, cómo disfrutaría de hundir a su madre cuando saliera a la luz.

—Creo que Cormac compró algunas pastillas.

La verdad. McKeown se sintió decepcionado.

—¿Qué tipo de pastillas eran?

—Yo no me drogo, así que no lo sé.

—¿Viste a Cormac o a Hannah tomarse las pastillas?

—Me marché poco después de encontrármelos.

No era una respuesta directa a la pregunta.

—¿Presenciaste alguna pelea o discusión?

—¿Presenciar?

—Sean, eres un chico inteligente, así que deja de hacerte el imbécil. Se me está acabando la paciencia y, si te soy sincero, no me gusta que me tomen el pelo.

—No. —Sean lo miró cabreado. Niñato insolente.

—¿No qué?

—No vi ninguna discusión.

—¿Una pelea entre Lucy y Hannah, quizá?

—No «presencié» nada de eso. —Comillas con los dedos. Ahora sí que se estaba cachondeando de él.

—Has dicho que te recogió tu madre. ¿Qué hiciste después?

—Me hice un bocadillo y me lo llevé a mi habitación. Estaba muerto de hambre.

—¿Y después de comerte el bocadillo?

—¿A dónde quieres llegar? —Otra vez el golpeteo.

McKeown se paseó de un lado a otro delante de la chimenea. El chico estaba nervioso por algo.

—¿Cómo fuiste a la fiesta?

—Caminando.

—¿Solo?

—Con dos amigos, Nigel y Barry. Puedes preguntárselo.

—Lo haré. Así que abandonaste a tus amigos y te fuiste a casa con mami. ¿Se mosquearon contigo?

—¿Por qué iban a mosquearse? No tienen siete años.

—¿A qué hora se fueron?

—¿Yo qué sé?

—Quizá seguían allí cuando Lucy fue asesinada.

—No, a Lucy la mataron más tarde.

McKeown paró en seco y miró a Sean, que tenía las mejillas encendidas.

—Sean, ¿cómo sabes cuándo la mataron?

—No… no… no lo sé.

—Yo diría que sí. Dímelo antes de que tu madre se entere por otra persona.

—Oh, joder. —Sean se sentó en el sofá lleno de bultos—. ¿No debería haber un adulto presente?

—Puedo llamar a tu madre, si quieres.

El chico sacudió la cabeza.

—Volví.

McKeown clavó la vista en él.

—¿A dónde volviste?

—A casa de Lucy. Me había dejado mi chaqueta de cuero nueva. No podía dormir porque estaba seguro de que a mi madre le daría un chungo si se enteraba de que me la había olvidado. Así que volví caminando a casa de Lucy. No había nadie. La puerta estaba abierta. Y vi… vi su cuerpo. Oh, Dios, estaba muerta.

McKeown se pasó una mano por la cabeza rapada, esforzándose mucho por no abrir la boca de la sorpresa. Pese a su intención de dejar a Lottie en ridículo, sentía compasión por el chico. Se sentó en un sillón y cruzó los brazos.

—Sean, será mejor que me lo cuentes todo.

Capítulo 31

Kirby consiguió el número de matrícula de la furgoneta de Richie Harrison en la base de datos de conductores y se lo envió a sus compañeros. Le llegó un informe del garda Furey donde afirmaba que había registrado el mismo vehículo tratando de acceder a la propiedad de los McAllister unas horas antes.

Kirby le pasó la noticia a Lottie.

—Furey dice que la esposa de Harrison comenzó a tener contracciones, así que los escoltó hasta el hospital. He llamado al hospital y Brontë Harrison sigue allí, en observación. No han querido decirme nada más.

—Buen trabajo. Veamos qué nos dice el señor Harrison.

* * *

Lottie se desabrochó el cinturón de seguridad frente a la casa de Harrison. Seguía dándole vueltas a las revelaciones de Sarah Robson. Noel Glennon se había catapultado al primer puesto en la lista de sospechosos, pero era Hannah la que tenía las manos manchadas de sangre. Y estaba segura de que Sarah sabía más. Necesitaba tener la cabeza despejada para descifrar todo aquello.

—¿Cómo va el equipo de McKeown con los interrogatorios a los asistentes de la fiesta?

—Por lo que he oído, lento. —Kirby se tiró del cinturón y lo aflojó un agujero.

—Más le vale espabilarse. Venga, vamos a acabar con esto, así podemos seguir adelante.

Caminó hasta la puerta principal y llamó al timbre. La espantosa furgoneta roja de Richie Harrison daba la impresión de estar totalmente fuera de lugar, aparcada frente a la casa de diseño en aquella urbanización de ejecutivos.

—Debe de haberse gastado toda la pasta en la hipoteca —comentó Kirby—, para estar todavía conduciendo ese montón de chatarra.

—¿Su mujer trabaja? Deben de tener otra fuente de ingresos.

—Dudo mucho que gane demasiado hoy en día siendo DJ. De todos modos, pensaba que ahora toda la música estaba en internet.

—En Ibiza los DJ lo petan, eso dice Chloe. —Su hija no paraba de rogarle que le prestara dinero para ir de viaje, aunque ella se ganaba su propio sueldo trabajando en el bar Fallon. La

inspectora miró la furgoneta y de nuevo la inmaculada puerta negra con acabados cromados—. Yo diría que la mujer debe de tener un trabajo con un sueldo decente.

—O tal vez Richie, para complementar sus ingresos, está metido en algo más lucrativo.

—Veremos. —Lottie llamó al timbre otra vez.

El hombre que abrió la puerta entrecerró los ojos por la luz del sol. Tenía el rostro tan deslucido como la camiseta roja y arrugada que llevaba puesta y que le quedaba tirante sobre el pecho, donde colgaba el collar de bolas de colores que llevaba al cuello. Unos vaqueros azules y calcetines blancos, sin zapatos, completaban el atuendo.

—El señor Harrison, ¿verdad? —Lottie le mostró la placa—. Nos gustaría hablar con usted. ¿Podemos pasar?

—¿Tiene que ver con lo que ha pasado en casa de los McAllister? —El hombre sostenía la puerta con mano firme y les impedía el paso con el cuerpo tenso.

—Nos gustaría hablarlo dentro, si no le importa.

El hombre se quedó callado un momento y luego abrió la puerta.

Lottie no estaba segura de si tenía que quitarse los zapatos, pero se limpió los pies en el felpudo y siguió a Harrison hasta el salón. Era tan minimalista que casi no había nada.

Paredes de un blanco crudo, un sofá bajo en forma de L y un sillón a juego enfrente. Sobre la mesita de café de cristal no había ningún libro ni revista, menos aún una mancha de café. La moqueta casi blanca hizo que se mirara los zapatos para asegurarse de que no la había manchado. Un inmenso televisor colgaba de la pared sobre la chimenea. Todo era moderno y caro.

—Bonita casa —dijo, bastante celosa.

—Estoy seguro de que no han venido a admirar mi casa. —Harrison se echó atrás la larga melena y se la recogió con una goma que llevaba en la muñeca. Tenía la piel suave y dedos largos. Lottie se fijó en que llevaba las uñas cortas y limpias.

—Tiene razón —afirmó y se sentó en el sofá; tenía las piernas tan largas que le era imposible estar cómoda. Harrison se sentó en el sillón. En las paredes no había ni una sola foto de boda. Le habría gustado echarle un vistazo a la señora Harrison—. ¿Qué sabe sobre el incidente en casa de los McAllister?

El hombre se agarró la cintura con un brazo, y a Lottie le pareció que se estaba enrollando sobre sí mismo como un muelle.

—Nada en absoluto.

—¿Por qué ha intentado entrar a la casa hace unas horas?

—Tenía que recoger el equipo que había dejado allí anoche. Un agente me detuvo en un puesto de control. Y entonces Brontë tuvo que ir corriendo al hospital, está embarazada. La están controlando. ¿De qué va todo esto?

—Eso es lo que querría que me dijera.

El hombre adoptó una expresión de desconcierto, desenroscó el brazo y levantó las manos.

—No sé nada. El agente no me dejó pasar. Mencionó que habían asesinado a alguien. ¿Qué fue, un robo que se descontroló?

—¿Por qué piensa que fue un robo? —Lottie tenía la sensación de que Harrison se estaba esforzando para que no se le escapara algo.

—Todos esos policías. Albert McAllister es un pez gordo. La casa debe de valer una fortuna,

por no mencionar todas las pijadas que hay dentro.

—¿Ha estado en la casa?

—Estuve trabajando allí anoche, como ya sabe.

—Háble me de la fiesta, con pelos y señales.

—Sin duda, no hubo ningún asesinato cuando yo estaba allí.

Lottie no sabía si se estaba burlando de ella; sin embargo, siguió insistiendo.

—Richie, usted estaba en posición de presenciar los hechos. Podría ser un testigo clave. —«Gilipollas», añadió mentalmente.

—¿Testigo? Vale, de acuerdo. —El hombre rascó una mancha inexistente en los vaqueros con manos temblorosas—. Llegué allí sobre las ocho, para prepararlo todo, ya sabe, antes de que llegara la gente. Lucy me dejó pasar.

—¿Estaba sola?

—Estaba con unas cuantas chicas.

—¿Cómo era el ambiente?

—Típicas chicas de instituto, riéndose y haciendo tonterías. Maquillaje y purpurina por todas partes. Nada fuera de lo común, aunque, ¿qué sé yo? Han pasado unos cuantos años desde que fui un adolescente. —Trató de reír, pero solo salió un gemido.

Por su carné de conducir, Lottie sabía que tenía treinta años.

—Continúe.

—Lucy me mostró dónde quería que montara las mesas de mezclas y se fue al piso de arriba. No la volví a ver hasta que comenzó a sonar el timbre.

—¿Había alguien en la puerta?

—No. Oh, espere. Había un tío.

—¿Sabe quién es?

—Eh, diría que no, pero tampoco lo vi mucho.

—¿Está seguro?

—Yo estaba dentro y él fuera, así que sí, estoy seguro.

—¿Cuántas personas estuvieron allí a lo largo de la noche? Me basta con una estimación.

—No lo sé. Los chavales iban y venían. Al final de la noche debían de ser unos treinta y cinco o así. La mayoría estaban en el jardín. Las puertas del patio estaban abiertas para que la música se oyera desde fuera.

—¿Se bebió mucho?

—Ah, venga, ¿usted qué cree? Eran adolescentes en una fiesta con alcohol gratis.

—Me imagino que también hubo drogas. —Lottie mantuvo lo que esperaba que fuese una expresión neutral.

El hombre titubeó.

—Es posible, aunque no vi nada por el estilo.

—Tengo entendido que estaba ubicado junto a la zona del bar. El chico que servía las bebidas estaba vendiendo algo mucho más fuerte que caramelos. Háble me de eso.

Harrison se estiró del collar de bolas.

—No quiero meter al chico en problemas.

—Richie, lo sabemos todo. Me gustaría que confirmara qué andaba haciendo. —El DJ

retorcía el collar con tanta fuerza que Lottie pensó que lo iba a romper.

—Sí, vale. Estaba vendiendo pastillas. No era mi casa ni mi fiesta. Yo solo quería hacer mi trabajo, cobrar y volver a casa con mi mujer embarazada.

—¿Y es allí donde fue cuando terminó?

—¿Cómo?

—¿Se fue a casa después de la fiesta?

—Por supuesto que sí. ¿Dónde iba a ir, si no? —Soltó el collar y se pasó un dedo por el cuello de la camiseta con el rostro encendido.

«Mentiroso», pensó Lottie. Claro que no iba a admitir nada en ese momento, así que lo aparcó con la intención de regresar a ello más tarde.

—¿Pasó algo fuera de lo común durante la fiesta? Aparte de los adolescentes divirtiéndose, bebiendo y drogándose.

—No, nada.

—La puerta del patio estaba rota. ¿Vio cómo pasó?

—Estaba intacta cuando me marché. Abierta de par en par. Todavía había algunos chavales en el jardín.

—He oído que hubo una pelea entre Lucy McAllister y otra chica.

—Oh, eso. Una pelea de gatas.

—Explíquese.

—Una chica rubia se puso a insultar a Lucy. Parecía que estuvieran compitiendo a ver quién gritaba más. Yo las calmé con ayuda de otro chico. La sangre no llegó al río.

—Curiosa expresión. —Lottie lanzó una mirada a Kirby y dedujo que él pensaba lo mismo.

—¿Qué? —Richie miró a uno y a otro.

—Ha dicho que «la sangre no llegó al río», lo cual me parece una manera extraña de hablar de algo que ha llamado «pelea de gatas».

Harrison se quedó pálido.

—No… no sé a qué se refiere.

—¿Algún otro incidente que quiera contarnos?

—No pasó nada más mientras yo estuve allí. —El hombre se puso en pie y volvió a sentarse.

—¿Cómo lo contrató Lucy?

—Me llamó hace una semana para reservar la fecha.

—¿Así que tenía su número?

—Tengo la información de contacto en mi página de Facebook. Probablemente, lo sacó de allí.

—¿Está seguro?

—Sí, joder, estoy seguro. Y no pienso decir nada más hasta que me cuenten de qué va todo esto. ¿Los han enviado Lucy o Ivy a hablar conmigo?

—¿Ivy Jones? ¿De qué la conoce?

—No la conozco. Quiero decir…, la conocí anoche. Estaba pegada a Lucy como si fuera su sombra. Se… se presentó. Me pidió que pusiera algunas canciones. Eso es todo lo que sé de ella.

—¿Recuerda algo más? ¿Quizá a qué hora se fue Jake Flood a casa?

—¿Quién?

—El chico que estaba vendiendo las drogas. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? No sé nada de eso.

—¿Lo vio marcharse?

—Diría que no. Es probable que siguiera allí cuando me fui. Recogí la mayor parte del equipo y lo metí en la furgoneta, Lucy me dijo que volviera hoy para recoger el resto y cobrar. Dijo que la estaba mareando con tanto entrar y salir. Eso fue todo.

—¿A qué hora se marchó?

—Debían de ser las dos y media, tal vez las tres.

—Y su mujer puede confirmar que llegó a casa poco después, ¿verdad?

Harrison se mordió el labio con fuerza y una vez más se llevó la mano al collar.

—Brontë estaba dormida cuando llegué, no podrá decirles la hora exacta. No quiero que la molesten. Solo faltan unas semanas para que nazca nuestro hijo, y tengo que volver al hospital. He venido a casa a recoger un par de cosas para llevárselas.

—¿A qué se dedica su mujer?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Curiosidad.

—Es asistente personal en Muebles Bright Side.

—Deben de pagarle bien.

—Nos las arreglamos.

—Me pregunto cómo pueden permitirse esta casa tan encantadora. ¿Trabaja en algo más, aparte de como DJ?

—¿Qué insinúa?

—Conteste a la pregunta.

—No, en este momento no trabajo en nada más. —El hombre miró al suelo—. Me echaron de una obra hace dos meses, cuando terminamos el trabajo. Ahora mismo la cosa está difícil, pero pronto conseguiré algo.

—¿Dónde era ese trabajo?

—En Dublín. Estábamos construyendo el nuevo Hotel Coyle Plaza.

—De acuerdo. ¿Dónde estuvo el fin de semana pasado? —Lottie se preguntaba si podría ser el misterioso contacto electrónico de Lucy.

—¿El fin de semana pasado? ¿Qué tiene que ver…? —Captó la mirada asesina de Lottie—. Estuve aquí, en casa. Compramos una cuna en IKEA y estuve dos días dejándome el pellejo para montarla. Montar esos muebles es una puta mierda, y mire que yo me dedico a la construcción.

—El tío que vigilaba la puerta en casa de Lucy, ¿está seguro de que no lo conoce?

—Diría que no.

—Se llama Noel Glennon. Es profesor en el instituto de Lucy y también el entrenador de atletismo. ¿Le suena de algo?

Harrison negó con la cabeza. Tenía el collar de cuentas enroscado en los dedos.

—¿Seguía en la casa cuando se marchó?

—No había nadie en la puerta, si se refiere a eso. Podría haber estado en el jardín o en el baño. No lo sé.

—¿Vio a alguien por ahí que tal vez no debería haber estado?

—Solo había un montón de adolescentes desmelenándose y pasándolo bien.

A Lottie no se le escapó el tono que insinuaba que ella no sabía pasárselo bien, o quizá que necesitaba desmelenarse. «Pues que te den por culo, Richie Harrison».

—Pásese hoy por comisaría para hacer una declaración formal. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. ¿Está dispuesto a hacerlo?

—Claro, si insiste. Pero Lucy puede confirmar todo lo que le he dicho. Pregúnteselo.

—Por desgracia, no puedo preguntarle nada —dijo Lottie.

—Verá, Richie —añadió Kirby—, Lucy McAllister fue asesinada en algún momento de la noche. Y déjeme que le diga que la sangre fue tanta que por poco llega al canal.

Se marcharon dejando al hombre sentado con la boca abierta.

* * *

Ivy se sentó en el asiento del conductor del todoterreno ligero de su madre cuando los dos detectives se marcharon de casa de Richie. Había aparcado al final del callejón sin salida, medio escondida tras el cerezo cuyas flores se había llevado el viento hacía ya tiempo.

No le gustó que estuvieran hablando con él. Podía decir cualquier cosa. Richie era un idiota. Un crédulo. Todos los clichés posibles. Igual que el baboso del profesor Glennon; se estremeció al pensar en él. Casi se muere cuando lo vio en la fiesta, y así se lo dijo a Lucy, que se lo tomó a broma.

Después de que los detectives se marcharan, se planteó si llamar a la puerta de Richie. Era posible que su mujer estuviera en casa. De ser así, ¿qué excusa se podía inventar? Tenía que hablar con él.

Cogió el móvil y estaba a punto de mandarle un mensaje cuando la puerta se abrió de nuevo y Richie salió a toda prisa con una bolsa de plástico inmensa en la mano que arrojó dentro de la furgoneta. Antes de que pudiera salir del coche para detenerlo, había dado marcha atrás y se alejaba por la carretera estrecha con la furgoneta arrojando humo por el tubo de escape.

—Maldito seas, Richie.

Bostezó y giró la llave para arrancar el coche.

Qué cansado era guardar un secreto.

* * *

¿Qué hacía ella ahí?

El chaval de la bici vio a Ivy en el todoterreno cuando los detectives se marcharon de la casa pija. Se había escondido junto al borde del hastial de la hilera de casas de enfrente.

Pero, en serio, ¿qué hacía? Siguió observando. Cuando el DJ se alejó en la furgoneta, la chica esperó unos minutos más antes de seguirlo.

Aquello era interesante, aunque no estaba seguro de si era lo bastante importante como para informar de que la chica había estado en el mismo lugar que la policía. Quizá excluiría ese detalle del informe.

Escribió el mensaje y lo envió, sin mencionar a Ivy.

Si alguien se enteraba de que había estado allí, siempre podía decir que no la había visto. No obstante, mientras se alejaba pedaleando, tuvo la inquietante sensación de que había cometido su primer error.

Capítulo 32

Una vez hubo bebido un largo trago de agua fría, Boyd le echó un ojo a Sergio para asegurarse de que no acabara viendo algo que no debía; a la vez, estudiaba a Terry Starr. Era difícil unir al hombre amable con el que Boyd había visto peleando en el *ring* por televisión. Vivir para ver, como dicen.

Terry se apoyó contra la encimera, sopló su café para enfriarlo un poco y bebió un sorbo.

—Me encanta el café de aquí. Sabe caro sin costarte un riñón.

—¿De dónde es, Terry? —preguntó Boyd.

—Nací en Tullamore, pero tengo un piso en Kensington, en Londres, y otro en la zona sur de Dublín. No puedo creer que Lucy esté muerta.

—Ha dicho que acababa de llegar. ¿Ha cogido un vuelo matutino?

—Sí, el primero que salía de Dublín.

—¿Dónde estuvo antes de coger el avión?

—En casa.

—¿En Tullamore?

—No, esa es la casa de mis padres. En mi piso de Dublín.

—Pero llegó después de que los McAllister se hubieran marchado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tiene idea de por qué vinieron a pasar tres semanas a Málaga?

—Albert dijo que estaba organizando una pelea que iba a darnos mucha pasta. Debería ponerme en contacto con él para ver cómo ha salido la cosa. —La mano de Terry se detuvo con la taza a medio camino hacia su boca—. Mierda, se me había olvidado. Ahora tendrá otras cosas en la cabeza.

—¿Conocía mucho a Lucy?

—No demasiado. La vi un par de veces cuando estuve en casa de Albert. Merodeando.

—¿Qué quiere decir?

—No es que quiera echarme flores, pero Lucy estaba fascinada conmigo.

—¿De verdad? ¿Qué opinaban sus padres sobre eso?

—A Albert le parecía divertidísimo; a Mary, en cambio… No sé mucho de esas cosas, pero parecía intranquila, como si estuviera celosa de Lucy.

—Interesante. ¿Cómo se manifestaban esos celos?

—Bueno, quizá Mary siempre se comportaba así, pero, cada vez que yo estaba allí, le gritaba, le decía que se fuera a estudiar a su habitación.

A Boyd aquello le pareció bastante normal.

—¿Cuándo vio a Lucy por última vez?

—Hace un par de semanas.

—¿Cuando sus padres no estaban?

Terry dejó la taza sobre la encimera con un golpe.

—No me gusta lo que estás insinuando.

—He hecho una pregunta muy razonable.

—No tienes ninguna autoridad para preguntarme nada.

—Cierto, aunque la cuestión es que la hija de su agente ha sido asesinada, y parece que usted mismo acaba de admitir que se encontró con ella cuando sus padres estaban fuera del país. ¿Qué hacía en su casa?

Terry se pasó la lengua por los dientes, como si hubiera encontrado algún mal sabor ahí escondido. Al fin dijo:

—Fui a la casa el martes de la semana pasada, creo, para buscar una carpeta que me había dejado Albert. Cosas de los impuestos para mi gestor. Dio la casualidad de que Lucy estaba allí, estudiando en la mesa de la cocina con una amiga. Me abrió la puerta, recogí lo que había ido a buscar y me marché. Fin de la historia.

—La declaración de la renta no es hasta octubre. ¿Por qué la urgencia?

—Mi gestor me lo había pedido. Jeremy Stokes. Tiene la oficina en Dublín.

Boyd hizo una nota mental para decirle a Lottie que hablara con el gestor de Terry. Quizá no era nada, pero a lo mejor era algo.

—¿No se podía enviar por correo?

—Yo solo hice lo que me pedían.

Boyd decidió jugársela y afirmó:

—Dado que estuvo hace poco en casa de los McAllister, tendrá que proporcionar de forma voluntaria una muestra de ADN para que puedan eliminarlo de la investigación.

—No hay problema, volveré a casa la semana que viene. El viernes.

—¿Se queda aquí hasta entonces?

—Sí.

—¿Lo sabe Albert?

—Tengo una llave. Saben que no les voy a destrozar la casa. —Se rio. Con poca convicción, pensó Boyd.

—Puede que quiera asegurarse de cerrar bien la puerta la próxima vez. —Boyd se puso de pie y acomodó el taburete—. ¿Me da su número, por si acaso la inspectora necesita ponerse en contacto con usted?

—Por si se os ocurre algo de lo que acusarme, ¿te refieres a eso?

Sergio apagó la tele y se acercó.

—¿Me das otro vaso de agua?

—Claro.

Mientras Terry llenaba el vaso, Sergio dijo:

—¿Puedo ir al lavabo antes de marcharnos?

—Está al final del pasillo. —Terry dejó el vaso sobre la encimera y miró a Boyd con insistencia—. Espero que cojáis a la persona que ha matado a Lucy. No se merecía morir a manos de un asesino.

—Nadie se merece eso —dijo Boyd.

—Escucha, sé que encontraréis gente que estará encantada de echar pestes sobre Lucy McAllister… incluida su propia madre. Albert me dijo que Lucy tenía problemas. Las pocas veces que la vi, reconocí algo de mí en ella, de mi yo más joven. No te apresures a juzgarla.

Boyd se estremeció bajo la oscura mirada y estaba a punto de tratar de sacarle más información a Terry cuando Sergio volvió a la sala.

—¿Podemos irnos ya? —dijo el chico.

—Sí. —Intentaría volver a hablar con Terry sobre Lucy en otro momento.

—Encantado de conocerlo, señor Starr —dijo Sergio.

—Lo mismo digo —replicó Terry. Miró a Boyd con una media sonrisa—. Es un chico listo.

—Sin duda.

Boyd siguió a su hijo, con Terry detrás. En el descansillo, esperó hasta que oyó la puerta cerrarse con un «clic».

Al salir al calor abrasador, se preguntó si habría perdido la oportunidad de descubrir algo significativo. Pero no estaba de servicio y había ciertas cosas que no podía preguntar con su hijo delante. Le tendió la mano a Sergio.

—¿Qué tienes bajo la camiseta, renacuajo?

El chico esbozó una amplia sonrisa, digna de un anuncio de Colgate, se levantó la camiseta y sacó un cepillo de dientes de la cintura del pantalón.

—Puedes sacar su ADN de aquí.

Boyd se quedó patidifuso.

—No puedes robarlo sin más. Necesitas una orden o el permiso del propietario.

—Pero Terry no te va a dar permiso. —Sergio sonrió de oreja a oreja—. Voy a ser un buen detective. Quizá incluso mejor que tú, papá.

—¿Cómo sabes que es de Terry?

—Estaba en una bolsa con su maquinilla eléctrica.

Boyd cogió el cepillo que le tendía la manita. Lo primero que pensó fue si debería devolverlo. Lo segundo, cómo podía conseguir una bolsa para guardarlo lo antes posible. El tercer pensamiento, y el más estresante, fue que, si algo del futuro de Sergio dependía de él, no iba a permitir que su hijo siguiera sus pasos. Aunque, por otra parte, sería mejor opción que seguir los de su madre, fuera a donde fuera que la habían llevado. Tenía que admitir que realmente no quería saber nada de ella.

Mientras caminaba de la mano con su hijo, no pudo quitarse de encima la sensación que había tenido antes.

Alguien lo estaba observando.

* * *

Las plumas mantienen calientes a los pájaros, y yo me estoy ahogando. Mi mundo blanco y negro ya no es un consuelo. Necesito algo más suave y nuevo que me calme. La toqué con mis garras y arranqué la piel de la carne para recuperar la parte de mí que me había robado. No había creído poder sentir tanta euforia, pero necesito saciarme una vez más. Ansío el brillo de lo intacto. Quiero chuparle la vida antes que nadie.

Ya he escogido mi próximo objetivo y una vez termine, saborearé el recuerdo durante mucho tiempo. Quiero conquistar la carne inocente y guardármela para mí.

Siento el cansancio, aunque también una energía renovada. Quiero volar alto para capturar y proteger lo que será mío.

Nadie me vigila.

Nadie vigila a mi presa.

Soy libre de apoderarme de todo.

Capítulo 33

Después de ponerse el traje de forense, Lottie entró en la sala de autopsias. Cuando ella y Kirby habían vuelto a la comisaría después de encontrarse con Richie Harrison, había recibido la llamada. Kirby se había rajado, así que Lottie había ido sola a Tullamore a presenciar el *post mortem.*

—Hola, Jane —dijo, acomodándose la mascarilla.

—Lottie.

Jane Dore, la patóloga forense, era con toda probabilidad una de las pocas personas, aparte de Boyd, con las que Lottie podía contar. La mujer era pequeña en estatura, pero un portento en su campo.

Se ajustó las gafas sobre la remilgada nariz, precisa y profesional.

—He realizado un examen preliminar del cuerpo de Lucy McAllister antes de que llegaras. Si me aventurara a una perspectiva psicológica, cosa que rara vez hago, diría que detrás de la última herida había una rabia profunda.

—¿En qué te basas?

—No me gusta especular. La víctima trató de protegerse. Tiene heridas defensivas en las manos y en ambos brazos. La herida del cuello fue el último acto del ataque.

—Has mencionado la rabia, ¿podrían ser celos?

—Quizá. He estado en la escena del crimen. El ataque contra Lucy se inició en el piso de abajo y siguió luego, mientras ella se escondía detrás de la cama, en el piso de arriba. El atacante la persiguió para completar el trabajo.

—¿Podría haber sido una mujer?

—Es posible. ¿Por qué?

—Mi principal sospechosa es una adolescente.

—Mmm. Si yo fuera una chica celosa que quiere arrasar con todo, la habría atacado en la cara.

—De acuerdo —dijo Lottie, sopesando si Hannah tenía siquiera la fuerza suficiente para un ataque tan despiadado. Era atlética, así que todo era posible—. ¿Alguna idea de cuál podría ser el arma del crimen?

—No estoy segura. Tomaré medidas, pero, a simple vista, diría que un cuchillo serrado con una hoja de unos doce centímetros.

—¿Un cuchillo de cocina?

—¿Habéis encontrado uno en la escena del crimen?

—De momento no hemos encontrado nada, pero Gráinne pensó lo mismo que tú, y en el juego de cuchillos de la cocina faltaba uno. ¿Algo más que pudiera ayudarme? —Lottie se acercó más a la mesa de autopsias.

—Debería poder conseguir muestras de ADN si estuvo en contacto con el asesino cuando trataba de defenderse.

—Bien.

—Y realizaré las pruebas habituales de drogas y alcohol.

—Creo que encontrarás restos de ambos en su sangre. Había organizado una fiesta para sus amigos esa noche. ¿Alguna señal de violación?

—Todavía no he empezado el *post mortem*, y la ropa está en el laboratorio a la espera de ser analizada.

—¿Puedes decirme algo a estas alturas?

—Estoy haciendo todo lo que puedo, Lottie. Me he escapado del juicio para venir aquí. —Jane rodeó el cuerpo—. Vale. Veamos qué he sacado del examen preliminar. La vagina está visiblemente magullada, así que es probable que tuviera sexo con penetración poco antes de morir. Buscaré restos de semen, pero si se utilizó un preservativo, será difícil que encuentre pruebas suficientes. —Hizo una pausa—. Hasta que no realice exámenes más exhaustivos, no podré saber si fue sexo consentido o una violación, e incluso entonces puede no ser concluyente.

—Si está tan magullada como para ser visible, eso indicaría que fue una violación, ¿no crees?

—Podría haber sido sexo duro. Tomaré muestras. Puede que tengamos suerte y consigamos una muestra de ADN que coincida con algún sospechoso, aunque eso solo no nos dirá si la persona con la que se acostó fue la misma que la mató.

—Lo sé, pero al menos me daría otro testigo. ¿Alguna idea de la hora de la muerte?

—Faltaría hacer más pruebas, pero diría que llevaba muerta entre tres y cuatro horas cuando la encontraron.

—La mujer de la limpieza hizo la llamada a las siete y diez de la mañana. Así que eso situaría la muerte antes de las cuatro de la madrugada.

—Digamos entre las tres y las cuatro. Luego te lo podré concretar con más precisión —dijo Jane.

—La cantidad de sangre en el salón me inquieta. ¿Es posible que Lucy hubiera perdido tanta sangre por las heridas superficiales, teniendo en cuenta que la puñalada final se produjo en el piso de arriba?

—Estaba a punto de comentártelo. Es poco probable que perdiera tanta sangre en la planta baja.

Lottie resopló, dejando escapar un silbido bajo.

—¿Crees que atacaron a alguien más?

—Eso te lo dejo a ti.

—Tenemos a un chico de quince años desaparecido. —Se imaginó la escena—. Si alguien atravesó una de las puertas del patio y el cristal se rompió, podría ser el origen de las salpicaduras de sangre.

—Basta de especulaciones, Lottie. Deja que se examine toda la escena y que se analicen las pruebas; solo entonces quizá consigas la respuesta.

—Tienes razón.

Jane llamó a su asistente y cogió el bisturí.

—¿Te quedas?

—No tengo tiempo, pero, por favor, envíame el informe en cuanto lo tengas, sea de día o de noche. Incluso un informe preliminar sería de gran ayuda.

—Claro. Ese café que íbamos a tomarnos…

—Lo sé, soy terrible. Pronto, Jane, lo prometo.

—Me rompes el corazón, Lottie Parker.

—Creo que Boyd coincidiría contigo en ese punto. —Lottie sonrió al pensar una vez más que no le iría mal tener a Boyd a su lado ofreciéndole su controlado juicio y valoración—. Nos vemos pronto. —Se dirigió a la puerta.

—Espera un momento —dijo Jane—. Quería comentarte esto. Mira. —La patóloga levantó el brazo de Lucy.

El corazón de Lottie palpitó. Había intentado ver el cuerpo como un medio de conseguir pruebas para condenar a un asesino, pero cuanto más se acercaba a la mesa, más veía a Lucy como una muchacha cuya vida había sido brutalmente extinguida. ¿Quién le arrebataría la vida con tanta crueldad a alguien que aún tenía que empezar a vivirla?

—¿Qué has encontrado? —preguntó vacilante, observando el cabello oscuro de la chica extendido sobre la plancha metálica que le sostenía la cabeza.

—¿Ves esta zona de aquí? En el costado del pecho, debajo del brazo derecho.

—¿Qué estoy buscando? —A Lottie le costaba distinguir nada, por las puñaladas en el torso de la chica.

Jane señaló con el bisturí.

—Han cortado una sección de piel en el lado superior derecho de la caja torácica. Se hizo poco antes de que muriera.

Lottie contempló la herida, el bocadillo y el café que había engullido a toda prisa un rato antes se le revolvieron en el estómago.

—No estoy segura, pero tiene una forma particular, ¿no?

—Sacaré fotos y las ampliaré, aunque a simple vista se parece a un corazón.

—Mierda, eso me parecía.

—Mierda es la palabra correcta —afirmó Jane y Lottie se sorprendió. La patóloga rara vez decía tacos.

Lottie no era muy impresionable, sin embargo, sintió que las náuseas le burbujeaban en el estómago. Huyó antes de tener que ver a la patóloga cortando el cuerpo de Lucy. No quería humillarse arrojando el contenido de su estómago sobre el estéril suelo de baldosas.

Consiguió evitarlo, hasta que llegó al aparcamiento.

Capítulo 34

En la autopista, mientras conducía de regreso a Ragmullin, el móvil de Lottie sonó por el manos libres.

—Gráinne, por favor, dime que tienes buenas noticias.

—¿Puedes reunirte conmigo en la escena del crimen? Hay algo que deberías ver.

—Tengo una reunión de equipo en veinte minutos y acabo de despedirme de la patóloga forense. Asegúrate de que analicen todas las manchas de sangre del salón. Jane cree que no toda es de Lucy. Y hay que analizar las esquirlas de vidrio de las puertas del patio en busca de sangre. Ya sabes cómo va.

—Está en marcha. Agradecería si pudieras pasarte. Es importante.

Lottie miró el reloj del salpicadero. La reunión tendría que retrasarse. Pisó el acelerador.

—¿No puedes enviármelo por correo?

—Tienes que verlo antes de que se informe a nadie más. Tiene que ver con tu hijo.

—Mierda. Voy para allá.

Lottie colgó y llamó a Sean por marcación rápida. No hubo respuesta. Tomó la salida y abandonó la autopista. Al llegar a la carretera de Ragmullin no levantó el pie del acelerador. Lo único que tenía en la cabeza era qué podía haber encontrado Gráinne.

Tenía un mal presentimiento.

El cansancio acumulado durante las horas que habían pasado desde que Lottie se había marchado de la escena del crimen habían hecho mella en Gráinne. Estaba de pie en el salón, escenario de la mayor parte del destrozo.

—Gráinne, ¿qué es tan urgente?

—Había un montón de abrigos, suéteres y chaquetas detrás del sofá. Ropa que los chavales se dejaron.

—Vale.

—He encontrado una chaqueta de cuero negra. —Gráinne la miraba con ojos penetrantes, esperaba que Lottie se diera cuenta.

La inspectora estaba desconcertada, no entendía a qué se refería la forense.

—Lo siento, pero ¿qué relevancia tiene? ¿Acaso es del asesino?

—Es de tu hijo.

—Enséñamela.

Gráinne abrió una bolsa grande de pruebas. Lottie echó un vistazo dentro.

—Guantes, por favor —ordenó la forense.

Lottie se los puso y sacó la chaqueta. Era la de Sean. Joder, después de todo lo que le había insistido y se la había olvidado de todas formas.

—¿Cómo sabes que es de mi hijo?

—El carné de la escuela estaba en el bolsillo interior.

A Lottie se le pegó la lengua al paladar y se le secó la garganta. En ningún momento había ocultado que Sean había estado en la fiesta, bueno, más o menos, porque no había informado a la comisaria Farrell. Le había dejado claro al equipo que lo había recogido poco después de las doce. Ahora no le quedaba más remedio que decírselo a la comisaria.

Pilló a Gráinne mirándola.

—¿Qué? ¿Hay algo más?

—No sé bien cómo…

—Escúpelo. —Su mal humor iba en aumento, aunque sabía que estaba mal dirigido. Gráinne solo estaba haciendo su trabajo.

—Había una caja de condones en el bolsillo interior. Falta uno.

—Por un momento pensé que me ibas a decir que habías encontrado el arma del crimen en el bolsillo de mi hijo.

Gráinne se agachó para recoger otra bolsa de pruebas.

—También he encontrado un arma.

—¿Qué? —Lottie sintió cómo la sangre abandonaba su rostro.

—Una navaja suiza. —La forense sostuvo la bolsa en alto—. La buena noticia es que no puede ser el arma del crimen. La hoja mide menos de ocho centímetros, es demasiado pequeña.

—Oh, eso —dijo Lottie bajando los hombros cuando la tensión abandonó su cuerpo—. Se la regaló su padre. Es vieja. Le he dicho que no la lleve encima, pero es evidente que no me ha hecho caso. Hace algunos años, secuestraron a Sean.

Un escalofrío le recorrió la columna al recordarlo. Sean había quedado traumatizado y todavía cargaba con el estrés y el horror de lo que había pasado.

—Habrá que registrar y analizar todo esto —dijo Gráinne— en busca de sangre y ADN. Es el protocolo.

—Registra y analiza lo que quieras. No encontrarás nada. —De eso Lottie no tenía la menor duda. Su hijo no era un asesino. Pero le molestaba que todavía estuviera lo bastante asustado como para llevar la navaja de su padre.

* * *

Habían llevado a Hannah a una de las celdas, le habían dado una manta que picaba y le habían dicho que descansara. Se había acurrucado sobre el duro banco y había dormido a ratos hasta que llegó el psiquiatra.

Era un hombre joven y hablador. Lo único que pensó Hannah es que la dejaría irse a casa.

En lugar de eso, recomendó que la ingresaran en el hospital para realizarle más pruebas y mencionó que estaba deshidratada, posiblemente por los narcóticos que había ingerido.

Ahora estaba tumbada en una cama con un colchón de goma en el hospital de Ragmullin. Le habían vuelto a sacar sangre y en ese momento estaba bajo observación, hasta que el psiquiatra volviera para seguir evaluándola.

Quería irse a casa. Echaba de menos a su hermanito. Incluso echaba de menos a su madre. Babs había prometido pasarse si conseguía que alguien se ocupara de Olly y, si no, llamaría. De momento, nada.

Cada minuto que pasaba se volvía más incómodo estar allí tumbada. Hannah pensó en Cormac y se preguntó qué les habría contado a los detectives. Estaba segura de que lo habían interrogado. Ivy se habría encargado de chivarse de ellos.

Pensar en Ivy desvió su atención de inmediato hacia Lucy. Alguien la había asesinado. La propia Hannah había tenido sangre en las manos. Su memoria estaba llena de lagunas. ¿Qué había pasado? Tenía que hablar con Cormac, pero estaba atrapada en el hospital, sin el móvil. Tenía que convencer a los médicos de que estaba bien y luego contestaría a todas las preguntas, aunque fuera para decir «sin comentarios». Tendrían que soltarla. Después buscaría a Cormac y quizá descubriría qué ocultaban las lagunas en su memoria.

Debería haberse sentido mejor después de tomar esa decisión, pero se sentía peor. Por alguna razón, tenía miedo de lo que podía contarle Cormac. ¿Por qué? ¿Qué había hecho? ¿Qué había hecho él?

Hundió la cara en la almohada deforme y lloró hasta quedarse dormida.

Capítulo 35

Lottie llegaba con media hora de retraso a la reunión de equipo que ya había pospuesto. Entró en la sala del caso, con el bolso que se le resbalaba por el brazo, de tan mal humor que fue evidente para todos los allí reunidos antes incluso de que abriera la boca. Dejó caer el bolso al suelo y lo envió de una patada bajo el escritorio, también se quitó la chaqueta y la hizo una bola; esta corrió el mismo destino que el bolso.

Las charlas cesaron y todos en la sala se pusieron alerta. El aire olía a humanidad y a un perfume floral nauseabundo. A algo que su madre se echaría en las muñecas en grandes cantidades. Ese pensamiento le recordó la llamada de Sean de hacía un rato diciéndole que iba a hacerle la compra a su abuela, y esto hizo aumentar su irritabilidad. A su hijo le esperaba un buen interrogatorio cuando llegara a casa.

Sin preámbulos y marcando un tono sombrío, se zambulló en la reunión.

—Lucy McAllister, de diecisiete años, murió después de ser víctima de un brutal ataque con arma blanca. Recibió varias puñaladas en el torso; según la patóloga, la herida mortal fue la de la garganta. Es posible que, para cuando subió las escaleras hasta el dormitorio donde fue encontrada esta mañana, las otras heridas ya la hubieran debilitado. La patóloga sugiere que el arma podría ser algo tan simple como un cuchillo de cocina. En la cocina falta un cuchillo con esas características. Aún no lo hemos encontrado y todavía se está llevando a cabo una búsqueda extensiva en la propiedad de los McAllister.

—Es probable que lo hayan tirado al canal —masculló McKeown, con la cabeza rapada inclinada sobre su iPad, que toqueteaba de forma distraída.

Lottie lo ignoró y luchó por disimular su rabia. Era razonable sospechar que McKeown ya había hablado con Sean, así que tenía que avanzar con cautela.

—Hay indicios de que Lucy tuvo un encuentro sexual… eh… antes de su muerte. —Se le enredaron las palabras al recordar que Gráinne había mencionado la caja de condones en el bolsillo de Sean. «Por Dios, mujer, contrólate». Tosió para ocultar su vacilación—. Aunque hubiera tenido relaciones sexuales, no hay pruebas de que la misma persona la matara. Estamos esperando los resultados del *post mortem*, pero algo interesante…

—Podría haber sido una violación —la interrumpió McKeown—. Primero la violó y después trató de ocultarlo matándola.

Lottie contó mentalmente hasta cinco antes de continuar.

—Esta información es preliminar, así que todavía no sabemos nada más. —Respiró un par

de veces para calmar el corazón, que estaba desbocado—. Tardará un poco, pero compararemos el ADN con todas las muestras tomadas a los sospechosos. En este momento, Noel Glennon es el primero en la lista, además de Cormac O'Flaherty y posiblemente Richie Harrison.

—También había un montón de hombres jóvenes y fogosos, ¿y qué hay de Hannah Byrne? ¿La sangre que tenía en las manos es la de la víctima? —Ahora McKeown rozaba la agresividad —. ¿Y dónde está?

Lottie se clavó las uñas en las palmas y respiró hondo. Tantas interrupciones le hacían perder el hilo.

—Han llevado a Hannah al hospital para que le realicen pruebas preventivas. Espero que mañana se encuentre lo bastante bien para que podamos interrogarla.

McKeown no dijo nada. Bien.

—¿Cuál es el móvil del asesinato de Lucy? ¿Por qué Hannah iba a atacarla? Tenemos la foto que según Cormac O'Flaherty fue compartida con todos los asistentes a la fiesta. Soy reacia a pegarla en la pizarra porque no quiero seguir exponiendo a la pobre chica. Durante el *post mortem* preliminar, se ha hecho un descubrimiento macabro. Alguien cortó un trozo de piel del torso de Lucy. —Hizo una pausa mientras una exclamación colectiva se elevaba en la sala—. Bajo el brazo, sobre la caja torácica. Aquí está la foto.

Pegó en la pizarra la foto de la herida que Jane le había enviado por correo.

—¿Tiene forma de corazón? —preguntó Kirby ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos.

—Podría ser. Pero ¿por qué iba el asesino, que parecía estar en medio de un frenesí, tomarse el tiempo de hacer algo así? —El silencio fue la única respuesta a su pregunta—. ¿Alguna idea brillante? ¿Quizá tú, detective McKeown?

El detective mantuvo la boca cerrada.

La garda Brennan levantó la mano como si estuviera en clase.

—Es posible que Lucy tuviera un tatuaje que hubiera identificado al asesino. ¿Sus iniciales dentro de un corazón? Algo así… Lo siento, es una estupidez.

Lottie se inclinó hacia delante.

—No, es buena idea. Se lo preguntaré a los padres de Lucy.

—Pero —dijo la garda Brennan— si miras dónde estaba ubicado, parece que quisiera esconderlo. Puede que los padres no sepan nada. Yo preguntaría a sus amigas… quiero decir, si fuera tú.

Lottie se preguntó por qué la joven agente estaba tan nerviosa y de inmediato concluyó que debía de tener que ver con McKeown.

—Bien pensado, Martina. Ivy Jones era su mejor amiga, pregúntale. ¿Alguien ha encontrado al exnovio de Lucy?

—Bradley Curran —dijo Kirby—. Está en Australia. Puedo llamar y preguntarle si Lucy tenía un tatuaje.

—Y averigua cualquier otra cosa que pueda saber que nos ayude a reconstruir la vida de Lucy. De momento solo sabemos que era una abusona y le gustaba ridiculizar a sus compañeros. Según la mujer de la limpieza, Sarah Robson, detrás de esa fachada, también era una chica triste. ¿Por qué Sarah piensa eso? Necesitamos saber más sobre Lucy.

—¿Qué dice el examen toxicológico? —preguntó Kirby—. ¿Alguna droga?

—Todavía no tenemos los resultados. Espero que lleguen mañana.

—Buena suerte —dijo McKeown—. Mañana es domingo.

—Conozco los días de la semana —le espetó Lottie, aunque se le había olvidado por completo.

—Hannah dice que no recuerda nada —intervino Kirby—. Puede que le pusieran algo en la bebida que le hiciera perder la memoria, como las drogas que utilizan los violadores. ¿Es demasiado tarde para analizarlo?

—He pedido un análisis de sangre. Todos sabemos que el GHB solo permanece en la sangre durante ocho horas después de ser administrado. Si eso fue lo que le dieron a Hannah, puede que ya haya desaparecido de su cuerpo y no se detecte. Pero estoy de acuerdo, hay una posibilidad sustancial de que le pusieran algo en la bebida. Tenemos que esperar y ver qué nos dicen los resultados del laboratorio.

Se volvió hacia McKeown.

—Quiero que investigues a todas las personas relevantes. A ver si tienen algún cadáver queriendo salir del armario. Prioriza a Noel Glennon. Quiero saber todo sobre él antes de volver a traerlo para un interrogatorio. Me preocupa que tuviera algún motivo oculto para estar en una fiesta de adolescentes.

Conectó lo que Sarah Robson había dicho sobre el profesor de Educación Física y añadió:

—Ya que estás, investiga el pasado de Sarah. ¿Cómo van los interrogatorios a los asistentes a la fiesta? —Las palabras salieron de su boca antes de que se diera cuenta de lo que decía. Mierda y mierda.

—Me alegro de que lo preguntes —contestó el detective con una sonrisa burlona.

«No me cabe duda», pensó Lottie reprendiéndose mentalmente por darle pie.

—He interrogado a todos los de la lista que nos dio Ivy Jones. Sin excepción, todos estaban, cito textualmente, «superpedo». Unos cuantos recordaban el altercado entre Hannah y Lucy. Ninguno recuerda nada fuera de lo normal, salvo por ese momento fugaz de emoción. He revisado las fotos de los móviles y las redes sociales, pero no he encontrado nada que nos sirva.

Una vez empezada la conversación, Lottie no podía retroceder.

—¿Te han dado algún otro nombre de los que fueron, pero que no estuviera en la lista de Ivy?

—Unos cuantos. La mayoría de los chavales han sido imprecisos, como te imaginarás, dado su consumo de alcohol.

—Por no mencionar las drogas que vendía Jake Flood —añadió Kirby y palpó el bolsillo en búsqueda del puro que solía guardar allí—. No se le ha visto desde la fiesta. Hemos emitido alertas sobre él y sobre el coche de su madre, pero de momento no ha habido éxito.

—También he hablado con tu hijo, inspectora —dijo McKeown, y una expresión seria, aunque forzada, ensombreció su rostro—. Podemos comentarlo en privado.

Las cabezas se volvieron hacia él y otra vez hacia Lottie. Era un hijo de puta. Podría haber hablado con ella más tarde. Sin embargo, ella le había dado pie y, si no hubiera llegado tarde, habría podido hablar con él antes de la reunión. Era hora de pasar página.

—Muy bien. —Sonrió con amabilidad—. Como ha comentado el detective Kirby, también tenemos un chico desaparecido. Jake Flood, de quince años. Estaba vendiendo drogas en la fiesta. Tenemos que establecer por qué estaba allí. ¿Lo invitó Lucy con ese fin? Y la gran pregunta, ¿dónde está? Robó el Fiat Punto azul de su madre. Hemos hecho circular la

información y emitido alertas sobre el coche y el chico. Como sospechamos que Hannah fue drogada, toda información que podamos conseguir sobre él es crucial para la investigación, ya que Cormac O'Flaherty no ha dicho gran cosa, y de lo que dice me creo la mitad. ¿Alguno de los amigos de Lucy tenía información sobre Jake?

McKeown negó con la cabeza.

—Para cuando me enteré de que el chico había desaparecido, ya había interrogado a la mayoría, pero los que quedaban no han abierto la boca.

—El padre de Jake murió el año pasado y parece que desde entonces la cosa ha ido de mal en peor —intervino el garda Lei—. Creo que el chico es parte de una banda de matones que van por la ciudad en bicicleta tratando que otros chicos se enganchen a las drogas.

—Sigue ese enfoque —dijo Lottie—. ¿Quién está en la banda? ¿Quién es el líder? ¿Quién está moviendo los hilos? Y, sobre todo, ¿cuál es el papel de Jake en la banda y por qué estaba en la fiesta de Lucy? Ya sabes cómo va.

—Claro, por supuesto. Me pongo ya mismo. —Lei esbozó una sonrisa ancha y se levantó para marcharse.

Lottie admiraba su entusiasmo torpe.

—Espera hasta que terminemos la reunión. Un hecho interesante es que Albert McAllister es agente de boxeo y Jake entrenaba en un club de boxeo, el Ragmullin Goldstars, que fundó Albert. Haré una visita al club y veré qué descubro. Si alguien ve a Jake o el coche, quiero ser la primera en saberlo.

—Igual que el arma del crimen, es probable que a estas alturas ya se hayan deshecho del coche —masculló McKeown.

Ya empezaba a tocarle las narices.

—Detective McKeown, quiero un informe de lo que les has sacado a los asistentes a la fiesta. Qué bebieron o tomaron en la fiesta. Si observaron algo anormal, a alguien actuando de manera sospechosa, a qué hora se marcharon y qué creen que pasaba en la vida de Lucy. Por muy raro que te suene, lo quiero en el informe.

—Hecho. —El detective tecleó algo en su iPad.

—No perdemos nada por investigar un poco a Liz Flood, la madre de Jake. Llegó a casa temprano esta mañana y dijo que había estado trabajando toda la noche, pero el gerente del bar del hotel dice que terminó el turno a las doce y cuarto. ¿Dónde estuvo después? Tenemos que averiguarlo. ¿Alguien más tiene algo que decir?

Unos murmullos sucedieron a su pregunta.

—¿Todo el mundo tiene claro qué hacer?

El equipo asintió. Era hora de poner punto final antes de que la comisaria Farrell hiciera una aparición inoportuna.

—Quizá Hannah Byrne mató a Lucy, pero tenemos que eliminar al resto de sospechosos. Si la asesinó alguien de fuera del grupo de la fiesta, ¿cómo consiguió entrar? ¿Cómo se marchó? ¿Cuánto tiempo estuvo Noel Glennon vigilando la puerta? Las cámaras de seguridad no estaban conectadas anoche, así que encontrad la propiedad más cercana y revisad las grabaciones. Las cámaras de seguridad de esta ciudad dejan mucho que desear, pero seguid buscando. Analizad las cámaras de tráfico en busca del Punto azul.

—¿Y si hacemos un llamamiento a la ciudadanía pidiendo las grabaciones de las cámaras de

los coches? —sugirió Kirby.

—No tenemos una hora concreta, pero mira a ver qué consigues. Y haz otro llamamiento pidiendo que se ponga en contacto con nosotros cualquiera que estuviera en la zona después de medianoche. A veces la gente ve cosas que piensa que son irrelevantes, pero que pueden darnos una pista inesperada.

—Mucho trabajo duro y sin sentido —masculló McKeown.

Lottie fingió no oírlo.

—Por cierto, detective Lynch, ¿alguna novedad sobre los correos de Lucy? Necesito saber con quién planeaba pasar el fin de semana pasado y si llegó a hacerlo.

—Gary todavía está peleándose con la dirección de correo. Dijo algo sobre navegador Tor y Guerrilla Mail, sean lo que sean.

—Dile que trabaje más y más rápido. Estamos perdiendo un tiempo valioso.

—Puede que el correo no sea nada.

—Y puede que lo sea todo. ¿Has hablado con Ivy sobre quién lo envió o dónde podría haber sido ese encuentro?

—Ivy dice que no vio a Lucy el fin de semana pasado y que no sabe nada de que planeara pasarlo fuera. No puedo decir por qué, pero tengo la sensación de que hay algo que no está contando.

—Síguela de cerca.

—Lo haré.

—¿Alguna señal del móvil de Lucy?

—Todavía no.

—¿Qué pasa con los McAllister? —preguntó Lottie—. ¿Han rechazado el agente de terapia familiar?

—Sí. Dicen que quieren llorar a su hija en paz.

—No tenemos que perderlos de vista. ¿Por qué se fueron tres semanas a España? No me trago que Mary estuviera deprimida. Quizá haya algún escándalo cociéndose en el negocio de Albert del que tenía que ocuparse. También necesito más información sobre ese boxeador, Terry Starr. Hurgad un poco en sus finanzas, a ver si hay algo sospechoso.

Lynch alzó una ceja.

—¿Qué estoy buscando exactamente?

—No tengo la menor idea, pero si lo encuentras, lo sabrás.

—Claro —afirmó Lynch, aunque por su voz no parecía que lo tuviera nada claro.

—Estaba pensando… —dijo Kirby.

—Una actividad peligrosa para alguien sin cerebro —se burló McKeown.

Unas risitas sonaron por la sala.

Kirby lo miró, furioso.

—¿Y si el asesino no sabía que Lucy le había pedido a Sarah que limpiara la casa esta mañana? Puede que quisiera que los padres encontraran el cuerpo de su hija. Una especie de mensaje.

—Me imagino que sabrían que era posible que otra persona encontrara el cuerpo. Aunque entiendo lo que dices. No veo problema en tenerlo presente mientras avanzamos.

Lottie se estrujó el cerebro para ver qué más había que hacer, pero sabía que solo estaba postergando la inevitable conversación con McKeown. No podía posponerlo más.

—Bien, eso es todo por hoy. Detective McKeown, a mi despacho.

Capítulo 36

Lottie se sentó con pesadez en la silla y frunció el ceño mientras esperaba a McKeown. Se estaba tomando su tiempo el tío. Quería llamar a Boyd y averiguar si había descubierto algo. Necesitaba saber qué habían hecho Albert y Mary en Málaga, qué había sido tan importante como para dejar a su hija sola durante tres semanas.

Antes de que pudiera hacer la llamada, McKeown entró con su iPad y una actitud seria. Gilipollas.

—Siéntate —dijo con una falsa sonrisa dulce. Era evidente que el detective no se lo tragaba.

—Gracias.

—¿Qué tienes que decirme que no sepa ya?

—¿Qué sabes ya? —El detective alzó una ceja.

—Yo hago las preguntas. —Abrió los puños, que tenía apretados, y apoyó las manos sobre el escritorio para curarse en salud—. Dime qué te ha contado Sean.

McKeown buscó en la pantalla y levantó la vista con solemnidad forzada.

—He establecido que tu hijo se marchó de la fiesta poco después de medianoche. Tú lo recogiste. No conseguía conciliar el sueño, dijo que por culpa de la sidra tibia. Negó haber consumido ninguna clase de droga.

—Bien.

—En algún momento de la noche, se dio cuenta de que se había dejado la chaqueta nueva en casa de Lucy. Como la preocupación no le dejaba dormir, salió de casa sobre las cuatro de la madrugada. No sabe la hora exacta. Caminó el kilómetro y medio hasta la casa donde se había celebrado la fiesta.

—Estoy segura de que para entonces la fiesta había acabado hacía rato. —Se moría por volver a casa y ver a Sean, porque pensaba retorcerle el pescuezo, metafóricamente hablando. ¿Por qué no se lo había contado?

—La puerta estaba abierta. Asumió que todos se habían marchado, ya que no vio señales de que hubiera nadie. No en ese entonces.

Lottie se preparó para la bomba que sentía que el detective estaba a punto de dejar caer. Él estaba en su elemento. Al darle la noticia, una mueca maliciosa curvó sus labios.

—Entró en el salón donde había visto su chaqueta por última vez y se encontró con la escena del crimen.

—Debería habérmelo dicho. —Lottie se alegraba de estar sentada; se sentía débil.

—Dijo que entonces se olvidó de la chaqueta porque oyó a alguien bajar por las escaleras. Se refugió en la cocina, donde vio manchas de sangre. Lo de entrometido debe de sacarlo de ti, puesto que subió por la escalera trasera y descubrió el cuerpo de Lucy.

Una náusea se abrió camino desde el estómago y Lottie se llevó la mano a la boca.

—Dios santo. ¿Me estás diciendo que mi hijo encontró el cuerpo de Lucy y no se lo dijo a nadie?

—Exacto.

—Esto es una pesadilla. —Entonces la asaltó un pensamiento—. El asesino podría haber estado todavía en la casa en ese momento.

—Eso depende de una sola cosa.

—¿Cuál sería?

—Que tu hijo no sea el asesino. —Otra mueca maliciosa se abrió paso por su rostro y Lottie sintió ganas de quitársela de una bofetada. Entonces, recordó la navaja que Gráinne había encontrado en el bolsillo de Sean. No era el arma del crimen, porque la hoja era demasiado corta, pero era una bendición que McKeown no lo supiera o le sacaría todo el jugo posible.

La inspectora trató de mantener el tono profesional en la conversación mientras una migraña amenazaba con explotar.

—Has dicho que Sean oyó a alguien bajar las escaleras. Si esa persona era el asesino, cuadra con la hora de la muerte aproximada que me dio Jane.

—Sean cree que eran dos personas hablando.

—Gracias por no contárselo a todo el equipo —dijo a regañadientes. El detective podría haber montado un buen espectáculo a su costa.

—Inspectora, me imagino que eres consciente de que he tenido que registrar el interrogatorio de Sean.

—Por supuesto. —Lottie a duras penas lo escuchaba. Pensaba en que su único hijo había escapado por los pelos.

McKeown se levantó y cerró el iPad.

—Y he informado a la comisaria Farrell.

—¿Qué? ¿Estás intentando que me saquen del caso? No había ninguna necesidad de hacerlo, ninguna. Virgen santísima.

Antes de que pudiera registrar por completo la sonrisa engreída que crecía en el rostro de McKeown, la puerta se abrió de golpe. La comisaria Farrell estaba allí, con el rostro rojo como un carbón encendido.

—No soy la Virgen, pero vas a desear que lo fuera, inspectora Parker. A mi despacho.

—Todavía estoy hablando con el detective McKeown.

—¿Aparte de incompetente eres sorda? ¡Ahora!

Lottie esquivó a McKeown al salir. El detective tenía una sonrisita triunfal pegada a la cara y ella no tenía tiempo para pensar en la mejor manera de lidiar con la comisaria.

Después de llamar de forma educada a la puerta de Farrell, entró en el despacho cuando esta

se lo indicó. Dentro, parpadeó. Todos los muebles habían sido reubicados. Tuvo que girar sobre sí misma para localizar a Farrell sentada en su escritorio a la derecha.

—Ha movido los… —Lottie señaló con la mano, pero se calló de inmediato. No era asunto suyo.

—Terapia. Me ayuda con la ansiedad. —Los brazos cruzados y el rostro casi púrpura.

Lottie pensó que, si le daba por adoptar la terapia de la comisaria en su casa, los muebles estarían en constante movimiento. Trató de concentrarse y preparar su estrategia.

La comisaria seguía hablando.

—Y escucha bien lo que te digo, inspectora Parker, tengo la ansiedad disparada desde que vine a Ragmullin. Tengo la presión sanguínea tan alta que el médico me ha mandado llevar un monitor las próximas veinticuatro horas. ¿Se te ocurre cuál es la causa de que tenga la presión alta?

—No, jefa.

Farrell soltó un ruidoso resoplido y Lottie pasó el peso de un pie al otro. No debería haber dicho eso.

—¡Tú! —Un dedo acusador la señaló y Lottie gimió para sus adentros—. Ya veo por qué el pobre comisario Corrigan estiró la pata tan joven.

—Eso es injusto. Tenía cáncer. ¿Puedo sentarme? —Por alguna razón inexplicable, se sentía vulnerable estando de pie mientras su jefa estaba sentada.

—No, no puedes, porque no te quedarás mucho tiempo. —Farrell se toqueteó la corbata de clip hasta soltarla para poderse desabrochar el botón superior de la camisa blanca arrugada—. Explícame en menos de treinta segundos este follón en el que te has metido.

—El cuerpo de Lucy McAllister fue descubierto de forma reciente esta mañana, así que no entiendo a qué se refiere —dijo Lottie con los dedos cruzados detrás de la espalda.

—Tu hijo. Su chaqueta. Una navaja en el bolsillo. No informar de que estuvo en la escena del crimen en mitad de la noche. Encontrar el cuerpo. ¿Quieres que te haga un croquis?

Mierda, ¿cómo sabía Farrell lo de la navaja?

—Oh, se refiere a eso. No es nada que deba preocuparla. Es solo un malentendido.

—¿Un mal-en-ten-di-do? —Farrell exageró la palabra—. Ilústrame.

Lottie le explicó brevemente lo que Gráinne había encontrado y lo que le había contado McKeown.

—Todavía tengo que hablar con mi hijo, así que de momento solo son rumores.

—Escúchame bien, inspectora. No son rumores, son hechos comprobables. Estás fuera del caso.

—No puede hacer eso.

—Acabo de hacerlo.

—¡Por favor! Cree que esto me compromete, pero no es así. Sean no está involucrado en el caso. La realidad es que lo recogí de la fiesta poco después de la medianoche. Cierto, volvió a la casa sobre las cuatro a buscar su chaqueta. Se marchó de inmediato sin ella. Lucy ya estaba muerta cuando él llegó.

—¿Y puedes demostrarlo?

—Como mínimo tiene que darme la oportunidad de hablar con mi hijo antes de apartarme del caso.

Farrell sacudió la cabeza y a Lottie le pareció oír el pitido del monitor de presión sanguínea. La comisaria tamborileó un dedo sobre el escritorio. Probablemente, estaba contando para calmarse y evitar pegarle un puñetazo.

—No haces más que tomar decisiones equivocadas. Hace un tiempo estuviste a punto de conseguir que el detective Boyd muriera en una explosión; hay discrepancias en tu equipo, y aventuras por todas partes: has perdido el control.

Así que, para colmo, ahora ella tenía la culpa de la aventura de McKeown.

—No puede negar que consigo resultados. Lo único que le pido es que me deje hablar con Sean. Cuando lo haya hecho, le informaré. Sé que puedo encontrar al asesino de Lucy. Una oportunidad, no le pido más.

Después de considerarlo, Farrell dijo, al fin:

—Tienes hasta mañana por la mañana. Y no quiero llegar y encontrarme la cara de otra víctima pegada en la pizarra del caso. ¿Entendido?

—Alto y claro. —Una oleada de alivio la inundó y sintió que le fallaban las piernas. Era hora de escapar.

Un segundo más tarde, recordó sus modales:

—Gracias, comisaria.

Capítulo 37

Ivy estaba tan molesta porque Richie la estuviera ignorando que condujo sin rumbo por la ciudad. Miró la hora en el salpicadero. Otros treinta minutos hasta que tuviera que volver a casa con el coche. Sabía que tendría que aguantar el mal humor de su madre toda la noche si llegaba tarde.

La resaca era brutal. Necesitaba pedir comida china, el remedio clásico de Lucy. Pero Lucy estaba muerta. Esta realidad le dejó un hueco en el estómago. Se sentía totalmente perdida sin su amiga.

Condujo arriba y abajo por la calle principal, rodeando la rotonda dos veces. No había ni un lugar donde aparcar cerca del restaurante.

No pensaba dejar el coche en un aparcamiento y hacer todo el camino de vuelta con ese dolor de cabeza palpitante. Quizá podría robar un poco del vodka que su padre guardaba en casa. Había oído que una copita quitaba la resaca. No sería mejor que la comida china, pero estaba dispuesta a probar lo que fuera para librarse de ese dolor de cabeza que amenazaba con cegarla.

Le mandó otro mensaje a Richie, sabiendo que no respondería, como no había respondido a todos los otros que le había enviado antes. Tendría que dejarlo hasta mañana. Entonces iría a su casa, llamaría al timbre y seguiría llamando hasta que abriera la puerta. Si su mujer estaba en casa, mala suerte.

A Ivy ya todo le daba igual.

* * *

Cormac se puso los vaqueros largos y fue a meter los cortados en la lavadora. Los forenses se habían llevado la ropa que había lavado por la mañana. Le costaba creer que seguía siendo el mismo día.

La sensación molesta que tenía clavada en la base del cráneo se negaba a abandonarlo. ¿Debería haberles dicho la verdad de lo que había pasado? Se preguntó si Hannah habría cantado. ¿O la droga le había afectado tanto que no recordaba nada del resto de la noche? Menudo susto le había pegado. No lo entendía. Él había tomado la misma pastilla y casi no le había afectado. Quizá era porque Hannah era virgen en narcóticos. Debía de ser eso.

Tal vez no debería haberles enseñado la foto a los detectives. Le daba un motivo a Hannah

para atacar a Lucy y le quitaba presión a él. Hannah era una buena chica y no se merecía todo eso. Además, pese a todo, le gustaba.

Aquello era un puto desastre.

Un ataque de pánico comenzó a formarse en su pecho, y él luchó por controlar su respiración errática. Tenía un inhalador de repuesto en alguna parte de la casa, pero, aunque rebuscó en todos los cajones, no tuvo éxito.

Tembló de forma violenta, su pecho se constreñía de nuevo.

En el armario debajo del fregadero encontró una bolsa de papel plegada. La abrió y empezó a respirar en ella. Era lo único que podía hacer para recuperar el aliento.

Al fin el estertor se suavizó.

Daba igual lo que hubiera hecho, Cormac no estaba preparado para morir.

Quizá era hora de decir la verdad.

* * *

Cuando Babs llegó al hospital, la expresión en su cara le dijo a Hannah que esperaba encontrarse a su hija embutida en una chaqueta de fuerza.

—No entiendo por qué estás aquí. —Babs acercó una silla a la cama y se sentó.

—El médico cree que es posible que me echaran algo en la bebida, aunque los resultados de los análisis no son concluyentes. Dice que pasó mucho tiempo hasta que hicieron la prueba, pero que mostraba todos los síntomas. Tengo que pasar la noche enchufada a estos monitores.

—Espero que no nos hagan pagar por todo esto… no tenemos seguro médico.

—¿Preferirías que esa detective me acusara de asesinato?

—En absoluto, pero no puedo entender cómo es que tenías sangre en las…

—Ni yo tampoco, mamá, porque no me acuerdo. Creo que la inspectora Parker ha hecho lo correcto al permitir que viniera al hospital a que me revisen.

—Pues que pague ella la cuenta. He oído que son cinco mil euros al día.

—Es un hospital público, mamá.

—Ya verás cómo tratan de jodernos. —Babs se cruzó de brazos.

—Me da igual. —Hannah se dio cuenta de que su madre ni siquiera le había preguntado cómo estaba, y eso la hizo sentir muy sola.

—Deberías venirte a casa conmigo ahora. ¿Dónde está tu ropa?

—Quiero irme a casa, pero no quiero que me arresten y todavía me encuentro mal. Será mejor que me quede.

—Tengo que irme. La señora Delaney está cuidando de Olly, y como coja la gripe tendrás que ocuparte tú.

—Mamá, ¿dónde está mi móvil?

—En la comisaría. Quieren examinarlo.

—¿Pueden hacer eso?

—Pueden hacer lo que les dé la puta gana.

Cuando Babs se marchó del pabellón, Hannah deseó que hubiera corrido la cortina que rodeaba la cama. Las otras mujeres la miraban fijamente.

«Sí —pensó—, mi madre está estresada, pero sé que se preocupa por mí».

Sin móvil.

Sin manera de contactar con Cormac.

Y entonces se dio cuenta de que ni siquiera tenía su número.

* * *

Comenzaba a chispear cuando Noel Glennon se estaba poniendo un chándal limpio para salir a correr. En vez de eso, decidió sentarse en la terraza y fumarse un cigarrillo. Le daba la impresión de estar haciendo algo, aunque lo único que hacía era fastidiarse la salud.

Volvió a marcar el número, pero, una vez más, nadie contestó. Tenía que averiguar si había metido la pata en alguna parte. La cabeza le latía y dio una calada profunda al cigarrillo. Tenía un as bajo la manga. No quería hacerlo, pero no le quedaba alternativa.

Mañana Richie Harrison podía gritarle si quería, sin embargo, ahora era el momento de idear un plan.

* * *

Brontë Harrison escuchó el latido del bebé en el mismo momento en que Richie se sentó junto a ella en la cama.

—Tienes que avisar a mi padre de que estoy aquí —dijo.

—Mañana por la mañana ya estarás en casa. No tiene sentido preocuparlo.

—Mi padre no se preocupa más que de sí mismo.

—Entonces, ¿para qué decírselo?

—No soporto cuando insistes en ser un puto idiota. Olvídalo.

—Tengo algo que decirte, Brontë, y no te va a gustar.

—¿Qué has hecho ahora? —arrugó la sábana y los dedos se le pusieron blancos.

—Nada, lo juro. Pero la cuestión es que dos detectives vinieron a casa y me interrogaron sobre la fiesta de anoche de los McAllister.

—¿Qué? —Se incorporó en la cama y el monitor le resbaló por la barriga. Sin el latido del bebé resonando en el aire, la habitación se sumió en el silencio. Brontë pronto lo llenó.

—No pueden interrogarte sin un abogado. Espero que no les hayas dicho nada.

—Por supuesto que no. No hay nada que decir.

—Mientes más que hablas, Richie Harrison.

Llegó una enfermera para volver a colocarle el monitor en la barriga y salvó a Richie de una buena bronca.

* * *

Yo soy la Urraca, gloriosa y magnífica. Me escondo, pero quiero que todos me conozcan. Pero no es posible.

De pie junto a la ventana observo apagarse la luz del atardecer. Oigo los pájaros piar en

las ramas y me pregunto cómo será dormir en un árbol.

Pensamientos estúpidos.

Me vuelvo de nuevo hacia el portátil y miro el reloj de la esquina superior. Tengo tiempo de ver un par de vídeos más antes de tener que vaciar el dispositivo. Es crucial que no deje rastro de mi trabajo en la red. He tenido cuidado, pero ¿el suficiente?

Sin embargo, no puedo evitar echar un último vistazo a mi bella y rentable obra.

Capítulo 38

Cuando Lottie giró la llave de la puerta de casa de su madre y entró al calor asfixiante, fuera había empezado a llover. La confrontación con la comisaria Farrell la había dejado agitada, así que había decidido pasarse a ver a Rose antes de ir a casa y hablar con Sean. No quería encarar la conversación con agresividad.

—¿A cuánto tienes puesta la calefacción? Parece que estemos en el Sáhara.

Sin esperar una respuesta, salió a comprobar la caldera. Zumbaba con el termostato a más de treinta grados. Lo bajó y entró de nuevo en la casa.

Rose estaba sentada con la puerta abierta junto a la estufa, que ardía como un potente fuego.

—Es pleno verano —dijo Lottie.

—Estoy muerta de frío. —Rose se subió una manta de lana multicolor hasta la barbilla.

—Quizá tengas la gripe.

—No hay gripe en esta época del año.

En lo que respectaba a Rose, Lottie nunca podía ganar. Se puso a enjuagar con agua, que también salía hirviendo, una taza y un plato. No era propio de su madre dejar platos sucios por ahí, pero al menos demostraba que había comido algo.

—Me duele el oído —dijo Rose—. Necesito los tapones para los oídos. ¿Puedes traérmelos?

—Tú no tienes tapones.

—Claro que sí. En la cómoda de mi habitación, una botellita. Sigue en la caja.

—Oh, te refieres a las gotas para los oídos.

—Eso he dicho.

Lottie no quería discutir, así que dijo:

—¿Quieres venir a cenar a casa?

—Ya he cenado. Sean me ha hecho la compra. Es un buen chico, más de lo que puedo decir de mi propia hija.

—¿Qué has comido? —La pulla de Rose irritó a Lottie.

—Un bocadillo.

Lottie la miró por encima del hombro mientras el agua que goteaba de sus manos caía al suelo.

—¿Un bocadillo? ¿Para cenar?

—¿Qué pasa?

—Nada. —Cogió un trapo y dejó la taza seca sobre la encimera.

—No la dejes ahí.

Lottie abrió la puerta del armario y, en ese momento, desearía haber estado en Málaga con Boyd.

—Ese no, el de al lado. ¿Eres estúpida o qué?

Lottie miró fijamente a Rose.

—No me mires así. Por el amor de Dios, ¿por qué nadie puede hacer lo que quiero y hacerlo bien?

Lottie se secó las manos y concluyó que su madre no tenía buen aspecto.

—Me parece que voy a llamar al médico.

—¿Para qué? Además, ya no está trabajando y no hace visitas a domicilio.

—Le dejaré un mensaje pidiéndole una visita para ti.

—Deja de preocuparte. Estaré bien, solo es un catarro.

—Pediré una cita de todas formas. —Fue al recibidor y cogió el abrigo de su madre—. Póntelo. Te vienes a casa conmigo.

—Ni lo sueñes —se mofó Rose antes de doblarse por la tos—. Si me voy a morir, me moriré en mi casa. —Cruzó los brazos sobre la manta de colores estridentes; su expresión malhumorada y resuelta pretendía desafiar a Lottie, hacerla enfadar.

Cuando Rose estaba de ese humor, era una tortura discutir con ella. Pero no estaba bien y Lottie sabía que no podía dejarla sola.

—Voy a prepararte un bolso con algo de ropa. Te quedas en mi casa unos días.

—Por encima de mi cadáver.

—Madre, estarás mejor conmigo. Me ocuparé de ti. —No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo y pensó que aquella quizá no era de sus mejores ideas.

—¿Tú? ¿Cuidar de mí? —Rose estaba sembrada—. No me hagas reír.

—Sean tiene vacaciones y el pequeño Louis te adora. —«Aunque nos hagas la vida difícil a todos», añadió Lottie mentalmente—. Mañana es domingo, así que Katie no trabaja. —¡Domingo! Mierda, no conseguiría cita con el médico hasta el lunes.

—Llevo sola todo este tiempo. Puedo apañármelas unos meses más, y luego ya te librarás de mí para siempre.

—No digas bobadas. —Nunca había oído a Rose tan fatalista. No era un buen día para esa conversación, todavía le pitaban los oídos por la furia de Farrell.

—Vete a casa, Lottie. —Un ataque de tos hizo que Rose se doblara de nuevo. Tardó un momento en recuperar el aliento—. No te he pedido que vengas. Me las puedo apañar.

No parecía que se las estuviera apañando muy bien.

—Mala suerte, madre, porque insisto.

—Se te da bien —dijo Rose.

—¿El qué?

—Dar órdenes.

Lottie levantó las manos en el aire.

—Claro. ¿Sabes?, me sería mucho más fácil dejarte aquí. —Aunque ya fuera un poco tarde, trató de contener el berrinche—. Pero me enseñaste a preocuparme por los demás. Puede que no

siempre lo demuestre, pero me preocupo por ti, madre. ¿De acuerdo?

—Nunca.

—¿Qué?

—Nunca me demuestras que te preocupas por mí. —Rose se enfurruñó y tosió. Lottie vio que se le empañaban los ojos—. Vale, tú ganas. Una noche, nada más. No soy una inválida. —Fue a levantarse, se tambaleó bajo la manta y volvió a sentarse—. Quizá podrías ayudarme con el abrigo.

Lottie odiaba admitirlo, pero casi había esperado que Rose se negara a marcharse. «Voy a ir directa al infierno», pensó mientras colocaba el abrigo sobre los hombros huesudos de su madre, y entonces se preguntó qué había en casa que pudiera hacer para cenar, si es que había algo.

Y todavía tenía que hablar con Sean.

¿Por qué su vida siempre era tan complicada, maldita sea?

Imposible aburrirse.

Después de que Sean bajara mantas y almohadas del piso de arriba a la fría sala de estar, Lottie cambió las sábanas de su propia cama. No había tenido tiempo de amueblar una habitación de invitados. Solo encontró una funda de edredón limpia, y ni siquiera estaba planchada. En su cabeza, escuchó a Rose reprendiéndola por su falta de habilidades domésticas.

—Te aguantas —masculló en medio de su lucha por poner la funda al inmenso y rebelde edredón—. Es mi casa y si no quiero, no plancho.

—Da igual, Lottie.

Se quedó petrificada. No había oído a su madre subir las escaleras.

—Estoy cansada —dijo Rose—. Puedo dormir en el sofá en vez de quitarte el sitio. —De repente se la veía anciana y frágil.

—Te he traído el camisón. ¿Puedes ponértelo… desnudarte sola?

—Deja de preocuparte. —Rose se sentó sobre el edredón con la funda medio puesta—. Debería haberme quedado en casa.

Lottie no tuvo el coraje de pedirle a su madre que se moviera para cerrar los últimos botones de la funda del edredón.

—Prepárate para acostarte y te traeré algo de comer cuando esté listo.

Rose cogió el camisón del bolso que Lottie había preparado a toda prisa.

—Este no es el correcto.

«Claro que no». Lottie soltó un silencioso quejido.

—Para esta noche servirá. Por la mañana iré a buscarte más ropa. ¿Te parece bien quedarte aquí sola mientras preparo la cena?

—Mañana me iré a mi casa, así que no tienes que preocuparte. Y no tengo hambre. ¿No te he dicho que ya he cenado?

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es. Estoy intentando ayudarte. —Lottie estaba a punto de llorar. Quizá era el asesinato de Lucy, o el hecho de que Boyd estuviera fuera, o que todavía tenía que hablar con Sean, por no mencionar a McKeown y su sonrisa maligna después de delatarla ante la comisaria. O tal vez, solo tal vez, era porque nunca había visto a su madre tan vulnerable.

—Lo siento —dijo Rose en voz baja—. Sé que no soy la persona más agradable, y Dios sabe que tú más que nadie tienes motivos para que te caiga mal…

—No me caes mal. Por el amor de Dios…

—Déjame terminar. Agradezco que me cuides esta noche, pero mañana me voy a casa. Nunca he sido una carga para ti y no pienso empezar a serlo ahora. He vivido gran parte de mi vida sola y creo que estoy capacitada para saber que todavía puedo apañármelas.

—Pero no cuando estás enferma.

—Ve a hacer la cena. Podemos discutirlo luego. ¿Me has traído un camisón? Te he dicho que me pusieras uno en el bolso.

Lottie contempló a su madre sosteniendo el camisón con la mirada perdida y suspiró.

Capítulo 39

A Colette Ennis le encantaba llevar a su perro a pasear por la tarde, incluso después de que hubiera llovido.

El labrador negro tiraba de la correa y ella trotaba por el camino de sirga junto al canal. Las tardes eran largas y unas horas antes había sentido una pizca de verano en el aire, pero todavía no había llegado del todo. Contempló las nubes negras que surcaban el cielo y pensó que parecían un gato sigiloso a punto de saltar sobre un ratón. El ratón era el sol que se hundía. Soltó la correa para dejar a Jasper correr libre.

Justo antes de llegar a la calle de Piper, pasó junto a una pareja de pescadores decepcionados que guardaban sus cosas. Siguió corriendo, pero bajó el ritmo un rato para mirar el pequeño monumento de bronce: una representación de unos zapatitos de niño en recuerdo a la Gran Hambruna. Pasaba junto a él a menudo, pero nunca se había parado a mirarlo. «Qué triste», pensó, y volvió a aumentar la velocidad.

El agua del canal era de un color marrón turbio. El chaparrón de hacía un rato había hecho que subiera el cieno. No creía que los pescadores hubieran pescado nada, y de ser así, probablemente los peces ya estuvieran muertos. El canal parecía una tumba acuática. Ese pensamiento la hizo estremecerse.

Entonces, se dio cuenta de que el perro se había detenido un poco más atrás que ella.

—Ah, venga, vamos Jasper, estoy grabando *Coronation Street* mientras paseamos y quiero verlo antes de irme a la cama. —El perro frotaba la nariz contra las cañas de la orilla del canal —. Más te vale no estar molestando a las ratas o te dejaré aquí.

Jasper ladró.

—¿Qué pasa, chico?

Colette se agachó junto al perro y se desenroscó la correa de los dedos, lista para engancharsela al collar. El animal volvió a ladrar, un aullido inquietante en el silencio de la tarde. En ese momento vio lo que le había hecho acercarse a las cañas y ladrar como uno de esos espíritus *banshee* que anuncian la llegada de la muerte.

Un brazo, blanco y delgado, se extendía hacia arriba con una cuerda en la muñeca.

Colette se llevó la mano a la boca para no vomitar, cogió a Jasper del collar y tiró de él para que regresara al camino. El perro estaba húmedo y resbaladizo, necesitó tres intentos para ponerle la correa.

Miró a su alrededor en busca de ayuda, pero los pescadores se habían marchado a casa. Estaba sola. Las primeras gotas de un nuevo chaparrón le cayeron sobre la piel. Sacó el móvil del bolsillo trasero del chándal y miró una vez más el brazo solitario que se alzaba hacia el cielo. Parecía que estuviera rogando que alguien lo rescatara.

Entonces, marcó el número de la policía y esperó mientras la llovizna se convertía en aguacero.

Ni siquiera lo sintió.

Capítulo 40

Katie y Chloe le dijeron a Lottie que hiciera la cama del salón; ellas se encargarían de preparar algo para aquella cena tardía.

—Siempre hay una primera vez para todo —bromeó la inspectora. Sentía el cansancio hasta en los huesos.

—No te pases, mamá —dijo Katie, que removía una olla de sopa con el pequeño Louis enganchado a sus vaqueros.

—Sean te está encendiendo el fuego. En esa habitación hace un frío que pela —dijo Chloe mientras le cogía el cucharón a Katie.

—Vale. Pegadme un grito si necesitáis algo.

—Una llamadita a la pizzería no estaría mal —bromeó Chloe con un guiño—. Ve. No trabajo ni esta noche ni mañana. Me levantaré temprano para ayudarte con la abuela.

—Yo también —dijo Katie—. Tengo libre hasta el lunes.

—Yo también —se sumó Louis, mientras cogía el mendrugo de pan con mantequilla que le había dado Katie para convencerlo de que le soltara los vaqueros.

En el salón inmenso y lleno de corrientes de aire, Sean estaba de cuclillas abanicando, con una hoja de periódico, una llama que se le resistía. La cama de Lottie estaba montada en el sofá un poco de cualquier manera. Al menos su hijo lo había intentado.

—¿Sean? Ven aquí un momento. Tenemos que hablar. —Lottie se sentó en el sofá, decidida a mantener los ojos abiertos y la rabia bien contenida.

Sean siguió abanicando el fuego, que ahora ardía con fuerza.

—No hace falta que incendies la casa.

—¿Está asegurada?

—Muy gracioso.

—Se me hace raro tener el fuego encendido en esta época del año —dijo el chico. Por fin dobló el periódico y lo metió en el cubo del carbón.

—Deberías haber visto el fuego en la estufa de tu abuela y el calor que hacía en la casa.

—Yo le subí el termostato. Me dijo que estaba helada.

—¿De verdad? Estará bien después de descansar unos días.

—¿Descansar, aquí? ¿Con Louis dando vueltas por la casa? Buena suerte. —Sean se sentó a su lado—. Todavía no he conseguido levantarme tarde ni un día.

—Y, aun así, lo quieres un montón.

—Pues claro. Igual que tú quieres a la abuela Rose, aunque te quejas de ella.

—Ahí tienes razón.

Sean se removió incómodo.

—Perdona que no te dijera que había vuelto a casa de Lucy.

—La comisaria Farrell ha amenazado con apartarme del caso.

—No podía mentirle al detective McKeown.

—Deberías habérmelo dicho.

—Lo intenté. Te llamé esta mañana, pero dijiste que estabas ocupada. Siempre estás ocupada.

—Pues ahora quizá tenga tiempo libre, si McKeown y la comisaria se salen con la suya.

—Lo siento.

Lottie se enderezó.

—Cuéntamelo todo.

—Lo haré, si, por un rato, eres mi madre en vez de una poli.

Lottie contuvo una sonrisa.

—Esta es mi cara de madre. Adelante.

Sean se relajó.

—Cuando iba de camino a casa de Lucy estaba muy oscuro. Por eso odio el campo, pero, en fin, encendí la linterna del móvil. Pasó un coche a toda velocidad haciendo eses por la carretera. No vi quién conducía, aunque creo que era el mismo coche que tenía Jake Flood. Es el chaval que Cormac dijo que estaba vendiendo drogas. He visto el llamamiento, su foto y una descripción del coche en Facebook.

—¿Y esto fue sobre las cuatro de la madrugada?

—Sí. Y unos minutos más tarde, un chico pasó en bicicleta a toda pastilla.

—¿Viste al ciclista en la fiesta?

—No. Pero ¿qué hacía montando en bici a las cuatro de la madrugada? Fue superraro.

Su hijo tenía toda su atención.

—¿Qué pasó cuando llegaste a la casa?

—La puerta estaba abierta. Entré. Las luces estaban encendidas. El salón estaba hecho un desastre y había un montón de sangre. La puerta del patio estaba rota, como si alguien se hubiera caído o lo hubieran empujado y hubiera atravesado el cristal. Quería pirarme de ahí y, entonces, me pareció oír pasos en las escaleras.

—¿Oíste algo más?

El chico bajó la vista. ¿Escondía algo?

—¿Como qué?

—Como alguien hablando.

—Sí. Creo que eran dos personas.

—¿Hombre o mujer?

—No estoy seguro.

—Continúa.

—Me escondí en la cocina. Entonces oí un chillido. Me pareció que era una chica, pero

estaba superacojonado, así que no estoy seguro. Después de eso, todo se quedó en silencio. Había algunas gotas de sangre en el suelo de la cocina y, aunque estaba aterrorizado, sentí el impulso de ir al piso de arriba. Fue entonces… fue entonces cuando vi lo que le había pasado a Lucy.

—¿Tocaste el cuerpo o algo de la habitación?

—No llevaba guantes, si es a eso a lo que te refieres. Sabía que estaba muerta, aun así le toqué la muñeca para ver si tenía pulso. Entonces pensé, ¿y si el asesino sigue en la casa? Me largué de ahí lo más rápido que pude.

—¿Por qué no llamaste a los servicios de emergencia?

—Mamá, estaba muerta. No quería meterme en problemas. Salí pitando.

Lottie no podía creer que hubiera sido tan estúpido.

—Vale. De acuerdo. ¿Conoces a Hannah Byrne?

—Estaba con Cormac. Solo hablé con ellos unos minutos.

—¿No la viste discutiendo con Lucy?

—No. Debió de ser después de que me marchara.

—Sean, ¿te ha afectado todo esto?

—¿Afectado?

—Si estás preocupado o ansioso. ¿Quieres que llame a tu psicólogo?

—Si necesito hablar con alguien puedo llamar yo mismo.

Lottie se daba cuenta de lo mucho que le estaba costando no echarse a llorar delante de ella.

—Siento no estar aquí cuando me necesitas.

—Te quiero, mamá, pero a veces me generas mucha frustración.

—No eres el primero que me lo dice. Mi jefa lleva un monitor de presión sanguínea por mi culpa.

Sean rio, y ese alegre sonido calentó el corazón de Lottie.

—No me sorprende —admitió mientras unas lágrimas le rodaban por las mejillas. ¿De la risa? Esperaba que sí.

—Ha reubicado todos los muebles del despacho. Dice que la ayuda a calmar la ansiedad. Creo que probaré esa terapia.

—Si empiezas a mover las antiguallas que hay aquí, se van a deshacer.

—Podríamos usarlas para prender el fuego. Nos ahorraríamos una fortuna en combustible. —Ambos rieron, y Lottie se sintió más cerca de él de lo que se había sentido en mucho tiempo, quizá desde la muerte de Adam.

Louis entró corriendo en la sala.

—Abu Lottie, tío Sean. La cena está lista.

—Estupendo, Louis. Ahora vamos.

—¡Mami! ¡La abu ahora viene! —gritó Louis y salió corriendo.

Lottie se movió hasta el borde del sofá, miró a su hijo y le cogió la mano. Se sintió aliviada de que el muchacho no se la retirara ni se encogiera.

—Sean, no quiero que le digas a nadie más lo que me acabas de contar.

—Se lo he contado casi todo al detective McKeown.

—Le pediré que mantenga la boca cerrada.

—Pero no vi nada.

—Lo sé, pero el asesino no lo sabe.

Observó cómo el fuego resplandecía con debilidad sobre el rostro de Sean y cómo los ojos del chico se abrían.

—¿Quieres decir que si descubren que estuve en la casa mientras ellos seguían allí, quizá vengan a por mí?

—Exacto.

—Solo vi el coche y al chaval en bici…

—Oíste voces y pasos, y una especie de grito o aullido. Es crucial que esta información no circule. Puede darnos una ventaja a la hora de atrapar al asesino.

—Tú también debes tener cuidado, mamá.

—Mi segundo nombre es cuidado —dijo riendo.

—Sí, y yo voy y me lo creo.

—Eh, me muero de hambre. Veamos qué han preparado las chicas para envenenarnos.

Se levantaron. Lottie sentía una calidez que nada tenía que ver con el exánime fuego. Sean la cogió del brazo y apoyó la cabeza sobre su hombro un momento. Para ella eso significaba más que cualquier cosa. Tenía que hacer todo lo que estuviera en sus manos para proteger a sus seres queridos. De ninguna manera iba a permitir que nadie amenazara a su familia. En el pasado había ocurrido, pero juró que no volvería a repetirse.

Acababa de sentarse a la mesa cuando la llamó Kirby.

—Jefa, hemos encontrado otro cadáver.

Capítulo 41

Para cuando Lottie llegó a la escena, ya habían sacado el cuerpo del chico del agua y lo habían dejado sobre un plástico.

Kirby sacudió la cabeza y se secó las gotas de lluvia del pelo antes de echar hacia delante la capucha de su traje forense. El chaparrón anunciado se había convertido en un diluvio, típico.

—El cuerpo del pobre chaval está hecho una pena —dijo—. Le han dado una paliza espantosa, está lleno de moretones. Gráinne dice que también lo han apuñalado. Esperemos que pueda confirmar la hora y causa de la muerte.

Lottie asintió.

—La lluvia va a hacer difícil preservar las pruebas.

—Tampoco importa. Según los expertos, lleva unas cuantas horas en el canal. —Señaló las figuras fantasmagóricas de los forenses.

La inspectora esquivó la corpulencia de Kirby y subió los últimos metros de la pendiente.

—No es más que un niño —dijo Gráinne. Los ojos sobre la máscara reflejaban el cansancio por el agotamiento, su color se había convertido en gris.

Lottie se agachó y sacudió la cabeza mientras miraba al chico.

—Solo tiene quince años, joder.

—¿Es tu chico desaparecido?

—Sí. Jake Flood. Anoche estaba sirviendo alcohol y vendiendo drogas en la fiesta de Lucy y ahora está muerto.

—Le han dado una buena paliza. He hecho un examen visual. Las marcas en el cuerpo son inusuales. Puede que las hayan hecho con una cadena de bici. Aunque el cuerpo estaba en el agua, he visto una sustancia negra y aceitosa incrustada en las heridas.

Lottie miró hacia el canal, cuya superficie danzaba con el punteo de la lluvia punzante.

—¿Podría haber caído al agua después de la paliza y haberse ahogado?

—El *post mortem* confirmará si hay agua en los pulmones, pero alguien le dio un empujoncito. Mira, en algún momento tuvo las manos atadas. —Gráinne señaló la cuerda deshilachada que rodeaba una de las muñecas—. Solo es un cordel. Es posible que las ratas lo hayan mordisqueado.

—¿Tan rápido?

—Quizá ya estaba debilitado o podrido.

—¿Crees que es posible que siguiera vivo cuando lo arrojaron al agua y que rompiera la cuerda intentando liberarse? —Lottie se estremeció ante la idea del chico tratando de escapar con desesperación mientras se ahogaba.

—Basta, inspectora. Solo conseguirás que te consuma la ansiedad. Espera a los análisis forenses.

—Tienes razón, por supuesto. Habrá que registrar el lecho del canal. Pediré que envíen a la brigada submarinista de Athlone. Espero que puedan venir a primera hora, y también tendré listo un equipo para registrar la orilla. Habrá que acordonar toda la zona.

—¿Crees que esto está relacionado con el asesinato de Lucy McAllister?

—Si no, sería una coincidencia muy extraña —dijo Lottie—. Pueden darse coincidencias de vez en cuando, pero esto apesta a otra cosa. ¿Hay alguna señal de que pueda haber atravesado la puerta del patio de casa de los McAllister?

—Es muy posible. Tiene pequeños cortes en la espalda. Se lo comentaré a la patóloga cuando llegue.

Lottie asintió.

—Ha sido un día largo, Gráinne. Gracias por todo.

—Solo hago mi trabajo.

El viento tomó velocidad y el aguacero se calmó hasta convertirse en una llovizna. Lottie miró fijamente el rostro de Jake Flood. La expresión era serena, pero sabía que había sufrido una muerte violenta. Pobre chico. Se lamentó al pensar que tendría que darle la mala noticia a su madre y a su hermana pequeña.

Estaba a punto de decirle a Kirby que ampliara y acordonara el perímetro de la escena cuando sintió unos ojos a su espalda. Se volvió buscando en la oscuridad creciente la fuente de su inquietud. Lo único que vio fue a forenses y a guardias uniformados agachados, que trabajaban en silencio mientras la noche se cerraba sobre ellos.

Bajó la estrecha pendiente y no tuvo duda de que alguien la había estado observando. Eso la asustó muchísimo.

* * *

¿Lo había visto?

El chico retrocedió bajo el puente ferroviario, pegado a la pared cubierta de musgo. Miró a su alrededor, como si estuviera buscando a alguien. Quería largarse, pero tenía un trabajo que hacer.

Después de oír las sirenas, había seguido el sonido y rodeado la carretera principal para entrar al camino del canal por las vías. Al llegar, había mantenido una distancia prudencial. No le gustaba lo que veía. Sin duda, era Jake al que habían sacado del canal. Un escalofrío helado de miedo le recorrió la columna e hizo que se estremeciera.

Se enderezó en el sillín y apoyó una mano contra los ladrillos mojados, con un pie en el pedal y el otro en el suelo.

Aquello no le gustaba y no estaba seguro de si debía enviar el mensaje o no. Realmente, no sabía qué hacer.

Observó a la detective alta de piernas largas hablar con uno de los forenses, que parecía

Casper en la luz mortecina, y se preguntó qué había salido mal. ¿Era culpa de Lucy? ¿Significaba que la hermana pequeña de Jake también estaba en peligro? La inquietud hizo que se le erizara la piel de los brazos bajo la delgada chaqueta mojada. Aquello no le gustaba en absoluto.

Volvió a meterse el móvil en el bolsillo y se dijo que luego tendría tiempo de sobra de enviar el mensaje. O quizá mañana.

Mientras giraba la bici, una rata gorda y viscosa salió de entre las cañas y se le cruzó por delante. Estuvo a punto de gritar como un loco, pero se detuvo justo a tiempo tapándose la boca con la mano.

Entonces, igual que la rata, el chico se escabulló en la oscuridad lo más rápido que pudo.

Capítulo 42

La lluvia había parado y los últimos restos de la luz de la tarde habían desaparecido cuando Lottie se puso la chaqueta y se dirigió a la puerta del número dieciséis del paseo Brinsley, la casa de Jake Flood. Había dejado a Kirby en la escena del crimen (el protocolo exigía que hubiera un oficial de rango superior para recibir a la patóloga forense), y fue a toda prisa a la comisaría, donde reclutó al garda Lei, que estaba a punto de marcharse después de un largo turno. Este accedió de buen grado a acompañarla.

—Vuelve a llamar —le pidió la inspectora después de que nadie contestara. Lottie vio que la luz del recibidor estaba encendida y retrocedió para mirar las habitaciones del piso de arriba.

—Quizá hayan salido a buscar a Jake o el coche —apuntó Lei.

—A estas alturas, el coche estará quemado o en una cuneta en otra provincia. Lo encontraremos y, con suerte, conseguiremos sacar alguna prueba de él. —Si Sean hubiera sido sincero desde el principio sobre su paseo de madrugada, cuando había visto pasar el coche, quizá las cosas habrían acabado de otra manera. Tal vez habrían encontrado a Jake con vida. Pero no servía de nada especular. Había que lidiar con los hechos, ese era su trabajo. Jake estaba muerto y la tarea inmediata era comunicarle la noticia a la familia.

Lei volvió a llamar al timbre y golpeó con los nudillos el cristal de la puerta. Se agachó para abrir el buzón y gritó:

—¿Señora Flood? Somos el garda Lei y la inspectora Parker. Por favor, abra.

Mientras se incorporaba, una sombra apareció detrás de la puerta. Era demasiado pequeña para ser Liz.

Lottie contuvo el aliento y trató de ordenar correctamente sus palabras antes de tener que pronunciarlas. Escuchó cómo retiraban la cadena. La puerta se abrió unos milímetros y dos ojos verdes y asustados la miraron.

—Sharon, ¿te acuerdas de mí? He hablado con tu madre y contigo esta mañana.

—No soy estúpida.

—Lo sé. ¿Está tu madre en casa?

—No. ¿Qué quieren?

—¿Dónde está?

—Fuera, buscando a Jake. ¿Lo han encontrado? —Por un instante, los ojos de la niña se iluminaron.

La puerta se abrió unos milímetros más y Lottie vio la purpurina que brillaba en el pijama de princesa Disney de Sharon. Podía ser Belle o Elsa, no estaba segura y no importaba. Estaba a punto de destrozar el mundo de una niña.

—¿Podemos entrar, Sharon? Llamaremos a tu madre. —Lottie se asombró de que Liz hubiera dejado sola a su hija. ¿Era algo habitual? En circunstancias normales, podría denunciarlo a los servicios sociales, pero aquello era de todo menos normal.

—¿Dónde está Jake? —Sharon abrió la puerta del todo y espió detrás de Lottie, con la esperanza iluminándole el rostro—. ¿Lo han traído a casa?

Lottie rodeó los hombros de la pequeña con el brazo.

—¿Qué tal si entramos? El garda Lei llamará a tu madre.

Sharon se resistió.

—Han venido a decirnos que Jake está muerto. Lo sé. —Dijo aquello, gritó y huyó escaleras arriba.

—Llama a su madre y dile que venga enseguida.

—¿Vas a subir? —preguntó Lei, titubeante.

—Sí.

—Pero qué hay de… ya sabes… —Calló, como si no estuviera seguro de encontrarse en posición de cuestionar a su superior—. Piensa en los protocolos de los servicios sociales.

—Si te soy sincera, me da igual. El corazón de esa niña está a punto de romperse otra vez. Tengo que consolarla.

—¿Otra vez?

—Ya sabes que su padre murió el año pasado, y sé el efecto que tiene eso en una criatura. Date prisa y encuentra a su madre.

Lottie llamó a la puerta, que estaba abierta, y asomó la cabeza.

—¿Te importa si entro, Sharon?

La niña estaba sentada en el centro de la cama, abrazando una almohada contra el pecho y con la cabeza enterrada en su suavidad. Otra princesa adornaba el edredón, esta vez Blancanieves.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Me da igual —sollozó.

Lottie se sentó a los pies de la cama, pensando en que Boyd estaba más capacitado para aquel tipo de situaciones. Tenía un don con los niños del que ella carecía, aunque ella fuera madre de tres y, hasta hacía unas semanas, Boyd no supiera que era padre. Trató de emular el espíritu tranquilo y reconfortante del sargento, alargó la mano y la apoyó sobre el brazo de Sharon, salpicado de lágrimas.

La niña siguió llorando.

—Jake dijo que me traería *nuggets* de pollo y patatas fritas, pero no volvió a casa y yo le había prometido que no le diría a mamá que había salido.

—No pasa nada.

—Es todo culpa mía.

—No, no lo es. Nadie te echa la culpa, Shaz. —Lottie se acercó más y le levantó la barbilla con el dedo para poder mirarla a los ojos, cargados de lágrimas—. ¿Jake había hecho algo así antes?

—Nunca se habría ido dejándome sola y no habría vuelto. No.

Lottie oyó la puerta de la casa abrirse y cerrarse de golpe. Del piso de abajo llegaron voces.

—Mamá está en casa. —Sharon saltó de la cama y se escabulló por la puerta.

Para cuando Lottie llegó a la cocina, Liz estaba de pie junto al hervidor, acariciándole el pelo a Sharon y fulminando al garda Lei con la mirada. Este pasaba el peso de un pie a otro, sin saber qué hacer.

—Liz —dijo Lottie—. Creo que debería sentarse.

—No me dé órdenes en mi propia casa. Ustedes dos no deberían estar a solas con una niña de diez años. Seguro que está prohibido. Está mal.

«Y tú no deberías haberla dejado sola», pensó Lottie. Ignoró a Lei, que se removía incómodo, y clavó la mirada en la mujer.

—Tengo noticias sobre Jake y preferiría que se sentara. El garda Lei puede prepararle una taza de té.

Liz avanzó hacia ella arrastrando a su hija del brazo.

—No quiero una puta taza de té. Quiero a mi hijo. ¿Lo han encontrado? ¿Por qué no están por ahí buscándolo como yo? He probado en casa de sus amigos, rastreado la ciudad, pero no está en ninguna parte.

Cuando se le acabó el ímpetu, Lottie cogió una silla y condujo a la mujer desconsolada hasta ella. Sharon se quedó de pie junto a su madre. Liz la abrazó fuerte.

—Lo lamento mucho —dijo Lottie—, pero tengo muy malas noticias. Jake…

Un lamento ahogado escapó de la boca de Liz. Sacudía la cabeza sin parar.

—No. No. ¡No! No quiero oírlo. Sharon no quiere oírlo. Basta. —Se tapó las orejas con las manos.

—Me temo que lo hemos encontrado hace un rato. Lo lamento mucho, pero su hijo está muerto.

En ese momento, Lottie sintió un odio incontrolable hacia su trabajo. Ninguna madre debería tener que decirle a otra que ya no volverá a abrazar a su hijo, a besarle el pelo, a elogiarlo o incluso regañarlo. Siempre se le rompía el corazón y, en muchas ocasiones, lo único que de verdad quería era salir corriendo. Pero alguien tenía que hacerlo.

Se esforzó por controlar sus emociones y le dio unos segundos a Liz para digerir las horribles palabras.

—Tendremos que hacerle algunas preguntas, pero eso puede esperar a mañana. ¿Hay alguien a quien pueda llamar para que venga a hacerles compañía? —Se preguntaba si podría convencer a Lynch para que hiciera de agente de enlace familiar. Si no, le pediría a la garda Brennan que viniera.

—¿Cómo? ¿Dónde? Mi pobre niño. —Liz se limpió la nariz con el dorso de la mano. Sharon se había alejado y estaba sacando tazas del armario. Se mantenía ocupada, como una adulta.

—Hemos encontrado su cuerpo… —¿Qué podía decir?—… en el canal.

—No puede haberse ahogado. Sabe nadar muy bien. No es él.

—Mucho me temo que no hay duda de que es Jake.

—¿Se cayó? ¿Lo vio alguien?

—El examen *post mortem* determinará la causa de la muerte, pero lo estamos tratando como un caso sospechoso.

—¿Alguien ha matado a mi pequeño? ¿Es eso lo que me está diciendo? —Los ojos enloquecidos de Liz se clavaron en el alma de Lottie; entonces, soltó otro aullido de dolor y se llevó la mano a la boca para detener el grito.

—Es espantoso, lo sé —dijo Lottie.

—¿Que lo sabe? ¿Cómo diablos va a saberlo? —La voz de Liz se volvía más aguda a cada palabra—. Nadie ha asesinado a su hijo. Nadie le arrebató a su marido después de luchar contra el cáncer. Nadie…

—Créame, lo sé. He pasado por un dolor similar. —No iba a poner a Liz al corriente de su dolor por la muerte de Adam. Todavía sentía que avanzaba a trompicones, sin timón.

—Lo siento —se disculpó Liz, con voz arrepentida, casi reducida a un susurro—. No pretendía hacerle daño. Es solo que no puedo aceptar que mi Jake no vaya a volver a casa.

—Necesitan descansar. Conseguiré a alguien para que pase la noche con ustedes.

—Podemos arreglárnoslas solas. —Sharon dejó una taza de té frente a su madre. Lottie ni siquiera había oído el hervidor.

—¿Hay algún vecino o vecina que pueda venir hasta que consiga un agente?

—Estamos bien solas —reafirmó Liz, cogiendo la mano de su hija—. No necesitamos a nadie más.

—Insisto.

—Yo puedo quedarme —se ofreció el garda Lei—. Señora Flood, Liz, realmente creo que deberían estar acompañadas. Por la mañana, los medios estarán aporreando su puerta. Puedo encargarme de todo mientras descansan.

—Daría lo que fuera porque Jake volviera. Ocuparía el lugar de mi hijo sin pensármelo si eso fuera a traerlo de vuelta.

—Lo sé —dijo el garda Lei—. Aun así, quiero quedarme.

—De acuerdo —aceptó Liz—. Si no va a dejar de darme el coñazo con el tema, quédese.

Capítulo 43

Lottie puso a cargar el móvil y se estiró en el viejo sofá lleno de bultos. Se oía el viento gemir contra las ventanas de un solo cristal. El repiqueteo era insoportable durante las tormentas de febrero, pero esa noche parecía que el viento tratara de acunarla para dormir. Tarea difícil, considerando que los pies le colgaban por un lado del sofá, el fuego se había apagado y la habitación estaba fría.

Toda su familia estaba en casa y en la cama. Katie había acostado a Louis en la suya después de que el pequeño tuviera una rabieta por querer dormir con la abuela Rose. Chloe se había puesto a limpiar la cocina a fondo. Eso sí que había sorprendido a Lottie. Por lo general, a la chica le interesaba más limpiarse a fondo la cara.

Sean probablemente aún estaría jugando con su PlayStation. El chico necesitaba dormir. Ella necesitaba dormir, pero el sueño se negaba a llegar. Quizá era la adrenalina que le corría por las venas después de haber visto el cuerpo de Jake. ¿O era el dolor de haber informado a su familia? Fuera cual fuera la causa, el sueño todavía no se dejaba atrapar.

Echó un vistazo al móvil y vio que tenía tres llamadas perdidas de Boyd. Mierda. Lo había puesto en silencio en el canal y se había olvidado de activar el sonido de nuevo.

Apartó el edredón y apoyó los pies en el suelo, luego se puso su sudadera vieja (en realidad era de Katie) y caminó descalza hasta la fría cocina. Al menos esta estaba reluciente. Las luces parpadearon y Lottie rezó en silencio, porque no le apetecía nada tener que bajar al sótano a comprobar los fusibles.

Después de llenar el hervidor y poner una bolsa de té en una taza, llamó a Boyd.

—Hola —dijo él—. ¿Va todo bien?

—Sí. Perdona que no te cogiera el móvil antes. Lo tenía en silencio y me olvidé…

—Gracias a Dios. Me he preocupado cuando he visto tu nombre en la pantalla. ¿Sabes la hora que es?

—Mierda, Boyd, me había olvidado de la diferencia horaria. ¿Cómo va todo? ¿Sergio está bien?

—Quiere ser detective. Por encima de mi cadáver, bueno eso si no lo meten en chirona por robo antes.

Lottie rio.

—¿Qué ha hecho?

Se preparó el té mientras escuchaba la historia de Boyd, reconfortada por su voz. Una suavidad se le asentó en el estómago. ¿Por el té con leche, o era otra cosa?

—Bueno, ¿qué ha dicho Terry Starr sobre Lucy?

—No mucho. Dijo que la chica no se llevaba bien con su madre.

—Lo comprobaré con los McAllister. —Se acomodó en la mesa—. ¿Qué te ha parecido Terry Starr?

—Es bastante majo. Mencionó que se había sentido perdido cuando tenía la edad de Lucy y que reconocía lo mismo en ella. Se le estaba empezando a poner un ojo negro. Probablemente de entrenar. No estaría mal investigarlo un poco y corroborar qué vuelo tomó para venir a Málaga, solo para asegurarnos.

—Se lo encargaré a Kirby.

—Sergio dijo que a Jackie le gusta Terry. Me pregunto de qué irá la cosa.

—¿Sigues sin saber dónde está?

—Debe de estar pegándose la gran vida en algún lugar de la costa. Es probable que con el líder de alguna banda criminal.

—Realmente no confías en tu exmujer, Boyd.

—Me las ha hecho pasar demasiado canutas como para que confíe en ella. Pero espera a conocer a Sergio, te va a caer genial. Es un chico estupendo, y por eso no entiendo cómo Jackie podría abandonarlo y desaparecer.

Lottie se sentía nerviosa. ¿Cómo iba a funcionar esa nueva dinámica? ¿Unirían las dos familias, o perdería a Boyd?

—Jackie sabía que te ocuparías de él, que nunca rechazarías a tu propia sangre.

—Es demasiado lista, joder.

Lottie rio.

—Quizá deberías tratar de contactar con ella antes de volver a casa.

—Que se vaya a la mierda.

—Boyd, basta.

—Tienes razón. Háblame de tu día y de cómo avanza la investigación. Lo echo de menos.

Lottie lo puso al día del caso de Lucy y Jake Flood, y luego le habló sobre Rose.

—Ya conoces a mi madre, Boyd, hace falta mucho más que un resfriado o una gripe para acabar con ella.

—Estabas lo bastante preocupada como para llevártela a casa. Ojalá estuviera allí contigo.

—A mí también me gustaría. Rose haría cualquier cosa por ti sin rechistar. Pero yo tengo que aguantar las arremetidas de su lengua afilada y ceder a sus exigencias.

—Dale una oportunidad.

—Estoy cansada, nada más.

—Sergio quería echarse la siesta cuando hemos vuelto esta tarde y te juro que he dormido dos horas.

—Te estás adaptando a la paternidad, aunque no quieras, Boyd.

—No lo sé. Te echo de menos, y en unos días estaré en casa.

—Me muero de ganas.

—Mañana indagaré un poco sobre Terry Starr y los McAllister.

—Te lo agradezco mucho. —Lottie se terminó el té—. Jake Flood, el chico que hemos encontrado muerto esta noche, entrenaba con un club de boxeo de aquí. Pregúntale a Terry si por casualidad te topas con él.

—Lo haré. ¿Ese tal Jake tenía alguna conexión con Lucy McAllister?

—Estaba pasando droga en su fiesta, y me encantaría echarle el guante a su proveedor. —Enjuagó la taza mientras sostenía el móvil con la barbilla y el hombro—. Tenemos una sospechosa, Hannah Byrne, tenía sangre bajo las uñas, pero también hay un correo críptico en el portátil de Lucy. Parece que estaba planeando en secreto pasar fuera el fin de semana pasado. Todavía tengo que llegar al fondo de esa cuestión.

—Lo harás.

—Pero primero será mejor que intente dormir un poco, aunque el sofá me lo ponga difícil. Hablamos.

—Buenas noches, Lottie. Te quiero y te echo de menos. —Le mandó un beso por teléfono y la inspectora sintió que le ardían las mejillas.

Hizo una pausa y escuchó su respiración suave. Al fin dijo:

—Yo también te echo de menos.

Después de colgar, se quedó mirando la taza vacía. ¿Por qué no le había contado lo de Sean?

En el salón, el viento seguía gimiendo en las profundidades de la noche. Cuando Lottie al fin se durmió, soñó con un chico sangrando, gritando y ahogándose en un agua verde y espesa.

Pero el chico de su sueño no era Jake.

Era Sean.

Capítulo 44

Domingo

Lottie sentía como si tuviera dos bolsas de carbón colgando de los ojos. Apartó la silla y se sentó con pesadez en su escritorio. El garda Thornton asomó la cabeza por la puerta.

—Hemos encontrado el coche de Liz Flood.

—¿Dónde? —Lottie reprimió un bostezo. Hacía tiempo que no trabajaba un domingo y de forma inconsciente su cerebro le decía que debería estar descansando.

—En el descampado cerca del parque de bomberos. Esa es la buena noticia. —Thornton hizo una pausa, con la mano en la puerta, como si estuviera listo para huir una vez dijera la mala noticia.

Lottie se armó de valor.

—Dispara.

—Está calcinado.

Thornton no se equivocaba, pensó Lottie al acercarse a los restos quemados del Fiat Punto. Para cuando avisaron a los bomberos aquella mañana, ya era demasiado tarde para rescatar nada que pudiera utilizarse como prueba. Aunque quizá los forenses podrían encontrar alguna pista. «La esperanza es lo último que se pierde».

Con Kirby rezagado, Lottie rodeó despacio el metal ennegrecido tratando de evitar aspirar el humo.

—Dudo que ni nuestro mejor experto forense consiga nada de ese montón de cenizas. —El detective la alcanzó y se subió la cremallera de la chaqueta para protegerse de la llovizna matutina.

—Nunca se sabe. ¿Estamos seguros de que es el coche de Liz?

—Sí, aunque las matrículas están tan calcinadas que son irreconocibles, pero tiene que ser el suyo. El número del chasis lo confirmará.

—No puede haberlo quemado Jake. Encontramos su cuerpo antes de que incendiaran el

coche. Nos hemos topado con otro callejón sin salida. ¿Qué se me escapa, Kirby?

—¿El móvil?

—Exacto.

—Con las cámaras de tráfico y de los coches, puedo retroceder desde el momento en que lo encontramos para rastrear sus movimientos.

—Ponte a ello con McKeown.

Kirby gruñó y resopló, iba a lanzarse a criticar a su colega.

La inspectora ya lo había oído muchas veces. Levantó la mano para hacerlo callar y dijo:

—Mirad qué podéis encontrar sin mataros el uno al otro. De eso ya tengo suficiente en casa con mis chicas. Pero primero iremos al club de boxeo. Es el momento ideal para ver qué hacía Jake con los Goldstars de Ragmullin.

El club de boxeo estaba ubicado en el antiguo gimnasio del edificio en desuso del club de *squash.*

Kirby la seguía, caminando despacio.

—Este lugar está hecho polvo.

Lottie arrastraba los pies a través de los hierbajos que crecían en las grietas del pavimento.

—Sin duda, no le vendría mal una reforma. He oído que van a construir viviendas.

—Es un lugar muy pequeño, pero me imagino que los constructores nos pondrían a vivir en cajas de cerillas si así pudieran ganar dinero fácil. Yo también he oído que andan detrás de los viejos barracones del ejército.

Lottie se detuvo frente a la puerta, con la pintura agrietada y la madera natural asomando por debajo.

—Necesito que te concentres.

—Claro, jefa.

Dentro, la inspectora localizó el gimnasio. El aire estaba viciado y olía a sudor. Las ventanas altas y estrechas dejaban entrar poca luz y unos tubos fluorescentes colgando de cadenas pendían del techo. El centro de la sala estaba ocupado por un cuadrilátero de boxeo y tres sacos que colgaban de ganchos atados al techo. Sobre el suelo, a su derecha, se amontonaban unas pesas. Unos chavales estaban sentados en los bancos del rincón. Un hombre con un chándal gris holgado y una gorra de béisbol brillante iba de un lado a otro frente a ellos, gritando.

—Hola —dijo Lottie al tiempo que le mostraba la placa—. ¿Podemos hablar un momento?

Los chicos parecieron aliviados cuando su torturador se volvió para mirarla.

—Acaba de cargarse un entrenamiento intenso.

—Lo siento. —No lo sentía—. ¿Cómo se llama, señor?

—Barney Reynolds. Soy el entrenador de esta panda de inútiles. ¿Cómo puedo ayudarla?

El hombre cogió una toalla del banco y se la enroscó al grueso cuello. Tenía el pelo canoso húmedo por el sudor y los músculos de la parte superior de sus brazos sobresalían como cuerdas tensas. La nariz torcida, obviamente rota en varias ocasiones, acentuaba una cicatriz que iba de la oreja hasta la boca. Le confería una sonrisa perpetua y antinatural.

—¿Hay algún lugar privado donde podamos hablar? —preguntó la inspectora.

Reynolds suspiró.

—El despacho. Síganme.

El despacho resultó ser una habitación tan pequeña que en sus orígenes debió de ser un armario.

—En su placa pone que es inspectora. ¿Qué trae por aquí a alguien tan importante como usted? —Reynolds tenía la voz ronca, probablemente por una lesión en la laringe. Lottie le echó unos cincuenta años.

—Vengo a hablar sobre Jake Flood —dijo sin especificar, y se apoyó contra el único archivador de la habitación.

—¿Jake? —dijo Barney con rostro inexpresivo—. No lo he visto desde el viernes.

—¿Qué puede contarme sobre él? —Se preguntó si el hombre sabría que el chico estaba muerto.

—Jake es un chico con talento. Le gusta ganar. No es perfecto, pero va por buen camino. Si tan solo… —Pareció pensarse mejor lo que iba a decir y apretó los labios.

—¿Si tan solo qué?

El hombre sacudió la cabeza.

—No, no quiero meter al chico en problemas.

—Dudo que pueda a estas alturas.

—¿Eh?

Lottie mantuvo la mirada clavada en el hombre, que se sentó en el borde del diminuto escritorio.

—Estamos tratando de rastrear los movimientos de Jake. ¿Vino ayer a entrenar?

Reynolds se pasó los dedos nudosos por la barba rala.

—¿Está en un lío?

—Conteste la pregunta —dijo Kirby.

—No, ayer no vino. Lo vi el viernes. Estuvo aquí desde las dos hasta las cuatro.

—¿Tiene alguna idea de dónde estuvo el viernes por la noche o ayer?

La cicatriz-sonrisa no flaqueaba y, aunque dejó de acariciarse la mandíbula, los ojos de Reynolds se negaban a encontrarse con los suyos.

—No tengo ni idea.

Lottie no podía estar segura, pero le pareció ver algo furtivo en su mirada.

—¿Está al corriente de alguna relación entre este club y un grupo de jóvenes que van por ahí en bicicleta vendiendo drogas? —Era una posibilidad remota, pero qué importaba.

La sonrisa permaneció fija, pero la tez rubicunda de Reynolds tomó un color más intenso.

—Jake no tiene nada que ver con esos vagos.

Lottie insistió.

—Tengo motivos para creer que estaba vendiendo drogas para esa banda. ¿Sabe algo?

—Jake es ambicioso. No se dejaría enredar por esa gentuza. Ni hablar. —Reynolds estaba furioso.

—¿Alguno de esos chicos forma parte del club?

El hombre echaba humo. Agarró el borde del escritorio que tenía detrás hasta que tuvo los nudillos blancos, y Lottie pensó que iba a romper la madera.

—Nunca permitiría que esa basura se vinculara a mi club. Si resulta que Jake se ha mezclado con ellos, lo pondré de patitas en la calle.

Lottie cambió de dirección y preguntó:

—¿Conoce a una chica llamada Lucy McAllister?

—Por supuesto que sí. Su padre invirtió en este lugar para ponerlo en marcha. Terry Starr también puso dinero. Es campeón de boxeo.

—¿Lucy viene alguna vez?

—Me toma el pelo, ¿verdad?

—Estoy en medio de una investigación de asesinato, así que no, señor Reynolds, no le tomo el pelo.

—¿Asesinato?

—Correcto.

—Ahora sí que estoy confuso.

—Lucy McAllister fue encontrada asesinada en su casa ayer por la mañana. No puedo ser más clara.

—Está de coña. —Tragó con fuerza y la nuez le bailó bajo la piel—. ¿Habla en serio?

—Por completo.

—Pobre Albert. ¿Por qué nadie me lo ha dicho? Tendré que llamarlo. Dios, ¿dónde tengo el móvil?

—¿No se había enterado?

—No, no. He estado a tope. Tenemos el campeonato de Leinster la semana que viene. No había oído ni pío. Mierda. Esto no es bueno.

—No, no lo es. —Era mucho peor, pensó Lottie. Aún tenía que darle la noticia de la muerte de Jake—. ¿Qué puede contarme sobre Lucy?

—Solo la conozco de vista.

—¿El club entrena tanto a chicos como a chicas?

—Claro. Tiene que entender que la mayoría de los críos vienen de la urbanización de Brinsley. Es entre estas paredes viejas y mohosas donde descubren lo que valen de verdad. Hago todo lo que puedo. De verdad. Claro, algunos se pierden…

—¿A qué se refiere? —Lottie estaba tratando de seguir el hilo mientras el hombre saltaba de una cosa a otra.

—Quizá tenga razón sobre Jake. Tal vez se haya mezclado con la gente equivocada.

—¿Cómo es que llega a esa conclusión de repente? —La frustración la carcomía y apretó los puños. Primero no sabía nada, ahora lo sabía todo. No tenía claro qué pensar sobre Reynolds.

—Últimamente, Jake ha estado un poco nervioso. Se asustaba cuando le gritaba. Y créame, hay que gritar para que escuchen. Algunos de estos chicos viven en entornos donde lo único que les hace prestar atención es un grito. Pero no son drogas. Habría reconocido las señales.

—¿Sabe que su padre murió hace un año?

—Sí, pero el cambio fue más reciente. No sé precisarlo.

—¿Está convencido de que no sabe qué lo tenía preocupado?

Reynolds negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea. Hablaré con él. Es nuestra mayor esperanza de conseguir una

medalla. —Sus mejillas perdieron su color intenso—. Por favor, no me diga que buscan a Jake en relación con la muerte de la chica.

Era hora de darle la noticia de que su prodigio ya no podría conseguirle ninguna medalla.

—Lamento mucho tener que decírselo, señor Reynolds, pero ayer por la noche encontramos un cuerpo en el canal. Creemos que es el de Jake Flood.

La misma sonrisa antinatural permaneció fija en el rostro del hombre.

—¿No tiene nada que decir? —preguntó la inspectora.

—No… no puedo creerlo. Tiene que ser un error.

—No hay ningún error.

Reynolds se apoyó contra el escritorio, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—¿Hacer qué?

—Suicidarse.

—Creemos que lo asesinaron. —Todavía no lo habían confirmado, pero era evidente que Jake no se había dado una paliza, atado las manos y arrojado al canal él solo.

—¿Quiere decir…? No puede ser que… ¿Hay dos asesinatos?

—Sí, y ambos están conectados a este club.

—Estoy absolutamente conmocionado. Tendré que cerrar el gimnasio, por respeto. ¿Quién va a ocupar el lugar de Jake la semana que viene? Esto es una pesadilla.

—Lo es. En especial para su madre y su hermana. —Dos familias acababan de perder a un ser querido y Reynolds estaba preocupado por conseguir a alguien para reemplazar a Jake en una competición de boxeo. A veces la naturaleza humana la confundía—. Necesito que me dé los nombres de los amigos de Jake. O de sus enemigos.

—Nunca lo vi con nadie. —El hombre se limpió la cara con la toalla y, al mover los brazos, el olor agrio a sudor llenó el aire.

Lottie se preparó para marcharse.

—Quiero que piense con detenimiento sobre cualquier cosa que pudiera ser relevante para las investigaciones. Cuando se le ocurra algo, llámeme. —Le tendió su tarjeta—. Por cierto, ¿tiene usted alguna relación con Brontë Harrison? —Lottie recordaba el nombre de soltera de la esposa del DJ de los cheques.

—Es mi hija.

Eso despertó su atención de golpe.

—¿En serio? ¿Está casada con Richie, el DJ?

—Mi Brontë podría haber escogido a cualquiera, pero no, va y se casa con un pringado.

—No lo traga, ¿no?

—Quiero a mi hija con todo mi corazón. No tengo más que decir sobre el tema. —Sacó el móvil del bolsillo—. Ahora, si ha terminado, tengo que hacer unas llamadas.

—Le dejo que se ponga con ello —dijo Lottie, pensando que aún le faltaba mucho para terminar.

Necesitaría más que una simple sospecha para llevar la cosa más allá. Sin embargo, tanto Barney Reynolds como su hija y su marido estaban en el punto de mira de su investigación.

* * *

Soy un manojo de nervios. La preocupación me corroe.

La muerte de ese niñato está en primera plana. Descubrieron su cuerpo demasiado pronto después del de Lucy. Necesito darme prisa si quiero apropiarme del premio definitivo. Las urracas pueden meterse en un nido y saquearlo sin miedo, así que ¿por qué he esperado tanto? Tengo que batir mis majestuosas alas y tomarla para mí. Joven y pura hasta que mis manos acaricien su tierna carne. Inhalar su aroma juvenil. Perderme en el olvido salvaje. No obstante, el aroma nunca es suficiente, como cuando descubrí que las fotos ya no bastaban para satisfacerme. Los vídeos me saciaron durante un tiempo, pero estos también perdieron su atractivo. Me gusta mirar, pero también me gusta robar. Y eso significa que observo, que me aseguro de que no haya moros en la costa y luego me zambullo y robo el tesoro. Como la urraca.

Y yo soy la urraca. Saqueadora de nidos. Cuando mis ojos se clavan en un tesoro, lo arrebato y lo hago mío sin demora.

Con ese pensamiento, mi preocupación se disipa y deja una convicción sólida. Es mi momento.

Cuidado, bella criatura, me lanzo en picado y con fiereza. A por ti.

Capítulo 45

La madre de Hannah había pedido un taxi para que llevara a su hija del hospital a casa, porque ella no podía salir tan temprano con Olly. Le habían dado el alta a las siete de la mañana. La enfermera le había dicho que necesitaban la cama, y los gardaí dijeron que podía irse a casa y quedarse allí, de momento.

—No han querido darme los resultados de los análisis de sangre —le dijo a Babs cuando hubo cruzado la puerta.

El apartamento parecía más pequeño, aunque solo había pasado una noche en el hospital. ¿El haber estado en un pabellón limpio y estéril le hacía detestar el estado de su casa? Todavía sentía náuseas y estaba desorientada.

—Cuando el hospital tenga los resultados, se los darán a la policía —dijo Babs, haciendo entrechocar platos y golpeando los cubiertos contra el borde del fregadero.

—Pero tiene que haber alguna protección de datos o algo. Tengo derecho a ver los resultados de mis análisis.

—Ahora mismo no tienes derecho a nada. Van a acusarte del asesinato de Lucy, así que más te vale que se te ocurra una defensa mejor que la jodida protección de datos.

Hannah no había visto a su madre tan enfadada o nerviosa desde que había empezado a ir a Alcohólicos Anónimos hacía un año. Se acercó más al fregadero, donde Babs se torturaba las manos bajo el agua caliente, y olisqueó.

Babs se volvió de golpe, salpicando agua por todas partes.

—Y no hace falta que hagas eso. No he estado bebiendo, pero me ha faltado muy poco.

Hannah sabía que su madre estaba haciendo lo imposible por no llorar. Olly metió baza gritando y arrojó su muñeco Thomas el tren contra la pared.

—Entretenlo, Hannah. No puedo encargarme de él hoy.

Hannah se arrodilló en el suelo y jugó a los trenes con su hermanito, con los ojos fijos en la espalda de su madre. Era evidente que Babs pensaba que había matado a Lucy.

Si su propia madre no la creía, ¿qué esperanza le quedaba?

Capítulo 46

Lottie se llevó a la garda Brennan con ella cuando regresó a casa de Jake Flood.

Dejó a Kirby en la comisaría, le pidió que hiciera equipo con Lei cuando el garda regresara, y que investigara a los chicos que vendían droga. Necesitaba saber si había algo en el radar que los vinculara al club de boxeo juvenil. El hospital había enviado a Hannah a casa, pero todavía no sabían qué drogas había en su organismo. Lottie tendría que hablar con ella cuando hubiera acabado con Liz Flood.

Sharon abrió la puerta.

—Mamá está dormida. Se ha pasado toda la noche llorando. No la despierten.

—¿Dónde está?

—En el salón.

Sharon los condujo hasta la cocina, vestida todavía con su pijama de Disney. Hoy Lottie pensó que la pequeña más bien parecía una chica joven vestida con ropa de niña.

El garda Lei estaba sentado a la mesa.

—¿Has podido dormir algo? —le preguntó Lottie.

—Un poco.

—El detective Kirby necesita que le eches una mano en la comisaría. —Al ver el agotamiento en sus ojos, añadió—: Si quieres descansar primero unas horas, puedes.

—No hace falta.

—Tendrás que ir caminando —dijo Lottie.

—El aire fresco me despejará la cabeza. Hasta luego, Shaz.

Sharon lo saludó despacio con la mano y se quedó allí de pie, incómoda, mordiéndose el labio.

—Me preguntaba si podría echar un vistazo a la habitación de Jake —dijo Lottie.

—Tendría que preguntárselo a mamá, pero supongo que no pasa nada.

—Te prometo que no haré nada de ruido. Esta es Martina. Puedes quedarte aquí con ella o subir conmigo, si lo prefieres.

—Prefiero ir contigo.

Siguió a la niña escaleras arriba y se le encogió el corazón al ver los tobillos pequeños y delgados de Sharon. Menuda desgracia había caído sobre esa familia. Era injusto.

El dormitorio de Jake no era más grande que un trastero. Un póster enorme de una banda

local, los Blizzards, estaba colgado sobre la cama individual. Ocupaba casi toda la pared.

—A papá le gustaban —dijo Sharon—. Por eso Jake tiene el póster y las camisetas de papá.

Lottie revisó la cama. Sábanas lisas de algodón azul. Un taburete de tres patas hacía las veces de mesita de noche, con una lámpara, una lata de Coca-Cola vacía y un paquete abierto de gominolas. El suelo de tablones de madera estaba cubierto de camisetas. Sobre la cama, unos vaqueros vueltos del revés.

—¿Jake tenía móvil?

—Sí. Mamá dice que lo tiene pegado a la mano.

«Estará en el fondo del canal o quemado dentro del coche», pensó Lottie.

—¿Portátil?

—Solo la PlayStation. Está conectada a la tele del salón, pero no quiero que entres y despiertes a mamá.

—No lo haré.

El armario de una sola puerta contenía muy poca ropa. Dentro colgaba un uniforme escolar, con el cuello y los sobacos de la camisa manchados de sudor. Sharon se acercó y sostuvo la camisa contra la nariz.

—Huele a él. Se bañaba en desodorante antes de salir. Me gusta el olor de Jake. —Soltó la camisa, que colgó de nuevo sin vida de la percha, y eso rompió un poco más el corazón de Lottie.

—Querías a tu hermano, ¿verdad?

Sharon se sentó en el borde de la cama, con la lengua pegada a la mejilla, esforzándose por no llorar. Se colocó los vaqueros sobre el regazo.

—Era el mejor hermano del mundo.

—¿Te compraba cosas bonitas? Ya sabes, por tu cumpleaños y por Navidad.

—No tenía dinero. Solía decir: «No tenemos nada, pero nos tenemos el uno al otro». A veces me traía una bolsa de patatas fritas cuando salía. Y si se lo pedía mucho, unos *nuggets* de pollo.

—Era un buen hermano. ¿Salía de noche a menudo?

—Supongo.

—¿Todas las noches?

—Solo cuando mamá trabajaba hasta tarde. Los fines de semana y así.

—¿Te dijo a dónde solía ir? —Lottie pensaba que las patatas fritas y los *nuggets* eran un soborno para que Sharon no dijera nada de sus escapadas.

La niña sacudió la cabeza despacio; las lágrimas rodaban silenciosas por sus mejillas.

—Sharon, si lo sabes tienes que decírmelo.

—Lo prometí.

—No estás rompiendo una promesa, cariño. Me estarás ayudando a encontrar a la mala persona que te ha quitado a Jake.

—No soy una chivata. —Hizo una bola con los vaqueros de su hermano y acarició la tela dura—. Jake es bueno. No es amigo de la gente mala.

—¿Conoces a alguna de las personas malas?

Sharon negó fuerte con la cabeza.

—Vendrán y nos matarán a mamá y a mí, como han matado a Jake. No soy una chivata —

repitió llorando.

—Sharon, nadie va a hacerte daño.

—Sí que lo harán, sí que lo harán. Han hecho daño a Jake, y era su mejor baza.

Extraño vocabulario para una niña de diez años.

—¿Eso te dijo Jake?

La pequeña asintió en silencio varias veces.

Lottie se arrodilló en el suelo intentando que la niña la mirara.

—Sharon, tienes que decirme quién es esa gente. Si sé quiénes son, puedo protegeros a tu madre y a ti.

—No los conozco. No los conozco. —Sharon sacudió la cabeza con tanta fuerza que sus lágrimas salpicaron a Lottie en la cara.

—Estas personas malas, ¿tienen algo que ver con la banda de chicos en bici, quizá?

¿Ese gesto casi imperceptible era un sí?

La puerta se abrió de golpe y Liz entró hecha una furia y rodeó a su hija con los brazos.

—¿Qué cree que está haciendo? Está aterrorizando a mi hija, esto es abuso de menores, ¿me oye? ¡Abuso de menores!

Lottie se puso de pie. No tenía sentido discutir con la madre desolada, pero trató de calmarla.

—Lo siento, Liz, pero el tiempo es crucial en una investigación de asesinato. Necesito saber cualquier cosa que Jake pudiera haberle dicho a usted o a Sharon sobre con quién se encontraba cuando salía por la noche.

—¿Qué quiere decir cuando salía por la noche? Ni salía ni se encontraba con nadie. Era un niño de quince años.

Lottie no quiso traicionar la confianza de Sharon, así que dijo:

—Jake le robó el coche, Liz. Lo hemos encontrado quemado en un descampado. Sé que no pudo ser él quien le prendió fuego, así que es probable que estuviera involucrado en algo, quizá con una banda.

—¿Quemado? No. —Liz abrazó a su hija con más fuerza.

—El seguro debería cubrir daños intencionados —añadió Lottie, aunque el hecho de que su hijo menor de edad y sin seguro lo hubiera robado podía significar que no sacaría nada.

—No… No podría permitirme… Oh, olvídelo. Es una chatarra, casi no lo usaba. Ahora, ¿puede dejarnos solas?

—Martina se quedará con ustedes.

—Estamos bien solas. Márchense.

Cuando estaba a punto de irse, Lottie se fijó en un clavo que sobresalía de uno de los tablones del suelo, cerca de la pata de la cama. Había un borde irregular en el tablón y estaba ligeramente alzado. Decidió levantarlo sin pedir permiso, porque con el humor que tenía Liz en ese momento con toda seguridad no se lo daría.

—Espere un momento, ¿qué hace? —preguntó Liz cuando Lottie se arrodilló.

Impávida, la inspectora tiró del clavo. El tablón se levantó con facilidad y reveló una cavidad entre el suelo y el techo de la habitación de abajo.

—No lo entiendo —dijo Liz con voz temblorosa.

Lottie metió la mano en el agujero.

Debajo de aquella tumba subterránea había una bolsa de plástico transparente. Dentro, al menos media docena de viales llenos de un líquido azulado. Si no se equivocaba, era GHB, comúnmente conocida como la droga de los violadores.

Lottie levantó la bolsa, interrogando a Liz con la mirada.

—No sabía nada —susurró la mujer, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

Lottie la creyó.

* * *

Sharon ya no soportaba ver a su madre llorar. Después de acompañar a la detective hasta la puerta, se sorprendió de ver a la otra policía de pie en la cocina.

—¿Por qué no te vas tú también?

—Me llamo Martina.

—Ya lo sé.

—Estoy aquí para ayudaros a tu madre y a ti.

—No te necesitamos.

—Quiero manteneros a salvo y alejar a los periodistas.

—¿Qué significa eso?

—Cuando se corra la voz de lo de Jake, tratarán de hablar con tu madre.

—¿Qué voz? Jake no hizo nada malo. Eso que estaba escondido en su habitación no es suyo.

—No te preocupes. Todo se arreglará.

Sharon se dio la vuelta. Ahora que Jake no estaba, ¿quién la cuidaría cuando su madre trabajara? Nadie, esa era la respuesta. La policía guapa no estaría allí siempre.

Se tragó un sollozo y retorció el borde de la camiseta del pijama haciendo un nudo. ¿Y si el hombre malo que había matado a su hermano mayor venía ahora a por ella? ¿Era un hombre tóxico? ¿Venenoso y peligroso? Sí, lo era.

—Eh, cariño, no llores.

La policía guapa le tendía un pañuelo.

Sharon lo cogió y se sonó la nariz.

—No es justo, no es justo.

—Querías mucho a tu hermano, ¿verdad?

—Sí, y quería a mi papá y también está muerto. Espero que mi mamá no se muera…

Sintió un brazo rodearle los hombros.

—No dejaré que le pase nada. ¿Quieres ayudarme a preparar el desayuno?

—No tengo hambre. Tengo que vestirme porque quiero ir a casa de mi amiga Charlene.

—Calentaré agua por si tu madre quiere un té.

En el piso de arriba, Sharon encontró a su madre profundamente dormida en la cama de Jake, con sus vaqueros en los brazos como si acunara a un bebé. El agujero en el suelo donde Jake había escondido su secreto seguía allí. Sharon no era estúpida. La persona a la que Jake le estaba guardando las botellitas sabía que las tenía en la casa. ¿Qué pasaría cuando viniera a buscarlas? Por muy simpática que fuera Martina, era imposible que pudiera salvar a Sharon y a su madre cuando los hombres malos llamaran a la puerta. Probablemente, ni siquiera se

molestarían en llamar.

Tenía que encontrarlos primero y decirles que la policía se había llevado aquello. Entonces, tuvo una idea. Vació el contenido de su hucha en una bolsita. Se vistió deprisa, bajó las escaleras sin hacer ruido, salió por la puerta y la cerró con mucha suavidad, para no alertar a la guapa Martina.

Sin mirar atrás, corrió por la hilera de casas adosadas y se metió en el túnel bajo el canal.

Tenía que detenerlos antes de que muriera alguien más.

* * *

Cuando Boyd levantó las persianas para dejar entrar el sol matutino se fijó en un hombre sentado en la pequeña mesa de la cafetería de enfrente. Bebía un expreso con la mirada fija en el apartamento.

Boyd se apartó de la luz. ¿Había algo familiar en el hombre? ¿La manera en que encorvaba los hombros? No estaba seguro, pero estaba convencido de que no era la primera vez que lo veía.

Sergio estaba en su cuarto, dormido. No pasaba nada si lo dejaba solo unos minutos, ¿verdad?

Boyd tomó la decisión, se puso los zapatos y un suéter liviano sobre la camiseta. Luego salió del apartamento y cruzó la calle.

Capítulo 47

Lottie corrió por el pasillo y rezó para no toparse con la comisaria Farrell. Al llegar a su despacho, se quitó la chaqueta y metió el bolso bajo el escritorio. Fotografió los viales antes de registrarlos como pruebas y enviarlos al laboratorio para el análisis forense.

En la sala del caso, saludó al equipo. Se alegraba de ver que McKeown había abandonado su sonrisita astuta. Tenía que concentrarse en el caso. Esperaba que el detective también lo viera así.

—¿Por qué Jake Flood tenía viales de droga escondidos bajo el suelo de su habitación? Si resulta que son GHB, tenía suficiente cantidad como para dejar inconsciente a una discoteca entera. —Lottie caminaba de un lado a otro, rascándose la cabeza y tratando de pensar con coherencia.

—Tengo una pista de los chavales en bicicleta. —El garda Lei entró de golpe en la sala y la puerta golpeó contra la pared tras él—. Oh, perdón. No pretendía… Ya sabéis, perdón por la puerta.

—¿Qué tienes? —preguntó Lottie, que esperaba que pronto aprendiera algo de autocontrol.

—Antes me he pasado por la tienda de bicicletas, de camino a aquí. Está al final de la calle donde vive Cormac O'Flaherty…

—Primero respira y luego cuéntanoslo. —Lottie le acercó una silla y le indicó que se sentara.

El agente respiró hondo un par de veces, como le había dicho, y continuó:

—Bien, bueno, el señor Kenny arregla las bicicletas de la brigada ciclista. No os creeríais la cantidad de pinchazos… Perdón, no es relevante. —Levantó la mano en señal de disculpa—. En fin, le pregunté si alguna vez le había reparado la bicicleta a algún chico, chavales que llevaran su propio dinero. Y me dice: «¿Me estás preguntando por esos chicos que van por ahí y parece que pasan drogas?». Me quedé tieso.

McKeown ahogó una risita. Lottie lo miró con furia. Lei agitó la libreta en el aire.

—El señor Kenny sospechaba de esos chicos, pero nunca ha tenido pruebas de ningún delito para denunciarlos. Tengo los nombres y direcciones, también los teléfonos de tres miembros de la banda. Dijo que vio a otro de ellos ayer, después de que os marcharais de la casa de Cormac O'Flaherty.

—Muy buen trabajo —dijo Lottie—. Tengo que llamar a Albert y Mary McAllister, y luego

visitar a Hannah Byrne. Le han dado el alta. Cuando vuelva, puedes venir conmigo a tener una charla con los chavales, garda Lei. McKeown, quiero todo lo que puedas averiguar sobre el profesor de Educación Física, Noel Glennon. Necesito saber si hay algo de cierto en lo que dijo Sarah Robson sobre que estaba acosando a una chica en el instituto y, de ser así, si esa chica era Ivy Jones. Lo necesito para ayer.

* * *

Noel Glennon odiaba los domingos, odiaba los días en que no tenía que trabajar ni entrenar. El trabajo lo mantenía ocupado y entrenar, la mente activa. Era lógico que las vacaciones escolares fueran la época más aburrida para él, en especial aquel año. No había ahorrado lo suficiente para viajar, así que había tenido que olvidarse de su idea de ir a Tailandia. Ahí estaba, atrapado en su apartamento, y la única noche que había salido, habían asesinado a una chica.

Sentado en la silla húmeda del patio, encendió un cigarrillo, con el segundo preparado antes de que el primero pudiera siquiera caer al agua del cenicero. Era malo para su salud, pero ya le daba igual.

Se puso a navegar en el móvil, se preguntaba si habrían arrestado a alguien por el asesinato de Lucy. Había oído que una adolescente estaba ayudando con la investigación. Sabía que eso significaba que era sospechosa. Esperaba que no fuera Ivy. Era capaz de decir cualquier cosa, quizá todo. No podía correr ese riesgo.

Hacía mucho tiempo que había notado los intensos celos de Ivy. ¿Podía ser ella la razón de que Lucy hubiera desarrollado escrúpulos en lugar de su arrogante seguridad habitual?

Tenía todos sus números guardados en el móvil. Había sido fácil encontrarlos en el registro informatizado del colegio. Su dedo flotó sobre el nombre que podía tener todas las respuestas. ¿Era capaz? ¿De verdad era tan estúpido? Había guardado el número de la chica con el nombre de «Enredadera». Ivy en inglés significaba hiedra, y eso era ella, una hiedra venenosa. Sonrió. Quizá debería haber sido profesor de inglés. Con el rumbo que estaban tomando las cosas, no le quedaba mucho tiempo como profesor.

Antes de que pudiera marcar el número, se detuvo. Era demasiado arriesgado hacer la llamada. Encendió un tercer cigarrillo y revisó sus contactos una vez más. El número de Lucy estaba guardado como «Boca de dragón», un nombre para alguien que ocultaba cosas, una persona falsa. Lucy había sido la personificación de la falsedad y ahora estaba muerta.

Siguió bajando y encontró a Hannah Byrne. La tenía guardada como «Jazmín», por su delicada belleza. ¿Debería llamarla? ¿Le cogería el teléfono siquiera? ¿Es posible que fuera ella a quien estaban interrogando?

Necesitaba ir un paso por delante de la policía. Su libertad dependía de que supiera todo lo que fuera relevante para el caso. Pero estaba en desventaja. No podía hablar con nadie sin levantar sospechas. En otras palabras, si alguien hablaba o la policía encontraba lo que había enterrado tan hondo como el internet profundo, estaba jodido.

Arrojó anillos de humo al cielo. Quizá debería fingir que confesaba. Tratar de asegurarse la inmunidad si se convertía en testigo. Pero sabía que si decía algo no viviría lo suficiente como para preparar pruebas contra nadie.

La muerte de Lucy McAllister demostraba hasta dónde estaban dispuestas a llegar ciertas

personas para protegerse a sí mismas. Y él era parte de aquello.

Mientras observaba disolverse un anillo de humo, le sonó el móvil.

Cuando vio quién llamaba, dejó caer el cigarrillo y casi vomita en el cenicero.

El pasado había vuelto a buscarlo.

Sí, estaba jodido de verdad.

Capítulo 48

El apartamento en el Hotel Brook donde se alojaban los McAllister había perdido la pulcritud del día anterior. El olor a frito flotaba en el aire y la mesa estaba cubierta de envases de comida para llevar: recipientes de cartón llenos de arroz seco con lo que parecía curri de pollo flotando en una salsa cubierta por una capa de grasa.

Cuando Lottie llegó, la detective Maria Lynch le informó de que Albert se había marchado.

Mary McAllister le indicó con un gesto que se sentara en una silla cercana. Miraban hacia la ventana, que daba a la zona de juegos del parque de la ciudad.

—Niñas y niños jugando en los columpios y toboganes —dijo Mary—. Sus madres enfrascadas en conversaciones banales, no tienen idea de la angustia y el tormento que les espera. —Su voz era monótona, y Lottie se preguntó si había tomado un sedante.

—Lamento mucho que le haya ocurrido esto a Lucy.

—No estoy hablando del asesinato. Hablo del hecho de criar a una criatura durante la adolescencia. —Se giró tan rápido que Lottie tuvo que echarse hacia atrás, y por un segundo dio por hecho que al hacerlo se daría un golpe. Sin embargo, fue más bien como si Mary le hubiera dado un puñetazo con sus ojos azul oscuro—. Lucy no era una niña fácil.

—¿A qué se refiere?

—Llevo toda la noche dándole vueltas. Después de cumplir diez años cambió, como si se hubiera convertido de nuevo en un bebé caprichoso y luego en una adolescente terrible. No hacíamos más que discutir y pelear. Tenía rabietas y yo me decepcionaba a mí misma poniéndome a su nivel, cosa que solo la enfadaba más. Ahora que ya es demasiado tarde, lamento todas las veces que perdí el control.

—La vida está llena de remordimientos. No deje que este acto horrible mancille los buenos momentos que pasó con su hija.

—¿No lo entiende? Esa es la cuestión, no recuerdo buenos momentos. No hicimos más que chocar desde el día que nació.

—¿Por qué?

—Nunca me cogió cariño. Se negó a mamar. Tuve que darle el biberón mientras todas mis amigas amamantaban a sus bebés. Cuando dio los primeros pasos, caminó hacia su padre, no hacia mí. Y, cuando comenzó la escuela, quería que la llevara él, no yo. La cosa se calmó durante unos años, pero después de que cumpliera los diez la situación no hizo más que

empeorar entre nosotras. Albert lo hacía todo bien y yo lo hacía todo mal.

—Las niñas y sus papás. —Lottie trató de esbozar una sonrisa triste al recordar cómo habían idolatrado a Adam sus hijos.

—Le compraba todo lo que quería. A medida que fue haciéndose mayor, los juguetes se convirtieron en dispositivos electrónicos. Lo más nuevo y caro del mercado: iPad, móviles, portátiles. Lucy siempre tenía lo mejor de lo mejor, y no valoraba nada. Aun así, Albert la consentía.

Lottie vio el resentimiento que bullía bajo la superficie, deseando escapar. Mary tenía el rostro congestionado, los nudillos blancos de tanto apretar los puños, pero los ojos secos. ¿Sentía celos de Lucy por robarle la atención de su marido? ¿O era algo más siniestro?

—He hablado con unas cuantas personas —dijo Lottie, tratando de encontrar palabras para calmar a la mujer—. Por lo que me han dicho, parece que piensan que Lucy estaba triste. ¿Usted opina lo mismo?

—¿Triste? —Mary la miró fijamente antes de volver a perder la vista en la ventana—. No entiendo a qué se refiere.

Lottie siguió su mirada, fija en las criaturas que chillaban jugando en la plaza, y dijo:

—Creo que se referían a que Lucy ocultaba sus verdaderos sentimientos.

—No se deje engañar. Yo la conocía mejor que nadie. Lucy era una actriz consumada. Entraba y salía de su papel dependiendo de si quería impresionar o ridiculizar. Pero era mi hija. La quería, y a su extraña manera, ella me quería a mí. —Mary se volvió para mirar a Lottie—. Esto puede parecerle extraño, inspectora, pero voy a echar de menos el escándalo que armaba en casa: los pisotones en la escalera, los insultos que me lanzaba, las tazas que rompía contra la pared. Lo aceptaría todo sin dudar ni un instante, si pudiera recuperarla.

—¿Por qué cree que estaba tan enfadada con usted?

La mujer sacudió la cabeza despacio.

—De verdad que no lo sé.

Lottie se quedó callada escuchando la respiración de la mujer. ¿Y si algo terriblemente oscuro se había escondido bajo la superficie de la vida de Lucy? Tenía que haber un motivo para que dirigiera toda esa rabia hacia su madre. ¿Era un grito de socorro que no había sido escuchado? Se irguió en la silla. ¿Y si había pasado algo peligroso que Lucy no podía verbalizar y esa era su manera de llamar la atención?

—Mary, ¿alguna vez llevó a su hija a terapia?

—Lo sugerí. —La madre destrozada encogió un hombro—. Se rio de mí. Dijo que la que necesitaba terapia era yo. No sabía que llevo viendo a una psicóloga casi desde que nació.

Lottie decidió que más tarde hablaría sobre la conducta de Lucy con su padre.

—¿Conoce a Hannah Byrne?

—¿Era amiga de Lucy?

—Estaba invitada a la fiesta.

—Diría que no la conozco. Todavía no me creo que Lucy diera una fiesta en casa cuando no estábamos. Por otra parte, sí que me lo creo. Quizá quería hacerme enfadar dejándolo todo hecho un desastre para que me lo encontrara cuando entrara por la puerta.

—No es cierto. Le había pedido a Sarah que viniera a primera hora de la mañana para limpiar.

—No quiero volver a poner un pie en esa casa. —Mary apretó los labios con gesto desafiante.

—Puedo entenderlo. ¿Sabe si Lucy tenía una nueva relación?

Otro encogimiento de hombros.

—Hay mucho sobre mi hija que no sé. ¿Por qué me lo pregunta?

—Hemos descubierto unos correos en su portátil que dan la impresión de que pretendía pasar fuera el último fin de semana con alguien. De momento no sabemos nada más.

—Pregúntele a Ivy.

—Ha dicho que no sabía nada del tema.

—Es probable que esté encubriendo a Lucy. Hablaré con ella.

—No, no hace falta. ¿Dónde puedo encontrar a Albert?

—Ese hombre no va a parar de trabajar hasta que se mate. Ha dicho que tenía asuntos importantes que atender. Se ha ido al despacho hace un rato. Es un adicto al trabajo. Incluso en España estaba día y noche con el móvil y el portátil.

Lottie se preguntó cómo podía concentrarse en el trabajo después de ver el cuerpo sin vida de su hija. Por otra parte, probablemente necesitaba inyectar algo de normalidad en su vida a la vista de semejante aflicción. Ella sabía bastante sobre eso.

—Hablaré con él más tarde. Tengo unas cuantas preguntas que hacerle.

—Albert le dará una imagen distinta de Lucy. Para él, era perfecta.

—¿Puede decirme si Lucy era diestra o zurda?

Después de pensar un momento, Mary contestó:

—Diestra. ¿Por qué? No pensará que se suicidó, ¿verdad?

—En absoluto. ¿Tenía algún tatuaje?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Solo son unas preguntas de la patóloga. —No tenía sentido preocupar más a Mary hablándole del trozo de carne cortado en forma de corazón en el cuerpo de su hija.

—¿Alguna cosa más, inspectora?

—¿Puede decirme algo más sobre su jardinero, Cormac O'Flaherty?

—No, lo siento. Pregúntele a Albert. —Mary volvió a mirar por la ventana.

—Ayer mencioné a Jake Flood. Estuvo en la fiesta vendiendo drogas. ¿Sabe…?

—¿Drogas, en mi casa? —Mary se volvió de golpe y se puso de pie lanzando flechas de fuego por los ojos—. Yo misma mataría a Lucy si no estuviera ya… —Su voz se apagó al darse cuenta de lo que había dicho. Volvió a sentarse—. Lo siento. Era una forma de hablar.

—Lo entiendo.

—Es solo que Albert es antidrogas, por todos los escándalos relacionados con drogas en el mundo del deporte. —Posó en Lottie una mirada más lúcida.

—¿Puedo preguntarle por qué se involucra Albert en un club de boxeo local ahora que es agente de grandes estrellas?

—Dice que tiene que devolverle algo a la comunidad. Filantropía, según él.

Lottie se puso en pie y apoyó una mano sobre el hombro de Mary.

—No sea demasiado dura consigo misma. Tengo dos hijas y un hijo adolescente, y la mayor parte del tiempo nos llevamos a matar. Odiar a sus padres es parte del proceso de hacerse

mayores.

—La diferencia es que Lucy ya no se hará mayor. —Un sollozo escapó de la garganta de Mary—. Pero gracias por sus amables palabras, inspectora.

Lottie abandonó el apartamento con un peso en el corazón. Ninguna madre debería sufrir así, y, dijeran lo que dijeran los demás, ella sabía mejor que nadie que los remordimientos podían devorarte el resto de tu vida.

Qué triste era. Joder, demasiado triste.

Lynch estaba de pie frente al apartamento comiéndose un sándwich de salmón y pan integral.

—La comida de aquí está que te mueres —dijo con la boca llena.

Lottie trató de sacudirse la melancolía que se le había posado sobre los hombros.

—A Kirby le encantaría pasar una temporadita aquí.

—Que venga. Yo preferiría hacer de detective de verdad que de niñera donde no me quieren. ¿Qué tal te ha ido con doña impávida?

—Está rota por dentro. Llena de remordimientos. Lo principal que he sacado es que Lucy era una niña difícil y que se peleaba con su madre con frecuencia.

—Si Mary no hubiera estado en España cuando Lucy murió, sería mi principal sospechosa —dijo Lynch, lamiéndose la mayonesa de los labios.

—¿Por qué lo dices?

—Es fría como el hielo. Ni una palabra de consuelo para su marido, y mira que el hombre no hace más que llorar. Pobre tipo.

—No saques conclusiones todavía.

—Es imposible no sospechar de ella. Sé que suena ridículo, pero si las cosas con su hija estaban tan mal como decía, quizá contrató a un asesino a sueldo.

—Eso me parece una exageración.

—No creas. —Lynch se puso terca mientras decidía dónde dar el siguiente mordisco a su sándwich de aspecto delicioso.

—¿Encargar el asesinato de su propia hija? No me lo trago. En fin, Hannah Byrne sigue siendo nuestra principal sospechosa. Estoy esperando los resultados toxicológicos y los informes forenses detallados antes de volver a interrogarla. Aunque, incluso si mató a Lucy por la foto, ¿qué motivos tenía para matar a Jake Flood? Tengo que descifrar qué papel juega Jake en todo esto.

—Bueno, es imposible que Hannah estuviera involucrada en la quema del coche. Estaba en el hospital.

—Pero Cormac O’Flaherty no. Ni ninguno de los otros sospechosos. —Lottie notó cómo el móvil le vibraba dentro del bolso. Comprobó quién llamaba antes de responder—: Hola Gráinne. Espero que sean buenas noticias.

Escuchó y le levantó el pulgar a Lynch cuando colgó.

—Han encontrado el móvil de Lucy en el jardín de los McAllister. No les digas nada todavía.

—No abriré la boca —dijo Lynch—. Bueno, cuando me haya acabado el bocadillo.

—Será mejor que hable con Albert, luego veré qué nos dice el móvil de Lucy. ¿Todavía nada sobre quién le envió el correo?

—En cuanto Gary lo averigüe, me pondré en contacto contigo. Oh, no había nada interesante en el móvil de Hannah.

—Vale.

—Por cierto, esta mañana la comisaria Farrell te andaba buscando.

—No me has visto.

Lottie huyó escaleras abajo, consciente de que tenía que actuar rápido para mantenerse por delante de su jefa.

Capítulo 49

Albert no estaba en su despacho. Su asistente personal le dijo a Lottie que se había marchado al club de boxeo Goldstars poco después de recibir una llamada del entrenador, Barney Reynolds.

Lottie se rascó la cabeza. ¿Qué era tan urgente el día después del asesinato de su hija como para tener que ir a visitar a un entrenador de boxeo juvenil?

Condujo de nuevo hasta el club sintiendo que se movía en círculos. Un terrible atasco desinfló la emoción que había sentido por haber encontrado el móvil de Lucy.

Aparcó, cerró la puerta de un golpe y apoyó la mano en el capó de un Mercedes blanco. Estaba caliente. Dentro, unos gritos salían del diminuto despacho; aparte de eso, no había nadie. Entró justo cuando Albert daba un puñetazo al archivo.

—Siento interrumpir, chicos.

—¿Qué quiere? —dijo Albert y titubeó al darse cuenta de con quién estaba hablando—. Oh, es usted, inspectora.

—Sí que ha vuelto pronto —dijo Reynolds, sentado tras el escritorio ridículamente pequeño.

—¿Por qué discuten? —preguntó Lottie.

—No discutimos. —Albert se acarició el puño con la otra mano.

La inspectora se apoyó contra el marco de la puerta y aguardó, tenía la esperanza de que uno u otro aclararía qué pasaba. «Cuando los cerdos vuelen». La observaron en silencio.

—Albert, ¿puedo robarle unos minutos?

—Claro, claro. Barney, esfúmate.

Reynolds salió con dificultad del reducido espacio.

—Si me necesitan, estaré en el gimnasio.

Cuando estuvieron solos, Albert cogió la silla.

—Siento que haya tenido que presenciar eso. Barney entra en pánico con demasiada facilidad. Me ha contado lo de Jake. ¿Cree que el chico está relacionado con la muerte de mi hija?

—Aún es pronto para decirlo —contestó ella.

—¿Qué le ha pasado?

—Estoy repasando los acontecimientos, por eso necesito hacerle algunas preguntas.

—Adelante.

—¿Conocía Lucy a Jake?

—Puede que me haya oído hablar de él, pero dudo que lo conociera en persona.

—La realidad de los hechos es que Jake estaba vendiendo drogas en la fiesta de su hija.

—¿Qué? Es imposible que Lucy lo haya permitido. Ella sabe… sabía lo que pienso sobre las drogas.

—Aun así, Jake estuvo allí, y ahora está muerto. ¿Sabían usted o Barney que pasaba drogas?

—Barney lo habría echado sin pensárselo dos veces, por muy buen boxeador que fuera. Las drogas han mancillado el deporte durante mucho tiempo, yo no las tolero.

Era hora de cambiar de rumbo.

—Háble me sobre Terry Starr.

—¿Qué pasa con él?

—Es su principal cliente, ¿verdad?

—Sí. Ganó medallas *amateurs* y luego se profesionalizó. Está a punto de convertirse en un éxito de taquilla.

—¿Cuándo habló con él por última vez?

—Ayer por la tarde. Llamó para darme el pésame.

—¿Se queda en su apartamento de Málaga?

—De vez en cuando.

—¿Qué hace allí?

—No lo sé.

—¿Sabía que iría?

—Tiene llave.

No era una respuesta.

—Pero ¿sabía que iría?

—No.

Kirby había comprobado y confirmado que Terry había tomado el primer vuelo a Málaga el día antes por la mañana. Pero ¿cuándo lo había reservado?

—¿Confía en él como para dejarle su piso?

—Sí.

—¿Igual que confió en su hija para dejarla sola durante tres semanas?

—No me gusta lo que insinúa, inspectora.

—¿Por qué fue a Málaga, Albert? Tres semanas eran mucho tiempo para dejar sola a Lucy.

—Pensamos que era capaz de cuidar sola de sí misma. Nos equivocamos.

—Esto fue justo antes y durante sus exámenes. A mí me parece cruel.

El hombre toqueteó una libreta que había sobre el escritorio, pasando las esquinas de las páginas.

—Es complicado.

—Cuéntemelo.

—Recibí una amenaza relacionada con mi negocio. Creía que venía de España, así que fui para arreglarlo.

—¿Qué amenaza?

—No puedo decirlo.

—Su hija y un chico de quince años han sido asesinados, ¿y usted no quiere hablarme sobre una amenaza que recibió? Venga, Albert.

—No tiene relación con Lucy o Jake. Tenía que ver con mi trabajo.

—Deje que yo decida qué tiene relación y qué no.

Albert pareció sopesar sus opciones, porque tardó unos segundos en hablar.

—Recibí un correo. No sé de quién, pero fuera quien fuera, iba a denunciarme públicamente a mí por amañar peleas y a mis clientes por abuso de sustancias. Exigía que le pagara quinientos mil euros o me arruinaría. Y que quede claro que no he amañado una pelea en mi vida.

—¿Habló con Terry sobre esta acusación?

—Negó en redondo que consumiera drogas.

—¿Y lo creyó?

—Sí, le creí, está limpio. Y si conociera a Terry, usted también lo creería. Dedica todo su tiempo y energía al deporte, incluso ayuda a los chavales.

—¿Y ese correo venía de alguien de España?

—Eso supuse. Fui a comprobarlo con mis socios. Quería mirarlos a la cara y ver cómo reaccionaban.

—¿Por qué no denunció el asunto a la policía? Tenemos gente que podría haber rastreado el correo. —No estaba muy segura de eso, Gary todavía estaba tratando de encontrar al remitente del correo misterioso de Lucy.

—Me advirtieron que no fuera a la policía.

—Ya. ¿Pagó?

—No. Lleva tiempo conseguir esa suma de dinero.

—¿Así que dejó sola en casa a su hija de diecisiete años durante tres semanas después de recibir una amenaza? Por lo que he oído, adoraba a Lucy, así que no le encuentro el sentido. —Sacudió la cabeza con énfasis. Las acciones de Albert desafiaban toda lógica.

—La amenaza no era contra mi familia, sino contra mi negocio. Dijeron que publicarían una declaración en internet, y cuando algo se publica en la red, la gente te juzga sin molestarse en comprobar los hechos. Una vez tienes la reputación manchada, es difícil limpiarla, incluso después de que se demuestre que todo es falso.

—Quiero ver ese correo.

—Se lo reenviaré.

—Lo quiero como tarde de aquí a una hora. Debería haberme informado de esta amenaza ayer.

Albert enterró la cara en las manos, sollozando con fuerza.

—Mi pequeña está muerta y ahora no sé si es porque soy un capullo estúpido al que le importó más el orgullo por su trabajo que la lealtad hacia su familia. Tiene que descubrir quién la mató.

Sus lágrimas incomodaron a Lottie. Su intuición le decía que el hombre no lo había dicho todo, pero en el estado en el que se encontraba, no tenía sentido continuar con la conversación.

«A buenas horas, mangas verdes, amigo —pensó—. Ahora ya es tarde».

Capítulo 50

Dejó al incoherente Albert tratando de contener, sin éxito, un tsunami de culpa.

Le resultaba difícil creer que alguien hubiera matado a su hija en lugar de cumplir con la amenaza de denunciarlo públicamente. No tenía sentido. Más le valía a Gary dar con quién había enviado los correos.

En casa de los McAllister, Gráinne Nixon estaba en el jardín junto al *jacuzzi.*

Lottie aspiró el aire fresco, atravesó el césped y se puso los guantes. La zona era amplia. La hierba, bajo el estropicio reciente, estaba bien cortada; los arbustos que rodeaban el perímetro estaban podados con tal precisión que parecía que hubieran usado cortaúñas. ¿De verdad tenía Cormac O'Flaherty tanto talento?

Aunque allí el aire estaba más limpio que dentro, no había duda de que la fiesta también había llegado al jardín. Cuando la inspectora rodeó el *jacuzzi* para hablar con la jefa forense, cristales, patatas fritas, cacahuetes y bordes de *pizza* crujieron bajo sus pies.

—¿Cuál es el lugar exacto donde habéis encontrado el móvil de Lucy?

—Detrás de ese seto. —Gráinne señaló el follaje simétrico a la izquierda del *jacuzzi.*

Lottie inspeccionó la zona y se fijó en la meticulosa forma en que la mujer había llevado a cabo la tarea. Habían quitado la tierra seca de las raíces de los arbustos.

—¿Estaba enterrado?

—En realidad, no. Estaba un poco hundido, boca abajo, como si lo hubieran tirado o escondido allí. He sacado fotos y lo he retirado.

—¿Dónde está ahora?

—Dentro, en una bolsa etiquetada.

—¿Alguna señal del arma del crimen?

—Seguimos buscando.

—¿Algo sospechoso en el *jacuzzi?*

—Apesta, pero no hay rastros de sangre. Solo estoy siendo minuciosa y profesional.

—Me gusta lo minucioso y profesional. Buen trabajo, Gráinne.

—Gracias. Los cristales rotos de la puerta del patio se han enviado al laboratorio para que los analicen. Hay sangre en algunas esquirlas. Te avisaré si encontramos coincidencias. Es muy posible que sea de Jake Flood. La patóloga forense ha confirmado que las heridas en la espalda del chico encajan con las que se habría hecho si lo hubieran empujado contra un cristal. Ha

extraído fragmentos que tenía clavados con profundidad en la piel de la región lumbar. Te llamará en cuanto tenga un informe preliminar.

Dentro de la casa, Lottie localizó el móvil y firmó para poder revisarlo. Cuando apretó el botón de encendido, la pantalla se iluminó. Necesitaba el PIN y estaba al 2 % de batería. Con suerte, encontraría pistas que revelarían a la auténtica Lucy McAllister. Pero necesitaba el PIN para desbloquearlo. Otro trabajo para el equipo técnico.

Metió la bolsa de pruebas con el móvil en el pozo sin fondo de su bolso. Luego sintió la necesidad de echar otro vistazo a la casa y subió las escaleras. Quería hacerse una idea de la vida familiar de Lucy.

Después de echar un vistazo rápido al dormitorio principal, fue hasta el de Lucy. Era evidente que los forenses habían pasado por allí. Lucy había sido asesinada en una de las habitaciones de invitados al final del rellano, y en su propio dormitorio no había pruebas de que la chica sangrante y moribunda hubiera sido atacada allí.

Era la típica habitación de adolescente, aunque Lucy había tenido el lujo de poseer una cama doble con sábanas blancas. Había manchas de bronceador donde Lucy y sus amigas se habían sentado a esperar a que este se secara. La inspectora pasó la mano por debajo de la almohada y el colchón; no encontró nada. En la mesita de noche había una lámpara y un vaso de cristal casi lleno de un líquido transparente. Hundió el dedo y lo probó: vodka. Arrugó la nariz al recordar el viejo hábito que había superado. El tocador estaba abarrotado con un surtido de cosméticos y toda clase de joyas que solo pueden gustar a una adolescente.

Abrió todos los cajones, pero no encontró ningún diario, ni tampoco había fotos pegadas al espejo. No era extraño: ahora todo aquello se guardaba en el móvil y en la nube. Se puso a cuatro patas y miró debajo de la cama. Ni una mota de polvo. Sarah Robson parecía más meticulosa allí que en su propia casa.

No había escondites evidentes como el que había descubierto en casa de Jake Flood. Aunque qué podría querer esconder Lucy, eso no lo sabía.

El baño podría haber sido declarado zona catastrófica. Manchas de bronceador y montones de marcas de dedos ensuciaban las paredes, el lavabo y el espejo. Todas revisadas por los forenses. Las toallas eran turquesas, al igual que la que habían encontrado cubierta de sangre en la mochila de Hannah.

Bajo el lavabo, una mochila con la cremallera abierta y el nombre de Ivy Jones. La inspectora echó un vistazo dentro: cosméticos, dos latas de *mousse* de bronceador oscuro y un guante aplicador manchado; unos vaqueros, un jersey, una camiseta y ropa interior; un par de zapatillas de tela —Lottie identificó que eran de marca— apenas usadas, si se guiaba por el estado de las suelas. Chicas ricas. Pero ¿qué pasaba con Hannah?

Entró en el dormitorio contiguo.

La cama estaba hecha y no había nada en el tocador. Aunque los forenses ya habían examinado la habitación, miró bajo la cama. Nada. Abrió los cajones. Todos vacíos. En la mesita de noche vio una botellita de perfume, una paleta de sombra de ojos barata y un bote de rímel de Primark. ¿Era esa la habitación que le habían dado a Hannah para cambiarse? Los cosméticos baratos indicaban que sí. Lottie sintió lástima por Hannah. No habían dejado que la chica disfrutara de la diversión previa a la fiesta con las demás. ¿La habían tratado como a una marginada? De ser así, era cruel. Pero ¿era motivo suficiente para cometer un asesinato?

Al no encontrar nada más que fuera relevante, suspiró. Tendría que esperar al informe de los

forenses. Todavía estaban trabajando en el cuarto donde habían encontrado a Lucy. El móvil era su mayor esperanza de conseguir una pista sobre por qué la habían asesinado.

Volvió al coche y se preguntó si Sean sería capaz de recordar algo más sobre su visita de madrugada a la casa.

Valía la pena preguntarle.

Y tenía que comprobar cómo seguía su madre.

Capítulo 51

Después de la visita a casa de los McAllister, Lottie aprovechó para pasarse por la suya.

La recibieron fuertes voces que venían de la cocina. «Debería haber pasado de largo».

Katie y Chloe estaban de pie, una a cada lado de la mesa, separadas por varios metros, con las manos en las caderas y gritándose entre ellas.

—¿Qué está pasando? —tuvo que gritar Lottie dos veces más antes de que las chicas repararan en su presencia, porque no se habían dado cuenta.

—Oh, estás en casa —dijo Chloe, cruzando los brazos en actitud defensiva.

—¿Pasa algo, mamá? —Katie cogió un trapo y comenzó a limpiar la mesa.

—¿Por qué os peleáis? —¿De verdad quería saberlo?

—Ha empezado ella —dijo Katie, señalando a su hermana con el trapo húmedo.

—No es verdad.

—¡Chicas! ¿Qué es esta regresión a la infancia? La abuela está enferma y vosotras aquí gritando como dos verduleras. Comportaos como las adultas que ya sois. Se supone que la estáis cuidando. ¿Se ha levantado ya?

—No ha dicho ni pío —contestó Katie de mal humor.

—¿Os habéis molestado en comprobar si quería un té y una tostada?

—Hemos pensado que era mejor dejarla descansar. —Katie enrolló el trapo y lo tiró al fregadero.

—¡Eh! —gritó Chloe—. Ayer me pasé una hora limpiando ese fregadero roñoso.

Katie la ignoró.

—Voy arriba a buscar a Louis. Es posible que le esté provocando una crisis nerviosa a Sean.

—Dile a tu hermano que quiero hablar con él.

—Si es que sigue vivo después de una hora con Louis fastidiándolo para que juegue a Super Mario en la Nintendo.

Al menos no dio un portazo al salir.

Lottie suspiró y sintió el inicio de un dolor de cabeza detrás de los ojos.

—¿No podéis ser civilizadas entre vosotras durante unas horas?

—Es que es como un grano en el culo. —Chloe le daba la espalda a su madre y limpiaba con vigor el fregadero.

—Todo este drama me sobra.

—Pues vuelve al trabajo —le espetó Chloe—, donde nadie se pelea.

—Ojalá.

Se salvó de seguir recibiendo más ataques de su irritable hija cuando Sean entró en la cocina. Tenía el pelo rubio de punta e iba vestido con una camiseta arrugada y un bóxer de cintura baja sobre la cadera. Parecía que apenas había pegado ojo. O quizá era el efecto de Louis. Su nieto tenía mucha energía.

—Vístete, Sean. Quiero que vengas a comisaría conmigo.

—Oh-oh —canturreó Chloe—. ¿El niñito bueno ha sido un chico malo? ¿Mamá oso te va a encerrar?

—Cierra la boca, Chloe —dijo Sean—. ¿Tengo tiempo para darme una ducha rápida, mamá?

—La verdad es que no. No tardaremos mucho. Luego alguien te traerá a casa.

Subió tras él por las escaleras y oyó a Katie en su cuarto calmando a Louis, que estaba de mal humor. Miró en su dormitorio y vio a Rose profundamente dormida. Apoyó la mano en la frente de su madre. La tenía sudada.

Sopesó sus opciones. Rose necesitaba que la viera un médico. ¿Cómo iba a arreglárselas? ¿Por qué la vida insistía en complicarse cuando estaba hasta el cuello de trabajo?

En el piso de abajo, se acercó a Chloe.

—Necesito que llames al médico. A la abuela le está subiendo la fiebre.

—No sabía que estuviera tan enferma. Pero no tiene mucho sentido llamar al médico, es domingo.

—Prueba en MIDOC. —El servicio de atención fuera de horario funcionaba desde el hospital.

—¿No sería mejor llevarla a urgencias? Puedo pedir una ambulancia.

¿Y sufrir la ira de una Rose indignada? Ni hablar.

—No. Llama a MIDOC. A ver qué dicen, y ponme al corriente.

—Vale. ¿Le subo un cuenco de sopa?

—No si te refieres a ese mejunje de verduras que hizo Katie anoche.

—Eso no se lo daría ni a un gato. No te preocupes, haré otra. La abuela jura que no hay nada mejor que la sopa de pollo.

—Eres un ángel, Chloe. Si sigue dormida, no la despiertes, pero vigílala.

—Lo haré.

—¿Por qué no llamas al Outback y pides algo para la comida de hoy? A la abuela le gusta su carne asada.

—Claro, pero necesitaré tu tarjeta.

Mientras Lottie hurgaba en su bolso, vio el móvil de Lucy en la bolsa de pruebas y se dio cuenta de lo mucho que le quedaba por hacer. Al fin, encontró la tarjeta de crédito en el fondo, con una piruleta pegada. Quién sabe dónde andaría la de débito.

—Esto es solo para el restaurante, ¿está claro?

—Por supuesto. —Chloe esbozó una sonrisa pícara.

Cuando Sean estuvo listo, Lottie se alegró de alejarse de sus hijas y sus peleas, pero estaba preocupada por Rose. Le angustiaba tener que volver al trabajo y no poder quedarse en casa

cuidando de su madre.

El dolor de cabeza se intensificó.

En la comisaría, le metió prisa a Sean mientras subían las escaleras y lo empujó por el pasillo hasta que estuvieron a salvo en su despacho.

—¿A qué ha venido todo eso? —dijo el chico.

—Me estoy escondiendo de la comisaria Farrell.

—¿Por mi culpa?

—No te preocupes. Siéntate, yo iré cargando las fotos.

—¿Qué fotos?

—Dame un segundo. —Cuando tuvo la foto de la escena del crimen abierta en la pantalla del ordenador, dijo—: Antes de enseñarte esto, quiero probar una cosa. ¿Te animas?

—Claro.

—Bien. Cierra los ojos un momento. —Esperaba que el chico protestase, pero hizo lo que le pedía sin quejarse. Sus chicas nunca habrían sido tan obedientes, primero habrían tenido que discutir.

Aquello era algo que había leído, aunque nunca lo había probado. O quizá lo había visto en Netflix. En fin, Dios recompensa a quien se esfuerza.

—Parece una sesión de terapia —dijo Sean.

—Mira, quiero que retrocedas a las cuatro de la madrugada de ayer. Visualízate cruzando la puerta de la casa de Lucy.

—Vale.

—Dime todo lo que ves cuando entras a buscar la chaqueta.

—Ya te lo he contado, pero si ayuda… —El cuerpo de Sean se relajó, cruzó los tobillos y aflojó los brazos sobre las rodillas—. La alfombra del recibidor está hecha un asco. No hay chaquetas ni abrigos colgados. Voy a la cocina, hay botellas y vasos por todas partes. No veo la chaqueta. Entro al salón. Uf, menudo desastre. Una de las puertas del patio está rota. Entonces veo la pared, el suelo y la sangre. Me pego un susto de muerte. —El chico hizo una pausa, con la respiración agitada.

—¿Miras a tu alrededor? ¿Buscas la chaqueta? ¿Ves algo fuera de lugar?

—No veo la chaqueta. Es en ese momento cuando oigo un ruido en las escaleras.

—¿A qué suena?

—Son pasos.

—¿Algo más?

—Voces, pero no me quedo a averiguarlo. Salgo por patas y corro a la cocina. —Sean abrió los ojos—. Eso es todo. No sé quiénes eran, pero, sin duda, oí voces.

—¿De hombre o de mujer?

—Oí algo que podría haber sido una chica chillar. Creo que también había una voz de hombre. —Sean sacudió la cabeza—. Pero no lo sé. Fui al piso de arriba y encontré a Lucy. Eso es todo.

Egoísta, Lottie quería que le contara más.

—¿Volviste al salón?

—Le eché un vistazo. Había cojines en el sofá y una mochila. La chaqueta no estaba.

—Háblame de la mochila. ¿Te acuerdas de cómo era?

El chico volvió a cerrar los ojos.

—Azul. Era azul brillante, cubierta de margaritas blancas. Estaba un poco sucia.

Lottie se alegró de que su hijo fuera tan perspicaz. No tenía dudas de que era la mochila de Hannah. Tocó el teclado para activar la pantalla.

—Voy a enseñarte una foto del salón. ¿Estás en condiciones de verla?

—Sí.

—Vale. Bien, ahora quiero que señales dónde viste la mochila.

Sean apoyó los codos en el montón de carpetas apiladas en el borde del escritorio y estudió la imagen.

—Está casi igual que cuando entré, pero falta la mochila. La vi en el sofá, aquí. —Señaló la pantalla—. ¿La han sacado los forenses?

—No.

—¿Entonces quién?

—Creo que sé quién fue, pero lo que quiero descubrir es cómo y cuándo. Gracias, Sean. Me has ayudado mucho. Haré que alguien te lleve a casa. —Estaba satisfecha de que fuera la mochila de Hannah la que Sean había visto poco después de las cuatro de la madrugada en casa de Lucy y que unas horas más tarde estaba a los pies de la cama de Hannah.

—Iré andando. Necesito un poco de aire fresco después de revivir esas horribles imágenes.

—Siento todo esto, Sean.

—Debería habértelo dicho antes. Espero que no tengas problemas con tu jefa.

—Puedo manejar a la comisaria Farrell. Pero tú debes tener cuidado.

—Tú también.

—Dime cómo se encuentra la abuela Rose. Y asegúrate de que Chloe llama a MIDOC.

—Deja de preocuparte. La abuela estará bien. Siempre y cuando Katie y Chloe no se maten entre ellas, nos las apañaremos. Hasta luego.

Cuando su hijo salió de su despacho, Lottie lo observó detenerse y hablar un momento con Kirby antes de desaparecer.

—Kirby, creo que es hora de que tengamos otra charla con Hannah Byrne.

Capítulo 52

—Será mejor que no vengan a interrogar a mi hija indefensa otra vez —le advirtió Babs—. Hannah no está bien y, para su información, no le tocó ni un pelo a esa tal Lucy. —Se apartó de la puerta.

Lottie entró en la habitación claustrofóbica. Hannah estaba sentada sobre el colchón, con las piernas cruzadas en una pose de yoga, las manos en las rodillas y los ojos cerrados. Le caían mechones húmedos de pelo, como una diosa tibetana.

—Yo no maté a Lucy. —Su voz era tan inexpresiva como su rostro.

—Quería preguntarte por tu mochila —dijo Lottie—. Ayer estaba a los pies de tu cama, antes de que nos la lleváramos como prueba.

Hannah abrió los ojos de golpe.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Cuándo la trajiste a casa?

—No sé de qué me habla. —La agitación de la chica aumentó y sus palabras se mezclaban unas con otras.

—Tenías la mochila contigo cuando estuviste en casa de Lucy. La vieron en el sofá del salón a las cuatro de la madrugada, pero ya no estaba cuando los forenses sacaron las fotos de la escena del crimen por la mañana. ¿Entiendes ahora lo que digo?

Hannah miró un segundo a su madre, le rogaba en silencio que la ayudara, pero Babs estaba sentada en la mesita y le daba alubias a Olly con la ayuda de una cuchara.

La chica se puso de pie de un salto.

—No deberían haberse llevado mis cosas sin permiso. ¿No le hace falta una orden o algo así?

Lottie sintió lástima por ella. Se la veía muy frágil y asustada. ¿Estaba en la casa cuando Lucy fue asesinada? ¿Se marchó luego con la mochila, o fue otra persona quien la cogió y se la llevó? La toalla ensangrentada y la sangre bajo las uñas de Hannah indicaban que había estado presente, pero Lottie necesitaba algo más para arrestarla.

—¿Sabes conducir?

—No. Ni siquiera he hecho el examen teórico.

—Dime qué sabes sobre Jake Flood. —Lottie sabía que era imposible que Hannah se hubiera deshecho del cuerpo de Jake, porque el día anterior había estado en el hospital hasta las siete de

la mañana. Sean había visto en la carretera, antes de llegar a casa de Lucy, lo que con toda probabilidad era el coche de Jake. ¿Era el chico el que conducía, herido después de atravesar la puerta del patio? Si ese era el caso, ¿dónde había ido y quién lo había matado? El *post mortem* les daría la hora aproximada de la muerte, pero Lottie estaba convencida de que tenía que haber alguien más involucrado.

—Juro que nunca lo había visto antes de la noche del viernes —dijo Hannah.

Lottie sacudió la cabeza y se dio cuenta de que era incapaz de ordenar la secuencia de eventos. ¿Qué demonios había pasado durante aquella madrugada, que había ocasionado la muerte de dos adolescentes?

—¿A qué hora te marchaste de casa de los McAllister?

—Ya le he dicho que no me acuerdo. Alguien debió de drogarme. Es la única explicación. Me sacaron un montón de muestras de sangre en el hospital, ¿no puede conseguir los resultados?

—Lo analizaremos todo en cuanto los recibamos. —Lottie no albergaba muchas esperanzas. Había pasado demasiado tiempo como para identificar si Hannah había sido drogada con GHB —. Quiero que vengas a la comisaría para hacerte unas preguntas más.

La chica se cruzó de brazos, desafiante.

—Si te niegas, no tendré más remedio que arrestarte como sospechosa del asesinato de Lucy McAllister. —No tenía suficientes pruebas sólidas como para sostener la acusación y podía estar poniendo en peligro el plazo máximo de detención, pero necesitaba que Hannah hablara.

Algo se estrelló contra el suelo a sus espaldas y Lottie se giró. Babs estaba de pie con una cuchara en la mano y el cuenco roto en el suelo. Había alubias desparramadas por todas partes.

—¿Arrestarla? ¿Está loca? Mírela. ¿De verdad cree que podría asesinar a alguien? Hannah vive por el deporte, la única cosa buena en su vida aparte de su hermanito…

—Babs, solo quiero interrogarla de nuevo, después de leerle sus derechos. No quiero arrestarla. —«Aún no», pensó Lottie. Necesitaba pruebas sólidas sin tener que apoyarse en sospechas y circunstancias.

El rostro de Babs se marchitó y se acercó al fregadero para coger un trapo.

—Hannah, será mejor que vayas con ellos. Encontraré a alguien que se ocupe de Olly e iré enseguida.

—Yo no he matado a nadie —le rogó Hannah a Lottie—. Por favor, no entiendo por qué están obsesionados conmigo y con mi mochila. ¿Por qué? —Ahora las lágrimas rodaban por las mejillas de la chica y su cuerpo, exhausto, se hundió como una muñeca de trapo abandonada.

Lottie sintió la necesidad de convencerla de la gravedad de la situación a la que se enfrentaba.

—Tienes que verlo desde mi punto de vista. Encontramos una toalla manchada de sangre en tu mochila y sangre que creemos que es de Lucy McAllister bajo tus uñas. Tu mochila estaba en casa de la víctima sobre las cuatro de la mañana, pero, unas horas más tarde, estaba aquí. Tienes que explicarlo.

Hannah se quedó blanca como la porcelana y Lottie tuvo que tomarla del codo para que no perdiera el equilibrio mientras intentaba calzarse las zapatillas. ¿Estaba haciéndoles perder tiempo a propósito? Lottie sentía que la paciencia se le agotaba con rapidez y estaba a punto de consumir sus últimas reservas.

Una vez tuvo puestas las zapatillas, Hannah cogió una sudadera grande y blanca del respaldo

de la silla y le dio un beso en la cabeza a su hermano pequeño. El niño estiró la mano cubierta en salsa de tomate y le manchó la manga de la sudadera. La chica no pareció darse cuenta.

Salieron del diminuto apartamento acompañadas por el ruido de los sollozos de Babs, que recogía las alubias del suelo.

Capítulo 53

Boyd entró en la cafetería y pidió un café antes de volver a salir a la calle. Sin pedir permiso, se sentó frente al hombre que había estado vigilando el apartamento. Calculó que tenía unos cuarenta años, aunque era difícil decirlo. El pelo claro y el sudor de su frente podían indicar que no era español, pero ¿qué sabía él?

Con una pizca de sorpresa, el hombre sudado se levantó las gafas de sol y las apoyó en la cabeza. Miró a Boyd con frialdad antes de fijar una expresión severa en su rostro.

—¿Quién es usted y por qué me está vigilando? —preguntó Boyd sin preámbulos. Un camarero dejó la taza de café humeante sobre la mesita de azulejos azules y desapareció.

—No necesita saber quién soy. No estoy aquí para hacerle daño ni a usted ni al chico. —Tenía acento. Así que sí, era español.

—Será mejor que encuentre una explicación mejor o llamaré a la policía. —Boyd le lanzó una mirada intimidatoria.

Al cabo de un rato, el hombre alzó las manos en señal de derrota.

—De acuerdo, señor Boyd. Mi nombre es Diego López, policía de Málaga.

Para esconder su sorpresa, Boyd bebió un trago de café y se quemó el paladar. Hizo una mueca y López le sirvió un vaso de agua de la jarra.

Boyd bebió deprisa.

—Gracias.

—Hablo su idioma un poco. ¿Habla usted el mío?

—Muy poco. —Una vez recuperada la compostura, Boyd no podía explicarse por qué le habían encargado a un detective la tarea de seguirlos a él y a Sergio. Entonces cayó en la cuenta. ¡Joder, Jackie!

—Si esto tiene algo que ver con mi exmujer, será mejor que le diga de antemano que no sé dónde está ni qué ha hecho. Desapareció sin decir nada y abandonó a nuestro hijo.

—¿Sergio es hijo suyo?

—Venga, si es usted mi sombra, ya lo sabrá todo sobre él.

—¿Su sombra?

—Sí, me refiero a que si me ha estado siguiendo…—No debería decírselo, pero tiene razón. Le estoy siguiendo.

—¿Por qué? —Boyd lo fulminó con la mirada.

—Vale, vale. —López agitó las manos en el aire como un pájaro asustado—. Es lo que dice, tiene que ver con su exmujer. Por favor, no pregunte.

—Si no me lo cuenta, iré a la comisaría más cercana a denunciarlo por acoso.

—Por favor, señor, no puedo decirlo.

Boyd echó la silla hacia atrás y se levantó. López alargó la mano indicándole que se quedara.

Boyd cedió, se sentó y sopló el café. Esperaba que Sergio no se despertara, pero no podía irse de ahí hasta que el detective español le diera una explicación.

—De acuerdo, se lo cuento.

—Adelante.

—No sabemos dónde está la señora Jackie. Creemos que usted puede llevarnos donde está o que vendrá a buscar al niño.

—¿Y por qué les interesa Jackie? —Boyd dio unos sorbos al café, algo más frío, y se preguntó hasta dónde habría metido la pata Jackie en España. Para eso tenía una capacidad ilimitada y, cuando pensabas que había llegado a su máximo, ella encontraba una forma de superarse y joder a alguien más.

—La señora Jackie ayuda a la policía. Su información es buena y atrapamos criminales. Pero ahora se ha ido. ¿A dónde? No sabemos.

A Boyd le costaba creerlo. Aunque, por otra parte, le había ayudado en una investigación reciente sobre tráfico de órganos. ¿De verdad había hecho borrón y cuenta nueva? Si ese era el caso, ¿por qué no podía ser sincera con él? ¿Y por qué había tardado tanto en ponerlo al corriente sobre la existencia de Sergio?

La situación comenzaba a volverse más clara. ¿Y si Jackie estaba metida en problemas? ¿Lo estaba utilizando para sacar a Sergio del país? Luego, cuando se sintiera lo bastante a salvo, enviaría a alguien a buscarlo o viajaría a Irlanda y se lo llevaría de nuevo. Boyd sabía que eso era algo que una mujer egoísta como Jackie era capaz de hacer.

—Señor Boyd, veo que está enfadado, pero no es lo que piensa.

—¿Cómo demonios sabe en qué estoy pensando? A esa mujer solo le importa ella misma. Me da igual lo que crea saber, a Jackie solo le interesa sacar algún beneficio.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Se encontró con la señora Jackie cuando llegó de Irlanda?

—De forma muy breve. Se marchó después de que llegara. No sé dónde está ahora ni entiendo qué está pasando. Será mejor que se explique.

—Hablo con mis superiores y le digo lo que me transmitan. Pero usted tiene que decirme qué sabe sobre el señor McAllister y el señor Starr. Estuvo en el apartamento del señor McAllister. Necesito saber por qué.

Boyd decidió decirle la verdad, que no era gran cosa.

—Mi jefa, Lottie Parker, me llamó desde Irlanda. La hija de Albert y Mary McAllister fue asesinada. Estaba intentando descubrir lo que pudiera sobre ellos y sobre por qué acababan de pasar tres semanas en Málaga.

—¿Qué descubrió?

—Nada.

—Estuvo mucho tiempo dentro del apartamento. ¿Por qué?

—Terry Starr estaba allí. No hablamos de nada en particular, luego me marché. No sé nada más. Su turno.

—¿Mi turno?

—Dígame de qué va esto y qué tiene que ver Jackie con los McAllister. Y no me hable más de sus superiores, porque ya no pienso aguantar esas gilipolleces.

Se hizo un silencio tenso y Boyd estaba seguro de que López estaba a punto de contestar «sin comentarios» cuando al fin habló:

—Lo que le he dicho es cierto. Mis superiores… me dijeron que no lo perdiera de vista. Necesitamos encontrar a la señora Jackie.

Boyd miró el bloque de pisos al otro lado de la calle. Debería volver con Sergio.

—López, hemos terminado. Deje de seguirme. Si tengo noticias de Jackie, me pondré en contacto con usted. Deme su tarjeta. —Empujó la taza de café, ya frío, hacia el centro de la mesa y se levantó.

—Terry Starr ha regresado a Irlanda. Solo se quedó unas horas en Málaga. Ahora se ha marchado. Mi jefe no está contento.

—¿Por qué? Dígame qué tiene que ver Terry Starr con todo esto.

El policía encogió un hombro.

—Su nombre sale mucho cuando hablamos con su mujer.

—Exmujer. ¿Qué les dijo?

—Señor Boyd, eso no puedo decírselo.

—Hasta que decida decírmelo, puede volver con sus superiores de los cojones y dejarme disfrutar de mi último día en Málaga con mi hijo.

—No, no. No puede irse. Si se marcha con el chico, la señora Jackie no volverá. Tiene que quedarse.

Sus súplicas le martillearon el cerebro, como también lo hacía pensar que Jackie pudiera volver e impedirle ver a su hijo.

—Voy a regresar al apartamento. Si quiere contarme toda la verdad, ya sabe dónde estoy.

Por mucho que quisiera sonsacarle más información al detective, estaba ansioso por comprobar que Sergio estaba bien. Cualquier asunto en el que se involucraba Jackie rara vez terminaba sin que se derramara sangre. Boyd no iba a permitir de ninguna manera que su hijo se convirtiera en un peón en el juego de la policía española.

Ni en el de Jackie.

* * *

Terry Starr estaba hundido en su sillón de terciopelo con lo que parecían doscientos cojines, aunque en realidad solo eran doce. La realidad. Lo que necesitaba eran doce asaltos en un *ring*, aunque le gustaba acabar con su contrincante mucho antes.

Tamborileando los dedos sobre la rodilla con una mano, volvió a echar un vistazo al móvil. Sin noticias de Albert todavía. Hablaron ayer cuando aún estaba en Málaga y esa conversación había bastado para que se decidiera: tenía que volver. Lucy estaba muerta y Albert estaba sufriendo.

Cuando llegó a Dublín se dio cuenta de que no podía encontrarse con Albert en su casa, así

que, por el momento, estaba escondido en su apartamento de empresa en Dublín.

Las ventanas con triple cristal impedían que entrara cualquier sonido del exterior y Terry se sentía como si estuviera sentado en un vacío silencioso. Estaba demasiado lleno de energía. Necesitaba ir al gimnasio. A uno de verdad, no el que había construido en el sótano del edificio georgiano. Debería haberse quedado en España.

Tomó un cojín de velvetón azul y lo arrojó a la otra punta de la habitación. Derribó un trofeo Waterford de cristal del aparador y observó, impasible, cómo se rompía en mil pedazos sobre el frío suelo de mármol.

Se mordió un pedacito de uña que sobresalía del pulgar. La chica de la manicura lo hacía como el culo. Necesitaba encontrar una nueva; una que no fuera diciendo por ahí, al resto del gremio de machitos boxeadores, que era un maricón. Aunque suponía que esa era la menor de sus preocupaciones.

El móvil sonó y miró quién llamaba. Lo dejó sonar. No tenía ganas de hablar con el puto Noel Glennon.

Capítulo 54

Después de arrancarse el esmalte rosa de las uñas, Ivy se sentó en el todoterreno de su madre, y se las limó. Aparcada en la calle principal, tenía una vista clara del sórdido pisito ubicado sobre la tintorería, al otro lado de la calle. Hannah Byrne vivía en esa casucha con el mocoso de su hermano y la alcohólica de su madre. ¿Acaso el niño era su hermano? Quizá debería empezar un rumor sobre que este era el hijo de Hannah. Eso sería la hostia.

Ivy sabía que a ella ni muerta la encontrarían en un agujero sucio e infestado de ratas como ese. Incluso había un estudio de tatuajes al lado. ¿Qué clase de gente vivía en esos vertederos?

Al mirar el estudio de tatuajes, se puso a pensar en la conversación que había tenido con esa detective. Era cierto, Lucy se había hecho un tatuaje sin decírselo. De haberlo sabido, se lo habría impedido, porque había quedado horrible. ¿Por qué le había mentido a la detective? Ahora los estúpidos policías querían interrogarla de manera formal. Podían irse a tomar por culo.

Dejó la lima de uñas y tamborileó los dedos sobre el volante. Había sido una pasada hacer circular la foto de Hannah medio desnuda, hasta que Hannah se había puesto a pelear con Lucy. Esa foto había desatado un lado de ella que había sorprendido a Ivy. Y luego Lucy había muerto. Asesinada. Qué triste. «Sí —pensó Ivy—, muy triste». Lucy era su mejor amiga. ¿Pagaría por el crimen la niña mimada de la pista de atletismo? Ardiendo de impaciencia, deseó con todas sus fuerzas que Hannah Byrne se pudriera en la cárcel.

La puerta del copiloto se abrió y la chica se volvió para mirar a su visitante.

—Sí que has tardado.

—Déjame en paz. Mi mujer podría estar de parto y yo tendría que estar haciendo la compra en el Tesco. —Richie se metió en el coche y se sentó sobre su estuche de maquillaje. Se movió un poco y lo arrojó sobre el salpicadero.

—¿No deberías estar ahí cogiéndole la mano o algo? ¿Ayudándola a sacar al enano por el coño? —Ivy se quitó de forma distraída un pelo inexistente de la costura de su top blanco transparente, que dejaba ver la cara lencería roja.

—Hostia puta, Ivy, no hace falta ser tan asquerosa.

—Es la verdad. —Sonrió con malicia deleitándose con su capacidad de hacer perder los estribos a los demás. Richie estaba temblando y todo, como si se hubiera quedado atrapado en una tormenta de nieve en pleno invierno. «Madura».

Se negaba a mirarla.

—Sabes que no me gusta que me escribas. Brontë podría ver los mensajes. No vuelvas a hacerlo.

—Oh, ¿ahora te preocupas? Pues estabas muy tranquilo la noche del viernes mientras me metías esa mierda de polla flácida tuya.

El hombre sacudió la cabeza con vehemencia.

—Estás pirada. Me largo.

Abrió la puerta, listo para huir, pero Ivy se rio.

—Por mí, adelante. Solo quería enseñarte una selección de fotos de la noche del viernes. Creo que quedarían bien en Instagram o TikTok o… —Hizo una pausa, para darle más efecto, encogiendo los hombros—… tal vez Brontë quisiera verlas.

Esperó. Richie se había quedado inmóvil con un pie fuera del coche y la mano en la puerta, dándole la espalda. Entonces, se volvió apenas unos milímetros y la miró. Lo tenía.

—Sinceramente, creo que las fotos son tan asquerosas que tendría que encontrar la manera de subirlas al internet oscuro. Me refiero a si sigues comportándote como un capullo. —Sonrió y se relajó cuando el DJ cerró la puerta y volvió a sentarse en el asiento de cuero color crema.

—¿Qué quieres? —le preguntó, y cada palabra sonaba como un gruñido.

—Qué feo te pones cuando hablas con ese tono.

—¿Por qué estamos sentados en medio de la ciudad donde cualquiera puede vernos?

—Todas las buenas novelas criminales te dicen que el mejor lugar para encontrarse es a plena vista. Así, la gente no se fija en ti. Qué lista soy.

—Te he preguntado qué quieres de mí.

—Un achuchón no estaría mal. Luego, puedo enseñarte lo que tengo aquí.

Richie se volvió hacia ella con las mejillas rojas y saliva acumulada en las comisuras de los labios.

—Si vuelves a amenazarme a mí o a mi mujer, te mato. ¿Me oyes? Te mato.

—Oh, ¿de verdad? Ya lo has intentado antes, ¿no? La práctica hace al maestro, dicen.

—Eres una zorra, Ivy Jones. Una puta víbora arrastrándose entre la hierba. —El rostro del hombre había tomado un tono siniestro. Ivy tuvo ganas de agarrarlo del estúpido collar de bolas y ahorcarlo con él. Richie cogió su móvil, que estaba en la guantera central sostenido por un imán.

Por un instante, la chica sintió una oleada de inquietud, pero enseguida la ocultó con lo que esperaba que fuera una expresión siniestra.

—Hay una copia de seguridad de todo en la nube, solo por si te crees que soy tan estúpida como para guardar las fotos solo en el móvil.

El DJ volvió a dejar el aparato donde estaba. Ahora que tenía su atención, Ivy le contó su plan.

Cuando Richie salió del coche, cerró la puerta con tanta fuerza que el móvil se despegó del imán y cayó al suelo. Ivy lo recogió, agarró el estuche de maquillaje del salpicadero y se puso un poco de brillo de labios. Fue entonces cuando se dio cuenta de que le temblaban los dedos. Esperaba que Richie no lo hubiera visto. Tenía que fingir que tenía el control absoluto y no mostrar ninguna señal de debilidad. Richie Harrison podía ser fácil de manipular, aunque reconoció que también podía ser peligroso si se enfadaba. Pero necesitaba que hiciera lo que ella

quería. Entonces, al fin, sería libre.

Capítulo 55

Noel Glennon aparcó el coche frente a la casa semiadosada de nueva construcción. No pudo evitar, muy a su pesar, admirar el impresionante edificio. Totalmente fuera de su alcance. Sabía que no debería haber ido, pero tenía que hablar con Richie antes de que le diera un ataque al corazón.

Comprobó que los botones de su camisa blanca estuvieran cerrados, excepto el último, para poder espirar. Miró, desesperado, el algodón arrugado, parecía que hubiera dormido con la camisa puesta. Se estaba olisqueando el sobaco cuando se abrió la puerta.

Brontë Harrison lo contemplaba, ruborizada, descalza, vestida con una especie de vestido negro vaporoso que se le enroscaba en las piernas y que le dejaba la barriga al aire. Noel trató de ocultar su sorpresa, pero, a juzgar por la mueca de desdén en la cara de la mujer, no tuvo éxito. Bajó la cabeza, incapaz de mantener el contacto visual.

—Busco a Richie. ¿Está en casa?

—No, ha ido a la ciudad. Ya debería haber vuelto. Le diré que te has pasado, pero necesito saber tu nombre.

Por la mirada que le echó, Noel pensó que debía de saber quién era.

—Dile que Noel Glennon necesita hablar un momento con él. No le robaré mucho tiempo.

—¿Quieres entrar y esperarlo?

Richie se pondría hecho una furia porque hubiera ido a su casa, pero tenían que hablar; y pronto.

—Sí, gracias. —La esquivó para entrar y se fijó de nuevo en que iba descalza—. ¿Me quito las…? —Se señaló las Nike negras, rogando que le dijera que no, porque no se había puesto calcetines y le sudaban los pies. Las mejillas le ardían sin que pudiera remediarlo.

—Tranquilo, no hace falta. ¿Te apetece un café, Noel? —Brontë cerró la puerta y pasó por su lado, rozándolo.

—Sí, sería estupendo. —Tenía la incómoda sensación de que lo había rozado a propósito.

—La cocina está por aquí.

«Cálmate, habla de cualquier cosa, finge normalidad».

—¿Cuándo llega el bebé?

—En un par de semanas, pero se está impacientando. Ayer me pasé casi todo el día en el hospital.

—¿Todo bien?

—El médico dice que sí, ¿y quién soy yo para discutir con los expertos? ¿Descafeinado o normal?

—Normal, por favor. Lo necesito.

—¿Qué ocurre?

Brontë, de espaldas a él, toqueteaba la lujosa cafetera. A Richie le había tocado el gordo con esa mujer, pensó Noel.

—Solo es la conmoción por la muerte de Lucy McAllister. —No sabía por qué había dicho eso, pero tenía que contárselo a alguien—. Estudiaba en el instituto donde doy clases.

—He oído que la policía piensa que fue un asesinato —le informó la mujer por encima del hombro.

—Pues peor aún. ¿Cuándo crees que volverá Richie? —Noel pensó que sería de mala educación mirar la hora en el móvil. Luego recordó que podía haberla comprobado en su Fitbit. Estaba más nervioso de lo que pensaba.

—Debe de estar al caer. —Brontë levantó la voz por encima del ruido de la cafetera—. ¿Qué enseñas? —Dejó una taza, blanca y sencilla, sobre la mesa, junto a la mano de Noel, y le rozó un poco los dedos.

—Educación Física, y también soy el entrenador de atletismo júnior.

—Debes de estar muy en forma. Para mí es demasiado trabajo. —Preparó otra taza de café —. ¿De qué conoces a Richie?

—Eh, la verdad es que lo conocí hace un par de años.

—Qué raro. Nunca me ha hablado de ti, y no creo que Richie haya corrido más de diez metros en su vida.

A Noel se le escapó una risita nerviosa y tuvo que recordarse que debía mostrar un comportamiento acorde a su edad.

—La manera en que nos conocimos no tiene nada que ver con el instituto ni los deportes.

La presencia hermosa y segura de la mujer le hacía sentir como un niño. Pero había algo en ella que lo inquietaba. ¿Debería ser capaz de identificar esa mirada en las comisuras de sus ojos? ¿Era furia? Sacudió la cabeza para espabilarse.

—La cuestión es que también trabajo de segurata… ya sabes, en la ciudad, en algunas de las discotecas donde él pincha. Lo conocí una noche.

Brontë se volvió tan deprisa que un poco de café se volcó del borde de la taza.

—¿Leche?

Noel se echó hacia atrás y la silla chocó con la pared. La diligencia de la mujer contradecía la siniestra expresión de su rostro. ¿Qué le pasaba? ¿Pensaba que Richie le estaba poniendo los cuernos con alguna chavala que había conocido en una discoteca? Probablemente. Y con razón.

—No, gracias. Así está bien. —Se levantó y la silla raspó la inmaculada pared blanca. Mierda. Y estaba seguro de que la pared era de ella, no de Richie—. Creo que debería irme. Ya hablaré con Richie en otro momento.

—No te has tomado el café. Siéntate.

Se sentó.

—Perdona lo de la pared, creo que la silla la ha arañado.

—Oh, no te preocupes. Richie puede arreglarlo. ¿Y dices que os conocisteis en una

discoteca?

—Eh, sí. —Ahora los pies, que seguían el ritmo de la transpiración que le pegaba la camisa a la columna, le nadaban en sudor dentro de las zapatillas. Le ponía nervioso estar a solas con esa mujer tan embarazada.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Te has quedado blanco.

—E-estoy bien. Tengo que irme, de verdad. Dile a Richie que me llame.

Estaba tratando de escapar de la silla sin dañar más la pintura cuando oyó abrirse y después cerrarse la puerta principal.

—Ahí vuelve el vagabundo. —Brontë volvía a tener una expresión dulce—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Había mucha cola. Pensé que no saldría nunca.

—¿Un domingo?

—Sí. Increíble, ¿verdad?

—Podrías haber ido a la caja de autocobro. —La mujer torció un poco la boca.

Noel se moría por escapar de allí.

—No se me ha ocurrido —dijo Richie.

Noel miró a uno y a otra, y tosió.

Richie se volvió y mientras dejaba la bolsa de la compra sobre la mesa, los ojos se le abrieron mucho.

—¿Qué haces aquí?

Noel, ahora en guardia, dijo:

—Solo quería charlar un momento.

—Podrías haberme llamado.

—Podría, pero… estaba por la zona. ¿Sabes qué? Ya ni me acuerdo de qué quería hablar. Mejor me voy.

—¿Qué le ha pasado a la pared? —preguntó Richie cuando Noel hubo escapado como pudo de la silla.

—He sido yo, perdona. —El peso de todo lo no dicho le hacía sentirse como un extra en un drama de Shakespeare. Uno en el que podía acabar arrojado a un caldero de aceite hirviendo.

—No hay ninguna prisa —dijo Brontë—. Hazte un café, Richie.

La mujer se sentó a la mesa y Noel trató de cruzar la mirada con Richie por encima de su hombro, pero este se había dado la vuelta y apretaba los botones de la cafetera.

—No te olvides la taza —dijo Brontë.

Richie rebuscó en la alacena y puso una taza bajo el pitorro justo cuando comenzaba a caer el café.

—Cuando está estresado, comete errores estúpidos. —La mujer rio con amargura—. Ni que fuera él quien tiene que parir.

—Estoy seguro de que es un momento tenso para ambos, y con el asesinato de Lucy McAllister debe de ser aún… —Noel se calló al ver la mirada que le lanzó Richie por detrás de su mujer.

—¿Sabes algo del tema? —preguntó ella—. En las noticias no están diciendo gran cosa.

—No, nada. De verdad que no. —Mierda, sonaba a la defensiva.

—Estuviste ahí el viernes por la noche, como yo —dijo Richie sin dirigirse a nadie en particular—. Debió de ocurrir más tarde.

—Sí, quería comentar un par de cosas contigo. Ya sabes, para los interrogatorios con la policía —dijo Noel mirando hacia Brontë, con la esperanza de que Richie entendiera que quería hablar con él en privado.

—Oh, no os preocupéis por mí —dijo Brontë—. Vosotros hablad tranquilos. Tengo cosas de bebés que mirar en Instagram.

Sacó el móvil de las profundidades de los pliegues del vestido y se puso a mirarlo con mucho aspaviento. No pensaba moverse. Noel llevó su taza al fregadero y se inclinó hacia Richie.

—Tenemos que hablar —le susurró. Y luego, en voz más alta—: Gracias por el café, pero tengo que irme. Llámame. —Se volvió hacia Brontë—. Buena suerte con el bebé.

En su huida, notó que ambos lo seguían con la mirada. ¿Huir? No, no tenía a dónde huir. No podía escapar de su consciencia, y no había podido hablar de su dilema con Richie. Necesitaba hablar con alguien o acabaría tirándose al canal con la esperanza de que las cañas lo estrangularan, arrancándole deprisa el último aliento de los pulmones.

No tendría la suerte de una muerte rápida.

Primero tendría que pagar por sus pecados.

Capítulo 56

Lottie subía las escaleras hacia el despacho cuando le sonó el móvil, que anunciaba un mensaje de Boyd. Había dejado a Kirby instalando a Hannah en la sala de interrogatorios mientras esperaba a que llegara su madre. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que la comisaria Farrell no andaba escondida por ahí antes de leer el mensaje.

Las palabras de Boyd eran interesantes, pensó, y se metió el móvil en el bolsillo. Terry Starr había regresado a Irlanda después de pasar menos de un día en Málaga. Era bueno saberlo, pero ¿para qué molestarse en hacer el viaje de ida y vuelta a España el mismo día? ¿Sabía que Lucy estaba muerta cuando se marchó de Irlanda? De ser así, ¿era algo relacionado con el asesinato de la chica lo que había provocado que se fuera? Claro que, si así era, ¿por qué había vuelto?

Aparcó las preguntas y entró deprisa al despacho para examinar el móvil de Lucy. Después de una llamada a Mary McAllister, se quedó mirando la lista de números que había escrito y cruzó los dedos para que uno desbloqueara el teléfono. No quería perder tiempo teniéndolo que enviar al equipo técnico en el piso de arriba.

Había cogido un cargador de repuesto en objetos perdidos y, con el móvil enchufado, pensó que quizá su suerte estaba mejorando cuando la segunda combinación funcionó: la fecha de nacimiento de Albert, mes y año. Sintiéndose animada, comenzó.

Una multitud de aplicaciones aparecieron en la pantalla principal, pero fue directa al icono de las fotos y lo abrió. Las series de selfis confirmaban, como había descubierto Lynch, la obsesión de Lucy consigo misma. Poniendo morritos; ojos tímidos bajo la sombra de las pestañas falsas; con la mano en la barbilla; la mano levantada sosteniendo el pelo por encima de la cabeza; Lucy e Ivy, mejilla contra mejilla, con las manos levantadas haciendo el símbolo de la paz. Dos chicas guapas. Parecían uña y carne.

Estudió una selección de selfis sacados durante la fatídica fiesta. Por las fotos, se diría que no había ni un momento del día en el que las chicas no estuvieran maquilladas. Parecía muchísimo trabajo. La propia Lottie apenas encontraba tiempo para ducharse y lavarse los dientes por la mañana, ni pensar en embadurnarse de base.

Se concentró en la tarea y retrocedió por la galería.

Las fotos tomadas antes de la remesa de selfis más recientes le cortaron el aliento. Se distinguía el borde del marco de una puerta. Las fotos se habían sacado a través del hueco de una puerta entreabierta. Todas eran de Hannah Byrne: vestida con unos vaqueros y un jersey; desnuda; en bragas y sujetador, ropa interior simple sin conjuntar. Lottie dudó de que ni Lucy ni

Ivy pudieran cometer jamás semejante crimen contra la moda y admiró a Hannah por su aparente indiferencia hacia la conformidad, aunque supuso que la chica nunca podría haberse permitido la lujosa ropa interior visible en algunas de las fotos de las otras dos.

Era evidente que Hannah se había estado preparando para la fiesta en la habitación de invitados ubicada entre el dormitorio de Lucy y la habitación donde se había encontrado su cuerpo. Lottie estudió con atención cada foto y se recolocó en la silla, cada vez más incómoda a medida que revisaba las imágenes. Constituían *voyerismo* puro y duro. Todas sacadas con el móvil de Lucy; todas sacadas sin que Hannah lo supiera. ¿Lo hicieron por travesura o por maldad?

Se estiró de la oreja, como si eso pudiera ayudarla a ver lo que se le escapaba. ¿Por qué Lucy había compartido la imagen de Hannah? Abrió WhatsApp y encontró doce grupos, Lucy era una chica ocupada. Había enviado la foto más explícita de Hannah, la que les había enseñado Cormac, a once de los grupos. Habría que cotejar los nombres en cada grupo.

Era fácil ver cómo, en un estado de excitación por la idea de humillar a Hannah, no había pensado en excluir a la presa. ¿Qué ganaba enviando la foto? ¿Notoriedad? ¿Atención? ¿La humillación y aislamiento de Hannah? Lottie tenía la sensación de que estaba en juego algo mucho más siniestro. ¿Y por qué Lucy había incluido a Hannah en uno de sus grupos de WhatsApp si no era su amiga?

Al mirar la foto, Lottie sintió lástima y vergüenza por Hannah, que había sido expuesta de esa manera. Luego le invadió la rabia. La foto mostraba a Hannah mirándose en el espejo, tratando, sin mucho éxito, de poner morritos y sujetándose el pelo con la mano en un moño desordenado. Se había quitado el sujetador y lo había tirado en la cama detrás de ella. Su cuerpo era esbelto y atlético, pero tenía el pecho casi plano. ¿Lucy esperaba ridiculizarla por esto?

Hubo un tiempo en que Lottie no habría podido imaginar por qué una chica de diecisiete años haría algo así a otra persona, pero, con los años, la experiencia había ampliado su imaginación hasta el punto de que ahora muy pocas cosas la escandalizaban. Qué triste era eso.

El único grupo de WhatsApp al que no se había enviado la imagen era el de los padres de Lucy. La chica lo había llamado «Los viejos».

Kirby entró en el despacho, con la chaqueta plegada sobre el brazo, la camisa desabrochada a la altura del cuello y la corbata torcida.

—Algún idiota ha encendido la calefacción. ¿Qué sentido tiene?

—Me preguntaba por qué hacía tanto calor.

—Se nos congelan las pelotas durante todo el invierno y, a la que sale un poco el sol, encienden la calefacción.

—Se nos congelan, ¿verdad?

—Perdona, jefa. No quería decir que tú tuvieras pelotas… Oh, ya sabes a lo que me refiero.

—No pasa nada, Kirby. —Lottie estiró los brazos hacia arriba, consciente de la tensión en la espalda por haber estado inclinada sobre el escritorio—. ¿Cómo está Hannah?

—Está bien. Le he dicho que le traería algo del McDonald’s.

—¿Habéis terminado tú o McKeown de revisar las cámaras de tráfico en busca del Punto de Liz Flood? Necesitamos saber dónde estuvo el coche entre la fiesta y hasta que lo hemos encontrado quemado esta mañana. —No le gustaba que la interrumpieran. Necesitaba concentrar su atención en la foto de Hannah. Era posible que hubiera sido el catalizador del asesinato de

Lucy. O quizá no había tenido nada que ver en absoluto. Aún tenía que resolver el misterio de la mochila de Hannah.

—¿Crees que tenemos suficiente para acusar a Hannah?

—La verdad es que no. Necesitamos los resultados del análisis de la sangre que tenía en las manos, y quiero los resultados de la ropa que Cormac tenía en la lavadora. El laboratorio va a tardar una eternidad en enviárnoslos, y es domingo.

—Tengo buenas noticias. Martina Brennan salió un tiempo con un tío que trabaja en el laboratorio forense de Phoenix Park. Lo ha convencido de que priorice nuestra petición.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Se puso a llorar por teléfono hablándole de la bella adolescente que había sido brutalmente asesinada en su propio hogar y lo importantes que eran los resultados del análisis de ADN para asegurar una condena.

—No te creo.

—Te lo juro.

—¿Y qué nos dicen los resultados?

El detective comprobó la hoja que llevaba en la mano.

—Aunque la ropa de Cormac había sido lavada, han podido extraer una muestra de ADN viable de las fibras de la camiseta.

—Continúa. —Lottie enderezó la espalda mientras Kirby sacaba pecho, henchido de orgullo por las valiosas noticias que le traía.

—Coincide con el ADN de Lucy McAllister. Y las muestras tomadas de las manos de Hannah tenían restos del ADN de Cormac… y del de Lucy.

—¡Guau!

—Demuestra que la mataron —concluyó Kirby.

—Espera un momento —dijo Lottie con un entusiasmo que menguaba por segundos—. Solo nos dice que tanto Hannah como Cormac estuvieron cerca de Lucy antes, durante o después de que muriera. No nos iría mal encontrar el arma del crimen con las huellas de uno o de ambos. ¿Qué hay de los arañazos en el torso de Cormac?

—Todavía no tenemos resultados.

—Debemos tener en cuenta la pelea entre Hannah y Lucy. Es posible que la sangre de Lucy provenga de ese momento.

—No hay nada en el *post mortem* que lo indique. Pero, jefa, creía que estarías encantada con los resultados. —El pecho de Kirby se deshinchó y los botones de la camisa se aflojaron a la vez que su rostro pareció plegarse sobre sí mismo. Se rascó ansioso la melena encrespada.

—Tengo sentimientos encontrados, Kirby, pero la verdad es que necesitamos una confesión y quiero que Hannah sea inocente.

—¿Por qué?

—La foto que Lucy compartió con todo el mundo era maltrato emocional; un acto destructivo para humillar a una chica que no podía permitirse ropa interior a juego.

—¿Qué tiene que ver la ropa interior?

Lottie resopló, enfadada con el mundo, molesta con Kirby y llena de lástima por Hannah.

—¿Jefa? —Kirby la devolvió a la realidad—. Fuera cual fuera el desencadenante, no excusa la brutalidad del asesinato de Lucy.

—Ya lo sé. Hay demasiadas preguntas sin respuesta. Todavía quiero saber con quién se acostó Lucy en las horas previas a su muerte. Y la piel cortada del costado… ¿De qué va eso? Puede que la foto pusiera la cosa en marcha, pero ¿es móvil suficiente? Quiero mirar a Hannah a los ojos cuando se la enseñe.

—Ya somos dos.

—Tráele la comida.

Kirby salió. Lottie se apoyó contra el respaldo de la silla y se frotó los ojos. El sopor estaba a punto de apoderarse de ella. Se levantó de un salto. Gary podía acabar de revisar el móvil de Lucy mientras ella se encargaba de Hannah.

Capítulo 57

Lottie salió del despacho con la intención de dejar el móvil de Lucy en el piso de arriba. Lynch, sentada en su escritorio y encorvada sobre la pantalla, tamborileaba con un boli un ritmo mudo.

—¿Los McAllister te han echado? —preguntó Lottie.

—Era evidente que no me querían allí, pero al menos pude comer algo decente antes de irme.

—Quiero interrogar a Terry Starr. ¿Puedes localizarlo?

—Creía que estaba en el extranjero.

—Ya no. Ha vuelto.

—Averiguaré dónde está y te informaré.

—¿Qué tal te va con las redes sociales de Lucy?

—Es horrible. —Lynch puso los ojos en blanco—. Me alegro de que mis hijos todavía no sean adolescentes. Me volvería loca tratando de controlar sus huellas digitales.

—Te llevo la delantera. Voy a subirle el móvil de Lucy a Gary. Algunas de las fotos son perturbadoras.

—¿Qué clase de fotos?

—Humillando, de la peor manera, a otros por su cuerpo.

—Lo repito, temo el día en que mis hijos sean adolescentes.

—Cuando llegue el momento, estarás mejor preparada que la mayoría para lidiar con ellos. En cuanto a los míos… —Lottie sacudió la cabeza.

—Te los cambio cuando quieras.

La inspectora sonrió y liberó algo de la tensión que le agarrotaba los hombros y contraía los músculos.

—Imposible. Ya sabes, malo conocido…

—Escucha, quería hablar contigo —dijo Lynch—. He encontrado algo.

Una oleada de esperanza inundó a Lottie mientras se sentaba en el borde del escritorio.

Lynch arrugó la comisura de la boca, chasqueando la lengua.

—Puede que no sea de mucha ayuda, pero aclara una cosa. —Tecleó para ampliar una foto —. Lucy tenía una cuenta de Instagram falsa. Lo llaman Finsta. En su página principal tiene unos cuantos cientos de seguidores, pero en el Finsta solo una docena.

—Esto no lo sabía. —Lottie se preguntó si sus hijos hacían esas cosas. Era probable—. Explícate.

—Estas cuentas las usan sobre todo adolescentes y jóvenes para compartir sus fotos más espontáneas solo con unos pocos elegidos. Fíjate en esta.

En la foto, Lucy, vestida con vaqueros blancos y una camisola negra, con escote bajo y sisas aún más bajas, parecía estar bailando con una mano levantada que sostenía una botella.

—¿Una discoteca? —se preguntó Lottie.

—Lo averiguaré, pero fíjate bien.

Lottie entrecerró los ojos. Lucy tenía el otro brazo levantado, con el móvil en la mano. Le pareció ver lo que había emocionado a Lynch.

—Amplía.

La imagen se pixeló y se hizo borrosa.

Lynch alejó un poco la imagen.

—¿Lo ves ahora?

—Sí. Un tatuaje pequeño justo en el lugar donde le cortaron la piel. —Lottie cerró un ojo, tratando de descifrar el tatuaje—. ¿Es un corazón?

—Hay algo escrito dentro, pero está demasiado borroso.

—¿Lo has visto en alguna de las otras fotos?

—Todavía no.

—Sigue. Buen trabajo, Maria.

Lynch sonrió.

—Enviaré la foto al equipo de Gary. Deberían poder ampliarla.

—¿Algo más de interés en el Finsta?

—Acabo de encontrarlo.

—De acuerdo. ¿Algún avance con el correo que le enviaron a Lucy?

—Todavía no.

—Albert tenía que reenviar el correo amenazante que había recibido. —Puso a Lynch al corriente y comprobó el correo en el móvil—. Nada.

Le daba una hora y después, por muy destrozado que estuviera, iría a por Albert McAllister.

* * *

Cuando Lottie se marchó para llevarle el móvil de Lucy a Gary, Lynch volvió al trabajo. Aparcó la tarea de rastrear las redes sociales de Lucy y se concentró en averiguar más sobre Terry Starr. Entró a su cuenta de Instagram. Básicamente publicaba consejos de boxeo y fotos de triunfos. Siguió hurgando y dio en el clavo cuando descubrió que él también tenía un Finsta. Hizo una llamada al equipo técnico y en cinco minutos tenía acceso.

Terry no publicaba en Finsta tanto como Lucy, y Lynch revisó las fotos estudiando cada una de forma minuciosa.

¿Eran imaginaciones suyas? ¿Estaba viendo algo que no existía? Quizá su cerebro cansado estaba urdiendo un escenario imaginario. No, pensó, estaba allí, en la pantalla. Casi el noventa por ciento de las imágenes que había visto de momento eran de chicas adolescentes. Y todas

parecían tener menos de dieciocho años.

Si Terry Starr hubiera sido una estrella del pop o un futbolista famoso, podría haber tenido más sentido, pero ¿un boxeador? No sabía qué pensar.

Se rascó la cabeza con la punta del boli Bic y miró a su alrededor en busca de otra cabeza pensante, necesitaba consultarlo. Kirby había vuelto de la ciudad y parecía estar medio dormido en su escritorio mientras metía y sacaba la mano de manera automática de una caja del McDonald's.

—Kirby, ven aquí y échale un vistazo a esto.

—Dame un segundo. Tengo un trozo de pollo metido entre los dientes. —Estaba intentando sacárselo con la esquina de un folio.

Lynch lo fulminó con la mirada.

El detective levantó la mano en señal de rendición y se acercó a su escritorio arrastrando los pies. Cuando se inclinó sobre su hombro, Lynch se preguntó cuándo se habría duchado por última vez.

—¿Qué edad le pones a esa chica? —preguntó.

—Aquí hay muchas chicas. Dame una pista.

—¡Por el amor de Dios! —Amplió la imagen y se mordió el labio.

—Oh —dijo Kirby.

—Eso digo yo. —Miró fijamente a la chica a la derecha de la imagen de Terry, rodeado de una pandilla de adolescentes—. Parece que tenga unos trece años, ¿no crees?

—¿En qué página estás?

Lynch explicó de nuevo lo del Finsta.

—Tendré que investigar más.

—Esto es asqueroso.

—Cuanto más profundizo en este caso, más ganas de vomitar me dan. Y todavía nos faltan piezas vitales del puzle.

Kirby le puso la mano en el hombro antes de volver a atacar su mermada caja de *nuggets* y patatas fritas frías, comía como si fuera la última cena de un condenado.

Lynch siguió revisando las fotos hasta que encontró una todavía más perturbadora. Terry Starr estaba sentado con una chica aún más joven en las rodillas. Se veía el miedo en los ojos de la pequeña. La iluminación era pobre, pero Lynch veía que no era más que una niña.

La detective sintió que se le licuaba el contenido del estómago. Corrió hasta el baño, donde cayó de rodillas frente al retrete y vomitó en la taza.

Se limpió la boca y tiró de la cadena. Luego abrió el grifo y se mojó la cara con agua fría. Se quedó mirando su reflejo en el espejo oxidado sobre el lavabo, con los ojos muy abiertos. Si la niña sentada en las rodillas de Terry hubiera sido una de sus hijas, habría matado a ese hijo de puta con sus propias manos. ¿Qué demonios había descubierto? Fuera lo que fuera, parecía estar sucediendo a la vista de todos.

Volvió a su escritorio y trató de contactar con Lottie, pero esta no contestó el teléfono.

Kirby se puso de pie y se limpió las manos grasientas en las perneras del pantalón. Lynch estuvo a punto de vomitar otra vez.

—No me mires así, no deja mancha.

Quería responderle algo mordaz, pero fue incapaz de encontrar las palabras. Esperaba

equivocarse respecto a la foto, pero lo dudaba mucho.

Capítulo 58

Hannah Byrne estaba sola en la sala de interrogatorios cuando Lottie por fin entró. Kirby había alegado que necesitaba comer, así que hizo que McKeown la acompañara. La comida que Kirby había comprado para la chica permanecía intacta sobre la mesa.

Había ojeado la evaluación psicológica de la angustiada adolescente. El informe decía que era muy posible que Hannah sufriera estrés o amnesia traumática. Por lo demás, se la consideraba en posesión de sus facultades.

El informe médico indicaba que el laboratorio no había detectado GHB en su organismo porque había transcurrido demasiado tiempo, pero sí habían detectado éxtasis en la sangre y orina. La chica había tomado éxtasis. Lottie pensó que era probable que le hubieran echado algo más en la bebida. Pero ¿había sido suficiente para dejarla amnésica?

—¿Tu madre no ha llegado todavía? —La inspectora cogió una silla y le hizo una pregunta sencilla a la chica para iniciar la comunicación.

Hannah se encogió de hombros; bajo las pestañas se le veían los ojos abatidos.

—Ni siquiera sé por qué estoy aquí. Estoy cansada, enferma y tengo hambre.

—¿Por qué no te comes lo que te hemos traído?

—Eso no es comida; demasiados aditivos desconocidos.

Lottie se contuvo para no señalar lo obvio: la chica no había tenido problemas en tragarse una droga desconocida. «Dame fuerzas», pensó.

Adoptando lo que pensaba que era su rostro maternal, dijo:

—Hannah, tengo los resultados del análisis de ADN y la cosa no pinta bien para ti. Necesito que venga tu madre, y te aconsejo que busques un abogado.

Hannah levantó la vista, con expresión fracturada y los ojos afligidos hundidos en las oscuras ojeras.

—¿Por qué no podían hablar conmigo en casa? Este lugar me da miedo. Todavía me encuentro fatal y es como si me martillearan la cabeza.

«Ya somos dos», pensó Lottie.

—Averiguaré dónde está la madre. —McKeown salió de la sala.

Lottie contempló a la adolescente sentada abrazándose con fuerza la cintura, con el pelo rubio pegado a la frente sudada. El agotamiento era evidente en cada poro de su piel. El corazón se le llenó de lástima por la joven y se preguntó por qué.

Tenían pruebas, la mayoría circunstanciales, pero la sangre de la víctima bajo las uñas de Hannah parecía concluyente. Sin embargo, también debían tener en cuenta la discusión con Lucy durante la fiesta. La toalla ensangrentada podría haberla puesto alguien en la mochila de Hannah para incriminarla. Lo que la llevaba a preguntarse: ¿cuándo había cogido Hannah la mochila de casa de Lucy? Pese a todo, eran las fotos humillantes lo que más le molestaba.

Babs Byrne entró a toda prisa envuelta en una nube de perfume barato con McKeown detrás. Sin siquiera mirar a su hija, se sentó.

McKeown recitó las formalidades para la grabación y Lottie preguntó si Hannah quería un abogado.

—Es posible que tengas derecho a un abogado de oficio.

—Mi hija no ha hecho nada malo —dijo Babs, que tenía la ceja manchada de salsa roja—, y no necesitamos un abogado «de caridad». No necesitamos su caridad, ¿me oye?

Lottie abrió la delgada carpeta frente a ella y sacó una reproducción brillante de la foto que Lucy había compartido la noche de la fiesta.

—Esta eres tú, Hannah —declaró.

La chica no lo negó, solo apretó los labios.

Babs estalló.

—¿Qué coño es esto? ¿Qué hace difundiendo una foto de mi hija medio desnuda?

—La imagen se compartió con decenas de personas la noche en que Lucy fue asesinada. Muchas de esas personas estaban en la fiesta. También se te envió a ti, Hannah, ya fuera por accidente o de manera intencionada. Hay testigos que afirman que reaccionaste con violencia contra Lucy y que las dos os acabasteis enfrentando físicamente. ¿Puedes darnos más detalles?

—¿Detalles? —escupió Babs a la vez que golpeaba la mesa con el puño. La foto centelleaba a cada golpe—. Si lo que dice es cierto, esa zorra engreída humilló a mi hija y Hannah tenía todo el derecho a enfrentarse a ella.

—Babs, por favor —dijo Lottie—. Fue más que un enfrentamiento, fue un ataque. Son dos cosas distintas.

—No se atreva a tratarme con condescendencia. —A Babs le brillaba la cara, roja de furia—. ¡No soy estúpida!

—Le pido disculpas. —Lottie tenía que restablecer la calma para conseguir una confesión. De momento, estaba metiendo la pata hasta el fondo—. No era mi intención ser condescendiente. Lo cierto es que tengo testigos que dicen que Hannah atacó a Lucy.

—¿Qué testigos? —preguntó Babs.

—No puedo divulgar esa información. —Lottie centró su atención en la chica—. ¿Recuerdas algo del altercado? Necesito que me digas qué pasó realmente en la fiesta.

—Sus «testigos» pueden decir lo que quieran. —Babs escupió las palabras desde el otro lado de la mesa, junto con un poco de saliva—. Hannah tenía todo el derecho de defenderse. —Se cruzó de brazos, desafiando a Lottie a contradecirla.

—Hay un joven que dice que te dio una pastilla, Hannah. ¿Lo recuerdas?

Hannah se encogió de hombros.

—Puede ser.

—¿Recuerdas algo del incidente después de que Lucy enviara la foto?

La chica sacudió la cabeza y Lottie esperó. Al fin, Hannah dijo:

—Está todo borroso. No lo sé. Ya les he dicho que le pregunten a Cormac.

—Las muestras que te tomamos de debajo de las uñas coinciden con el ADN de Lucy McAllister. ¿Puedes explicarlo?

Hannah ahogó un grito y Babs se levantó de golpe, estrellando la silla contra la pared.

—Esto es una trampa descarada. Solo porque esa gente tiene dinero y nosotras no, creen que pueden cargarle el muerto a mi hija. Son patéticos. Vamos, Hannah, nos largamos de aquí. —Cogió a la chica del brazo y la obligó a levantarse.

Lottie pensó que Hannah parecía una marioneta reticente y que era su madre quien movía los hilos.

—Siéntense, por favor —dijo la inspectora con calma, pero con rotundidad—. Hannah no irá a ninguna parte. Estamos preparando un informe para enviar a la Fiscalía basándonos en las pruebas forenses. Ya le aconsejé que buscara un abogado, consejo que se negó a seguir. Si Hannah no coopera, no tendré otra opción que retenerla durante veinticuatro horas.

Babs se quedó muda, aturdida. Hannah agachó la cabeza y el pelo le cayó como un velo, cubriéndole la cara.

—Si hay algo que quieras contarme, Hannah, ahora es el momento —dijo Lottie.

—No me acuerdo. Ojalá pudiera, pero no recuerdo nada después de tomarme la pastilla. Bebí un poco de Coca-Cola. Eso es todo. Hay retazos de recuerdos que vienen y van. Por favor, por favor, pregúntele a Cormac, él se lo dirá. —Una lágrima solitaria se deslizó por la nariz de la chica y colgó de la punta antes de caer sobre la mesa sin hacer ruido.

—¿Cormac y tú matasteis a Lucy?

Babs recuperó la voz.

—Puede que Hannah se haya defendido ante esa foto asquerosa, pero ¿un asesinato? Encuentre otro chivo expiatorio, inspectora, porque mi hija es inocente.

¿Es que la mujer no la había oído? Lottie se obligó a hablar con voz tranquila.

—Tenemos pruebas de ADN que demuestran que Hannah tenía sangre de Lucy bajo las uñas. Tenía una toalla de la casa ensangrentada en su mochila y…

—Alguien la metió. —Babs estaba furiosa—. Tiene que entrar en razón.

—¿Cuándo cogiste la mochila para llevártela a casa, Hannah? —Lottie concentró su atención en la chica.

—No lo sé —sollozó Hannah.

—La mochila estaba en el salón de Lucy hacia las cuatro de la madrugada y luego la encontramos en tu casa. Tengo un testigo que…

—Usted y sus testigos —escupió Babs—. Una panda de mentirosos, eso es lo que son. Menuda jeta tiene, acusar a una pobre chica inocente solo porque esta no tiene dónde caerse muerta, mientras que esa… esa zorra ricachona se pavoneaba por ahí como si su mierda no oliera. Déjeme que le diga una cosa, algo apesta en todo este asunto. —Olisqueó de forma ruidosa y se tapó la nariz como si de repente la habitación oliera a huevos podridos—. Y si no le importa, vamos a conseguir un puto abogado. —Miró a Hannah y bajó la voz—. Caridad o no, lo necesitas.

Lottie suspiró. Solo ahora, Babs Byrne comenzaba a ser consciente de la historia de terror en la que su hija tenía el papel protagonista.

—¿Hannah? ¿Recuerdas algo de cuándo cogiste la mochila? —Deslizó por la mesa la foto

de la mochila azul adornada con margaritas blancas sucias—. La toalla estaba manchada con la sangre de Lucy.

Hannah miró la mochila en la foto como si fuera la primera vez que la veía. Sacudió la cabeza despacio.

—No… no puedo explicarlo. —Levantó la vista, con ojos suplicantes, pero Lottie creyó ver un atisbo de miedo—. ¿Significa eso que todavía estaba en la casa cuando Lucy… murió?

—Esperaba que tú pudieras decírmelo.

Hannah sacudió la cabeza despacio.

—No p-puedo.

—¿No puedes acordarte o no puedes decirlo?

Hannah se encogió de hombros.

Lottie puso otra foto delante de la chica.

—¿Reconoces a este muchacho?

—Es el chico de las pastillas. Cormac se las compró a él. Pregúntele a Cormac, por favor.

—Hannah, Jake Flood tenía quince años. Anoche sacamos su cuerpo del canal.

—¿Está muerto? —Hannah abrió mucho los ojos, lo que hizo que las ojeras que los rodeaban se hundieran—. N-no… no lo e-entiendo. ¿Qué está pasando? —Se mordió el labio, luego se llevó la mano bajo la nariz y aspiró con fuerza.

Había otros personajes lo bastante turbios en aquel drama como para tenerlos en cuenta como sospechosos, pero Lottie no podía ignorar el hecho de que todas las pruebas, circunstanciales o no, señalaban directamente a la chica destrozada que estaba sentada frente a ella.

—¿Tienes algo más que añadir? —le preguntó.

—No. —Hannah comenzó a sollozar.

—Vale. Voy a pedir una orden de detención para retenerte durante veinticuatro horas.

McKeown recitó los detalles legales y añadió:

—Interrogatorio aplazado.

Lottie recogió la carpeta y siguió al detective hasta la puerta. Había estado muy callado durante el interrogatorio. Se dio la vuelta y miró a la adolescente y a su madre.

—Tienes que aprovechar este tiempo y tratar de recordar, Hannah. Las pruebas contra ti son condenatorias.

Babs salió de su ensimismamiento.

—¿Quiere dejarlo ya? La está angustiando. La está acorralando, y a mí también. Está completamente equivocada, porque esta no es nuestra guerra.

—Yo no soy su enemiga —dijo Lottie en voz baja y salió.

Mientras caminaba por el pasillo, se preguntó a quién quería engañar. Pues claro que era la enemiga de una mujer que solo trataba de evitar que su hija fuera a la cárcel.

Al andar, sentía como si tuviera los zapatos llenos de cemento y en el corazón sentía un peso similar. Era perturbador saber que podía ser la persona que enviara a una adolescente a la cárcel, en especial si la chica no recordaba nada en absoluto de lo sucedido.

Cuánta falta le hacía un café.

Capítulo 59

De regreso en la oficina, observó a McKeown concentrado en su iPad.

—¿Alguna novedad antes de que salga un momento?

—Ya nos han confirmado que se han encontrado dos ADN en la camiseta y el torso de Cormac O'Flaherty. El de Lucy McAllister y el de Hannah Byrne.

Lottie andaba en círculos.

—¿Significa eso que Cormac estaba presente cuando Lucy fue asesinada o solo durante la pelea? Si mató a Lucy, ¿está tratando ahora de cargarle el muerto a Hannah, o ambos están implicados?

—¿Dónde encaja Jake Flood?

—Demasiadas preguntas, McKeown. Voy a salir a buscar un café decente para recargar el cerebro.

—La garda Brennan ha estado en la cafetería Bean hace unos minutos. Dice que ha visto a Cormac O'Flaherty.

Lottie se palpó el bolsillo trasero de los vaqueros buscando la tarjeta.

—Si alguien me busca, vuelvo en diez minutos.

—¿Y si la comisaria pregunta por ti?

—Estoy segura de que se te ocurrirá algo, visto que sois tan amiguitos.

—No puedes seguir escondiéndote de ella.

—Que no, mira.

Le puso la carpeta y la libreta a McKeown en la mano con tanta fuerza que casi se le cae su adorado iPad. Luego, giró sobre los talones y bajó las escaleras antes de que el detective pudiera pronunciar palabra.

* * *

Sentado en la cafetería Bean, con un café entre las manos que hacía rato que se había enfriado, Cormac O'Flaherty estudiaba la madera arañada de la mesa en lugar de mirar a su alrededor. Bean era la cafetería más cercana a la comisaría, un lugar de reunión popular entre los gardas. Entonces, ¿por qué había elegido tomarse el café ahí? ¿Buscaba convertirse en una presa fácil?

La pregunta quedó respondida en cuanto la puerta se abrió y entró la detective alta, la

bocazas que lo había enredado para chivarse de la pelea entre Hannah y Lucy. No debería haberle dicho nada de la foto, pero tarde o temprano lo habría descubierto y eso le habría hecho quedar peor.

Gran error. Presa fácil, y mucho más.

Una brisa fría sopló hacia él al abrirse la puerta y se subió la cremallera de la sudadera hasta la garganta, estaba listo para escapar en cuanto la detective se diera la vuelta. Demasiado tarde. Lo vio cuando, en su afán de huir, la pierna le chocó con el borde de la silla, que repiqueteó.

—Cormac O'Flaherty, me gustaría hablar un momento contigo. ¿Otro café? —La mujer sonreía, pero él no se lo tragaba. Sus ojos eran como trozos de granito, fríos y helados. Mierda.

—Ah, no se moleste. Ya me iba. Tengo que…

—Insisto. —La inspectora dio un paso adelante, bloqueándole la salida en el estrecho espacio entre la barra y la puerta.

Atrapado. A regañadientes, agarró la silla y volvió a sentarse.

—Adrian, dos cafés, cuando puedas —dijo.

Sonreía con tanta dulzura que Cormac pensó que le iba a dar diabetes. Lo puso en alerta máxima.

La mujer se sentó y sacó una tarjeta del bolsillo de los vaqueros. Envidió su camiseta liviana. Él comenzaba a sudar con la sudadera abrochada. «Concéntrate. No abras la boca».

La inspectora dio unos golpecitos en la mesa con la tarjeta, distraída, y Cormac se fijó en las uñas mordidas y desiguales. Tenía los ojos cansados y el pelo hecho un desastre. No parecía una gran detective. Pero Cormac no se dejó engañar por las apariencias. Después de su experiencia en comisaría el día anterior, había leído sobre ella en noticias de internet. La inspectora Parker era poco ortodoxa, pero era un hacha, la avalaba una larga trayectoria de asesinos atrapados.

—De verdad que tengo que irme —dijo, moviéndose inquieto.

—Serán solo dos minutos. Qué oportuno encontrarme contigo. Estabas en mi lista.

—¿Qué lista? —Sudaba a mares y las manos, que no dejaba de retorcer una contra la otra, le resbalaban.—Mi interminable lista de cosas por hacer. —Hizo una pausa para que Adrian dejara los dos cafés, con una galletita envuelta en plástico en cada plato, sobre la mesa. Cuando el camarero volvió tras la barra, continuó—: Tengo más preguntas sobre Jake Flood. —Se arremangó la camiseta, ahora seria. Prosaica, sin acusar. ¿O sí? A Cormac le resultaba cada vez más difícil leerla.

—¿Jake? —El chico dejó escapar despacio el aliento entre los dientes.

—Sí, el chico que te vendió las drogas en la fiesta de Lucy.

Su voz era demasiado dura, demasiado alta. Cormac miró a su alrededor, temiendo ser ahora el centro de atención. Sin embargo, la conversación ambiental no varió. Nadie se volvió para mirarlos.

—¿Qué pasa con él? —El aliento se le entrecortó, su ansiedad iba en aumento.

—Anoche encontramos su cuerpo en el canal.

—¡No puede ser!

—Estamos tratando su muerte como sospechosa.

—Oh.

—Sí, Cormac. Oh. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—En la fiesta.

—¿Alguna idea de adónde fue después?

—¿Cómo iba yo a saberlo? —Eso sonaba como si quisiera pasarse de listo. Trató de mantener la calma. Esperaba que su expresión fuera neutral. Imposible. Intentó mantener la voz tranquila y añadió—: De verdad que no lo conocía. Tiene que creerme. —Neutral y tranquilo, y qué más. Suplicaba de forma directa.

—No tengo que creerte, Cormac, solo necesito demostrarlo. Así que, dime otra vez, ¿cuándo viste por última vez a Jake Flood?

La inspectora dio unos sorbos al café y luego desenvolvió la galleta sin apartar los ojos de los suyos ni un instante. Era como estar atrapado en la silla del dentista con un láser apuntándolo. Ahora empezaba la batalla, y él trató de no encogerse.

—En la fiesta.

—¿En qué momento de la fiesta?

—Cuando me vendió las… cuando compré las… ya sabe. —Puta mierda.

—¿A qué hora le compraste las drogas? —La detective había levantado la voz.

—No lo sé. A esas alturas ya me había tomado un par de vodkas.

—¿Lo viste después del altercado entre Hannah y Lucy?

—No podría jurarlo. No sobre la Biblia.

—Eso ya lo harás en el juzgado, Cormac. Dime, ¿volviste a buscar más «ya sabes»?

Se estaba burlando de él. Se sentó sobre las manos para mantenerlas quietas. Supuso que, si fuera un dibujo animado, los ojos se le estarían saliendo de las órbitas como muelles. «Cálmate, coño», se advirtió a sí mismo.

—Lo único que hice después de la pelea fue ayudar a Hannah a limpiarse. Y todo el mundo lo vio.

—¿Dónde se limpió Hannah?

—En el baño.

—¿Qué baño?

—El que está junto a la cocina. —¿Cuántos puñeteros baños había en casa de Lucy? Las veces que había trabajado allí, casi nunca había entrado a la casa. Había tenido que mear en el rosal de la pared trasera. Pero eso no hacía falta que se lo contara.

—¿Había mucha sangre? —La inspectora era implacable.

—Diría que no había sangre.

—¿En serio?

—Es la verdad. —Se estrujó el cerebro, tratando de recordar. No. No hubo sangre. Al menos no en ese momento.

—Entonces, ¿por qué tenía que «limpiarse», como has dicho?

—Tenía el maquillaje hecho un desastre. Parecía que estuviera poseída. Se habían estado arañando y tirándose de la ropa. Eso fue todo.

—Mmm. Verás, Cormac, si eso es cierto y en ese momento no hubo sangre, me pregunto… —La voz se apagó.

—¿Qué? —No pudo evitar preguntar.

—Encontramos sangre bajo las uñas de Hannah. También hemos hecho un examen forense de una toalla que estaba en su mochila.

—¿Qué significa eso? —«Cálmate, tío, cálmate». Claro que era difícil con los torrentes de sudor que le caían por la columna y se le acumulaban en la cintura. Le estaba resultando aún más difícil comportarse acorde a sus veinte años.

La inspectora lo miró como si fuera lerdo, y dio otro sorbo al café antes de volver a dejar la taza en el platito con mucho cuidado.

—Ahora viene lo mejor, Cormac. Hemos encontrado restos del ADN de Lucy en tu camiseta. El ADN de una niña inocente de diecisiete años.

—¿Niña?

—Cualquier menor de dieciocho.

—¿Piensa que Lucy era una niña inocente?

—¿No lo era?

—Quizá. —Intentó encogerse de hombros con indiferencia, pero sabía que la inspectora no se lo tragaba.

—¿Ves a dónde quiero llegar, Cormac? ¿Con las pruebas de ADN?

—Sí, lo veo. —Lo veía y no le gustaba lo que se avecinaba a continuación. El pánico en su pecho fue en aumento y pensó que ojalá tuviera su inhalador—. Los del laboratorio deben de haberse confundido al hacer la prueba o algo. —Luchó contra las náuseas crecientes que le anudaban el estómago.

—Créeme, los técnicos del laboratorio no han cometido ningún error. Bébete el café. Tienes que hacer una nueva declaración. Estoy segura de que llegaremos al fondo de la cuestión en un periquete.

—No… no puedo ir ahora, he quedado con alguien. —No le gustaba la manera en la que le sonreía, como un puto guepardo a punto de atacar.

—Envíale un mensaje. Dile que llegarás tarde, muy tarde. Unos veinte años, quizá. —Se burló de él con su sonrisa falsa.

Aquello era un desastre, un puto desastre.

—¿Debería buscar un abogado?

La sonrisa murió en los labios de la inspectora.

—Esa sería una muy buena idea, Cormac.

Quizá era hora de decir la verdad.

Capítulo 60

A Sharon Flood le costaba respirar mientras corría. Había estado horas sentada junto al puerto pensando en su hermano mayor. Se preguntaba qué le había pasado en realidad. Al llegar a la conclusión de que todo había sido culpa suya, se levantó y empezó a correr. Ahora había parado, se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas, tratando de normalizar un poco su respiración. Dentro, fuera. Dentro, fuera. Y ahora corría otra vez, la zapatilla sin cordón se sacudía, corría el riesgo de perderla.

Al llegar a la puerta principal de los viejos barracones del ejército, entró sin encontrarse con nadie.

Avanzó por el muro del perímetro interior, con el gran patio a la izquierda, y echó un vistazo a los edificios situados a su derecha. Los bloques de hormigón tenían cuatro plantas. Había oído a Jake hablar de esos barracones por teléfono cuando había estado escuchando al otro lado de la puerta de su habitación. A menudo escuchaba a escondidas. Hubo una vez que su hermano la pilló y le echó la bronca. Entonces lo había odiado. No de verdad, se recordó a sí misma. Ahora ella era la razón por la que él estaba muerto.

Se dirigió al edificio que había al final del patio y se quedó mirando la puerta que tenía delante, que estaba curtida por las inclemencias del tiempo. Apoyó la mano, pero parecía estar cerrada o atascada. La empujó con ambas manos y esta cedió hacia dentro.

Cruzó el umbral y un olor espantoso le produjo arcadas. A sus pies había desparramados montones de basura podrida. Se quedó inmóvil con la mano sobre la boca. ¿Se movían algunos de los envoltorios de comida rápida, o era la brisa a su espalda? Esperaba que fuera lo segundo. Se volvió y cerró la puerta.

Con los ojos entreabiertos para no ver todo aquello y una mano en la nariz para bloquear la peste, miró en las habitaciones de la planta baja. Todas vacías. ¿No había oído a Jake mencionar algo de que tenían ahí su guarida? Debía de estar en el piso de arriba.

Subió corriendo de puntillas para no hacer mucho ruido. Parecía que no había nadie, pero no pensaba arriesgarse.

Debía encontrar a la persona a la que Jake le había guardado la droga. Tenía las monedas de su hucha bien envueltas en una bolsa de gominolas, que se había metido en las bragas. Cinco euros y cincuenta y cinco céntimos. Esperaba que fuera suficiente para evitar que la matara a ella y a su madre, como había hecho con Jake.

El edificio parecía estar vacío. Sintió un peso en el corazón cada vez más grande. Al final del

pasillo vio una escalera de madera más estrecha. Subió al tercer piso. Nada. Cayó de rodillas sobre el suelo de madera toscamente tallada, se sentía inundada por la decepción. Entonces oyó algo.

¿Un ruido en el piso de abajo?

No se atrevía a respirar.

Una puerta se cerró de golpe. Una brisa subió por las escaleras, haciendo tintinear los cables que colgaban del techo. Sharon se preguntó si era la persona con la que quería hablar. La persona que podía decirle por qué su hermano mayor estaba muerto y por qué este había escondido una bolsa con droga líquida en su dormitorio. Fuera quien fuera, necesitaba que supiera que ahora la policía tenía la droga para que las dejara tranquilas a ella y a su madre.

Fue hasta la ventana con el cristal agrietado y roto.

Esperó.

Un silbido se coló por la puerta a su espalda e hizo que se girara.

Una sombra cubrió la entrada. Una sombra siniestra.

Se llevó la mano a la boca para contener el miedo que le subía a toda velocidad desde el estómago. A la sombra amenazadora le siguió una mano que sostenía algo que relucía bajo la débil luz de la ventana.

Un cuchillo.

La sombra se convirtió en un cuerpo que se coló en la habitación como una serpiente. La boca se abrió y las palabras salieron y llenaron el aire de algo parecido a matarratas.

—Ah, Sharon, ¿esperabas encontrar a otra persona?

Un paso tras otro, el hombre avanzó por la habitación hasta que estuvo lo bastante cerca como para apoyarle el cuchillo bajo la barbilla y hundir, levemente, la punta en su piel suave. Era tal su terror que no se dio cuenta de que se había orinado encima hasta que sintió, avergonzada, la calidez en la pierna. La bolsa con las monedas pesaba como si estuviera llena de ladrillos mojados y se le pegaba a la barriga.

—Ah, el bebé necesita un pañal —se burló el hombre—. ¿Te ha comido la lengua el gato? —La boca se curvó hacia abajo y el rostro se retorció en una mueca—. ¿Qué tal si te la corto? Así no podrás decir mentiras como el estúpido de tu hermano.

El olor de su aliento era repugnante, pero el miedo que le producía el cuchillo bajo la barbilla lo sobrepasaba todo. Pensó en su madre en casa, sin Jake; ahora tampoco la tendría a ella.

El hombre debió de ver algo en sus ojos, porque bajó el cuchillo y la miró interrogante.

Fue entonces cuando gritó. Pero era tal su terror que de su boca solo salió un chillido estrangulado.

* * *

Mis alas están esponjosas y acicaladas. Me siento tan bien por haber atrapado por fin este tesoro. El cuchillo que tengo en la mano brilla como la Estrella Polar e ilumina la fétida habitación. Me río de su grito infantil. Parece el graznido de una gallina. Avanzo, ella retrocede contra la pared y se desliza hacia el suelo, los delgados hombros le tiemblan.

—No llores —le digo—. Se te pone una cara muy fea.

—Vete.

—Jake lloró. Incluso gritó. Niño malo.

—Lárgate y déjame en paz.

—Oh, parece que eres peleona. Qué mona. —Camino por el suelo sucio y arrugo la nariz al oler su pis. Este me enfurece. Quería zambullirme y tomar lo que era mío. Deleitarme en su encanto inocente y alejarme volando con ella bajo mi ala. Tenía planes para ella, pero ahora ya no estoy tan seguro.

—Niñita sucia. Me das asco. Mira que mearte encima, eso no está bien.

Está intentando desabrocharse los pantalones. Se mete la mano y estoy a punto de decirle que pare porque primero necesito hacer una foto y entonces, saca una bolsa de plástico repugnante.

—Coge esto por las drogas que tenía Jake y por favor déjanos en paz a mi mamá y a mí. Por favor.

Sacudo la cabeza y le tiro la bolsa de la mano de una patada. Las monedas plateadas ruedan por el suelo y se detienen en algún lugar entre la basura.

—No quiero tu dinero. Te quiero a ti. —Saco el móvil y lo sostengo sonriendo mientras ella se esconde detrás del codo.

—Ahora sé una niña buena y sonríe a la cámara.

Capítulo 61

Lottie dejó a Cormac, que cada vez estaba más agitado, en una celda, a la espera de un abogado. Se puso en contacto con el oficial de enlace del ejército para las tropas en el extranjero en misión de paz, que prometió enviar un mensaje al padre del chico. Le dio al joven el inhalador que se había dejado ayer y se dirigió a su despacho.

Le pidió al garda Thornton que buscara un abogado de oficio para Cormac hasta que tuvieran noticias de su padre; le informaron de que tardaría unas horas. Pensó que el retraso podría convenir al chico. Necesitaba tiempo para considerar la opción de decirle la verdad. Las pruebas de ADN no mentían, pero había tres razones plausibles para que la sangre de Lucy estuviera en su camisa.

Una, Cormac había matado a Lucy y drogado a Hannah para que no recordara nada que refutara su versión. Dos, Cormac y Hannah habían matado a Lucy juntos. O tres, Hannah había matado a Lucy y, después, Cormac la había ayudado a limpiar y escapar. Aunque también había una cuarta opción. Ninguno de ellos había tenido nada que ver con el asesinato, pero habían tropezado con el cuerpo de Lucy mientras su sangre aún estaba húmeda. Como Sean.

En su despacho, recibió un mensaje que le informaba de que los buzos que registraban el canal, en relación con la muerte de Jake, habían encontrado un cuchillo. Apoyó la barbilla en la mano. ¿Cómo encajaba Jake Flood en sus hipótesis? ¿Y la amenaza contra el negocio de Albert McAllister, de exponerlo a él y a sus clientes por el supuesto consumo de drogas, era relevante? Y luego estaba la cuestión de quién había tenido relaciones sexuales con Lucy antes de su muerte. Nadie lo había confesado, y todavía no tenían los resultados del laboratorio.

La cabeza le daba vueltas y más vueltas.

Decidió que Cormac podía esperar hasta que llegara su abogado, al igual que Hannah. Sopesaba cuál sería la mejor manera de llevar a cabo ambos interrogatorios cuando en su ordenador saltó una notificación. Era un correo de Jane Dore: el informe preliminar de la patóloga sobre Jake Flood.

Después de leerlo, decidió que era hora de hacer una reunión rápida de equipo. Había visto a la comisaria Farrell subir a su coche hacía unos minutos, así que no había moros en la costa.

En la sala del caso había el ajetreo habitual de un segundo día. Las pizarras se habían llenado y la sala bullía de actividad mientras detectives y agentes uniformados intentaban encontrar una

silla libre.

Lottie sintió de repente una punzada de ansiedad por su madre enferma. Debería haber hablado con Chloe, pero ¿no le había dicho a Sean que la mantuviera informada? Todavía no la había llamado. Era una buena señal, ¿no? Hizo una pausa y se preguntó si era así como los McAllister habían manejado su relación con Lucy. ¿Una llamada telefónica, en lugar de estar presentes cuando era necesario?

Sin tiempo para reprenderse por su empatía, o su falta de ella, aparcó el sentimiento de culpa y se comprometió llegar pronto a casa para cuidar de Rose.

—Escuchadme bien —dijo—. Quiero que todos os pongáis en marcha cuanto antes, así que hagamos que la reunión sea corta pero productiva.

Cuando el murmullo de la charla se apagó, comenzó:

—Anoche retiramos el cuerpo de Jake Flood, de quince años, del canal, a la altura de la calle Piper. El coche que le había robado a su madre ha aparecido quemado esta mañana. Basándonos en el informe *post mortem* preliminar, la muerte de Jake se ha clasificado de manera oficial como un asesinato. Tenía esquirlas de cristal clavadas en la espalda y estas se están comparando con el cristal roto que había en casa de Lucy. Creemos que el chico se cayó o lo empujaron y atravesó la puerta del jardín. El análisis de sangre debería demostrarlo. También le dieron una paliza con una cadena, luego lo ataron y lo arrojaron al canal. No tenía agua en los pulmones; estaba muerto antes de que lo tiraran. La patóloga estima que murió unas ocho horas antes de que se encontrara el cuerpo. Análisis posteriores de la sangre en el salón de los McAllister prueban que la de Jake también estaba presente. Tenemos dos investigaciones de asesinato relacionadas con la fiesta de Lucy del viernes por la noche.

Hizo una pausa, dejando un espacio para que el grupo cuchicheara, y esperó hasta que el murmullo cesó.

—En el primer asesinato, Lucy McAllister, de diecisiete años, fue atacada con un cuchillo y recibió siete puñaladas en el torso. La herida fatal fue en la garganta. Los análisis de sangre demuestran que la agresión inicial se produjo en el salón, antes de que consiguiera arrastrarse por las escaleras traseras hasta la habitación donde finalmente murió.

Señaló las fotos del cadáver.

—No hace falta que os diga que el ataque fue especialmente brutal. La patóloga forense estima que Lucy fue asesinada entre las tres y las cuatro de la madrugada del día en que se descubrió el cuerpo.

—Esas horas sugieren… —comenzó McKeown. Lottie le lanzó una mirada asesina, y el detective pareció captar el mensaje.

—La patóloga también opina que el arma fue un cuchillo de cocina. Falta uno en casa de los McAllister, y esta mañana los buzos han descubierto un cuchillo en la zona del canal donde se encontró el cuerpo de Jake. Lo examinaremos y…

—Ese niñato de mierda mató a Lucy —dijo McKeown, con la cabeza rapada gacha sin dejar de teclear en su iPad. Lottie sabía que estaba cabreado por tener que callarse información sobre Sean, que demostraba que Lucy estaba muerta antes de las cuatro de la madrugada.

—Ese «niñato de mierda», como tú lo llamas, tiene un nombre, una madre, una hermana pequeña y un padre que murió el año pasado —dijo Lottie con firmeza—. Un poco de respeto.

El detective agitó la mano con falso arrepentimiento, pero todavía no iba a rendirse:

—Si es el cuchillo de casa de Lucy, eso significa que el asesinato no fue premeditado. Ocurrió algo que provocó al asesino. Creo que Jake Flood mató a Lucy y luego… —McKeown levantó la vista y debió de ver la rabia en la cara de Lottie.

—No se suicidó, detective McKeown, si es lo que ibas a decir.

—No podemos descartar ninguna opción. —Se quedó mirándola.

¿Qué le pasaba? Ya les había dicho que los resultados que tenían eran preliminares. Estaba siendo obtuso de forma deliberada.

—Volviendo a Lucy —dijo—, hay señales de que tuvo relaciones sexuales antes de su muerte. El informe final indica que se utilizó preservativo, pero se ha encontrado un rastro de semen en la cara interior del muslo. No sabemos de quién es el semen, pero es posible que la persona con la que se acostó fuera la misma que la mató. Cotejaremos el ADN del semen con la base de datos y las muestras tomadas a todos los sospechosos. Ahora mismo, los principales son Cormac O'Flaherty, Richie Harrison y Noel Glennon. Se está realizando un análisis comparativo en estos momentos. La ropa que cogimos de casa de O'Flaherty tenía restos del ADN de Lucy McAllister y del de Hannah Byrne. Al registrar la casa de Hannah no encontramos nada, pero tenía sangre en las manos, que hemos confirmado que era la de Lucy. Tengo un testigo que afirma que la mochila de Hannah estaba en el salón poco después de las cuatro de la madrugada. La misma mochila estaba ayer por la mañana junto a la cama de Hannah cuando el detective Kirby y yo llegamos para interrogarla.

—Pan comido. —McKeown dio un golpe en la mesa.

—Tenemos que confirmar cómo y cuándo recuperó Hannah su mochila de casa de los McAllister. Eso es tarea tuya, detective McKeown. —Tenía que cargarlo de trabajo para que no le tocara las narices—. Puedo aceptar que Hannah y Cormac o uno de los dos mató a Lucy por la foto de Hannah que compartió, pero ¿por qué quitarle un trozo de piel del costado derecho?

Señaló la foto de la herida en la pizarra. Al lado estaba la foto que habían encontrado en el Finsta de Lucy.

—Aquí veis que Lucy tenía, donde se cortó la piel, un tatuaje en forma de corazón. He pedido que se haga un análisis forense de la foto para averiguar qué había escrito dentro de este. ¿Quizá unas iniciales?

—He hablado con Ivy Jones, la amiga de Lucy —intervino Lynch—. Dijo que no sabía nada del tatuaje, pero yo creo que sí.

—Quiero que se le haga un interrogatorio oficial —ordenó Lottie—. ¿Has localizado a Terry Starr? También necesitamos su ADN.

—Todavía no.

—He hablado con Bradley Curran, en Australia —dijo Kirby—. Es el ex de Lucy. No recuerda que tuviera ningún tatuaje. Lo dejaron hace un año, así que debió de hacérselo después de la ruptura.

—¿Ha dicho algo más sobre Lucy?

—Dijo, y cito textualmente, «que daba mucho trabajo». Recuerda que no paraba de discutir con su madre y que era una niña de papá.

—Vale. Tenemos que saber más sobre Lucy y con quién se estaba escribiendo correos en secreto.

—Gary está haciendo todo lo que puede. —Lynch revisó sus notas—. Dice que es una

cuenta de correo falsa enterrada bajo un navegador Tor. Podría ser Guerrilla Mail o Proton Mail. Al parecer, hace que el usuario sea anónimo. Gary está seguro de que puede descubrirlo.

—Eso espero. Seguro que Ivy sabe más de lo que nos está contando.

—Insistiré. Jefa, hay otra cosa que te quería…

—Déjame terminar antes de que pierda el hilo. Luego me cuentas. —Lottie comprobó sus notas, ya superada por la cantidad de información dispar que no le daba una dirección clara para avanzar en ninguno de los dos casos—. Quiero hablar más sobre Jake Flood. En su casa, esta mañana, bajo un tablón del suelo del dormitorio, he encontrado una bolsa de viales llenos de un líquido azulado. Los viales están en el laboratorio, aunque creo que el líquido es GHB.

—Ese niñato de mierda —repitió McKeown.

—¿Asesinaron a Jake por las drogas que robaba a su proveedor? ¿Debía dinero? ¿Estaba involucrado en el asesinato de Lucy? Es indispensable que establezcamos la secuencia de los hechos ahora que tenemos un marco temporal definitivo de cuándo murió la chica.

Hizo una pausa, pensando en Sean. Había visto el Fiat Punto mientras caminaba hacia casa de Lucy, a eso de las cuatro de la madrugada. Jake seguía vivo entonces, según la patóloga, así que ¿había sido él quien conducía el coche u otra persona? De ser así, ¿quién? No se atrevió a pronunciar en voz alta sus pensamientos. Ya había suficiente agua turbia que atravesar.

—¿Se sabe algo de los movimientos del coche?

—Estoy revisando las cámaras de tráfico y todas las grabaciones de seguridad que podemos conseguir, que no son muchas —dijo McKeown—. De momento, no ha habido suerte.

—Otra pieza del puzle la ha añadido Albert McAllister. —Lottie los puso al corriente de la amenaza que había recibido el padre de Lucy—. Quien fuera que envió el correo dijo que denunciaría a sus clientes por abuso de sustancias y acusó a Albert de amañar peleas. Exigía quinientos mil euros y amenazaba con arruinar su negocio si no pagaba. Ahora el correo está en manos de nuestro departamento técnico, y Gary me ha dicho que es tan sofisticado como el de Lucy. Ambas direcciones de correo estaban encriptadas. Nada indica que fueran enviados por la misma persona, aunque sigue siendo una posibilidad. Albert me dijo que el correo electrónico fue la razón de que viajaran a Málaga, porque la mayoría de sus socios están en España.

—No puedo entender que dejara a su hija en casa sin protección —intervino Lynch—, después de recibir una amenaza como esa.

—Quizá no lo veía como una amenaza real contra ella, solo contra su negocio.

—O quizá solo sea un capullo egoísta —dijo McKeown— que antepone su trabajo a su familia.

—Por lo que he averiguado hasta ahora —dijo Lottie—, Albert adoraba a su hija, así que, para dejarla en casa de esa manera, debía de estar seguro de que la amenaza era solo contra su negocio.

—Terry Starr es su principal cliente. ¿Qué hay de él? —preguntó McKeown.

—Tenemos que rastrear sus movimientos desde la noche del asesinato hasta que se subió al vuelo a Málaga. Lo más probable es que no tenga nada que ver con el asesinato, pero hay que descartarlo. ¿Por qué fue a España? ¿Por qué regresó? ¿Dónde está ahora? Todo esto me lleva al club de boxeo donde entrenaba Jake.

—El Ragmullin Goldstars fue fundado por el padre de Lucy y por Terry Starr. El entrenador es Barney Reynolds, que a su vez es el padre de Brontë Harrison. Brontë está casada con Richie

Harrison, el DJ.

Se oyeron algunos resoplos de sorpresa por la sala.

—Interesante conexión —ofreció Kirby.

—Ya lo creo. Quiero que investiguéis a Barney Reynolds y al club. Detective McKeown, por favor, ponnos al día sobre lo que has descubierto respecto a Noel Glennon, Richie Harrison, Cormac O'Flaherty y la mujer de la limpieza, Sarah Robson. —Lottie tamborileó sobre el escritorio con el dedo.

—Eh, estoy trabajando en ello. Luego te enviaré el informe.

—Lo quiero antes. Necesito saber más, en especial sobre Noel Glennon y los Harrison.

—También tengo que revisar las cámaras de tráfico, las de seguridad y las de los coches, que son una porquería, para buscar el coche de Flood, pero haré todo lo posible.

—¿Quieres una medalla? —dijo Kirby.

—Necesito esa información para ayer —dijo Lottie.

Mientras el equipo se dispersaba, armado con nuevas instrucciones, la inspectora se preguntó cuál podía ser el hilo que conectaba todo. Estudió la pizarra del caso. Debía de estar ahí, en medio de todo aquello. Solo tenía que encontrarlo y tirar fuerte.

Lynch se le acercó justo cuando le vibró el móvil sobre la mesa.

Chloe.

—Jefa —dijo Lynch—, he encontrado una foto perturbadora y…

—Deja que conteste, Maria. Trae a Ivy Jones e interrógala sobre el tatuaje de Lucy y el fin de semana fuera. Encuentra a Terry Starr. Necesitamos saber el motivo de su escapadita a España. Tengo que contestar esta llamada.

Capítulo 62

—¿Qué pasa? —preguntó Lottie a su hija.

—La abuela está en el hospital. He tenido que llamar a una ambulancia. Estoy con ella en Urgencias.

—Oh, Dios, ¿se encuentra bien?

—Ahora sí, está dándole órdenes a las enfermeras. Le han puesto un gotero porque estaba deshidratada. Quieren ingresarla para hacerle más pruebas, pero está montando un buen cristo.

—Así que ya se está recuperando.

—No quería preocuparte, mamá, pero Sean ha dicho que te avisara.

—Gracias, Chloe. Vendré lo antes posible.

—No hace falta, está todo bien. Si hay algún cambio, te llamaré, ¿vale?

—Vale.

Cuando colgó el teléfono, Lottie apoyó la cabeza en las manos. «¿Cómo voy a lidiar con el hecho de que mi madre esté enferma?». Una marea de emociones confusas le encogió el pecho. Al echar la vista atrás y recordarlo todo, lo bueno y lo malo, comprendía que quería a Rose, y que Rose la quería a ella. Boyd le había hecho ver lo que tenía delante de sus narices, sobre todo desde la muerte de Adam, cuando el resentimiento contra su madre se había ido pudriendo. La falta de muestras de afecto podría haber acabado con su relación si Boyd no hubiera intervenido. Quería oír su voz.

Sintiéndose un poco mejor, marcó su número. El buzón saltó directamente. Colgó sin dejar ningún mensaje. Hablaría con él más tarde.

Primero tenía que atrapar a un asesino.

Todavía no había rastro del abogado de Cormac o Hannah, y Lynch se había marchado de la oficina, probablemente para buscar a Ivy Jones, así que Lottie estaba releyendo el informe preliminar de Jake Flood cuando el garda Lei llamó a la puerta.

Agitado como si tuviera los pantalones llenos de hormigas, dijo:

—Hola. Perdona, inspectora.

—Entra.

—Tengo una pista de dónde se juntan los chavales de las bicis. ¿Quieres venir conmigo, o se

lo pido a otra persona? Las dos cosas me van bien. Solo he pensado que podía preguntártelo, ya sabes. Perdona que te moleste.

—¿Es en la ciudad? —Lottie se rascó la cabeza, intentando descifrar el mensaje oculto en algún lugar entre sus palabras.

—Sí.

Cogió el bolso del suelo.

—Venga, vamos.

—¿Quieres que te siga con la bici? Lo mismo ni están ahí, pero he pensado, ya sabes…

—Yo conduzco. Vamos.

El garda Lei hablaba tanto que Lottie, mientras conducía hacia los barracones del ejército, se sentía un poco grogui. En otra época, el sitio había sido un centro de acogida provisional, hasta que Lottie y su equipo destaparon una horripilante operación de tráfico de personas y órganos, en parte gracias a la ayuda de la exmujer de Boyd, la escurridiza Jackie.

Se detuvo frente a los antiguos barracones de los oficiales. Había estado a menudo en el comedor de suboficiales con Adam, pero nunca en el de oficiales. Por el rango, y todo eso.

—Los chicos lo usan como base —dijo el garda Lei cuando salieron del coche.

—¿Cómo lo has descubierto? —El aire se había enfriado desde el día anterior y lamentó haber dejado la chaqueta en el despacho.

—El dueño de la tienda de bicicletas dijo que oyó a uno mencionarlo. He pensado que tal vez tengamos suerte y matemos tres pájaros de un tiro. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

Lottie sacó el polar del uniforme del maletero y fue junto a Lei. No podía creer cuánto se habían deteriorado los edificios.

—¿Cómo lo hacemos? —El agente pasaba el peso de un pie a otro y agitaba las manos. Quizá debería haberse traído la bicicleta para quedarse quieto, pensó Lottie.

—Quédate en el coche si quieres.

—Oh, Dios, no. Para nada.

—Sígueme. Y deja de mover las manos, me estás mareando.

Tenía que darle un respiro al muchacho. Al fin y al cabo, fuera o no relevante, había conseguido la información.

La puerta se abrió con facilidad; la cerradura llevaba rota mucho tiempo, como demostraba la cantidad de óxido acumulado en el mecanismo. Entró pisando los escombros: botellas, latas, envoltorios de comida rápida. Aquel era el terreno perfecto para la cría de alimañas. Un escalofrío involuntario le sacudió la columna y se cubrió las manos con las mangas del forro polar.

Siguió avanzando y echó un vistazo a las habitaciones laterales. Una escalera estrecha la invitó a subir. Se detuvo al pie, estiró el cuello para ver más allá de la curva a mitad de camino y escuchó. ¿Ese ruido era algo correteando por el suelo de madera? Ni siquiera sabía si seguiría habiendo suelo.

—Si quieres puedo subir yo primero —dijo Lei.

La inspectora se llevó un dedo a los labios.

—No hace falta que alertes al mundo entero de nuestra presencia —susurró.

—Oh, lo siento. No pensé…

—Chsss, por el amor de Dios.

Comenzó a trepar por las escaleras. En el descansillo, escuchó un chillido y se detuvo de golpe. Su acompañante chocó con ella y casi la tira al suelo.

—¿Qué coj…?

—Dios, inspectora. Lo siento. No pretendía… Lo sien…

—Basta. —Lottie le lanzó una mirada furiosa por encima del hombro.

Lei se sonrojó y retrocedió, dando un traspié. Ella lo cogió de la manga y lo enderezó.

—Y no vuelvas a pedir perdón.

El rellano era tan estrecho como las escaleras y la acumulación de basura peor que en el pasillo de abajo.

—Quédate aquí —le ordenó con un susurro—. Mantén los ojos abiertos por si ves a alguien llegar o marcharse.

El joven agente asintió con energía y Lottie se escapó por el estrecho pasillo antes de perder los estribos.

Habían arrancado las puertas de los goznes y en algunas zonas habían levantado la pintura y el revoque de las paredes, dejando al aire los cables y el aislamiento. Del techo colgaban placas de escayola sueltas y habían arrancado los tablones del suelo. Revisó las demás habitaciones y en todas descubrió una carnicería similar.

Al final del pasillo llegó a otro tramo de escaleras. Le indicó a Lei que se quedara donde estaba y comenzó a subir.

El ruido y los chirridos eran más fuertes. Parecían provenir del interior de las paredes destrozadas. Se subió la capucha del polar para protegerse de cualquier cosa que pudiera caer del techo expuesto, pegó los brazos al cuerpo, con las manos cubiertas por los puños de la chaqueta, y avanzó.

En este rellano, Lottie se encontró con un nivel similar de negligencia y abandono, pero una puerta seguía en sus goznes. Avanzó. La cerradura estaba rota y había una percha de alambre en la ranura donde debería haber estado el picaporte. Apoyando el hombro en la puerta, la empujó hacia dentro.

La recibió el suave quejido de una niña.

Con rapidez, valoró el nivel de peligro al que podía estar expuesta, pero no había nadie más que la niña.

—¿Sharon? Oh, Dios mío, ¿estás bien? —Vio una mancha de sangre en la barbilla de la niña —. ¿Qué haces aquí?

Le tendió la mano, pero Sharon siguió abrazándose las rodillas. En la cara, roja por el esfuerzo, se le distinguían marcas de lágrimas. A primera vista, Lottie no veía ninguna herida evidente, pero ¿y las que no se veían?

—Dame la mano, Shaz —le dijo—. Ahora estás a salvo. Ven conmigo.

—Vete. Lo estás empeorando.

Se agachó para ponerse a la altura de la niña y vio un montón de monedas desparramadas por el suelo y una bolsa de chucherías arrugada.

—Sé que echas de menos a Jake y quiero averiguar qué le pasó. Necesito tu ayuda, Sharon.

Yo también puedo ayudarte.

—Nadie puede ayudarme. —Sharon se negaba a soltar las manos de las rodillas—. Jake está muerto.

—¿Por qué has venido aquí? ¿Sabes en qué andaba metido Jake? Aunque, oye, fuera lo que fuera, no fue culpa suya. Estaba triste por lo de tu padre y el dolor lo empujó en la dirección equivocada.

—No sabes de lo que hablas. —Sharon respiraba con dificultad, pero se las arregló para poner un tono burlón.

—Oh, cariño, sé mucho más de lo que puedo contar. —Lottie apoyó la mano sobre la de Sharon. La niña temblaba y estaba sudando—. Mi marido Adam murió hace algunos años y yo perdí el rumbo por completo, un poco como Jake. Un buen amigo me ayudó, por eso sé que puedo ayudarte. ¿Me dejarás ser tu amiga?

La niña la miró fijamente a los ojos, como si buscara en su alma para ver si decía la verdad. Estaba tan pálida y temblorosa que Lottie se preguntó si estaba ocultando una herida.

Entonces Sharon pareció perder la pelea y apoyó la cabeza sobre la mano de Lottie.

—Jake hablaba de perseguir su sueño. Necesitaba dinero. Papá era el que pagaba las facturas y todo eso, y ahora mamá no tiene ni idea. —El aliento se le escapaba en jadeos por el esfuerzo que le suponía pronunciar cada palabra.

Lottie decidió poner una expresión neutral mientras sopesaba la mejor manera de tratar a la pequeña. Necesitaba sacarla de allí, pero no quería presionarla ni que se enfadara.

—¿Crees que Jake se mezcló con esa banda para ganar dinero y que luego no pudo escapar porque les debía algo?

—No sabía lo peligrosos que eran.

Lottie esperaba un torrente de lágrimas, así que se sorprendió cuando Sharon levantó la cabeza con un destello duro clavado en los ojos. Esa niña había aprendido a crecer demasiado rápido.

—Necesito sacarte de aquí —insistió la inspectora.

Sharon le apartó la mano y se agarró con más fuerza las rodillas.

—Vete.

—¿Con quién pensabas encontrarte?

—Con nadie. —La pequeña soltó una mano y se metió el pulgar en la boca. ¿Para contenerse de decir un nombre, o era una regresión a un hábito infantil? No, todavía era una niña.

—¿Este es su escondite? ¿Conoces a alguien de la banda?

—Deja de hacerme preguntas. —Sharon se golpeó la cabeza contra las rodillas varias veces —. No puedo hablar contigo. Por favor, déjame sola.

—Puede ser nuestro secreto.

Sharon levantó la cabeza deprisa, tenía el rostro mortalmente pálido. Entre los dientes apretados, susurró:

—Sé que son drogas lo que te llevaste de la habitación de Jake. Van a matarnos a mamá y a mí si no las recuperan. Quería pagarles… —Ojos de acero, decididos a ganar esa batalla—. Lo intenté.

—Tienes que decirme con quién esperabas encontrarte aquí —suplicó Lottie, a quien le empezaban a crujir los tobillos.

—Oí a Jake hablar por teléfono. Mencionó este lugar. Juro que no hay nadie, solo tú. Vete. —La voz de Sharon sonaba desafiante, pero cada vez respiraba con más dificultad.

¿Dónde tenía la herida?

—¿Quién está al mando?

La pequeña recorrió brevemente la habitación con los ojos inyectados en sangre antes de languidecer y susurrar:

—Solo conozco a uno de ellos. Tiene la misma edad que Jake, pero Jake lo llamaba «el niño». Creo que es malvado.

Lottie calculó que no debía de ser un chaval, sino alguien mayor, quien movía los hilos, pero quería que Sharon le diera un nombre para comprobar si era uno de los tres que había descubierto el garda Lei.

—¿De quién hablas?

—De Oscar. Ahora vete.

Lottie le tendió la mano.

—Vamos, cariño. Te voy a llevar a casa con tu madre. —Rogó que esta vez la pequeña accediera, y suspiró aliviada cuando lo hizo.

La mano de Sharon era suave y estaba sudada, la mano de una niña. Una niña que cargaba con el peso de la muerte de su hermano como un ancla que la hundía. Conteniendo el impulso de envolverla en un abrazo, Lottie se puso en pie, con las piernas dormidas. Fue entonces cuando vio que la niña tenía el vaquero desabrochado y húmedo y que una mancha de sangre se extendía por su abdomen.

—Oh, Dios santo, Sharon, estás herida.

La pequeña se tambaleó antes de caer desmayada en sus brazos. Lottie levantó su peso muerto hasta el pecho y la sacó de la habitación sucia y repugnante.

—¡Lei! Necesitamos una ambulancia. Pídela. Ahora. —Había entrado en pánico, pero no pudo evitarlo.

Lei subió las escaleras deprisa y cogió a Sharon a la vez que llamaba por radio. La zapatilla rosa de Sharon sin cordón cayó mientras la bajaba por las escaleras. Lottie se desplomó en el último escalón tratando de comprender lo que había pasado. Rezó para que la herida no fuera grave. Rezó para que la niña no hubiera sido violada. Lágrimas de conmoción le llenaron los ojos al pensar esto. No, imposible. La banda traficaba con drogas. Eso era todo.

Escuchó al garda Lei consolando a la pequeña y en silencio le agradeció su delicadeza. Sharon debía de haber recobrado el conocimiento; Lottie la oyó llorar y los sollozos desaparecieron cuando salieron por la puerta.

Lo perverso y lo maldito, enroscado en los huesos de alguien tan joven.

Lottie recogió la zapatilla perdida y lloró.

Capítulo 63

Terry Starr aparcó frente al club de boxeo Goldstars. Le preocupaba un poco dejar su Range Rover nuevo en el patio trasero, por si algún capullo se lo robaba, pero quería golpear a alguien y tendría que conformarse con un saco de boxeo. La puerta estaba cerrada, pero tenía la llave. Allí era donde había aprendido a boxear por primera vez, así que era como regresar a casa.

Se colocó la mochila en el hombro y entró en el edificio con discreción. Se alegraba de que Barney no estuviera por allí o también lo habría golpeado. Había llamado a Albert, pidiéndole que se encontraran, pero el padre destrozado aún no se había presentado. Era imprescindible que hablaran sobre Lucy.

Sacó los guantes de entrenar de la bolsa, se los puso y ajustó el velcro. Boxearía para librarse de la presión acumulada. Solo entonces sería capaz de pensar qué quería decirle a Albert.

* * *

Después de recuperar la compostura, Lottie se metió la zapatilla de Sharon en el bolsillo y estaba a punto de bajar las escaleras cuando se detuvo. ¿Por qué había subido Sharon? No había nadie más, ¿verdad?

De regreso en la habitación donde había encontrado a la niña, miró hacia arriba. Parte del techo se había derrumbado y no alcanzaba a ver cómo alguien podía acceder al vacío de arriba. No desde esta habitación.

Fue a la habitación contigua y bingo, había una escalera de mano que conducía a un altillo. Le pareció oler a marihuana. En un rincón había una guitarra abandonada con dos cuerdas rotas. Mientras subía la escalera, volvió a preguntarse por qué habían asesinado a Jake Flood.

En lo alto de la escalera, echó un vistazo al interior de la caverna.

Había encontrado la guarida de la banda.

Sacos de dormir y cajas volcadas; un paquete de Red Bull en medio del suelo; una mininevera en un rincón, lo cual era extraño, ya que no parecía haber electricidad en el edificio. O quizá lo suponía por el estado de deterioro del lugar.

Al entrar, una oleada de claustrofobia la envolvió. Un rayo de luz se coló por un agujero del techo y las fibras aislantes que flotaban en el aire le obstruyeron rápidamente las vías respiratorias. Una vez hubo equilibrado las rodillas sobre una viga de madera, se arrastró hacia

el saco de dormir más cercano y alargó la mano. Antes de que pudiera tocarlo, se movió.

Su cuerpo se puso rígido, con la mano en el aire. Su fobia a las alimañas paralizó cada uno de sus músculos y tendones. El saco de dormir volvió a moverse, levantándose del suelo. Una mano apareció entre los pliegues de la funda de nailon. Estaba unida a un brazo dentro de una sudadera azul. Entonces, el rostro aturdido de un adolescente se reveló cuando salió de su cama improvisada.

Lottie cayó hacia atrás y casi se precipita por el agujero, pero lo evitó justo a tiempo. El chico se arrojó contra la pared que tenía detrás. Su rostro, que al principio era una máscara pálida por el miedo, mostró rápidamente una ira ardiente.

—¿Cómo coño has subido aquí? —gritó.

—No pasa nada —dijo ella, esforzándose por recuperar el control—. No he venido a hacerte daño.

—No tendrás oportunidad. Acabaré contigo antes. —Tenía la voz aguda, como si todavía no la hubiera cambiado, pero parecía tener catorce o quince años. ¿Era este el chico malvado que había mencionado Sharon? ¿Oscar? En la mano sostenía una cadena de bicicleta y comenzó a enroscársela en el puño, listo para atacar.

—Suelta eso —dijo Lottie.

—¿Quién me va a obligar? ¿Tú y quién más? —se burló, sin pizca de miedo—. Lárgate.

Lottie apostó a que era Oscar, el chico que Sharon había mencionado. ¿Le había hecho daño a la niña? Puede que le acabara de tocar la lotería, pensó Lottie, porque el cuerpo de Jake tenía señales de que le hubieran dado una paliza con una cadena. Quizá esto era lo que necesitaba para cerrar su asesinato.

—Hace frío aquí arriba —dijo—. ¿Por qué no hablamos abajo?

—¿Por qué no te vas a tomar por culo y me dejas en paz?

—No puedo hacerlo, Oscar.

—¿Cómo sabes…?

—Escucha, Oscar, voy a bajar por la escalera y tú me vas a seguir.

El chico permaneció callado. ¿Buena señal? Quizá no. A la mierda.

Retrocedió despacio hacia el agujero en el suelo. Con los pies, encontró la escalera y bajó hasta la habitación, y se quedó de pie junto a una ventana con el cristal roto.

Inspiró el aire de fuera. El garda Lei estaba al lado del coche y esperaba que Sharon estuviera a salvo dentro. ¿Dónde estaba la ambulancia?

La escalera crujió y la inspectora giró sobre sí misma. Un par de piernas enfundadas en un chándal gris y unas zapatillas de aspecto caro bajaron sin dificultad.

Fue hasta la puerta para bloquearle la salida al joven y se sorprendió cuando el chico se quedó mirándola, con la cadena enroscada con fuerza en la mano, golpeándose el muslo.

—No le puse la mano encima a Jake. No fuimos nosotros.

—Yo no he dicho eso.

—Un puto poli anduvo husmeando y haciendo preguntas sobre nosotros.

—Ese era el garda Lei. Querríamos hablar contigo. Venga, Oscar.

—¿Te ha dicho Shaz cómo me llamo?

—Lo hemos descubierto nosotros. —Así que conocía a la niña.

—Apuesto a que fue el poli de la bici. Siempre está tratando de pescarnos. Somos demasiado rápidos para él.

¿Por qué había dicho Sharon que era maligno? No era más que un adolescente arrogante. Sin embargo, seguía con la cadena de bicicleta en la mano. Tenía que actuar con cautela.

—Vamos, te compraré algo en el McDonald's. Apuesto a que estás muerto de hambre.

El chico se lamió los labios con la indecisión pintada en la cara.

—Vale, pero tú primero.

—Muy bien —accedió ella—. No te esfumes cuando te dé la espalda.

Salió al rellano y miró por encima del hombro para asegurarse de que la seguía. Había bajado cuatro escalones cuando el tintineo de la cadena la alertó de lo que venía. Error de novata. El golpe en la nuca la tiró por las escaleras. Gritó, o al menos creyó gritar, cuando, primero la cabeza y luego la columna, chocaron con la pared. Después, cayó rodando al montón de basura de la planta baja.

Ni siquiera vio estrellas cuando el telón negro cayó con pesadez sobre su mundo.

* * *

Todo se está descontrolando. Mis plumas se sueltan y salen volando al antojo de la brisa.

Las cosas brillantes que ansiaba están ahora corrompidas y envenenadas.

La inocencia de la juventud ya no me basta.

Deambulo en círculos como nunca antes.

Estoy en problemas.

Necesito abandonar mi nido, poner mis asuntos en orden, tener a mis socios cerca y a mis enemigos aún más.

Es hora de que la urraca encuentre un nuevo nido.

Capítulo 64

El garda Lei estaba inclinado sobre ella cuando Lottie abrió los ojos. Una sonrisa de alivio se extendió por su rostro juvenil.

—No te muevas, inspectora, he pedido otra ambulancia.

El dolor fue en aumento cuando masculló:—¿Qué? Cancélala. No la necesito.

Trató de ponerse de pie en el asqueroso suelo, pero las piernas le temblaron al ritmo de los latidos de su cabeza, y se dio por vencida. Se tanteó la cabeza bajo el pelo y se sorprendió al ver los dedos manchados de sangre.

—Ese niñato de mierda.

—No te preocupes. Lo he cogido desprevenido cuando ha salido corriendo por la puerta.

—¿Lo has atrapado?

—Ya lo creo. Está esposado a un poste. No parece muy contento.

—Diría que eso es quedarse corto. Ayúdame a levantarme, por favor.

Lottie cogió la mano que le tendía y se puso en pie con cuidado. Fuera, inspiró hondo, tratando de limpiarse de los pulmones los filamentos de material aislante que estaba segura que había tragado.

Barney Reynolds, vestido con un chándal Adidas azul marino, estaba de pie junto al coche, mientras Oscar, furioso, trataba de soltarse del poste sin conseguir más que irritarse las muñecas.

—¿Qué le están haciendo a Oscar? —Barney Reynolds se le acercó.

La sirena de la ambulancia que se aproximaba cortó el aire. Lottie esquivó a Reynolds, preguntándose, por un instante, qué hacía allí, y miró dentro del coche. Sharon estaba acurrucada en el asiento, envuelta en una chaqueta de uniforme. Tenía muy mal aspecto.

—Oh, Sharon, ¿qué te ha hecho? —Lottie sintió que su propio dolor se volvía insignificante al contemplar los ojos llenos de miedo de la niña y su respiración agitada. Sharon siguió callada —. La ambulancia ya está aquí. Ellos te cuidarán.

—No se lo digas a m-mamá. —Tenía los labios tan blancos como la cara.

—Tengo que decírselo, cariño.

Detrás, la ambulancia aparcó y la sirena calló. Cuando la paramédica se inclinó para revisar a Sharon, Lottie retrocedió y se centró en el entrenador de boxeo.

—¿Qué hace aquí? ¿Conoce a Oscar? —preguntó.

Reynolds ignoró la primera pregunta y agitó las manos, nervioso.

—No lo conozco en realidad. Se apuntó al club hace un tiempo, pero no le gustó. ¿Por qué está atado como un pavo?

—Porque vamos a acusarlo de agresión.

—¿Agresión? ¿A quién ha agredido?

Lottie se volvió para que viera la sangre que le empapaba el pelo.

—Para empezar, a mí. ¿Qué hace aquí, señor Reynolds?

El hombre pasó el peso de un pie al otro.

—Tengo alquilado un almacén para guardar material deportivo en ese edificio de ahí. —Se volvió y señaló un bloque a sus espaldas—. Tenía que recoger un saco de boxeo, aunque no tengo por qué darle explicaciones. Vi al chico peleando con el agente. —Retrocedió—. Parecen tenerlo todo controlado, así que, si no le importa, tengo prisa. Solo he venido a ver si podía ayudar.

«Seguro que sí», pensó Lottie mientras el hombre se alejaba a toda prisa por el patio. Se volvió y vio que estaban trasladando a Sharon a una camilla. Le apretó la tierna mano para confortarla.

—Te pondrás bien, Shaz.

Sharon cerró los ojos despacio, como si mantenerlos abiertos fuera demasiado esfuerzo.

—¿Se pondrá bien? —le preguntó Lottie a la paramédica; Louise, según su chapa.

—Tiene la presión sanguínea muy baja.

Antes de abrochar la correa para sujetar a Sharon a la camilla, la paramédica le levantó la camiseta para ver de dónde venía la sangre. Fue entonces cuando se hizo evidente el alcance de la herida.

—Dios santo. —Lottie se llevó la mano a la boca en un acto reflejo—. Es muy profunda.

Louise llamó a otro paramédico y trabajaron deprisa para contener la sangre con un vendaje. Una vez satisfechos, se apresuraron a colocarle una vía intravenosa antes de subir la correa al pecho y cubrirla con una manta hasta la barbilla. Luego, subieron la camilla al elevador hidráulico.

El vehículo se alejó, con las luces azules encendidas y la sirena a todo volumen, y Lottie rezó en silencio para que Sharon se pusiera bien. No podía imaginarse ir a ver a Liz para decirle que la hija que le quedaba no había sobrevivido.

Otro alarido de sirenas le alertó de la llegada de la segunda ambulancia.

—¡Ah, no!

Miró a su alrededor buscando a su compañero.

—¡Garda Lei! Te dije que la cancelaras.

—Demasiado tarde —dijo él—. Tiene que verte un médico. Puede que tengas una conmoción cerebral y tendrán que ponerte puntos.

—No te basta con hacerte el superhéroe, ahora también eres médico. —Se preguntó de dónde había sacado tan rápido esa confianza. Lo prefería nervioso.

La ambulancia venía acompañada de dos coches patrulla.

Mierda, había llamado a la caballería.

Capítulo 65

Cormac O’Flaherty seguía cocinándose a fuego lento, o quizá a esas alturas ya hervía. «Que siga», pensó Lottie, que a su vez sentía cómo crecía el chichón en su cabeza. Habían contactado con el padre del chico y este estaba buscando a un abogado. La verdad es que tenía que darse caña con los interrogatorios. Hannah Byrne también estaba esperando. Dios, ni siquiera podía formar un pensamiento coherente, ¿cómo se las iba a arreglar para llevar a cabo interrogatorios cruciales?

Había escapado de los paramédicos con tan solo cinco suturas adhesivas cerrándole la herida de la cabeza, que tercamente se negaba a parar de sangrar. Le habían dicho que fuera a urgencias si se encontraba peor más tarde. Ni de coña. La palabra urgencias le recordó a Rose, y estaba a punto de llamar a Chloe para preguntarle cómo seguía cuando apareció el garda Lei.

—Ese chaval, Oscar, está en la sala de interrogatorios. Menudo chichón, ¿eh?

—Encuentra a sus padres, ¿quieres?

Habían pescado a dos miembros más de la banda. Todos afirmaban ser inocentes. Niñatos cabrones. Los rumores no eran pruebas, así que tendrían que soltarlos. Pero aún tenían al hermético Oscar. Lottie necesitaba algo de ventaja para hacer que abriera la boca, pero era incapaz de pensar con claridad debido al dolor agudo y palpitante en su cabeza.

Bajó a la sala de interrogatorios, todavía con miedo de encontrarse a la comisaria Farrell. A esas alturas parecía que ella también la estuviera evitando.

—¿Y mi McDonald’s? —El taciturno muchacho la miró furioso, con una expresión que deformaba sus rasgos juveniles en una mueca desagradable. ¿Dónde estaban los chavales que temían y respetaban a la autoridad?

—Eso era antes de que trataras de decapitarme con una cadena de bici.

—Se me puso en medio.

—Si me has golpeado con la misma cadena que usaste con Jake Flood, los forenses lo descubrirán. Estarás en un buen lío.

—No es la misma —masculló el chico.

La inspectora evitó manifestar ningún gesto de sorpresa y pasó al ataque.

—¿Por qué mataste a Jake?

—¿Qué? ¿Está colocada, señora?

—¿Te robó?

Silencio.

—Habla.

Solo el silbido de su respiración en el silencio.

—Si no fuiste tú, ¿quién fue?

Silencio otra vez.

—¿Viste cómo lo asesinaban?

El muchacho se echó atrás en la silla y contempló el techo. No iba a hablar. Aquello era inútil.

—¿Por qué atacaste a Sharon?

Oscar se movió tan deprisa que la silla se tambaleó hacia delante.

—No le he puesto la mano encima.

—Debes de haberlo hecho, porque tiene una herida muy muy fea. La han llevado al hospital. Es posible que muera. —Dios, cómo se odiaba a sí misma a veces, pero no tenía más remedio.

—No le he hecho nada, lo juro. —El miedo reemplazó a la arrogancia.

¿De qué tenía miedo?

—Puedes decírmelo, Oscar. Viste algo. Dime qué fue.

La mueca de desdén volvió a su rostro.

—Sin comentarios, poli de mierda.

Lottie echó la silla hacia atrás y una oleada de dolor le subió por los huesos.

—Voy a dejarte aquí para que te cuezas un rato hasta que lleguen tus padres. Y escúchame bien, niño, pienso acusarte de agresión y encerrarte. —Sintió una pizca de culpa por amenazarlo, pero a la mierda, nada más estaba funcionando.

El chico se encogió de hombros y forzó una sonrisa burlona.

—De todos modos, saldré en unas horas.

Y lo más molesto era que tenía razón.

—No cuentes con ello. Conozco a un juez que no soporta a los mocosos como tú.

—No he hecho nada.

—Las pruebas me dirán otra cosa.

—¿Qué pruebas? —Oscar se irguió.

—Del alijo que encontramos en casa de Jake.

—Ese hijo de puta asqueroso. Así que sí nos mangó.

Al fin lo había hecho hablar.

—¿Admites saber lo de las drogas?

El chico se quedó boquiabierto. Se dio cuenta de que había cometido un error. Entonces sacudió la cabeza.

—No sé de qué me está hablando.

—Sí que lo sabes.

—No soy yo el que debería estar aquí.

—Entonces ¿quién?

Se mordió la mejilla por dentro, como un niño, pero Lottie no iba a tragárselo.

—No puedo decírselo o acabaré como Jake. Lo juro por Dios.

—Dame algo, Oscar. Me debes una. —Se dio la vuelta y señaló la herida de la cabeza.

—Qué va, se me puso en medio.

Ahora le tocaba a ella esperar en silencio.

Al fin, el chico habló, moviendo nervioso los dedos, cogiendo y soltándose las manos.

—Todo es culpa de Jake. Es lo único que le diré. Ya está.

La inspectora se estrujó los sesos. Jake había escondido drogas en su habitación. Era un buen chico, pero se había mezclado con malas compañías después de la muerte de su padre. Era un joven boxeador que se preparaba para una pelea importante. También estaba el hecho de que había visto a Barney Reynolds, el entrenador, cerca de los barracones del ejército.

—¿Hay alguien conectado con el boxeo metido en todo esto?

Los ojos de Oscar se abrieron, su mandíbula se aflojó y se mordió la uña del pulgar. Entonces, el destello de miedo que había aparecido en su cara se borró.

—No dice más que chorradas, poli de mierda.

Lo dejó sentado en la habitación sofocante. Necesitaba paracetamol, o codeína, o un chupito de vodka. Ya que el último lo tenía vedado, se conformaría con las pastillas.

Capítulo 66

La comisaria Farrell estaba hablando con McKeown al final del pasillo. Lottie agachó la cabeza y se metió en la sala del caso. Estaba agotada y le dolía cada centímetro del cuerpo.

Lynch, con los brazos cruzados, estudiaba unas fotos nuevas en la pizarra.

—Estás hecha un asco, jefa.

—¿Tienes algún analgésico?

La detective hurgó en la bolsa de tela y sacó un blíster.

—¿Te vale paracetamol?

—Tendrá que bastar. —Lottie se tragó tres pastillas en seco y señaló la pizarra—. ¿Qué es todo esto?

—He intentado decírtelo antes.

Lottie se acercó más y estudió las fotos de abajo.

—Veamos. Esas son Lucy e Ivy. ¿Y estos no son Richie Harrison y Noel Glennon? ¿De dónde las has sacado?

—Gary me metió en el Finsta de Terry Starr. —Lynch dio unos golpecitos a la foto que había encima de las otras.

—¡Joder! —Lottie se apoyó contra la mesa y trató de comprender lo que veía—. No lo entiendo. —Sacudió la cabeza, aliviada al sentir que las pastillas comenzaban a hacerle efecto —. ¿Has localizado a Terry?

—No está en su piso de Dublín. Creo que podría estar en Ragmullin. Lo que no sé es dónde. He pedido que rastreen su coche y que comprueben las cámaras del peaje de la M4.

—¿Le has preguntado a Albert?

—Lo he intentado, pero los McAllister no están en el Hotel Brook.

—¿Qué? Todavía no pueden volver a casa, así que ¿dónde están?

—Ni idea. Lo siento.

—Joder, esto es un desastre. —Lottie pilló a Lynch mirándola con intensidad y se obligó a calmarse—. ¿Dónde podrían estar?

—Albert no está en su despacho y no han salido del país, lo he comprobado. Quizá hayan ido a cenar a alguna parte.

—Tal vez Terry se haya encontrado con ellos y… ¿Qué? ¿Ha pasado algo entre ellos? —El cerebro de Lottie se ahogaba en preguntas. Joder, aquello era un desastre.

—Si Albert pensó que Terry tuvo algo que ver con la muerte de Lucy… —Lynch caminó en círculos—. Si mató a su hija, quizá…

—Pero ¿por qué iba Terry a morder la mano que le da de comer? No tiene sentido. No hay móvil.

Lynch señaló una hoja pegada a la pizarra.

—Gary ha conseguido por fin dar en el clavo con el correo en el portátil de Lucy. Se envió desde una dirección en Ranelagh.

—Allí es donde vive Terry Starr.

—Sí. Fue listo, pero es obvio que no tanto como Gary. —Lynch parecía triunfante.

Lottie leyó el correo con renovado interés. «Reúnete conmigo en el Café Lagh, 19:00, sábado. Trae un camisón *sexy*».

—¿Y estamos seguros de que ese café no existe?

—Sí, podría ser un código.

—Si Terry le envió esto a Lucy, tenía que haber algo entre ellos. «Trae un camisón *sexy*». Joder.

—¿Pido una orden para registrar su casa?

Lottie acercó una silla y se sentó enfrente de la pizarra.

—Sí, pero primero pensémoslo bien. Terry y Lucy pasaron juntos un fin de semana en alguna parte. La casa de Lucy estaba disponible, pero no debían de sentirse seguros.

—El tío tiene treinta, ¿no? Lucy tenía diecisiete. Fuera lo que fuera lo que se traían entre manos, era un secreto. Algo me huele mal, aparte del hecho de que, si se acostaron, ella apenas tenía edad para consentir.

—Todo eso lo sé, pero, si tenían una relación, ¿qué motivos tendría Terry para matarla?

—¿Una riña de amantes?

—He tenido riñas, pero no voy dejando un reguero de sangre. Aquí hay algo más.

—¿Qué?

—Si lo supiera, no estaría aquí soltando ideas al tuntún. ¿Ha habido suerte con el tatuaje?

—Todavía no, pero quizá las iniciales eran TS, de Terry Starr.

—¿Tienes alguna prueba?

—No.

Lottie se inclinó hacia delante y cogió una de las fotos.

—Joder, Lynch, ¿esta es…?

—Sí, lo es. Traté de decírtelo.

La foto le tembló en la mano. No acababa de comprender lo que veía, aun así sintió ganas de vomitar.

—¿Dónde la tomaron?

—Primero pensé que podía ser una discoteca. Está envuelto en la penumbra, pero fíjate bien en el cuero y las costuras. Creo que la sacaron en un coche, uno grande.

Lottie estudió la foto con cuidado.

—¿Algún tipo de todoterreno ligero?

—Es posible.

—Dios santo. ¿Cuándo la sacaron?

—Ni idea. Se publicó en el Finsta de Terry hace una semana, pero podrían haberla hecho cualquier otro día.

Las dos mujeres se quedaron en silencio. Al fin Lottie expresó lo que le rondaba por la cabeza, con la esperanza de que Lynch tuviera alguna explicación lógica.

—¿Qué hacía Sharon Flood en un coche sentada en el regazo de Terry Starr?

—No lo sé, pero es posible que la respuesta deje al descubierto ese mundo secreto.

Señaló la foto de Noel Glennon y Richie Harrison.

—Glennon dijo que no conocía a Richie. Mintió. ¿Están todos metidos en el ajo? Sea lo que sea. ¿Alguna señal de Hannah o Cormac en las fotos?

—No que haya visto, de momento.

—Sigue investigando, y encuentra a Starr y a los McAllister.

—Sí, jefa.

—¿Has hablado con Ivy Jones sobre las fotos?

—Todavía no.

—¿Puedo quedarme el paracetamol?

—Mientras no te los tomes todos de golpe.

—Necesitaría algo más fuerte para quitarme el regusto asqueroso que todo esto me está dejando en la boca. Y, Maria, buen trabajo.

En la cafetería, Lottie pidió una Coca-Cola con azúcar. Había leído en alguna parte que iba bien para las migrañas. Necesitaría una caja entera para parar el tiovivo de confusión que daba vueltas sin control en su cabeza. De vuelta en la oficina, se topó con el garda Lei.

—He tenido una conversación, más bien un monólogo, con Oscar —dijo la inspectora—. ¿Has conseguido contactar con alguien de su familia?

—Por eso te buscaba. Su hermana está en la recepción. Es un poco contestona.

—Hablaré con ella.

—Vale. Genial. Gracias. Muy bien, inspectora. Bien.

Mientras se alejaba, abrió la lata y se bebió la mitad; Lei seguía hablando. Algo sobre la dirección de Oscar y su hermana. Lottie continuó andando, con la cabeza dándole vueltas.

En la recepción se encontró cara a cara con una Ivy Jones furiosa.

—¿En qué puedo ayudarte, Ivy?

—Puede soltar al delincuente de mi hermano, por ejemplo.

—¿Hermano? —La cosa empeoraba por momentos. ¿Era eso lo que había intentado decirle Lei? Mierda.

—Oscar Jones, el capullo de mi hermano. A mamá le va a dar algo si descubre que lo tienen aquí.

Al no encontrarle sentido a esta revelación, Lottie dijo:

—Ivy, ¿sabes por qué está aquí?

—No, y no me importa. Siempre se mete en problemas. Diga lo que diga, no me sorprenderá.

—Me golpeó con una cadena de bici y me tiró por las escaleras. Y sospecho que atacó a una

niña de diez años.

Ivy puso los ojos en blanco.

—Mierda, está fuera de control. Puede quedarse aquí. Dejaré que mamá venga a buscarlo. Lo despellejará vivo y…

—Es hora de que tengamos otra charla, Ivy.

Una pizca de incertidumbre asomó en los ojos de la chica.

—No puedo. Lo siento. Ya llego tarde.

—¿Algo más importante que tu hermano?

—Tengo una… una cita para hacerme la manicura y llegaré tarde si no me voy ya.

—¿Un domingo? No te entretendré mucho. Por aquí.

Lottie condujo a la chica reacia a través de la sala de entrevistas.

—¿Está ahí dentro? —preguntó Ivy.

—Sí. —Lottie abrió la puerta.

Ivy entró y se quedó de pie, con las manos en las caderas.

—Oscar, lo juro por Dios, eres imposible.

—Vete a la mierda.

—No puedo creer que atacaras a un detective y a una niña. Eres un caso perdido.

—Siéntate, Ivy —dijo Lottie enérgicamente. Necesitaba seguir. Todavía tenía que ponerse en contacto con el hospital para comprobar cómo estaba Sharon. Interrogar a Hannah y Cormac. Localizar a Terry Starr y a los McAllister. Además, tenía que visitar a su madre. Y le dolía todo el cuerpo.

Para su sorpresa, Ivy agarró una silla y se sentó. Se sorprendió aún más cuando Oscar empezó a sollozar. ¿Lágrimas de cocodrilo? Necesitaba determinar la dinámica entre hermano y hermana.

—Cállate, por el amor de Dios —le gruñó Ivy a su hermano—. Me estás haciendo quedar en ridículo.

Sin duda, Ivy era la que mandaba en la relación, pensó Lottie.

—Ivy, ¿qué sabes de Jake Flood?

—Nunca he oído hablar de él.

—Estaba en la fiesta de Lucy, trabajando en el bar.

—Oh, ese Jake.

—Sí, ese Jake. ¿Por qué estaba allí?

Ivy se encogió de hombros e hizo una mueca.

—Se lo debió de pedir Lucy.

—Lucy era tu mejor amiga. Estoy segura de que sabes algo más. —Lottie apoyó las manos en la mesa y miró fijamente a la chica a los ojos.

—Ten cuidado, Ivy —dijo Oscar—. Te hará decir cosas que no quieres decir.

—Cállate, imbécil —dijo Ivy.

—Que te den —respondió Oscar sin convicción.

El chico tenía miedo de su hermana.

Lottie preparó con rapidez su estrategia. El hermano de Ivy estaba metido en la misma banda que Jake, e Ivy era la mejor amiga de la chica asesinada. Tendría que lanzar un ataque basado en

sus sospechas y añadirle un toque de verdad.

—Ivy, creo que conocías a Jake Flood. Le dijiste a Lucy que trabajaría en el bar, ¿no es así? ¿Por qué lo querías allí? ¿Para que vendiera drogas a tus amigos? ¿Para matar a Lucy? ¿Para drogar a Hannah y hacerle cargar con la culpa cuando no pudiera recordar?

—¿Habla en serio? —Ivy hizo ademán de ponerse de pie.

—¡Siéntate!

—No puede obligarme. Oscar, nos vamos.

—Vosotros dos no vais a ninguna parte hasta que me contéis qué papel habéis jugado en los dos asesinatos.

—¿De qué habla? —Ivy se sentó, se arremangó y cruzó de brazos—. ¿Qué se ha metido?

Su expresión heló a Lottie. Por un segundo deseó haberse tomado algo más fuerte que un puñetero paracetamol.

—Ivy, sabías que Jake Flood estaba involucrado en la banda de tu hermano. Chicos en bicicleta abordando a otros chicos y repartiendo píldoras de colores como si fueran M&Ms. Seduciéndolos, enganchándolos, convirtiéndolos en adictos mientras alguien, quizá tú, se hacía rico. Estoy hablando de niños, Ivy. ¿Crees que eres una especie de capo?

Ivy la miró con desprecio y curvó la boca en una mueca fea.

—Está loca.

—¿Quién es tu proveedor?

—¿Proveedor? No tengo nada que ver con Jake Flood ni con este imbécil que tengo al lado.

—Zorra —murmuró Oscar.

Ivy le dio un golpe en el brazo.

—Cierra la boca.

Ahora que los tenía a ambos agitados, Lottie cambió el destinatario de sus preguntas.

—Oscar, podría ser tu cadena de bicicleta la que se utilizó para hacer daño a Jake. ¿Lo mataste?

El chico cerró la boca con fuerza y su hermana se le acercó y le susurró al oído. Una sonrisa fría apareció en los labios respingones de Ivy.

—No vamos a decirle nada más.

Unas manchitas negras bailaron frente a los ojos de Lottie. Realmente debería estar acompañada para entrevistar de forma oficial a estos dos. Necesitaba a sus padres.

—Volveré.

Salió a toda prisa de la sala y se apoyó en la puerta cerrada. Su cuerpo se estremeció mientras intentaba deshacerse de la sensación de que había algo malévolo en la sala de interrogatorios.

¿Provenía de uno de los hermanos?

¿O de ambos?

El garda Lei accedió a quedarse con los adolescentes y Lottie le pidió a la garda Brennan que encontrara a sus padres. No tenía sentido seguir hablando con ellos sin un adulto presente. Eso podía significar un abogado, pero podía soportarlo. Mejor no dejar pasar nada.

Estaba a punto de coger las llaves para pasarse por el hospital para visitar a Sharon y ver cómo estaba Rose cuando Gary le pidió que subiera a su oficina.

—Parece que hayas mantenido a un ejército entero con gaseosas y comida rápida, Gary.

—Eres una explotadora. Solo tengo tiempo para comer en mi mesa. —El técnico sonreía, así que no pasaba nada.

—¿Qué tienes para mí?

—El correo amenazante que recibió Albert McAllister, comentaste que estaba relacionado con drogas en el deporte, ¿verdad?

—Eso es lo que insinuó Albert.

Gary giró la pantalla, pero las cajas de comida para llevar amontonadas de cualquier manera por el suelo, alrededor del escritorio, no dejaban acercarse a Lottie. El hombre estaba trabajando en una pocilga.

—¿Me lo puedes imprimir?

—Claro.

Cogió la hoja de la impresora casi antes de que estuviera lista y la alisó sobre un escritorio cercano.

Albert:

Tienes tres semanas para hacer público tu fraude. Amañas combates y tus clientes se drogan. Tu engaño ya no puede continuar. En tres semanas tendrás que hacer público que amañas combates. Si te niegas, tu familia sufrirá las consecuencias. También quiero medio millón de euros.

Debes satisfacer ambas peticiones o hablaré. Cuando lo hayas hecho público, me pondré en contacto contigo para darte las instrucciones de pago.

Tres semanas antes de que todo explote.

Saludos cordiales,
Tu mala conciencia

Lottie se quedó mirando las palabras que tenía delante.

—¿Qué es esto? Dice claramente que su familia sufrirá. Ese capullo se piró a España y dejó que su hija se las arreglara sola. ¡Dios!

—No pinta bien.

—Y no dice nada de que tenga que hacer público el abuso de sustancias. Albert me mintió. ¿Puedes rastrear la dirección de correo, Gary?

—Está muy bien encriptada, parecido al del portátil de Lucy. Al final con ese lo conseguí.

—Eres un genio. Avísame, sea la hora que sea, cuando consigas dar con la dirección del de Albert. Sea la hora que sea.

—Por supuesto, inspectora.
Lottie agitó el correo impreso.
—Alguien no está diciendo la verdad.

Capítulo 67

De vuelta en el despacho, Lottie cogió el móvil para llamar a Chloe y preguntarle cómo seguía Rose, pero en lugar de eso se descubrió llamando a Boyd.

Sin darle tiempo a hablar, se lanzó a relatarle las últimas novedades sobre la muerte de Jake y el coche quemado, además de la herida de Sharon. Evitó decirle nada de su caída por las escaleras.

—Terry Starr debe de estar involucrado de alguna manera. Todavía no he descubierto cómo ni por qué. Estaba conectado con Jake a través del boxeo. Incluso podría haber estado utilizando a los chavales para que pasaran droga por él.

—No tienes pruebas y dudo que arruinara su reputación de esa manera —dijo Boyd—. No olvidemos que ayer estaba en Málaga, así que ¿cómo podría haber matado a Jake Flood?

—Todavía no sabemos la hora exacta de la muerte del chico, pero no hay duda de que lo mataron unas horas después que a Lucy. Eso descartaría a Terry, pero habría tenido tiempo de matar a Lucy y coger el primer avión.

—Y ¿cuál es su móvil?

—No lo sé, aunque hemos conseguido dar con una dirección de correo encriptada en el portátil de Lucy. Venía de un lugar en Ranelagh. Allí vive Terry. Es probable que pensara que era más seguro que llamar o enviar un mensaje. Tenían planeado encontrarse el fin de semana pasado. En el correo hay una dirección en código, al parecer una cafetería. Estoy esperando a que encontremos a Terry para interrogarlo. Albert también recibió un correo amenazador. Boyd, necesito que averigües lo que puedas sobre él desde allí.

—Aquí no tengo autoridad, pero existe una especie de conexión con la policía española y…

—Genial. Quiero saber qué hacían Terry Starr y los McAllister en España. Tiene que haber algo más para que Albert y Mary se hayan pasado tres semanas allí dejando a su hija sola. ¿Por qué harían eso con una amenaza pendiendo sobre la familia? No tiene sentido.

—Déjame pensar. —El detective se quedó callado un rato largo. Su respiración arrulló a Lottie y la envolvió en una especie de calma—. ¿Estás segura de que la amenaza del correo era real? —dijo al fin—. Tienes que interrogar a Albert.

—Eso si lo encuentro. Los McAllister no están en el hotel y no pueden entrar en su casa porque sigue siendo la escena de un crimen. Terry Starr está actualmente en paradero desconocido. Pero los encontraré. Mientras tanto, mira a ver qué puedes averiguar. ¿Por favor?

—Mañana vuelvo a casa. Estoy con Sergio y tengo que hacer las maletas y…

—Por favor, Boyd, ¿no puede cuidar alguien de Sergio unas horas? Estoy desesperada.

—Déjamelo a mí. Haré todo lo que pueda.

—Gracias. Me está entrando otra llamada. Tengo que irme. Te quiero.

—Oye, Lottie, espera. Tengo que decirte…

La inspectora colgó y respondió a la otra llamada.

—Inspectora, ¿puedes venir a casa de los McAllister?

—Dios, Gráinne, estoy hasta el cuello. Dímelo y ya está.

—De acuerdo. Estamos terminando de revisar la cabaña del jardín. Hemos encontrado un condón usado y el envoltorio metido detrás de los cojines de uno de los sofás de mimbre. Esperamos que el ADN del semen coincida con el de alguno de los sospechosos.

—Jane también ha encontrado restos en la pierna de Lucy. Por favor, que lo analicen lo antes posible.

—Así lo haremos.

—Gracias, Gráinne. —Lottie iba a colgar, pero la forense aún estaba hablando.

—Puede que dentro de un momento no estés tan agradecida. También te llamo por otro motivo.

Lottie se preparó para lo que estaba a punto de escuchar. No sabía cuánto más podía soportar.

—Adelante.

—La cuestión es que sospecho que el condón que hemos encontrado en la cabaña es parecido a los de la marca que hallamos en el bolsillo de la chaqueta de tu hijo. En el paquete faltaba uno.

—¿Cómo puedes estar segura de que era del paquete de Sean? —Lottie cerró los ojos. «Dios, por favor, que sea un error», imploró en silencio.

—No puedo estar segura —dijo Gráinne—, aunque si no lo es, entonces es una coincidencia muy extraña.

Lottie odiaba las coincidencias.

Colgó y apoyó la cabeza sobre el escritorio, la confusión hacía que le pitaran los oídos. ¿En qué diantres se había metido Sean?

La garda Brennan aún no había regresado con los padres de Oscar e Ivy. Lottie quería hablar con Sharon y ver a su madre, pero primero tenía que encontrar a Sean. Cogió las llaves y salió corriendo de la comisaría. Tenía que mirar a su hijo a los ojos cuando le hiciera la pregunta.

Frente a su casa, respiró un par de veces con rapidez. Al avanzar por el frío recibidor, solo la recibió el silencio. ¿Algo bueno, o sospechoso? A esas alturas estaba demasiado tensa como para que le importara.

—¿Sean? —Apoyó la cabeza contra el poste de la escalera.

No hubo respuesta. Probablemente tenía los auriculares pegados a la cabeza.

Después de echar un vistazo a la cocina y encontrarla hecha un desastre, con varios cuencos y una olla en el fregadero, abrió la puerta del salón. El sofá todavía estaba abierto con las

sábanas, las almohadas y el edredón.

Subió al piso de arriba y entró de golpe en la habitación de Sean. El chico estaba sentado de espaldas a la puerta. Una de las pantallas de ordenador mostraba una carrera de coches y los auriculares bloqueaban el sonido exterior. Lottie se los arrancó de la cabeza y giró la silla para que la mirara.

—¿Qué cojones? —El sobresalto se manifestó en la cara del muchacho, que se llevó una mano al corazón—. ¡Mamá! Me has asustado. Creí que era el asesino de Lucy que venía a por mí.

—Yo vengo a por ti, Sean Parker, y eso debería darte más miedo.

—¿Qué he hecho ahora?

Lottie soltó la silla, cruzó los brazos y enderezó los hombros doloridos, lista para atacar.

—Los condones que encontramos en el bolsillo de tu chaqueta: en la caja falta uno. ¿Cuándo lo usaste?

La cara del chico se tiñó de un rubor púrpura.

—No he tenido la… eh… oportunidad de usarlos… Mamá, me muero de vergüenza.

—En la caja falta un condón. Y escucha esto: mi brillante equipo forense lo ha encontrado, usado. Metido detrás de un cojín en la cabaña del jardín de Lucy. ¿No te parece raro? Necesito una explicación.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Eh… déjame pensar. Los compré hace tiempo. Me los metí en el bolsillo por si acaso conocía a alguien y…

Lottie sacudió la cabeza.

—¿Y conociste a alguien?

—No. —El chico tenía la cara encendida.

—¿Por qué falta un condón?

Sean bajó la cabeza y le dio vueltas al mando que tenía en la mano.

—Alguien me preguntó si podía prestarle uno.

—¿Quién te lo preguntó?

—Ah, mamá, ¿no puedes dejarlo ahí? No quiero meter a nadie en problemas.

Lottie le cogió la mano para que se quedara quieto de una vez.

—Escúchame, Sean, eres tú el que está en problemas. Tienes que decirme la verdad. —Le soltó la mano y caminó por la habitación desordenada, desesperándose ante el revoltijo de ropa sucia y zapatillas apestosas. ¿Cómo era posible que otros chicos se lavaran la ropa y su hijo no? Por otra parte, quizá los otros estaban tratando de esconder algo y él no.

—Se lo di a alguien en la fiesta. No voy a decirte a quién… No quiero ser un chivato.

—¡Me cago en todo! Eso es una prueba crucial. No voy a poder mantenerte al margen si no me dices a quién se lo diste.

—Es que la chica me dio pena.

Lottie cayó en la cuenta de que no se lo había dado a un chico.

—Ah, mierda. ¿Sabes con quién pensaba acostarse Lucy?

—¿Lucy? Estás confundida, mamá. No se lo di a Lucy.

Lottie miró fijamente a su hijo.
—Entonces, ¿a quién?
—Le di el condón a Hannah Byrne.

Capítulo 68

No tuvo tiempo de digerir o analizar la revelación de Sean porque escuchó que se abría la puerta principal. Bajó corriendo las escaleras con la esperanza de que su madre estuviera en casa, pero se topó con Katie, que llevaba una bolsa del Tesco en cada mano.

Su nieto agitaba un muñeco de acción, todavía en la caja.

—Mira, abu Lottie, tengo a Batman.

—Luego, Louis, te lo prometo. —Sonrió a su nieto antes de volverse hacia su hija.

—Creía que ibas a pedir comida.

—Chloe tiene tu tarjeta de crédito y sigue con la abuela en el hospital. Voy a meter al horno el pollo y las patatas que he comprado con mi dinero.

Lottie no estaba de humor para discutir, así que le dio un beso a su nieto y se fue corriendo al coche.

Antes de interrogar de nuevo a Hannah, tenía que llegar al hospital.

En Urgencias, Lottie encontró a Rose dormida en una silla de ruedas en el pasillo. Le habían puesto una vía, con el gotero sujeto al respaldo de la silla. Secuestró a una enfermera para que la pusiera al día, porque no veía a Chloe por ninguna parte.

—Su madre está deshidratada —le dijo la enfermera—. Le he puesto una vía para que recupere fluidos más rápido. El médico la ha evaluado y quiere ingresarla.

—¿Es la gripe veraniega? —preguntó Lottie con impotencia.

—Tiene fiebre y una infección de orina. Cuando hayamos terminado con los fluidos, haremos más pruebas. La ingresaremos en cuanto se libere una cama.

—Mi hija tendría que estar aquí. Esperaré.

—Por ahora no hay nada que pueda hacer. Pediré que alguien la llame cuando esté instalada en un pabellón. Sería conveniente que le traiga ropa de cama y artículos de aseo.

—Por supuesto. Gracias. —Al darse la vuelta, Lottie vio a Chloe acercándose con un café y un bocadillo en la mano.

—Solo me he ido cinco minutos —dijo la chica a la defensiva.

—Cuida de la abuela. Llámame cuando le den una cama, ¿vale?

—Claro. —Chloe dejó el café en el suelo, se inclinó y le dio un beso a su abuela en la frente.

Luego se sentó en el suelo y abrió el envoltorio de plástico del bocadillo.

Se fijó en que Lottie la miraba.

—¿Quieres la mitad?

—Me salvas la vida —dijo Lottie cogiendo el bocadillo. Antes de irse, se agachó y le dio un beso en la cabeza a Chloe.

—¿Y eso?

—Para demostrarte que te quiero.

—Vete, mamá. Te llamaré.

Un celador le dijo dónde podía encontrar a Sharon Flood. Lottie subió con el ascensor hasta la tercera planta y recorrió el estéril pasillo de hospital. Liz Flood estaba sentada en una silla frente a la UCI con una bebida en la mano.

Lottie se sentó a su lado.

—¿Cómo está?

Liz se mordió el labio unos segundos y dio un sorbo a su bebida. El olor le hizo recordar a Lottie que no le iría nada mal una buena dosis de cafeína. Debería haber cogido el café de Chloe.

—Dijo que iba a casa de una amiga. Pensé que estaba allí. Está muy mal. La están operando. —La mujer se giró en la silla y miró a Lottie—. Dicen que la han apuñalado. Es posible que le haya perforado el bazo. No saben qué otros daños puede haber sufrido, por eso la tienen que operar. Por favor, dígame que se pondrá bien. No puedo perder a Shaz como perdí a Jake y a su padre. No sobreviviré. De verdad, ¿cómo seguiría adelante?

—Lo siento mucho. Es un momento de mucha angustia para usted. Un compañero mío fue apuñalado hace unos años y está como si nada. Ahora mismo está en España tomando el sol. Los médicos harán todo lo posible para que Sharon recupere la salud.

—¿Ha encontrado al hijo de puta que le hizo daño a mi hija?

—Tenemos a alguien en la sala de interrogatorios.

—¿Es el mismo hijo de puta que mató a mi Jake?

—Aún es pronto para saberlo. Lo siento, Liz, ahora mismo no puedo decirle nada más.

—No lo sienta, joder, solo haga su trabajo y acúselo.

—Lo haré, lo prometo.

Liz volvió la cara y se quedó mirando fijamente la pared.

Lottie se tragó la incomodidad y decidió ser directa.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Dónde estaba la noche que Jake le cogió el coche para ir a la fiesta en casa de los McAllister?

—Vale, me ha pillado. No estaba trabajando, estaba con alguien. Lo conocí hace dos meses y he mantenido la relación en secreto. No quería disgustar a mis hijos. —Liz tenía la cara manchada de lágrimas—. Y ahora parece que los voy a perder a los dos. Esto es lo que me pasa por pasar página demasiado pronto después de la muerte de su padre. Me sentía sola. Quería un

hombro sobre el que llorar. Y mira, ahora ni siquiera está aquí. Debería haber pasado ese tiempo con Jake y Shaz y quizá todavía estarían bien. Esto es un castigo por mi egoísmo.

—No, no lo es, Liz. Tiene derecho a vivir su vida. No se sienta culpable. Le prometo que Sharon estará bien.

Las puertas se abrieron y una mujer vestida con bata azul se acercó.

—¿Señora Flood?

Liz dejó el vaso y se puso de pie con rapidez.

—Soy yo.

—Soy la doctora Rasheed. He estado en la operación de su hija. ¿Podemos hablar un momento en privado?

—Por favor, solo dígame que está bien.

La doctora se bajó la mascarilla y Lottie vio que la tristeza en sus ojos se extendía también a la boca. «Dios, no», rogó.

—Siéntese un momento, señora Flood —dijo la doctora Rasheed.

—Llámeme Liz. —La mujer se sentó, con el cuerpo rígido en la silla.

—¿Quiere que me marche? —preguntó Lottie.

Liz sacudió la cabeza y le tendió la mano. Lottie se la cogió.

—Por favor, quédese.

La doctora Rasheed se sentó en la silla contigua a la de Liz.

—La operación era muy compleja. Su hija había sufrido heridas internas. Ha perdido mucha sangre…

Lottie cerró los ojos. Sabía lo que venía a continuación y sintió lástima por la joven doctora que tenía que dar la mala noticia. El corazón se le rompió en mil pedazos por Liz.

—¿Está en recuperación? —preguntó Liz—. ¿Puedo verla?

—Lo lamento muchísimo. No hay manera fácil de decirlo… Su pequeña ha muerto hace unos minutos en la sala de operaciones. Ha entrado en paro cardíaco, no hemos podido reanimarla. De verdad que lo siento muchísimo.

Liz apretó con fuerza la mano de Lottie.

La inspectora miró un instante a la mujer destrozada y vio las lágrimas cayendo poco a poco por su rostro, una tras otra, como una procesión fúnebre.

La doctora continuó:

—Cuando hayamos terminado con el protocolo, podrá ver el cuerpo de su hija. —Se puso de pie, le dio un apretón afectuoso a Liz en el hombro y desapareció por las puertas dobles.

—¿Qué está pasando? —sollozó Liz—. No lo entiendo.

—¿Hay alguien a quien pueda llamar para que la acompañe? —preguntó Lottie.

—No tengo a nadie. A nadie en el mundo.

—¿Qué hay de su amigo? ¿Quiere que lo llame?

—No. No. Si no hubiera estado con él, quizá mis hijos seguirían vivos. Ya puede irse. Quiero estar sola. Por favor. Déjeme sola.

Lottie no quería abandonar a la mujer en medio de esa tragedia, pero ahora tenía otro asesinato que investigar. Se puso de pie y miró a su alrededor, distraída. ¿Qué hacer?

—Váyase de una vez —gritó Liz—. Y no vuelva a hacer promesas que no puede cumplir.

Capítulo 69

La estación de servicio frente al hospital tenía un letrero de café en la entrada. Aturdida, Lottie cruzó la calle hasta la tienda. Una vez que encontró la máquina de café, vertió el líquido negro en un vaso desechable. Le temblaban tanto las manos que no conseguía colocar bien la tapa de plástico.

El dependiente levantó el vaso con cara de aburrimiento y limpió el mostrador con un paño.

—Esa no es la tapa. Para el café grande, tapa grande.

¡Como si fuera estúpida!

—No importa —dijo ella mientras buscaba la tarjeta en el bolso y recordó que la llevaba en el bolsillo de los vaqueros. Al acercarla al datáfono, le llamó la atención la máquina expendedora de cigarrillos que había detrás del mostrador—. También me llevo un paquete de Silk Cut.

—Podría habérmelo dicho antes de que le cobrara el café.

—Deme los puñeteros cigarrillos. —Tenía las manos temblorosas y no sabía si estaba a punto de darle un puñetazo o echarse a llorar. No podía quitarse de la cabeza la muerte de Sharon.

—No hace falta ponerse a… —El hombre debió de captar la expresión angustiada en su rostro—. Lo siento, parece que no ha tenido un buen día.

—Si supiera… —A Lottie no le habría extrañado que el dependiente hubiera intentado indagar más; agradeció que no fuera así, porque habría sido capaz de tirarle el café por encima.

—¿Plateado, azul o violeta?

—¿Disculpe?

El hombre puso los ojos en blanco y soltó un suspiro de aburrimiento.

—Si los quiere fuertes o suaves.

—Fuertes. —«Para lo que me queda en el convento, me cago dentro». El dicho era de Rose. Debería estar con su madre, ¿verdad? No, Rose estaba mejor con Chloe, que tenía más paciencia.

Con los cigarrillos violeta sobre el mostrador, fue a pasar la tarjeta de nuevo cuando vio el precio en la pantallita.

—Creo que se ha equivocado —dijo.

—No me he equivocado. —El hombre esbozó una sonrisa torcida—. Señora, ¿cuánto hace

que no fuma?

Lottie pagó sin contestar. No se atrevió a mirar la cola de gente inquieta a sus espaldas mientras salía a toda prisa.

De nuevo en el coche, bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo. Inhaló la nicotina antes de sacudirse en un ataque de tos. Decidida, se obligó a dar otra calada. No alivió su desesperación. Los cigarrillos eran tan inútiles como un ungüento en una herida. Y lo cierto es que se sentía herida.

Debería haberse dado cuenta antes de que Sharon estaba malherida y haberla llevado corriendo al hospital. En vez de eso había hablado y hablado tratando de sonsacarle información a la pequeña. Aunque la muerte de Sharon no había sido directamente culpa suya, sabía que tenía parte de responsabilidad. Su falta de actuación era como darle a la comisaria Farrell otro motivo para cargar contra ella. Aunque ese era el menor de sus problemas.

Con las manos temblándole de rabia por su propia ineptitud, alargó una hacia el portavasos para coger el café.

—¡Me cago en Dios!

Se lo había dejado en la tienda.

Tiró el cigarrillo por la ventana y encendió el motor.

Regodearse en la autocompasión no iba a ayudarla a atrapar al asesino, o asesinos. Tenía que sumergirse en el trabajo.

La sala del caso se hundió en el silencio antes de estallar en preguntas horrorizadas cuando Lottie les dio la noticia de la muerte de Sharon Flood. A toda prisa repartió las nuevas tareas y convocó a los forenses para que examinaran el lugar donde la niña había sido atacada.

Hizo una pausa para tomar aliento y decidió pasarse por la cafetería para ver si podía conseguir algo para comer y otro café.

Vio a la comisaria Farrell acercándose por el pasillo, así que subió corriendo por las escaleras traseras. Tuvo la sensación de que alguien la seguía y se volvió de golpe. Kirby subía detrás de ella, resollando.

—Dios, jefa, tengo que apuntarme al gimnasio.

El detective rechoncho y sudoroso la desesperaba.

—Kirby, ambos sabemos que eso no va a pasar.

—Supongo que ahí tienes razón.

El aliento de Kirby olía a puro y Lottie tuvo ganas de fumarse otro cigarrillo.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó.

—Cormac O’Flaherty acaba de terminar de hablar con su abogado. ¿Estás en condiciones de interrogarlo?

—La sala de interrogatorios es un escondite tan bueno como cualquier otro.

Capítulo 70

Lottie entró en la sofocante habitación con las manos temblorosas por el subidón de nicotina y la falta de café. Aunque tenía el corazón destrozado, no podía permitir que la culpa por la muerte de la niña hiciera descarrilar toda la investigación.

El abogado, Brian Scally, un hombre flaco como un palo y sin pelo, estaba sentado junto a Cormac O'Flaherty. Scally tenía la cara arrugada como una ciruela pasa. El cuello de su camisa almidonada le devoraba el escuálido cuello. Como mínimo, tenía sesenta años. Un traje azul marino, brillante por el uso, le colgaba de los huesos. Daba golpecitos a un bloc de notas A4 forrado de cuero, con una pluma plateada. Podría haber sido una Montblanc cara, pero, a juzgar por el atuendo del hombre, Lottie concluyó, injustamente o no, que era más probable que se tratara de una imitación barata. Esa observación la ayudó a relajarse.

Mientras Kirby se ocupaba de las formalidades para la grabación, Lottie estudió a Cormac. El muchacho trataba de parecer despreocupado, estaba sentado con un pie en la silla y se abrazaba la rodilla con ambos brazos. Se había deshecho de la sudadera con capucha y la inspectora vio que llevaba una camiseta negra de manga corta a juego con los vaqueros rotos.

—Estoy lista, empecemos cuando quieras —dijo Lottie—. Estamos entrando en una fase significativa de la investigación, así que creo que es hora de que me digas la verdad.

—Ya le he dicho todo lo que sé.

—¿Estás seguro? Yo diría que has aderezado tu historia con algunas mentiras y has dejado algunas lagunas en tu versión de los hechos. La cuestión es, Cormac, que ahora tenemos un tercer asesinato entre manos.

—¿Un tercer crimen? —Los ojos de Scally sobresalían como pelotas de golf en su cara chupada.

—Una niña ha sido apuñalada hace unas horas. Ha muerto en la mesa de operaciones… —Lottie tuvo que callar un momento para controlar sus emociones. Miró el reloj en la pared, pero sabía muy bien cuánto tiempo llevaba muerta Sharon.

—No me pueden echar la culpa de eso, estaba aquí encerrado.

El abogado le dio un codazo y Cormac cerró la boca.

—¿Quieres saber quién ha muerto?

—¿Quién?

—Solo contesta «sin comentarios» —dijo Scally.

Lottie lo ignoró.

—Cormac, Sharon Flood ha sido asesinada.

Un destello en su mirada le indicó que reconocía el nombre, aunque el chico intentó contrarrestarlo diciendo:

—No la conozco. Sin comentarios. Eso es todo. Sin comentarios. —Bajó la pierna al suelo y se sentó sobre las manos. Lottie vio cómo le latía la vena del cuello. Mentiroso.

—Sharon era la hermana pequeña de Jake Flood. Tenía diez años.

Le pareció que el abogado palidecía, aunque la iluminación de la sala era una mierda, así que le costaba leerlo. De lo que no había duda era que Cormac se había quedado blanco como la tiza.

—No… no sé de qué me habla.

—Conocías a su hermano, Jake. El chico que te vendió las drogas en la fiesta de Lucy. ¿Ahora te acuerdas?

—¿Y qué? No hice nada malo. Uso recreativo.

—También sospechamos que a Hannah le dieron GHB. La droga de la violación.

—Primera noticia. —Cormac se mostraba indiferente, pero Lottie no se tragaba la farsa: le temblaban las manos.

—¿Hannah y tú os acostasteis esa noche?

—Sin comentarios, hijo —dijo el abogado.

Cormac se hurgó un grano de la frente, que sangró.

—Sin comentarios.

Lottie se inclinó más hacia delante.

—Escúchame, Cormac. Sharon Flood fue atacada en una habitación de los viejos barracones del ejército, la apuñalaron. Había ido ahí para hablar con la persona que había metido a Jake en la venta de drogas. Quería ayudar a su madre porque creía que esa gente iría a por ellas. —Lottie se tragó la pena y miró fijamente a Cormac hasta que el chico le devolvió la mirada—. Sharon fue una niña valiente. ¿Crees que puedes ser tan valiente como ella? ¿Puedes ser como Sharon y decir la verdad? ¿O eres un puñetero cobarde?

—Eso está de más —protestó Scally mientras golpeaba la mesa con el bolígrafo.

Lottie volvió a posar la mirada sobre Cormac, que seguía callado, y dijo:

—¿Eres un violador cobarde? ¿Es eso lo que no te atreves a decirme?

—¿Un v-violador? —El chico sacudió la cabeza con vehemencia.

—Dentro de un momento voy a interrogar a Hannah Byrne. Me han dicho que ha recuperado la memoria. —Una mentirijilla, pero qué importaba—. Estoy segura de que me dirá la verdad cuando sepa que una niña ha sido asesinada.

Lottie cogió la carpeta, dando la impresión de que el interrogatorio había terminado, y se puso de pie.

—Un momento. Espere —dijo Cormac, con la voz anormalmente aguda—. Se equivoca del todo. Hannah quería acostarse conmigo. Fue ella la que me arrastró al jardín y me metió en la cabaña, no al revés, y entonces nos… ya sabe… Fue consentido.

—¿Cómo puede consentir una chica a la que han drogado con GHB?

—Eso no lo sabía, y ella tenía un condón.

—Estoy segura de que muchas chicas llevan condones, eso no quiere decir que quieran

acostarse con cualquier vago que se crucen.

—¿Cuál es la pregunta, inspectora? —intervino Scally.

—Sin comentarios —dijo Cormac.

—Ya es tarde para eso —dijo Lottie y se sentó—. Dime qué fue lo que pasó de verdad en la fiesta de Lucy McAllister.

Sin mirar a su abogado, el chico empezó a cantar.

—Mire, yo no soy nadie, no tengo nada. Hago de jardinero en la escuela y en casa de Lucy, y lo llamo paisajismo para ganar un poco más. Eso es todo. Entré… entré en pánico cuando se presentó ayer en mi casa haciendo preguntas. Maquillé un poquito la verdad. Estaba aterrorizado.

El abogado dejó el boli y se cruzó de brazos como diciendo: «Has cavado tu propia tumba, hijo».

—Continúa —dijo Lottie.

—Tiene que creerme, diga lo que diga Hannah, yo no la obligué, pero no me di cuenta de lo ida que estaba. Al menos, no en ese momento. Después, los dos nos quedamos dormidos en la cabaña. Algo me despertó. Me pareció que era el motor de un coche, como un coche viejo con el tubo de escape jodido. Bueno, lo que fuera, entonces desperté a Hannah. Estaba aturdida y no podía articular palabra. Intenté vestirla, me puse los vaqueros y busqué mi camiseta. Solo quería ir a casa a dormir.

—Pero no te fuiste a casa, ¿no?

—No.

—¿Qué hiciste? —Lottie esperaba que estuviera a punto de admitir haber asesinado a Lucy McAllister. Mantuvo los dedos cruzados bajo la mesa.

—La fiesta parecía haber terminado, aunque todas las luces seguían encendidas. Llevé a Hannah a mi coche, pero empezó a ponerse como loca. Gritaba algo de que le faltaba la mochila y que su madre le iba a montar un pollo cuando viera cómo iba vestida. Se comportaba de una manera completamente… ¿Cuál es la palabra?

—¿Irracional?

—Sí. Comenzó a golpearme. Yo todavía iba sin camiseta, fue entonces cuando me hizo la mayoría de los arañazos. Y mira que me la puse rápido.

—¿Qué hiciste a continuación?

—Tiene que entender cómo estaba Hannah en ese momento. Parecía que tuviera un millón de euros en la puta mochila. Nada de lo que le decía podía hacer que parara de llorar o que se marchase sin ella. Así que volvimos a la casa. Vino conmigo porque yo no tenía ni idea de cómo era la mochila o dónde la había dejado. No paraba de balbucear cosas absurdas, pero supuse que la habría dejado en el piso de arriba, así que subimos. La encontramos en una de las habitaciones y volvimos a bajar. Entonces… entonces fue cuando vi la sangre en el salón. La puerta del jardín rota. Dios.

—Bebe un poco de agua.

El chico sacudió la cabeza. El abogado se le acercó para susurrarle algo al oído, pero él lo apartó.

—Sabía que había pasado algo malo. No había rastro de Lucy. Dije que teníamos que buscarla, por si estaba herida u otra persona lo estaba. Dejé la mochila de Hannah en el sofá y

volvimos a subir. Fue entonces… cuando encontramos a Lucy. —Cogió el vaso de agua y se lo bebió de un trago.

Lottie tenía preguntas, pero podían esperar.

Cormac aplastó el vaso con los dedos.

—Estaba cubierta de sangre. Estaba muerta. Fue espantoso. Nunca había visto a un muerto y estaba seguro de que iba a vomitar. No la matamos nosotros, esa es la verdad. Hannah se puso como loca otra vez. Comenzó a llorar a gritos, casi se cae encima del cuerpo. La aparté, pero tenía sangre en las manos y entonces yo también me manché.

Joder, estaba a punto de llorar. Lottie veía las lágrimas acumulándose en sus ojos. «Todavía no, chaval». Necesitaba toda la historia antes de que se derrumbara.

—Lo estás haciendo muy bien, Cormac. ¿Qué pasó entonces?

—Me llevé a Hannah al piso de abajo, le hablaba todo el tiempo, intentando calmarla y no mancharlo todo de sangre. La metí en el salón para coger la mochila de donde la había dejado. Quería largarme de la casa. Me chilló pidiéndome que le limpiara la sangre de las manos. Fuimos al baño de abajo y nos limpié lo más rápido que pude. La toalla estaba manchada de sangre, así que la metí en su mochila y nos fuimos.

—¿Viste u oíste a alguien más?

—Creo que no había nadie más en la casa, pero no lo sé.

Lottie inspiró aliviada, Sean estaba a salvo.

—¿Por qué mentiste en vez de decir que habíais encontrado el cuerpo de Lucy?

—Estaba aterrorizado. No hicimos un pacto ni nada por el estilo. Solo creo de verdad que Hannah no se acuerda. Yo me tomé la misma pastilla que ella y estaba bien, así que quizá alguien le puso algo en la bebida. No me extrañaría que hubiera sido Jake. La estuvo mirando toda la noche. —Hizo una pausa—. ¿Puedo irme ya a casa?

Scally, el abogado, pareció recuperar el habla.

—Mi cliente está preparado para firmar una declaración confirmando lo que le ha dicho. No ha cometido ningún crimen, así que le pido que lo suelte.

—Si lo que ha dicho resulta ser cierto, entonces…

—Es cierto, todo es cierto —gritó Cormac.

Lottie siguió mirando al abogado.

—Alteró la escena de un crimen. Se marchó de dicha escena. No denunció el crimen ni el descubrimiento de un cuerpo. Ha corrompido el curso de la justicia. —Se estremeció al pensar que Sean era culpable de los mismos crímenes.

—Esas son infracciones menores que no justifican que permanezca encarcelado en este momento.

—Cuando tengamos la declaración firmada, será la comisaria Farrell quien tome la decisión.

—Su padre está trabajando sin descanso con el ejército para que le permitan volver a casa por razones personales.

—Cormac no está muerto. —Lottie no pudo contenerse.

El chico se desplomó en la silla.

—Ah, tío, si mi padre tiene que volver a casa, pronto lo estaré.

—Tu padre está preocupado por ti, Cormac —dijo Scally—. Lo he organizado para que lo llames cuando salgas de aquí.

—Seguro que me mata.
—Le resultará difícil, teniendo en cuenta que sigue en Siria —dijo Lottie.
—Eso no tiene gracia —le respondió Cormac—. ¿Qué tengo que firmar?

Capítulo 71

Hannah Byrne estaba sentada en la sala de interrogatorios más vieja de la comisaría con su abogada. Era un poco precipitado, pero Lottie quería quitárselo de encima.

—¿Dónde está Babs? —preguntó.

—La madre de Hannah tiene un hijo de dos años del que ocuparse. ¿Puedo preguntar por qué están reteniendo a mi cliente? —La abogada parecía casi tan joven como Hannah. Llevaba el pelo recogido en un moño, con dos rizos decorándole las orejas. El maquillaje hacía que su cara pareciera suave como la cera. Tenía los ojos tan brillantes como la chaqueta azul cielo que llevaba sobre una blusa de seda color crema.

Lottie se miró la camiseta desgastada y los vaqueros mugrientos. Necesitaba ducharse y cambiarse de ropa. Seguramente, todavía tenía sangre en el cuello. Para contrarrestar la vergüenza que le producía su aspecto, estudió la hoja de papel que Kirby le había dado antes de entrar en la sala en busca del nombre de la abogada. Cassie Ballesty.

—Señorita Ballesty, estoy trabajando sin descanso en la investigación de tres asesinatos. Estaba lista para interrogar a Hannah hace un rato, pero su madre quería un abogado. Ahora que está aquí, ¿qué tiene que decir Hannah?

Ballesty susurró algo en el oído de Hannah. A Lottie le latía la cabeza, necesitaba más analgésicos para poder concentrarse y hacerse una idea global. Si Hannah y Cormac eran inocentes del asesinato de Lucy, ¿cuál de los otros sospechosos tenía un móvil? ¿Había más de un asesino? Tenía tres víctimas y no había arrestado a nadie. Sacó el móvil de los vaqueros y comprobó si Boyd había llamado. Nada de él, pero tenía un mensaje de Lynch. La comisaria Farrell estaba que trinaba.

—Mi cliente no tiene nada más que decir.

—¿El sexo con Cormac fue consentido, Hannah? —se lanzó Lottie, ignorando el grito de asombro de Ballesty.

—¿Cómo? —Hannah tragó saliva.

—¿Qué tiene que ver eso con el asesinato? —dijo Ballesty. Le dio un codazo a Hannah—. Responde «sin comentarios».

—No, no —gritó Hannah, inclinándose hacia Lottie con las palmas extendidas en una súplica—. ¿De qué habla?

Lottie ladeó la cabeza con expresión compasiva.

—Hannah, sabemos que tuviste un encuentro sexual con Cormac O'Flaherty en la fatídica fiesta. Te estoy preguntando si fue consentido.

—No lo entiendo. —Hannah se volvió hacia su abogada—. ¿Qué dice? Yo no me he acostado con nadie.

—¿Qué bebiste en la fiesta? —preguntó Lottie.

—Creo que una Coca-Cola. Sigo sin entender…

—¿Quién te la sirvió?

—El chico por el que me ha preguntado antes, Jake. Por favor, ¿Cormac se acostó conmigo?

Lottie siguió insistiendo.

—¿Conocías a Jake Flood antes de esa noche?

—No, no lo había visto nunca.

—¿Conocías a Sharon Flood?

—¿Quién?

—La hermana pequeña de Jake.

—Tiene que creerme, no había oído hablar de ellos.

—¿Cuándo cogiste tu mochila?

—¿Qué? Me está confundiendo.

—Es una pregunta sencilla. ¿Cuándo cogiste tu mochila de casa de Lucy McAllister? —No podía decirlo más claro.

Hannah sacudió la cabeza.

—No me acuerdo.

—Cormac dice que os despertasteis juntos en la cabaña del jardín y que te acompañó a su coche para llevarte a casa, pero que te pusiste histérica pidiendo a gritos tu mochila. ¿Recuerdas algo de eso?

—No. Lo juro.

Lottie la creía.

—¿Por qué piensas que Lucy hizo circular esa foto tuya medio desnuda?

Ballesty intervino:

—Inspectora, me han puesto al corriente de los interrogatorios previos. Considero que ese asunto ya se ha discutido lo suficiente.

—Puede que esa sea su opinión, señorita Ballesty, pero yo sé que no se ha resuelto lo suficiente.

—¿Cuál es el objetivo de su pregunta?

—La foto es un móvil para asesinar a Lucy.

Hannah golpeó la mesa mientras las lágrimas le rodaban por la cara.

—¿Por qué iba a asesinar a Lucy por esa foto? No es la primera vez que me lo hacía.

Lottie miró a Kirby y de nuevo a Hannah.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No me gusta pensar en ello. Fue horrible, pero nunca mataría a nadie por una foto estúpida.

—¿Dónde sacaron las otras fotos?

—La mayoría en los vestuarios del instituto y en las duchas del campo de atletismo.

—¿Estás segura de que fue Lucy quien las sacó?

—Supuse que había sido ella porque se las mandó a todo el mundo.

—Pero fuiste a su fiesta. ¿Por qué?

Hannah hizo una pausa.

—Supongo que quería que su grupo me aceptara. Quizá estaba harta de estar sola; o quizá solo quería salir una noche. ¿Cómo voy a saber por qué fui? Pero me arrepiento de haber puesto un pie en esa casa.

—¿Habías estado allí alguna vez antes de la noche del viernes?

—No.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—¿Cuánto conocías a Cormac O'Flaherty? —Lottie esperaba que las preguntas rápidas y el cambio de dirección hicieran que a Hannah se le escapase algo.

—Solo lo había visto por ahí.

—Y, aun así, te acostaste con él.

—No lo hice. Si lo hice, no me acuerdo.

—Llevaste un condón a la cabaña.

—¡No es verdad! Imposible.

Mierda, ahora tenía que implicar a Sean. «Cuidado», se advirtió a sí misma.

—Tengo un testigo que afirma que le pediste un condón y que te lo dio.

—Yo nunca… ¿De quién habla?

Ballesty se metió en el juego.

—Eso, inspectora, ¿quién es el testigo?

—Ahora eso no importa, pero creo lo que me ha dicho esa persona.

Hannah sacudía la cabeza despacio, tocándose la sien con los dedos.

—Creo… creo que lo hice, sabe.

—¿Qué hiciste? —preguntó Lottie.

—Estaba enfadada con Lucy y diría que le pregunté a un chico si tenía condones. —Hannah apretó con fuerza los ojos, como visualizando un recuerdo—. Me dio uno y me lo metí en el bolsillo de la falda. —Levantó la vista y miró a Lottie—. Ahora me acuerdo. Me lo dio Sean Parker. Su hijo.

Lottie se retorció en la silla.

—¿Cómo es que te acuerdas de eso, pero de nada más?

—No lo sé, pero debieron de ponerme algo en la bebida después. Por eso no recuerdo nada de lo que pasó luego.

Ballesty enderezó los hombros.

—Inspectora, si su hijo está involucrado en esta investigación, tenemos un claro conflicto de intereses. Debe apartarse de la investigación. Solicito reunirme con la comisaria Farrell ¡de inmediato!

—Oh, búscate una vida —masculló Lottie.

—¿Disculpe?

—No tengo ningún conflicto de intereses. Mi hijo ha hecho su declaración. Cormac

O’Flaherty ha hecho la suya. Solo necesito la de Hannah. Tengo pruebas que la vinculan al asesinato de Lucy.

—¿Qué pruebas? —Ahora Ballesty había abandonado su fachada remilgada y parecía un *rottweiler* que mostraba los dientes.

Lottie explicó lo de la sangre en las manos de Hannah y la toalla manchada de sangre en su mochila. Era muy consciente de que, si Cormac decía la verdad, las pruebas no tenían ningún valor, pero eso se lo guardó para sí misma.

—Eso no demuestra que mi cliente cometiera el asesinato.

Lottie ignoró a la abogada.

—Hannah, ¿por qué crees que Lucy te hacía fotos para meterse contigo?

—Porque podía.

—¿Estás segura de que era Lucy? ¿Dirías que había alguien más involucrado?

—No tengo pruebas de que fuera ella. Cuando me envió esa foto por accidente en la fiesta, resultó evidente que también era ella la de las otras. Pero tiene que creerme, no la maté, digan lo que digan sus pruebas.

—Sinceramente, no creo que lo hicieras, Hannah —admitió Lottie en voz baja—. Pero necesito tu ayuda para entender quién tenía un móvil. Has mencionado que algunas de las fotos te las sacaron en las duchas de la pista de atletismo. ¿Por qué iba Lucy a estar ahí?

—Siempre estaba con Ivy, e Ivy estaba colgada del señor Glennon, mi entrenador de atletismo.

«¡Ivy!», pensó Lottie. ¿Era ella la clave para aclarar aquel misterio? Recapituló con rapidez sobre lo que tenía hasta el momento.

Oscar, el hermano de Ivy, estaba en el mismo lugar que Sharon Flood cuando habían encontrado a la niña apuñalada. Al parecer, Jake Flood vendía drogas con la banda de Oscar. Terry Starr y el padre de Lucy financiaban el club al que Jake había pertenecido. Su entrenador, Barney Reynolds, había aparecido en los barracones. ¿Había estado allí antes, cuando apuñalaron a Sharon? ¿Podría haber matado a la niña? La hija de Barney, Brontë, estaba casada con Richie Harrison, el DJ de la fiesta de Lucy.

¿Qué le faltaba? ¿Cuál era el móvil de los asesinatos? ¿Quiénes eran las marionetas y quién el titiritero que movía los hilos?

—¿Inspectora? —la interrumpió Ballesty—. ¿Qué más necesita de mi cliente antes de soltarla?

Lottie se sacudió para salir de sus cavilaciones.

—Hannah, creo que te drogaron por una razón. Necesito tu ayuda para entender por qué, y quién estuvo detrás.

—Pero no recuerdo nada.

—¿Sabes si Lucy tenía una relación?

—Quizá. Sé que el fin de semana pasado estuvo fuera.

—¿Cómo sabes eso? —Lottie se irguió en la silla. Al fin alguien que podía arrojar algo de luz sobre el fin de semana misterioso de Lucy.

—Llegó tarde al examen del lunes. La oí decirle al supervisor que había perdido el primer tren desde Dublín. Supuse que había pasado el fin de semana fuera.

—¿Conoces a Terry Starr?

—¿El boxeador?

—Sí.

—He oído hablar de él.

—¿Hablaba Lucy de él alguna vez?

—Yo no era amiga suya, pregúntele a Ivy.

—Lo haré. Lucy tenía un tatuaje. ¿Lo viste alguna vez?

—No.

Lottie se rascó la parte de atrás de la cabeza, pensativa.

—¡Au!

—¿Estás bien? —dijo Kirby, levantando la cabeza. Había estado tomando notas. ¿O quizá durmiendo?

—Lo siento, me he rascado. Ahora está sangrando otra vez. —Se puso de pie, salió como pudo de detrás de la mesa y fue hacia la puerta—. Dadme un momento.

—No tarde mucho —dijo Ballesty—. Si no va a acusar a mi cliente, pienso sacarla de aquí.

Sin responder, Lottie se marchó al son de Kirby anunciando, para la grabación, su partida.

Capítulo 72

Después de ponerse unas tiritas en el corte de la cabeza, Lottie comentó los interrogatorios de Cormac y Hannah con Kirby y decidió soltarlos hasta que tuviera pruebas que no pudieran ser desacreditadas por cualquier abogado un poco espabilado. Cuantas más vueltas le daba, más sentía que eran inocentes. ¿Les habían tendido una trampa?

Cogió a Lynch por banda.

—¿Dónde está Oscar Jones?

—Lo hemos soltado. Todavía no tenemos pruebas que demuestren que apuñaló a Sharon Flood, a menos que encontremos su ADN en el cuerpo o el arma del crimen. Los forenses están en la escena.

—¡Me atacó! —Lottie trató de contener su creciente frustración. Todo en ese caso la estaba haciendo caer en una espiral que la mareaba cada vez más.

—Tienes que hacer una declaración oficial. Oscar es menor de edad. Debemos tener cuidado con cómo lo manejamos.

—Ya. —Lottie exhaló de forma ruidosa—. Tenía una cadena de bicicleta. ¿Está en el laboratorio forense? Puede que fuera la que utilizaron para apalear a Jake.

—La hemos enviado para que la examinen.

—Vale. Quiero volver a interrogar a Oscar e Ivy. Comprueba si están en casa y envía un coche. ¿Alguna señal de Terry Starr o los McAllister?

—El Range Rover de Starr pasó por el puente del peaje esta mañana. También he comprobado con el gerente del Hotel Brook las cámaras y muestran a los McAllister saliendo con un hombre que encaja con la descripción de Starr. McKeown los está buscando en cualquier circuito cerrado de TV que pueda conseguir.

—Ragmullin es una ciudad pequeña. Encuéntralos.

—Pero las cámaras de seguridad son una porquería. ¿Sabes que todavía te sangra la herida? Puede que necesites puntos.

—Me pondré un gorro.

—Ya, claro. —Lynch se alejó riéndose.

En el piso de abajo, Lottie encontró una camiseta arrugada en el suelo de su taquilla. No olía demasiado mal y al menos no estaba manchada de sangre. Se limpió la herida lo mejor que pudo con agua que goteaba de un grifo, chillando porque escocía una barbaridad, luego estiró la

camiseta, se la puso y subió las escaleras como un rayo. Se topó de lleno con la comisaria. «¡Oh, mierda!».

—Ah, comisaria Farrell, aquí está. La estaba buscando.

—Sí, aquí estoy. ¿Me has estado evitando?

—Para nada, solo que estaba muy ocupada. De hecho, voy de camino a interrogar a otro sospechoso. Me pasaré por su despacho más tarde. —Intentó esquivarla, sin embargo, la comisaria la agarró del brazo.

—No tan deprisa. Te pedí un informe sobre la relación de tu hijo con el caso McAllister. Te dije que, si no me dabas una respuesta sincera, estarías fuera del caso.

—¿De verdad? Dios, no…

—No te hagas la inocente. Puede que esa estrategia funcionara con mis predecesores, pero yo no me lo trago. A mi despacho.

—Por favor, deme media hora. Casi he resuelto los asesinatos. —Lottie esperó que no se le notara en la cara que mentía. No tenía ni idea de cuánto tiempo necesitaba, pero quizá Farrell le daría media hora. Y ya había roto una promesa hoy, otra más no supondría mucha diferencia.

—No tienes la menor intención de presentarte en mi despacho dentro de treinta minutos. Quiero… ¿Eso es sangre?

—Mierda, sí. Me han pegado con una cadena de bici. Será mejor que vaya a urgencias a que me pongan puntos antes de que me desmaye.

Farrell sacudió la cabeza, derrotada.

—Hazlo, y luego a mi despacho.

—Por supuesto. Gracias.

Lottie esquivó a la comisaria y subió las escaleras de dos en dos, tan deprisa que casi se cae. Era su última oportunidad de hacerlo bien. Tenía que aprovechar la oportunidad.

Justo cuando escapaba, McKeown la llamó y tuvo que volver.

—Nos ha tocado el gordo con las cámaras de seguridad. Hemos comprobado las grabaciones de la noche del asesinato de Lucy cerca de las casas de algunos de nuestros principales sospechosos. Tienes que ver esto.

Lottie agarró la imagen y sonrió. ¡Al fin!

—Eres el mejor. Gracias.

Fuera, Lynch la esperaba con el motor encendido.

—¿Tienes la dirección? —Lottie se metió de golpe en el asiento del copiloto.

—Sí, pero se te ha olvidado el gorro.

—Tú conduce el maldito coche, Lynch.

La casa de los Jones destacaba entre las demás como si hubiera caído del cielo y aterrizado entre viviendas comunes. «Es como el castillo de un lord en medio de las cabañas de los plebeyos», pensó Lottie. El césped pulcramente recortado estaba bordeado por una entrada para coches de gravilla, con un todoterreno ligero BMW estacionado frente a la puerta. Lynch aparcó detrás.

Unas columnas blancas palaciegas montaban guardia a ambos lados de la puerta roja y una monstruosa ventana sobresalía a la derecha, incrementando la excesiva magnificencia del

conjunto. Lottie se preguntó si la decoración interior sería similar; de ser así, tendría que ponerse las gafas de sol para protegerse la vista al entrar.

—Sobre gustos no hay nada escrito —dijo Lynch.

—Pues alguien debería escribir un par de cosas. —A Lottie le dolieron los huesos al salir del coche—. Oye, si nos ofrecen té y galletas, les decimos que sí. Tengo un hambre que me muero.

—Sí, claro. —Lynch parecía desconcertada—. ¿Dónde está el timbre?

—Llama a la puerta.

Lynch hizo lo que le pidió. Después de treinta segundos, se abrió.

—¿Y ahora qué quieren? —Ivy Jones tenía un pastelito en una mano y una botella de pintaúñas en la otra. Iba vestida con unos vaqueros blancos cortados y una camisa roja larga que era al menos dos tallas más grande. Iba descalza y solo tenía pintadas las uñas de un pie.

—Queríamos hablar un momento. —Lottie entró esquivando a la adolescente—. Menuda casa.

—Es asquerosa —dijo Ivy—, pero a mamá le encanta. ¿Por qué pasan sin que nadie las haya invitado?

—Queríamos tener una charla contigo y con tu hermano, con tus padres presentes.

—No tengo nada que decirles. Papá no está. Deberían marcharse.

—Todavía tienes mucho que contarnos, Ivy. Y tu hermano está a punto de ser acusado de atacar a un oficial superior de la Garda Síochána. Esperaremos aquí mientras vas a buscar a tu madre.

—¡Mamá! —Ivy se alejó pisando fuerte, haciendo ruido con los pies descalzos sobre el mármol. Desapareció por la puerta al final del pasillo y cerró de un portazo.

—No parece alegrarse mucho de vernos —dijo Lynch.

Lottie miraba fijamente el suelo.

—¿Esto es mármol?

—Es lo bastante frío para serlo.

Lottie recorrió el recibidor con la mirada, sintiendo que exudaba una energía de falsa riqueza. Quizá los Jones trataban de ser algo que no eran. La amplia escalera llevaba a un rellano, o quizá debería llamarlo *mezzanine*. Una araña de cristal, que a lo mejor era de plástico, colgaba baja y arrojaba arcoíris distorsionados sobre el papel rosa de las paredes.

La puerta al final del pasillo se abrió y una mujer bajita con una sonrisa rechoncha se acercó a ellos, secándose las manos con una toalla. Iba vestida con unos pantalones cortos de fútbol y un jersey bermellón con el escudo de un equipo local. En los pies llevaba unas pantuflas marca UGG.

—Rita Jones, inspectora. —Tenía la mano suave y todavía húmeda cuando estrechó la de Lottie—. Siento no haber podido ir ayer por la mañana a la comisaría con Ivy. No podía dejar colgado al equipo. Para mi desgracia, soy árbitro titulada.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar, Rita? —La mujer bajita y simpática había descolocado por completo a Lottie—. Querríamos tener una charla con Ivy y Oscar.

—¿Qué ha hecho Oscar esta vez? Vengan.

Las condujo a la sala con el ventanal obsceno. Estaba abarrotada de muebles y el suelo era de mármol.

—Juro por Dios —dijo levantando una manta del sofá y doblándola sobre el brazo— que ese

chico acabará conmigo. Hago todo lo posible para mantenerlo en el buen camino, pero no tengo ojos en la nuca, ¿verdad?

Lottie estaba a punto de darle la razón, pero Rita estaba a tope.

—Qué triste lo de la pobre Lucy, ¿no creen? Ivy y ella eran uña y carne. Una terrible tragedia. ¿A dónde va a ir a parar este mundo? Siéntense y prepararé un té. ¿O prefieren café? Jim, mi marido, ha instalado uno de esos aparatos más modernos, pero yo digo que no hay nada mejor que un hervidor, una bolsita de té y una taza bien grande.

Lottie se sentó en uno de los sillones de cuero rojo, se sentía agotada por la cháchara de Rita. Si el té iba a ser un problema, no le hacía falta.

—Estamos bien, gracias. ¿Su marido se encuentra en casa?

—Hasta hace un rato, pero se ha ido a entrenar a los alevines de *hurling.* Ambos somos unos forofos del deporte. Pero nuestros hijos… en fin.

—¿Puede llamarlos?

—Sin problema. —Rita fue hasta la puerta y gritó al recibidor—: ¡Ivy! ¡Oscar! ¡Venid aquí! —Volvió a entrar en la sala—. ¿Tiene hijos, inspectora?

—Tengo tres.

—Es una gran responsabilidad, ¿no cree? —Se volvió hacia Lynch—. Usted parece demasiado joven para ser madre.

Lynch se salvó cuando la puerta se abrió hacia dentro y golpeó contra la pared.

Oscar entró, con rostro taciturno y pisando fuerte, seguido de Ivy, que todavía sostenía el esmalte de uñas, pero ya se había terminado el pastelito. Se dejaron caer en el sofá. Ivy cruzó los brazos.

Lottie miró cómo el chico se arrancaba la piel del pulgar izquierdo. Ivy estaba llena de fanfarronería, pero su hermano parecía nervioso.

—Oscar, ¿sabes que te vamos a acusar por atacarme? —Lottie se tocó la parte de atrás de la cabeza y no se sorprendió cuando vio que tenía sangre en los dedos.

Rita, de pie de espaldas a la chimenea, pareció volverse más alta por la indignación.

—¿Quiere decir… la sangre… en su cabeza? Imposible. Puede que mi hijo sea un poco travieso, pero nunca haría algo así.

—¿Un poco? —resopló Ivy.

—El hecho es —dijo Lottie— que su hijo me ha atacado hace unas horas.

Una máscara severa cayó sobre el rostro alegre de Rita.

—¿Qué pruebas tiene?

—Estaba allí. Oscar estaba allí. Y un compañero mío también estaba presente.

—Él estaba fuera —masculló Oscar—. Mírame las muñecas. No tenía derecho a atarme.

Los ojos de Rita se helaron y su cuerpo se puso rígido.

—Esta conversación ha terminado.

—También tenemos que hablar con Ivy sobre Lucy —dijo Lynch con calma—. No hay nada de lo que preocuparse.

—Siempre y cuando no acusen de nada a mi hija. —Rita se sentó en el sofá junto a su prole.

Lottie cogió la imagen de la cámara de vigilancia del bolso.

—Ivy, hemos comprobado las cámaras de seguridad de la zona. Aquí se te ve saliendo de

una furgoneta a las 04:35 de la madrugada del sábado. El conductor también salió. —Daba las gracias por la pericia de McKeown.

Ivy se quedó rígida y muda.

—Ivy, ¿de qué conoces a Richie Harrison?

—No es que lo conozca. Solo sé que es DJ. —Ivy se había quedado como paralizada.

—Ya es suficiente —dijo Rita.

Lottie la ignoró y centró su atención en Oscar.

—¿Tú conoces a Richie Harrison?

El chico agachó la cabeza y la sacudió.

La inspectora ignoró a Rita, que estaba cada vez más agitada, y dijo:

—Oscar, necesito que me digas exactamente qué ha pasado hoy en tu escondite en los barracones del ejército.

—No ha pasado nada.

—¿Has apuñalado a Sharon Flood?

—No le he hecho nada —insistió el chico, aún sin mirarla.

Rita se quedó boquiabierta. Lottie se dio prisa.

—¿Sabes quién lo ha hecho?

—No.

—¿Por qué estabas escondido en los barracones?

—No estaba escondido. Había ido a recoger… una cosa. Estaba hecho polvo y he debido de quedarme dormido. Ni siquiera sabía que Sharon estuviera allí.

Lottie supuso que había fumado maría y se había quedado frito. De lo contrario, ¿por qué no esconderse en su propia habitación?

—Ya es suficiente —impuso Rita.

—Sí, suficiente —dijo Ivy.

—Cierra la boca, Ivy. —Oscar la golpeó en el brazo y la botellita de pintaúñas se le cayó de la mano y se reventó contra el suelo.

—Mira lo que has hecho. Puto capullo —gritó Ivy.

—Basta. Los dos sois una vergüenza —dijo Rita antes de calmarse con rapidez—. No os preocupéis. Sarah puede limpiarlo.

—¿Se refiere a Sarah Robson? —preguntó Lottie.

—Sí —dijo Rita—. Viene una vez por semana. Mary McAllister me la recomendó y trabaja bien. No habla mucho. La clase de mujer que me gusta.

—No nos lo había dicho. —Lottie trató de descifrar si esa revelación tenía alguna importancia. No le gustaban las coincidencias. Tendría que hablar de nuevo con Sarah.

Ivy se puso de pie con las manos en las caderas, esquivó los restos de la botellita, y se burló de su madre.

—¡Vaya! Cualquier cosa que tengan los McAllister debemos tenerla también nosotros. Incluida su chacha.

—Señorita, siéntate. —A Rita se le encendieron las mejillas.

Ivy se sentó y cruzó los brazos de mal humor.

Dejando de lado la información sobre Sarah, Lottie se volvió hacia Oscar.

—Oscar, Sharon está muerta. La apuñalaron mientras tú estabas en el edificio. ¿Qué estabas haciendo allí?

—Oh, por el amor de Dios —dijo Rita—. ¿Oscar?

—Yo… yo…

—Eres un bebé —dijo Ivy.

—Soy más valiente que tú.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Yo estaba en casa de Lucy después de que te marcharas. —Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

—No sé de qué hablas. —Ivy trató de mostrarse despreocupada, pero abrió mucho los ojos. Lottie se preguntó si le estaba enviando un mensaje mudo a su hermano.

—Lo sabes muy bien —le increpó el chico—. Todo esto es culpa tuya. Y de Lucy.

—Ahora yo quiero saber de qué estáis hablando —dijo Rita inclinándose hacia delante.

—Yo estaba haciendo lo que me habían mandado. Vigilar e informar. Eso es todo.

—¿Vigilar a quién? —preguntó Lottie.

—A Jake. Y al día siguiente a usted, y a quien estuviera con usted.

—No lo entiendo. —Lottie miró a Lynch, que se encogió de hombros.

Oscar posó un brazo sobre el pecho y se empezó a morder una uña de la otra mano.

No podía perderlo ahora.

—¿Por qué estabas vigilando a Jake?

—Robó drogas de un alijo especial escondido en los barracones. Me dijeron que averiguara dónde las tenía. Pero entonces lo atacaron en la fiesta y todo se fue a la mierda.

—¿Quién lo atacó?

—No lo sé. Yo estaba demasiado atrás entre los árboles. Solo oí cómo se rompía la puerta del jardín y vi a Jake ahí tirado de espaldas.

—¿Qué pasó entonces?

—Envié un mensaje, como me habían dicho que hiciera, informando. Ese era mi trabajo.

—¿A quién le enviaste el mensaje?

El chico se encogió de hombros y se metió la mano en el bolsillo. Sacó el móvil y tocó la pantalla.

—Tengo el número.

—Tendré que llevarme tu móvil como prueba para que lo examinen —le anunció Lottie. Sospechaba que el contacto de Oscar usaba un teléfono prepago.

—Estás en un buen lío —escupió Ivy a su hermano.

—Calla, Ivy —la advirtió Rita, con el rostro colorado por las revelaciones de su hijo—. No tengo la menor idea de qué está pasando.

«Ya somos dos», pensó Lottie.

—Es que no tienes que saberlo —le dijo Oscar a su madre.

—Será mejor que hables ahora antes de que la cosa se salga de madre —le advirtió Rita.

—Ya se ha salido de madre —dijo Lottie—. Dos adolescentes y una niña han perdido la vida desde la noche del viernes. Oscar, esta es tu oportunidad de explicarte. Quiero encontrar al asesino. —Iba a añadir «antes de que venga a por ti», pero el chico ya parecía estar lo bastante

traumatizado.

—Ya sabe lo de la banda —dijo—. Las drogas están guardadas en el ático donde me encontró. Cogemos las pastillas y las vendemos. Jake se unió a nosotros después de que su padre muriera. Dijo que lo hacía por su hermanita.

—Continúa —dijo Lottie. Ya habría tiempo para analizarlo.

—La cuestión es que era codicioso. Robó parte de las drogas que no teníamos permitido tocar. No creo que fueran para él. No consumía, no como… —Levantó la vista a su madre antes de bajar la cabeza con rapidez. Lottie veía que Rita estaba a punto de echar espuma por la boca.

Oscar continuó:

—No sé quién es el jefe porque solo nos comunicamos por mensaje. Me dijeron que vigilara a Jake, que averiguara dónde había escondido las drogas y si las había vendido.

—¿Cómo acabó Jake trabajando en la fiesta de Lucy?

—Supongo que le enviaron un mensaje para que fuera. A mí me llegó uno diciendo que lo vigilara.

—¿Qué más viste esa noche?

—Poco más. Estaba escondido entre los árboles. No quería que nadie me viera. —Le lanzó una mirada furiosa a Ivy—. Pensé que Jake estaba muerto, pero entonces se puso de pie y volvió a entrar a gatas. Después de eso, vi su coche marcharse y lo seguí, pero iba en bici, así que lo perdí.

—Cuando informaste de esto a la persona a la que escribes, ¿qué te dijo?

—Que vigilara a la policía.

—¿Cuándo te enteraste de que Jake estaba muerto?

—Anoche recibí un mensaje que decía que fuera al canal. La vi a usted allí y el cuerpo en el suelo.

—¿Quién mató a Jake?

—No lo sé.

—¿Dónde lo mataron?

—No lo sé.

—¿Quién quemó el coche?

Oscar sacudió la cabeza.

—De verdad que no lo sé.

—¿Qué sabes sobre la muerte de Lucy?

El chico se encogió de hombros.

—Venga, Oscar. Tienes que decirme lo que viste en la casa.

—¡No tiene que decirle una mierda! —rugió Ivy.

—¡Ivy Jones! Tu padre te castigará durante un mes como no controles esa boca.

—Esto es ridículo. —Ivy se levantó y fue hacia la puerta. Señaló a su hermano—. No sabes ni la mitad del asunto, mamá. Está colocado la mayor parte del tiempo. ¿Cómo va a saber lo que vio? Podrían ser alucinaciones fruto de su imaginación retorcida.

—¡Tú sí que tienes una imaginación retorcida! —gritó Oscar—. Tú y ese DJ capullo, follando en su furgoneta. ¿Quién es la ridícula ahora?

Ivy cruzó la sala de un salto, agarró a su hermano por la camiseta y le escupió en la cara.

Lottie y Rita se lanzaron sobre ellos a la vez y cada una atrapó a uno de los adolescentes, consiguiendo así separarlos mientras estos se gritaban.

El móvil de Lottie sonó y cortó el ruido con su música aguda. Era Boyd.

Dejó a Lynch calmando a los adolescentes y, mientras respondía a la llamada, la sala se hundió en un silencio inquietante.

Capítulo 73

En el estridente recibidor con su araña falsa, Lottie se sentó con pesadez en el último peldaño de las escaleras. Se quitó los zapatos de los pies cansados y descubrió que las baldosas frías eran terapéuticas.

—¿Qué pasa, Boyd? ¿Has hablado con tu contacto de la policía en Málaga?

—He tratado de decírtelo antes, pero me has colgado. Luego he tenido que buscarle comida a Sergio. Se trata de Jackie.

—¿Ha reaparecido para impedir que te lleves a Sergio?

—Tienes razón a medias. Parece que me leas la mente.

No oyó la risa habitual en su voz.

—Oh, joder, Boyd, ¿qué vas a hacer?

—Algo se me ocurrirá, pero no te llamaba por eso.

—Te escucho.

—Cuesta creerlo, pero parece que es cierto: Jackie ha estado trabajando como informante de la policía española chivándose de sus colegas traficantes. Esto es relevante para tu investigación. Lleva un tiempo infiltrada en el mundo de Albert McAllister y Terry Starr.

—¿Albert es traficante?

—Eso suponían al principio, pero Jackie se topó con algo mucho más siniestro. Tuvo miedo de que descubrieran su tapadera, así que en cuanto Sergio estuvo a salvo conmigo, se escondió, confiando en que lo mantendría protegido. No tenía ni idea de en qué andaba metida, y los policías con los que estaba trabajando no sabían a dónde había ido.

—Continúa.

—Jackie descubrió que hay tráfico de drogas a Irlanda a través de España, pero es de poca monta. Un poco de coca aquí y allá, GHB y pastillas.

—Ese podría ser el motivo de que Albert saliera pitando para España cuando se sintió amenazado. ¿Cuál es la noticia siniestra?

—Terry Starr. Jackie descubrió algo sobre él que la asustó de verdad. Y créeme, hace falta mucho para asustar a Jackie.

—¿Algo relacionado con chicas menores de edad?

—Sí. Ese hijo de puta asqueroso se dedica a vender fotos y vídeos en el internet oscuro.

—Encontramos unas fotos suyas con una niña que ha sido asesinada esta mañana. Estaban

enterradas en una cuenta falsa de Instagram. Esperaba que no estuviera relacionado con nada tan repugnante. Joder, Boyd, tengo que digerir todo esto. ¿Jackie tiene pruebas?

—Ahora mismo está con su contacto de la policía y ha dicho que me pondría al día cuando volviera. Solo quería avisarte.

—Un millón de gracias. —La inspectora cogió los zapatos y se los puso, ansiosa por empezar a trabajar desde este ángulo.

—¿Sigues ahí, Lottie?

—Tengo un problema. Los McAllister y Starr han desaparecido.

—¿Crees que los padres están involucrados en el asesinato de su hija?

—A estas alturas, cualquier cosa me parece posible. Mary no se llevaba bien con Lucy, pero Albert parecía adorarla. Mantente atento en caso de que aparezcan en España. Yo alertaré a puertos y aeropuertos.

—No hay nada que les impida subirse a un avión privado —dijo Boyd.

—Pediré que vigilen las pistas de aterrizaje privadas.

—Si están detrás de todo esto, Lottie, tienes que encontrarlos antes de que muera alguien más.

—Estoy trabajando a toda máquina para descubrir los vínculos que lo conectan todo. ¿Qué hay de ti y de Sergio? ¿Vendréis a casa mañana?

—Hablaré con Jackie. Tú resuelve tus asesinatos. Y, Lottie…

—¿Sí?

—Ten cuidado.

La inspectora colgó el teléfono y evaluó la nueva información. ¿Era Terry Starr el jefe misterioso de Oscar? Si Terry sospechaba que Jake le robaba, había tenido tiempo de darle una paliza al chico en casa de Lucy, pero poco después estaba en un avión saliendo del país. Se tardaban cuarenta y cinco minutos, o menos, en llegar al aeropuerto a esa hora de la mañana. Una carrerita por el control de seguridad y un *sprint* hasta la puerta de embarque… máximo una hora y media. Pero no podría haberse deshecho del cuerpo de Jake ni quemar el coche. Tenía que haber alguien más implicado.

¿Terry habría asesinado a Lucy? Nadie había mencionado que estuviera en la fiesta y, aparte, ¿por qué iba a matarla? ¿Estaba abusando de chicas menores? ¿Cómo accedía a ellas? ¿Cuál era la pieza que faltaba?

Llegó a la misma conclusión que hacía un momento.

Tenía que haber alguien más implicado. O más de una persona.

Para cuando volvió con Lynch y los Jones, la cabeza le daba vueltas.

—Bueno, Ivy, ¿es cierto lo de Richie y tú? —preguntó Lottie.

—¿Y qué pasa si lo es? Cumplo dieciocho la semana que viene.

—Richie Harrison tiene treinta años, está casado y su mujer va a dar a luz dentro de tres semanas.

—Eso es problema suyo. —La chica se mostraba agresiva, con un puchero feo en la cara.

—La relación va más allá, ¿no es cierto? —insistió Lottie. Se fijó en que Rita daba la

espalda a la habitación, estaba de cara al ventanal. Sus hombros se sacudían.

—Más te vale decírselo —intervino Oscar—. De todos modos, van a averiguarlo.

—Eso no lo dudes —dijo Lynch, con los pies separados y los brazos a los costados por si estallaba otra pelea.

Ivy se giró hacia ella y le acercó la cara.

—No voy a hacerle su trabajo. Averígüelo usted misma. Estoy harta de todo.

Antes de que Lottie o Lynch pudieran detenerla, salió corriendo del salón.

Rita se volvió, las lágrimas caían de sus ojos.

—Y yo que pensaba que tenía un delincuente en la familia, resulta que eran dos. Voy a llamar a Jim para que venga a casa.

Sonaba un poco autocompasiva, y Lottie no podía culparla. En la última media hora había descubierto mucho que digerir.

—Rita, necesito que convenza a Ivy de que sea sincera con nosotros. También necesitaría que se quedasen en casa mientras seguimos investigando. ¿Puede hacerlo?

La mujer sacudió la cabeza.

—No puedo prometerle nada. Son ellos quienes mandan aquí. Yo me pierdo en mis deportes para escapar del tormento. Lo siento.

—Yo me quedaré, mamá —dijo Oscar—. Siento los problemas que he causado.

Lottie no le creyó ni por un segundo. Estaba acostumbrado a hacer lo que le daba la gana, y, si Ivy no se equivocaba, él mismo se drogaba. Y, aunque le había cogido el móvil, sabía que daría la voz de alarma antes de que ellas tuvieran tiempo de llegar a la esquina.

—Detective Lynch, pide que dos o tres agentes vigilen la casa y a sus habitantes. Por precaución, en caso de que su familia esté en peligro.

—Oh, no había pensado en eso. ¿Considera que lo estamos?

—Todo es posible. Oscar, tengo tu móvil y no quiero que uses el de nadie ni un ordenador para contactar. ¿Me has oído?

—No hay problema.

Seguía sin creerle. Lo arrestarían por su implicación en el tráfico de drogas, pero tenía otros peces que pescar, así que no le quedaba más remedio que seguir adelante.

Capítulo 74

Todos en la comisaría seguían aturdidos por la muerte de Sharon Flood y Lottie no podía quitarse de la cabeza la imagen de Liz destrozada. Puso la zapatilla sin cordones de Sharon sobre su escritorio para recordarle el sinsentido de la muerte de la niña. La única forma de mantener la cordura era atrapar al hijo de puta que la había matado. Le debía a Liz averiguar por qué sus dos hijos habían sido asesinados y quién lo había hecho.

Sam McKeown irrumpió en su oficina.

—Las comprobaciones de antecedentes que pediste. He hecho algunos progresos. —Ensanchó los hombros, tratando de posicionarse como el dominante de los dos. Bueno, pues podía irse a tomar por culo. Lottie puso las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia él.

—Dime que has encontrado a los McAllister y a Terry Starr.

—Hasta ahora no hay nada que indique dónde están. Las cámaras de la ciudad son una mierda, como sabes, aunque estamos en ello. También he empezado a revisar los antecedentes. Sarah Robson, la mujer que encontró el cuerpo de Lucy, es interesante. Leí el informe de tu interrogatorio con ella, luego hablé con el director de la escuela, y su versión no coincide con algunas de las cosas que Sarah te dijo.

Lottie se sentó presintiendo lo que venía.

—¿Está relacionado con el motivo por el cual dejó el instituto?

—Exacto.

—Será mejor que me lo expliques.

Sarah Robson les abrió la puerta a Lottie y a la garda Brennan.

El gato huyó del respaldo del sofá hasta el alféizar de la ventana cuando se sentaron.

—Me cuesta creer que Lucy esté muerta. —Sarah se había lavado el pelo desde la última vez que Lottie la había visto, ahora brillaba cobrizo bajo la luz que entraba por la pequeña ventana. La diadema que le sujetaba el flequillo dejaba ver un rostro demacrado con ojeras oscuras alrededor de los ojos. Los vaqueros le quedaban demasiado grandes y el jersey rosa pálido acentuaba su piel grisácea.

Lottie se lanzó de cabeza.

—¿Cuál fue su papel en el asesinato, Sarah?

—¿Cómo puede pensar que tuve algo que ver con eso?

—El hecho es que mintió cuando la interrogué ayer. Al cuestionarme por qué lo hizo, mi sospecha es que oculta algo. Ese algo debe de ser su implicación en el asesinato de Lucy. Y en el de Jake Flood.

A la mujer le tembló la garganta y tragó saliva media docena de veces antes de hablar.

—¿Quién es Jake Flood?

—No me lo trago, Sarah —dijo Lottie.

—No lo conozco. ¿Qué quiere de mí?

—La verdad.

Sarah seguía negando con la cabeza.

Lottie dijo:

—Sabemos la razón por la que dejó el instituto. Fue desacreditada y no por algo que hiciera Noel Glennon. Le estoy dando la oportunidad de decir la verdad. —Y si no lo hacía, Lottie estaba tan nerviosa que corría el riesgo de zarandearla hasta matarla.

—¿Qué cree que sabe?

—Si eso es lo que quiere, se lo explicaré con mucho gusto.

Lottie extendió las manos y luego las juntó en una fuerte palmada, haciendo que Sarah saltara en el sillón.

—Sarah Robson, usted sacó fotos a las chicas en las duchas. Noel se le enfrentó, con la declaración de una de las chicas. Se lo contó a la directora y ella la despidió, aunque debería habernos llamado, así se podrían haber salvado algunas vidas. Pero no la culpo a ella. La culpa recae directamente sobre sus hombros. Ahora, ¿está lista para hablar?

Sarah se levantó y se acercó a la ventana. Cogió al gato en brazos y lo acarició. Su boca se endureció, la vena de su cuello se crispó y entrecerró los ojos.

—Lo ha entendido todo mal, inspectora. Fue un malentendido. No le he mentido, para nada. Solo…

—¿Tergiversó la verdad?

—Esto es ridículo —espetó—. Noel Glennon es un cerdo. Me dejó colgada para salvar su propio culo patético.

—Todavía no he oído una explicación. ¿Y tú, garda Brennan? —Lottie miró a la joven garda, complacida de ver que estaba ocupada tomando notas.

—No, jefa.

Cuando Martina habló, el gato saltó de los brazos de Sarah, lo que tomó desprevenida a Lottie. ¿Le había lanzado el animal? Se inclinó hacia atrás, temiendo que este estuviera a punto de atacar, pero se relajó cuando el gato caminó por el brazo del sofá para tumbarse de nuevo en el cojín del respaldo.

Sarah se sentó, mirándola con cautela.

—Parece que sabe la verdad sobre mi despido. ¿Qué más puedo decirle?

—¿Por qué hizo esas fotos?

Se encogió de hombros.

—Porque podía. Entonces, Ivy Jones me pilló y armó un buen escándalo. Se lo dijo a Glennon. Estoy convencida de que él ya tramaba algo con ella y otras chicas.

—¿Hacía las fotos para alguien más?

—Solo para mi uso personal.

—Ya, suena creíble.

Sarah se estremeció, luego se sentó como una estatua cansada.

Lottie continuó.

—¿Le gustan las chicas jóvenes? En concreto, ¿chicas desnudas duchándose?

Silencio.

—¿Por qué nos dijo que Lucy era una abusona?

—Era la verdad.

—Luego dijo que estaba triste, que solo actuaba como una diva. ¿Por qué?

—Creía que no estaba siendo sincera consigo misma.

—¿Qué quiere decir con eso?

Sarah suspiró.

—Me daba la sensación de que ocultaba algo. Era como si se hubiera puesto una armadura. Pero no siempre había estado triste. Tuvo que pasar algo para que cambiara.

—¿Cómo llegó a esa conclusión?

—En público actuaba diferente que en casa.

Lottie suponía que todos los adolescentes lo hacían.

—¿Consumía drogas?

—No me sorprendería.

—¿Cómo era su relación con Ivy Jones?

—Eran mejores amigas. Siempre estaban juntas.

—¿Cree que es posible que Ivy estuviera celosa de Lucy?

—Seguro. Cualquier cosa con la que Lucy aparecía, Ivy llegaba con algo similar al día siguiente, ya fuera un teléfono, un iPad o una chaqueta. Lucy tenía lo que quería porque su padre la mimaba. Ivy conseguía lo que Lucy tenía porque estaba celosa.

—¿Lucy salía con alguien?

—He oído que el chico tuvo suerte al escapar a Australia. Pero antes de él, y después, sin duda hubo alguien. Aunque Lucy era muy reservada con ese tema.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—He trabajado con chicas jóvenes y adolescentes durante unos cuantos años. Conozco las señales —afirmó Sarah con suficiencia.

—¿Algún nombre? —Lottie estaba sumiendo a la mujer en una sensación de comodidad, esperando el momento para volver al ataque sobre las fotos.

—Noel pensaba que lo ocultaba muy bien, pero pasaba mucho tiempo con ella en el campo de atletismo. Lucy no tenía ningún interés en correr, así que ¿qué otra razón tenía para estar allí? Probablemente, se la tiró durante años. El tío tenía que estar sacando algo de aquello.

—Era menor de edad. ¿Por qué no lo denunció?

—Una vez que Noel descubrió lo de las fotos, no pude. Me amenazó con ello hasta que me la jugó y me denunció a la directora. En ese momento ya estaba lista para irme. Ya había tenido suficiente de la mierda que había en ese instituto.

—¿Noel Glennon tuvo una relación con Hannah Byrne?

Sarah se encogió de hombros.

—No me extrañaría. Hannah es dulce, pero se aprovechan de ella con facilidad. Lucy e Ivy la trataban como una mierda y la pobre chica se quedaba de brazos cruzados.

—¿Qué hay de Cormac O'Flaherty?

—¿El jardinero? Siempre estaba merodeando. Bastante solitario.

—¿Alguna vez lo vio con alguna de las chicas? ¿Lucy o Ivy, incluso Hannah?

—No que yo recuerde. También se ocupaba del jardín de los McAllister. Debía de conocer a Lucy.

—¿Alguna vez vio a Cormac con Noel Glennon?

Sarah negó con la cabeza.

—¿Para quién eran las fotos, Sarah?

—No pretendía hacer daño.

—Es abuso infantil —la acusó Lottie con rabia—, lo mire como lo mire.

Sarah se levantó, se subió los vaqueros hasta la cintura y se metió las manos en los bolsillos.

—Estoy muy avergonzada por lo que hice. Tiene que entender que, incluso entonces, siempre andaba escasa de dinero. Pagaba muy bien por las fotos.

—¿Quién?

—Al principio no sabía quién era. No lo reconocí. Hasta que un día lo vi en el aparcamiento del instituto, sentado en un coche ostentoso. Noel estaba hablando con él por la ventanilla. Cuando Noel se fue, el tipo me llamó. Fue entonces cuando me di cuenta de quién era. Me hizo una proposición y acepté.

—¿Aceptó darle fotos de chicas a su cuidado a un tipo que apenas conocía? Me cuesta creerlo.

—Sí lo conocía. Fui al colegio con él. Era un chico con sobrepeso, siempre metiéndose en peleas. Yo era pequeña y miserable. Ambos éramos el blanco de los matones. Por alguna razón, incluso a los diez años, él me cuidaba. Cuanto más peleaba, más mejoraba. Mantuvo a los matones alejados de mí. No lo había visto en años hasta ese día en el instituto. Fue entonces cuando se cobró el favor.

—¿Se cobró el favor? —preguntó Martina.

Sarah se sentó.

—Me lo pidió. No podía negarme. —Sacudió las rodillas, lo que irritó a Lottie.

—Un simple no habría bastado —dijo la inspectora. Mantuvo la expresión tan neutral como pudo y se retorció las manos en un esfuerzo por enmascarar su ira. Sarah Robson le había entregado en bandeja a niñas inocentes. ¿Por qué? ¿Para que abusaran de ellas? —. Nombre del tipo del coche ostentoso. Ahora.

—Terry… Terry…

—Starr —añadió Lottie, y se dejó caer en el sofá. El gato gruñó y se acercó a la ventana de nuevo.

—Sí.

Aquello confirmaba lo que ya sospechaba, pero no veía cómo había conducido a la muerte de Lucy. Las muertes de Jake y Sharon tenían que estar relacionadas con las drogas. Pero ¿qué había de la foto de Terry con Sharon en sus rodillas? «Dios, no», pensó, y deseó tener la cabeza despejada para pensar en todo lo que había descubierto.

—Se da cuenta de lo que ha hecho, ¿verdad?

—Solo eran unas fotos.

—¿Lo dice en serio? —Lottie no pudo evitar repetir la frase favorita de sus hijos—. Ese hombre se dedicaba a captar y luego a abusar de chicas. Niñas, cuyas fotos usted le suministraba.

—Yo nunca… No puedo… Se equivoca.

—No me equivoco. Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—No, yo…

—Quiero las copias de las fotografías que le dio a Terry Starr.

—Destruí las imágenes.

El gato siseó. Lottie la miró, luego se puso de pie y se inclinó sobre la mujer encogida.

—Conozco a los de su calaña. No se habría atrevido a destruirlas. Las quiero, ¡ahora!

—Está bien, está bien. Apártese de mí. —Sarah se encogió con las manos levantadas—. Esto es… es acoso.

—¿Acoso? Espere a que la metan en la cárcel. ¿Sabe lo que les hacen a los que abusan de los niños?

—Nunca en mi vida he abusado de ningún niño.

—Lo que hizo, ayudar e instigar, es abuso infantil. —Lottie quería arrestarla allí mismo, pero primero quería tener las imágenes, porque una vez arrestada, Sarah conseguiría un abogado y pediría un acuerdo a cambio de ellas. De ninguna manera iba a dejar que esa sanguijuela se librara después de sus repugnantes crímenes.

—Deme un minuto. —Sarah cogió un portátil delgado de una estantería situada detrás de ella—. ¿Cuál es su dirección de correo electrónico?

Lottie le entregó su tarjeta con los datos y esperó impaciente, vigilando a Sarah para asegurarse de que no pulsaba la tecla de borrar.

—Están en carpetas. Se las estoy enviando ahora. Lo siento mucho. Lo…

—Eso dígaselo al juez.

Lottie abrió la aplicación de correo electrónico en su teléfono y revisó. Aparecieron varias carpetas. Hizo clic en una y ahogó un grito. Imágenes de chicas en diferentes niveles de desnudez iluminaron la pequeña pantalla. Tal era su repulsión y rabia que tuvo ganas de golpear a Sarah Robson. Necesitaba refrenar su furia al menos unos minutos más.

—¿Hay alguna foto de Lucy?

—Eh, es posible.

—El incentivo del dinero vino después, así que sigo sin entender el motivo para poner en peligro la vida de estas jóvenes sacando fotos ilícitas. Esto es *voyerismo.* ¿Las deseaba sexualmente? ¿Estaba celosa de su juventud?

—¡No!

—Vive sola y ahora tiene que limpiar casas para ganarse la vida. Puede que este asunto acabara siendo motivado por la codicia, pero creo que empezó siendo celos.

—Ivy Jones es la celosa —murmuró Sarah—. Nunca había conocido a una chica tan retorcida en toda mi vida.

—¿Alguna vez se ha mirado al espejo? —dijo Martina en voz baja.

—Eso está fuera de lugar —gruñó Sarah.

—Coja su abrigo, Sarah —le ordenó Lottie—. Se viene con nosotras.

—¿Por qué? Le he dado lo que quería.

—Créame, esto es solo el principio. Vamos.

—¿Quién cuidará de mi gato?

Lottie estaba tan furiosa que estaba a segundos de perder el control.

—Debería haber pensado en su estúpido gato antes de meterse en las duchas a sacar fotos de chicas jóvenes para luego vendérselas a un hombre tan retorcido como usted.

En silencio, Sarah cogió una chaqueta. Lottie la agarró por el codo y la empujó detrás de la garda Brennan.

Mientras caminaban hacia el coche, miró a la ventana del apartamento.

El gato negro la miraba fijamente. Tendría que llamar para que se ocuparan de él. No estaba tan furiosa como para abandonar al animal a su suerte, aunque le faltaba muy poco.

Capítulo 75

Con Sarah Robson bajo custodia, Lottie envió un coche patrulla para traer a Noel Glennon. Aún no había noticias de Terry Starr o los McAllister. Habían activado todas las alertas y quería que los encontraran pronto.

Respiró hondo antes de atreverse a revisar las fotos de Sarah. Se le llenaron los ojos de lágrimas y luchó por controlar sus emociones, por seguir siendo profesional a pesar de las imágenes que le rompían el corazón.

«Este es mi trabajo —se recordó a sí misma—. Puedo marcar la diferencia». Motivada, continuó.

Las fotos estaban fechadas de hacía seis años. La mayoría de las chicas parecían estudiantes de primer curso, de doce o trece años.

—Niñas que acaban de salir de la Escuela Primaria y que han sido manipuladas por adultos depravados. —Pensó en voz alta, hacerlo así le ayudaba a tranquilizarse. Las imágenes en sí ya constituían abuso infantil, pero ¿cuántas de esas niñas habían acabado en las garras de Terry Starr?

—Manipuladas y abusadas —repitió.

Había cientos de fotos. Examinó con rapidez cada una de ellas para ver si reconocía a alguna de las niñas. Encontró a una Ivy Jones muy joven y luego a Lucy McAllister. Ambas desnudas en lo que parecían las duchas del instituto.

A medida que avanzaba, reconoció a otra chica. Estaba parcialmente vestida, de pie en un vestuario; pecho plano, piernas largas y delgadas. Tenía unos trece años en la foto: Hannah Byrne. Lottie se levantó de un salto, golpeando la silla contra la pared, y se paseó por el estrecho espacio. Ese caso iba mucho más allá del tráfico de drogas. ¿Qué haría ahora? ¿Decírselo a Farrell? Sí. Pero todavía no.

Se sentó de nuevo y tomó una decisión. Telefoneó al departamento especializado en delitos de carácter sexual. Habló con un inspector comprensivo, Fred Reilly, responsable de la unidad de explotación infantil en internet, y le reenvió las imágenes.

—Tenga la seguridad —dijo—, de que, si alguna de estas imágenes se ha distribuido de forma electrónica, mi equipo la localizará. Aunque llevará tiempo.

—Se lo agradezco —dijo ella—. Póngase en contacto con sus colegas en España. Hay una posible conexión con Málaga. —Le contó lo que sabía—. Necesito los nombres de estas chicas,

Fred, y de los implicados en su explotación y abuso. Tengo algunos sospechosos que están en alto riesgo de fugarse. Me faltan pruebas fehacientes que me permitan emitir órdenes de detención.

—Pondré un equipo a trabajar en ello. Si encontramos algo, será la primera en saberlo.

Le dio las gracias, colgó, apagó el ordenador y se dirigió a la sala del caso.

La luz se desvanecía fuera de la ventana, en aquella oscura y lúgubre tarde de verano. Más bien parecía invierno, se veían abultadas nubes de lluvia en el horizonte. Lottie no tenía ni idea de qué hora era. Su estómago había dejado de gruñir en protesta por la falta de comida. Pensar en comer después de ver las imágenes de aquellas chicas le producía náuseas. No quería pensar en cómo se habían utilizado las fotos ni en cuántas de las chicas habían acabado siendo manipuladas y abusadas sexualmente.

Kirby y McKeown estaban sentados frente a sus portátiles al final de la sala, con la cabeza gacha, trabajando. Lynch seguía en casa de los Jones a la espera de que alguien la relevara.

En la pizarra del caso, Lottie pasaba de una foto a otra, dando golpecitos a cada una con el dedo índice. Víctimas, testigos y sospechosos. Todos marcados en sus columnas correspondientes. Ahora sabía que algunos testigos también eran víctimas y que al menos un sospechoso también lo era.

—¿Estás bien, jefa? —Kirby se unió a ella, el aroma a puro rancio flotaba en la habitación caliente y sin aire.

—Estoy hambrienta, cansada y nerviosa. Mi madre está en el hospital y debería llamar para ver cómo está. Echo de menos a Boyd y su sabiduría, por no hablar de un abrazo.

—Puedo darte un abrazo, si quieres.

—Gracias, Kirby, sobreviviré. —Señaló la pizarra—. ¿Qué o quién lo conecta todo?

—Tenemos que presentarlo todo de forma lineal (eso se lo he robado a McKeown). Entonces todo encajará.

—¿Ese optimismo es gratis o lo cobras?

—Vete a casa y descansa, jefa. Las cosas siempre se ven más claras por la mañana.

Lottie levantó la mano, con el pulgar y el índice casi tocándose.

—Estamos así de cerca de dar con ello, Kirby.

—Vete a casa.

Se dirigió a la segunda pizarra, donde reconoció la escritura de McKeown. Una serie de viñetas, su intento de aportar claridad al revoltijo de conocimientos adquiridos y pruebas recabadas.

—¿Quién fue el primero que nos hizo fijarnos en Hannah y Cormac?

—Ivy Jones —dijo McKeown, abandonando el portátil y acercándose a las pizarras con el iPad en la mano.

—¿Y quién mencionó por primera vez a Ivy Jones?

—Sarah Robson —dijo Lynch al entrar en la habitación. Se la veía tan destrozada como Lottie se sentía—. Al final apareció Lei. Ahora está en la casa escuchando las historias tristes de Rita. Hay un coche patrulla aparcado en la entrada.

—¿Descubriste algo después de que me fuera?

—Solo que Rita Jones es una persona triste. Se está cagando en su marido por no estar nunca en casa cuando todo se va a la mierda. Rezuma autocompasión.

—¿El tipo de persona a la que no le gusta que su pequeño mundo se venga abajo?

—Exacto. —Lynch sacó una silla y se sentó frente a las pizarras—. ¿Estamos haciendo una lluvia de ideas?

Lottie también buscó una silla. McKeown y Kirby siguieron su ejemplo. Se sentaron en semicírculo.

—¿Puedo encenderme uno? —se atrevió a pedir Kirby haciendo rodar un puro apagado entre los dedos.

—Ni lo sueñes —le advirtió Lottie—. ¿Alguien ha visto a la comisaria por aquí?

—Se ha ido casa —dijo McKeown—. Dio una rueda de prensa a medias. Lanzaba chispas al mencionar tu nombre cuando se fue.

—Pues me alegro de no haberla visto.

Mientras Lottie les hablaba de Sarah Robson, McKeown añadía más viñetas a la pizarra.

—No puedo creer que todavía no hayamos encontrado a Terry Starr y los McAllister —dijo.

—Ni rastro de ellos. —Kirby negó con la cabeza.

—¿Qué estarán tramando?

—¿Destruir pruebas? —sugirió Lynch.

—Espero que no. Dudo que los McAllister estén confabulados con Terry para abusar de adolescentes y niñas. Pero Albert podría estar involucrado en el tema de las drogas, basándome en lo que Boyd me dijo.

—¿Vuelve a casa mañana? —preguntó Kirby.

—Concéntrate, Kirby.

McKeown dijo:

—Terry Starr es el único que ha evitado que lo interroguemos hasta ahora.

—Boyd habló con él —dijo Lottie—. Aunque eso solo confirma que Starr estuvo ayer en el apartamento de Málaga de los McAllister.

—Dejando de lado a los McAllister por un momento —dijo Lynch—, Oscar Jones mencionó que su hermana Ivy estaba, cito, «follando» con Richie Harrison la noche de la fiesta.

—Y la dejó en casa. Continúa —la incitó Lottie.

—Sarah te dijo que Ivy estaba celosa de Lucy.

—No sé si me creo gran cosa de lo que dijo, pero continúa. —Lottie se preguntó a dónde iba Lynch con aquello.

—Si Terry Starr estaba involucrado en el abuso infantil, y Richie Harrison y Noel Glennon aparecen en algunas de las fotos que descubrí antes, y Harrison estaba engañando a su esposa con Ivy, ¿es lógico concluir que los tres hombres e incluso Ivy están trabajando juntos?

—Puedes incluir a Sarah Robson también —señaló Lottie—. Encontré a Ivy y Lucy en sus fotos. Eran víctimas. También descubrí una imagen de Hannah.

—¿Hannah Byrne? Mierda. —Lynch se frotó los ojos—. ¿Quizá Ivy empezó como víctima y luego la manipularon para trabajar para el otro bando?

—¿Y Sharon Flood? —preguntó Kirby.

—Era demasiado joven para haber estado en las imágenes de Sarah, pero aparece en una foto

en la cuenta de Finsta de Starr. Venga, chicos, ¿qué demonios está pasando delante de nuestras narices?

McKeown dio un golpecito a su iPad y caminó de un lado a otro.

—Tenemos boxeo, atletismo, drogas, pornografía infantil. Los lugares relacionados son la casa de los McAllister, el club de boxeo y los barracones del ejército. También el instituto femenino y las pistas de atletismo. Además de Málaga.

Lottie se quedó mirando los nombres en la pizarra.

—¿Qué hay de Cormac O'Flaherty? Trabajaba en el instituto y en casa de Lucy.

—También Sarah Robson —sugirió Lynch.

Lottie asintió.

—Barney Reynolds entrenó a Jake Flood y apareció en el cuartel después de que Oscar me atacara. ¿Estaba allí antes? ¿Podría haber atacado a Sharon? Es una conexión con Jake. Necesitamos interrogarlo de forma oficial. Noel Glennon nos aseguró que no conocía a Richie Harrison, pero ambos trabajan en clubes nocturnos y aparecen en una de las fotos. Esos dos y Terry tienen más o menos la misma edad. ¿Se conocían desde hace años? Sarah dijo que conoció a Terry cuando tenía diez años.

—La edad de Sharon, la pobre criaturita —dijo Kirby.

Lottie se detuvo frente a la foto de Sharon y se volvió hacia McKeown.

—¿Qué encontraste al investigar el pasado de Terry?

—Nació en Tullamore y estudió en Ragmullin.

—Era un chico con sobrepeso. Según Sarah, se metían con él en la escuela, si es que es cierto —dijo Lottie.

McKeown continuó leyendo.

—Lo es. En la biografía de su página web explica que se apuntó a un gimnasio, perdió peso y empezó a boxear. Barney Reynolds fue su entrenador hasta que Barney sufrió una lesión en la cabeza en una sesión de entrenamiento hace veinte años.

—Terry pudo haber conocido a Brontë a través de Barney antes de casarse con Richie Harrison.

—Brontë no es relevante en esto —dijo McKeown.

—No sabemos lo que es relevante o no —aclaró Lottie irritada—. Boyd me dijo que su ex, Jackie, estaba trabajando como informante para la policía española investigando a Albert McAllister y Terry Starr en relación con el tráfico de drogas. Albert recibió un correo electrónico amenazador que lo hizo ir a España. ¿Lo envió Terry para quitárselos de en medio? Pero ¿por qué ahora? ¿Qué había cambiado?

—¿Por qué Terry se fue a Málaga? —preguntó Kirby.

—Quizá mató a Lucy, y luego huyó —especuló Lottie—. La chica podría haber estado con Terry el fin de semana pasado. Era una de las pocas seguidoras que tenía en su cuenta de Finsta. ¿Podría haber publicado la foto de Terry con Sharon sin que él lo supiera, esperando que alguien la viera?

—Es posible, pero su Finsta está restringido y habría necesitado las contraseñas y demás —aclaró McKeown.

—Pero si fue Lucy, quizá él lo descubrió y la mató.

—O Terry podría haber publicado la foto él mismo —contraatacó Kirby—. ¿Por qué Lucy

no lo denunció, si lo sabía?

—Quizá pensó que su padre, al ser el agente de Terry, se vería arrastrado y solo quería atacar a Terry. Eso si es que fue ella quien publicó la foto —dijo Lottie.

Lynch dijo:

—Ivy debe de saberlo. Necesitamos que hable.

—Creo que Hannah Byrne es mejor apuesta. La han traumatizado, maltratado, le han tendido una trampa para cargarle un asesinato y…

—Pero, como has preguntado hace un minuto, ¿dónde encaja Cormac O'Flaherty? —McKeown apagó su iPad.

Lottie se mordió el labio.

—¿Sospechoso, testigo o víctima? ¿O las tres cosas?

—¿O un tipo en el lugar equivocado en el momento equivocado? —dijo Kirby.

Lottie miró el informe completo de la autopsia de Lucy que McKeown había impreso.

—La patóloga confirma que Lucy tenía heridas defensivas. Ha conseguido extraer ADN de ellas. No coincide con Cormac ni Jake, ni cualquier otra persona que hayamos interrogado hasta ahora.

—Maldita sea. —Kirby se dio un golpecito en el bolsillo de la camisa—. Todavía no veo cómo encaja Jake Flood en este escenario.

—¿Lo asesinaron por robar drogas? —se preguntó Lottie—. ¿O descubrió la foto de Sharon con Terry y estaba trabajando con Lucy para destaparlo? Incluso podría haber sido testigo del asesinato de Lucy. Oh, no lo sé.

—Las drogas que robó, las que encontraste escondidas en su casa, podrían haber sido su intento de hacer hablar a la gente —sugirió Kirby.

—Todo esto son especulaciones. Tenemos que preguntarnos quién tenía más que perder si lo de la pornografía infantil salía a la luz —dijo McKeown.

—Depende de lo que fuera más importante para ellos —dijo Lottie—. Reputación, carrera, dinero o incluso matrimonio.

Se hizo el silencio antes de que los enviara a casa.

—Como ha dicho antes Kirby, las cosas siempre se ven más claras por la mañana. Crucemos los dedos.

* * *

Me han cortado las alas. Mis plumas flotan a mi alrededor. Quiero huir, pero primero tengo que reagrupar y descubrir quién sabe qué.

He ocultado mi identidad y solo me he revelado ante unos cuantos elegidos. Pero Lucy se convirtió en una chivata retorcida y Jake era un ladrón. Adiós, Lucy, adiós, Jake. Sharon era demasiado mona para su propio bien, aunque no pretendía matarla. El cuchillo se me resbaló mientras le cortaba la ropa. Si me atrapan, que no lo harán, esa será mi defensa. ¿Por qué no podía ser obediente como los otros cuando la invité por primera vez a mi nido? La inocencia brillante de los demás tardó un tiempo en borrarse, pero se mantuvieron fieles. Hasta que llegó el turno de Sharon. Ella llevó a Lucy al límite, ahora lo sé. No debería haber sido tan arrogante, batiendo mis alas ante lo que sabía que sería un nuevo tesoro que añadir a mi botín.

Lo he perdido todo. No obstante, puedo volver a empezar. Un nuevo nido, listo para llenarse de nuevas cosas brillantes.

Una urraca nunca se rinde.

Nunca me rendiré.

Estoy listo para volver a empezar.

Capítulo 76

Lottie no recordaba haber conducido hasta casa. Katie la obligó a comer comida recalentada. Una vez saciada, cayó en la cama, sin cambiar las sábanas en las que había dormido Rose la noche anterior. En medio de una pesadilla, el incesante timbre de su móvil la despertó.

—Señora Parker, necesito que venga ahora mismo al hospital. Se trata de su madre.

—Oh, Dios. —Lottie se irguió de golpe en la cama. Puso los pies en el suelo en un intento de devolver su cerebro a la realidad—. ¿No está…? Ya sabe… ¿Está…?

—Su madre pregunta por usted —continuó la voz cansada—. Ha despertado a todos los pacientes del pabellón. Está inquieta y confusa y se niega a calmarse hasta que hable con usted. ¿Podría venir lo antes posible?

—Estaré allí en veinte minutos.

Rose estaba sentada en la cama, intentaba quitarse la vía del brazo. Una enfermera desaliñada luchaba por impedírselo.

—Te has tomado tu tiempo —le reprochó Rose mientras Lottie se acercaba deprisa hasta la cama.

—Deja de hacer eso, madre. Te vas a desangrar.

Al instante, Rose dejó de pelear.

La enfermera le lanzó una sonrisa cansada.

—Las dejaré solas.

Lottie se sentó en el borde de la cama y dijo:

—Querías hablar conmigo.

—Sí, y te has tomado tu tiempo. Quiero que lleves mi traje verde botella a la tintorería.

Lottie suspiró y se sentó en la silla junto a la cama.

—Son más de las tres de la madrugada y me traes hasta aquí por el traje verde. No me lo creo.

—Es el que llevé al funeral de Adam. Tiene un broche de plata en la solapa. Quítalo o los de la tintorería lo perderán. ¿Sabes de qué traje te hablo?

—Sí, pero ¿cuándo piensas que te lo vas a poner?

—Quiero tenerlo listo. —Había un deje en la voz de Rose que Lottie no conseguía descifrar.

Seguía en una pesadilla, concluyó.

—¿Listo para qué?

Rose se encogió de hombros.

—Para cuando lo necesite.

—Solo te he visto ponerte ese traje una vez, así que no veo por qué tienes que limpiarlo.

—Quiero tener buen aspecto cuando todas esas viejas brujas se me queden mirando. No les daré la satisfacción de decir que la familia de Rose Fitzpatrick no se tomó la molestia.

—No tengo la menor idea de qué estás hablando. —Lottie deseó poder estar de regreso en casa, en la cama.

—Quiero llevarlo cuando me entierren.

—¿Qué? No digas tonterías.

—No quiero parecer una vieja dejada. Tengo que estar presentable. Asegúrate de que los de la funeraria no me maquillan demasiado, y que ni se me acerquen con un pintalabios rojo. He visto demasiados cadáveres en mi vida que parecían sacados de una novela de Stephen King.

—¿Quieres parar? Todo esto son tonterías.

—Quiero al Padre Joe, pero nada de cánticos. Solo música de órgano.

Lottie decidió seguirle el juego:

—Te peleaste con la Iglesia católica hace años. Odias toda esa palabrería.

—Un entierro católico queda mejor. —Rose se inclinó y le dio un codazo—. ¿Me estás escuchando?

—Claro que sí.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—Sabía que no me estabas escuchando en absoluto.

Quizá Rose se había convencido de que iba a morir, pero Lottie no estaba tan segura.

—Te he escuchado, madre. Traje a la tintorería. Quitar el broche. Nada de pintalabios. El Padre Joe. Música de órgano. Nada de canto. ¿Para el velatorio quieres sopa y bocadillos o canapés?

Rose se hundió en las almohadas.

—No te lo estás tomando en serio. Ya conoces mis deseos, pero te los escribiré de todos modos.

—Está bien —dijo Lottie, levantándose—. Enviaré a Chloe mañana con papel y bolígrafo.

—Para entonces ya podría ser tarde.

—No lo creo.

—Asegúrate de decirle a tu padre que se ponga su traje bueno.

Lottie se detuvo a los pies de la cama. ¿Su madre estaba realmente confundida?

—Papá murió hace mucho tiempo.

Rose cerró los ojos.

—Dijo que me esperaría.

Lottie se dirigió hacia la puerta en silencio.

Rose se incorporó como un rayo.

—¿Qué haces aquí, Lottie? ¿Sabes qué hora es?

Mientras bajaba en el ascensor, Lottie pensó en la muerte de su madre. Había pasado la mayor parte de su vida en desacuerdo con la mujer que llamaba madre, la mujer que la había criado como si fuera su hija, la que le había ocultado la verdad sobre su nacimiento. A pesar de sus diferencias, no podía imaginar el momento en que Rose dejara de formar parte de su vida. Lágrimas inesperadas le llenaron los ojos y se las enjugó apresurada. Solo era cansancio, nada más.

Al menos Boyd volvería pronto a casa, con su hijo. Y entonces un horrible pensamiento se le metió en la cabeza. ¿Llegaría su exmujer con ellos?

De camino al coche, ya no tenía mucha confianza en el día siguiente.

Capítulo 77

Lunes

Lo primero que hizo Lottie al llegar a la oficina a la mañana siguiente fue enviar a buscar a Hannah y a Cormac. Quería interrogarlos juntos por primera vez. Por lo que sabía, habían hablado entre ellos para alinear sus historias, pero convocarlos era lo único que tenía sentido después de un sueño agitado. Tras la visita a su madre, había pasado una noche llena de sobresaltos y sueños protagonizados por niñas maquilladas con colores chillones y labios rojos.

Se sentía nerviosa, irritable y de mal humor. Dios, le encantaría tomarse un Xanax o un vodka, pero se conformó con un café.

Llegaron sin sus respectivos representantes legales y Lottie se sintió aliviada. Hannah mantenía la vista clavada en el suelo, pero Cormac miraba fijamente a un punto de la pared detrás de la cabeza de Lottie.

—Vosotros dos tenéis mucho de lo que hablar, pero la razón por la que os he traído aquí esta mañana es para consultaros.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Hannah levantando la vista. Tenía la cara más delgada y el pelo enmarañado y despeinado, lo llevaba recogido en un moño alto ladeado.

—Hay pruebas forenses contra ambos, pero creo que sois inocentes del asesinato de Lucy. Hannah, es posible que te tendieran una trampa, de forma intencionada o porque se presentó la oportunidad. No entiendo por qué Jake iba a ponerte GHB en la bebida. ¿Estás segura de que no lo conocías, o a su hermana pequeña Sharon?

—Estoy segura.

—¿Quién querría drogarte?

—No lo sé.

—¿Alguna idea, Cormac?

—Ninguna. —Seguía negándose a mirarla a los ojos.

—Eres jardinero en el instituto y en casa de Lucy. ¿Alguna vez fuisteis amigos?

—A veces hablaba conmigo.

—Creía que le gustaba insultarte.

—Solía hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Solo fingía para que Ivy no sospechara.

Lottie se inclinó hacia delante.

—¿Sospechara de qué?

Con una mano, Cormac se toqueteaba el acné. En la otra sostenía su inhalador, golpeándolo, exasperado, contra la mesa.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —Lottie trató de no chillarle.

—Lo siento. —Por fin sus miradas se encontraron.

—Me estabas hablando de Lucy…

—Sí, bueno, últimamente me hablaba mucho. Como estaba estudiando para los exámenes y sus padres estaban fuera, creo que le alegraba tener a alguien en quien confiar. Estaba asustada.

—¿Asustada de qué? —Lottie tuvo que contenerse para no saltar sobre la mesa y sacudirlo. ¿Por qué no se lo había dicho antes?

—No de qué —murmuró—. De quién.

—¿De quién, entonces? —Lottie miró a Hannah, que había vuelto a agachar la cabeza.

—No… Mire, no puedo decirlo —dijo Cormac—. Lucy dijo: «Ella me aterroriza». No sé más.

—¿Ella? —Lottie exclamó—. ¿Se refería a Ivy Jones?

—No lo sé. —Cerró la boca y se hurgó un grano en la frente. Lottie sintió ganas de clavarle las uñas en los otros. ¿Es que esos chicos no se daban cuenta de en qué se habían metido?

Dirigió su atención a Hannah.

—¿Qué sabes de esto?

La chica se encogió de hombros.

—Podemos protegerte.

—No pudieron proteger a Sharon Flood —le espetó Cormac.

—Cormac, tienes que decirme qué está pasando antes de que alguien más salga herido.

Silencio.

Lottie se decidió por un ataque directo.

—Hannah, ¿cuándo fue la primera vez que abusaron de ti?

Cormac se removió incómodo y utilizó su inhalador. Hannah permaneció inmóvil, el único movimiento fue una sola lágrima que recorrió un camino solitario por su mejilla. Lottie esperó. Rezó para que la chica se abriera a ella.

Cormac le dio un codazo. Hannah sacudió con suavidad la cabeza, pero él asintió y le tomó la mano entre las suyas.

—Tienes que decírselo —le dijo.

—Es demasiado tarde —susurró Hannah.

Lottie seguía esperando, contando mentalmente. Había llegado a veinticinco cuando Hannah habló.

—No sabía nada de las fotos en la escuela. No sabía nada de ellas, ni siquiera cuando el

señor Glennon comenzó a… ya sabe… a propasarse conmigo.

—Es un hijo de puta —dijo Cormac.

Lottie sintió que se le formaba un nudo en la garganta, impidiéndole hacer preguntas. ¿Glennon?

Hannah continuó.

—Me llevó a una fiesta y el boxeador, Terry, empezó a manosearme y a decirme que era guapa y que mis piernas eran preciosas y que había muchos hombres a los que les gustaba cuando veían mi foto. No tenía ni idea de lo que quería decir con eso. Ahora sí.

—¿Cuándo descubriste la verdad?

—Lucy me lo dijo. La mayor parte del tiempo se la pasaba mirándose el ombligo, pero ella misma me dijo que había sufrido abusos sexuales, y ya no sabía quién era en realidad. —Hannah sollozó y Cormac le pasó el brazo por los hombros.

—Hannah, cariño, tienes que contarme todo lo que sabes. —Lottie era consciente de que se acercaba al *quid* de la cuestión.

—Esta es tu oportunidad de quitarte de encima la culpa, Hannah —la animó Cormac. Se volvió hacia Lottie—. Anoche Hannah y yo estuvimos hablando mucho rato y ella piensa que todo es culpa suya, lo que le pasó.

—Oh, cariño —dijo Lottie—. Nada de esto es culpa tuya. Esas personas irán a prisión por lo que te hicieron a ti y a otras innumerables chicas, pero necesito tu ayuda para encerrarlos.

—Me da mucha vergüenza.

—Podemos buscarte una terapeuta. Es bueno hablar de estas cosas.

—No sabía que Lucy iba a enviar esa foto. Supuse que estaba mintiéndome y burlándose de mí. Perdí la cabeza y la ataqué. Pero ahora creo que sé por qué lo hizo.

—¿Por qué?

—Para llamar la atención. Para armar jaleo y que la gente hiciera preguntas. Pero fui a por ella y empeoré las cosas. Y entonces… alguien la mató.

—¿Por qué no acudió a nosotros?

—No sabía en quién podía confiar. Dijo que esperaba hacerlo público.

Lottie digirió las palabras de Hannah y luego se volvió hacia Cormac.

—No conocías a Hannah antes de la fiesta, ¿verdad?

—No, pero Lucy la había mencionado. Quería cuidar de ella. Ni Lucy ni yo pensamos nunca ni por un minuto que alguien acabaría asesinado.

—Al final consiguió su publicidad, pero pagó con su vida —se lamentó Hannah, conteniendo su dolor—. ¿Por qué me drogaron?

—No estoy segura. ¿Crees que Jake sabía lo que pasaba? —Lottie se preguntó si habían amenazado a Jake y le habían obligado a drogar a Hannah. Pero ¿por qué? No lo entendía. Tenía que encontrar al maldito Terry Starr.

La chica sacudía la cabeza.

—Hannah, he emitido una orden de detención contra Noel Glennon y Terry Starr. ¿Sabes dónde podrían estar escondidos?

—No.

—Podría probar en los viejos barracones del ejército —sugirió Cormac—. Ahí es donde

mataron a Sharon, ¿no?

—Gracias, Cormac. Haré que lo comprueben. Tienes que decirme quién era la persona a la que Lucy tenía tanto miedo.

Sacudió la cabeza.

—Ya se lo he dicho, no lo sé.

—Incluso después de que Hannah nos haya abierto su alma, ¿aún te niegas?

Silencio.

Lottie sonrió con tristeza.

—Tan pronto como te sientas bien, podéis iros. Piénsalo bien, Cormac, porque necesito ese nombre.

Los dejó allí, abrazados.

Capítulo 78

El garda Lei se había quedado dormido con la cabeza apoyada en las manos sobre la mesa de la cocina. Un grito lo despertó de golpe.

Rita entró corriendo en la habitación.

—Ivy no está. No la encuentro. Son una panda de inútiles, todos ustedes. ¿Dónde está?

Lei corrió por la casa. Encontró a Oscar dormido en su cama, temblando como una hoja. La abstinencia de lo que fuera que se metiera, quizá. El chico gruñó cuando tiró de él. Intentar despertarlo era inútil.

Fuera, habló con los dos agentes sentados en el coche patrulla. No habían visto salir a nadie. En la parte trasera de la casa vio una puerta abierta en el muro de atrás oscilando abierta con la brisa matutina. Detrás, había un callejón estrecho y, al final del callejón, la calle principal. Fácil que alguien se acercara con el coche a recoger a Ivy. ¡Mierda!

Temblaba al informar de la noticia. Sabía que la inspectora Parker se cabrearía. Y decirlo así era quedarse corto.

* * *

Lottie soltó un taco digno de un camionero después de recibir la llamada del garda Lei. ¡Maldita sea! Un paso adelante y diez hacia atrás. Reunió al equipo en la sala del caso y los puso al corriente del interrogatorio a Hannah y Cormac.

—¿Los crees? —preguntó Kirby.

—De momento, sí. Ivy Jones ha desaparecido de su casa.

—¿Qué? —exclamó Lynch—. ¿Lei se quedó dormido o qué? ¿Y los dos del coche no vieron nada?

—Lei cree que es posible que Ivy se marchara por la puerta del muro trasero. Ha sido una negligencia no tenerla vigilada.

—Sí, pero no pensábamos que se escaparía —dijo Lynch.

—Puede que se la hayan llevado —señaló Lottie.

—Mierda. —Lynch parecía cabreada.

—¿Por qué no hemos encontrado a Terry Starr ni a los McAllister? ¿Se están escondiendo en alguna parte?

—¿Están todos en el ajo? —preguntó Kirby.

—No lo sé.

McKeown tecleaba furiosamente en su iPad.

—En las grabaciones de las cámaras de seguridad del *pub* frente a los barracones del ejército se ve lo que podría ser el Range Rover de Terry Starr yendo a los barracones ayer a última hora de la tarde. Estaba demasiado oscuro para ver si, o cuando, volvió a pasar.

—¿Los forenses siguen allí?

—Terminaron bastante rápido ayer por la tarde —informó McKeown.

—Los barracones eran la guarida de los traficantes. Es una posibilidad remota, pero quizá Terry siga allí. Kirby, tú vienes conmigo. Lynch, con McKeown. Sea quien sea que está detrás de esto, nos lleva mucha ventaja, y estoy harta de quedar como una estúpida.

—No es que te cueste demasiado, inspectora Parker. —La comisaria Farrell entró en la sala con la corbata torcida y la falda girada como si hubiera salido a toda prisa. Todavía echaba chispas.

—Iba a ponerla al día —dijo Lottie—. Estamos a punto de cerrar los tres asesinatos.

—Eso es lo que dijiste ayer.

—Lo sé, pero ahora se nos acaba el tiempo. Le daré el informe cuando vuelva.

—¿Me estás vendiendo la moto otra vez? —dijo Farrell.

—Ivy Jones ha desaparecido. Podría ser la próxima víctima. Tenemos que movernos. Lo siento.

Lottie mandó a los tres detectives que salieran. Con la espalda erguida, tratando de parecer más profesional de lo que se sentía, los siguió sin mirar atrás. No necesitaba ver la expresión en la cara de Farrell. Sabía muy bien que estaba furiosa.

En la entrada a los barracones derruidos, Lottie dio órdenes a los que había reunido para ayudarla con la búsqueda. Se aseguró de que todos llevaran chalecos antibalas.

La zona era amplia. Descartó los dormitorios de los oficiales en el extremo porque los forenses habían estado allí ayer. Estaba la inmensa cocina y el comedor de suboficiales, además de varios bloques de oficinas y viviendas. Sin el personal adecuado, por la poca antelación, tenía que abordarlo de manera estratégica.

Junto con Kirby y un agente uniformado, se encargó de la cocina. Cambió su plan anterior y ordenó a Lynch que fuera con el garda Lei al comedor de suboficiales, mientras que McKeown y la garda Brennan se encargaban del bloque contiguo.

—Actuad con precaución —les advirtió.

La cocina estaba detrás de la puerta principal. Los forenses que habían estado trabajando más abajo en el complejo no se habrían percatado si hubiera habido alguna actividad allí. Era el edificio más nuevo y tenía ventanas de cristal del suelo al techo, ahora tapiadas. La cerradura de la puerta lateral estaba rota y Lottie, llevándose un dedo a los labios, entró.

La iluminación era escasa, pero no estaba a oscuras, una pizca de luz penetraba por las ventanas tapiadas. Había mesas y sillas apiladas en la pared del fondo, y el espacio que tenía delante estaba vacío.

—¿Eso es una luz? —le susurró a Kirby, señalando las puertas batientes que daban a la

cocina. Un rayo brillante se derramaba por debajo de ellas.

—Sí —respondió el detective.

Lottie avanzó con sigilo y el arma en la mano.

Esperaba que las puertas estuvieran rígidas por la falta de uso y se sorprendió cuando se abrieron con facilidad. Los electrodomésticos de acero inoxidable estaban negros por el hollín y en el suelo había restos de un fuego. Los chicos de la banda, sospechó. Más allá de los electrodomésticos había lo que supuso que era una gran despensa.

Hizo señas a los demás para que la siguieran y se acercó silenciosa a la puerta de la despensa. No tenía ni idea de lo que encontraría dentro. La puerta crujió y entró apuntando con el arma. El fuerte olor a orina la hizo retroceder y luego ahogó un grito.

En el suelo, sentados sobre sus propios excrementos, estaban Albert y Mary McAllister, espalda contra espalda, atados de pies y manos, amordazados.

La inspectora corrió hacia delante y quitó la mordaza de la boca de Mary mientras Kirby se ocupaba de Albert. Mary estaba inconsciente. Lottie miró a Albert. Tenía los ojos abiertos e inyectados en sangre.

Kirby cortó las cuerdas y agarró a Mary cuando se desplomó hacia delante. El garda uniformado pidió una ambulancia por radio.

Lottie se agachó frente a Albert.

—¿Quién les ha hecho esto?

—Terry. No lo entiendo. Lo traté como a un hijo, ¿por qué nos ha hecho esto? ¿Mary está bien?

—Se ha desmayado. Podría estar deshidratada. La ambulancia está en camino. ¿Terry dijo por qué se los llevó?

—Dijo que quería hablar en privado. Condujo por carreteras secundarias durante siglos, hablaba de gilipolleces, no dijo nada útil, pero conocía bien este lugar.

Supuso que Terry entrenaba a la joven banda de camellos dentro de los barracones. ¿Por qué sino iba a acampar Oscar Jones en los dormitorios de los oficiales? Sharon Flood había venido aquí también, a suplicar por su familia.

—¿Cómo pudo dominarlos a ambos?

—No estaba solo. Se le unió otro hombre.

—¿Noel Glennon?

—No sé quién era.

—¿Había una mujer con ellos? ¿O Ivy Jones? —Lottie recordó la negativa de Cormac a nombrar a la mujer que Lucy había temido tanto. E Ivy seguía desaparecida.

—¿Ivy? No. Echo de menos a mi hija. ¿Terry… Terry la mató?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo.

Lynch y Lei llegaron seguidos por McKeown y la garda Brennan. De repente, la despensa era demasiado estrecha.

—No hemos encontrado nada —dijo Lynch.

Las sirenas sonaron en la distancia.

Lottie se levantó.

—Haced sitio para los paramédicos.

—Inspectora —dijo Albert—, encuentre a esos hijos de puta. Yo me ocuparé de Mary.

Lottie tenía una montaña de preguntas que hacerles, pero el hombre llevaba razón.

—Lei, quédate con ellos y no te duermas. Acompáñalos al hospital y monta guardia.

—Entendido. Siento lo de Ivy. Ya sabes…

—Luego. —Enfundó la pistola y salió de la despensa con sus tres detectives detrás.

—¿A dónde vamos ahora? — preguntó Kirby.

—¿Al club de boxeo? —sugirió Lynch.

—El polígono industrial es demasiado público. —Lottie negó con la cabeza—. ¿Dónde estará?

—¿Y en casa de Noel Glennon? —dijo Kirby.

—No había nadie cuando envié ayer a los guardias uniformados después de hablar con Sarah Robson.

—¿Y Richie Harrison? —propuso Lynch—. Ivy podría haberse marchado de casa para encontrarse con él. O quizá él se la llevó. Pero su esposa está embarazada y…

—La tapadera perfecta para una pareja de pedófilos —dijo McKeown.

Lottie oyó la voz de Albert viniendo de la despensa.

—¿Qué pasa, Albert?

—Antes de marcharse, Terry mencionó algo sobre un refugio. Dijo que la policía no sospecharía de una embarazada.

Lottie regresó con los otros.

—A casa de Harrison.

Capítulo 79

Brontë Harrison se llevó la mano a un lado de la barriga. Nada. Su bebé no se movía. Caminó descalza por el jardín, tratando de despertar al pequeño.

Richie asomó la cabeza por la puerta del patio.

—Entra, Brontë. Me mareas con tantas vueltas.

Ella lo miró con odio.

—Si le pasa algo a mi bebé, Richie Harrison, no vivirás para lamentarlo.

Su padre apareció junto al hombro de Richie. Levantó una taza.

—Te he preparado una taza de té, Brontë.

Ella se acercó a la puerta.

—Me dais asco —siseó—. Vosotros dos arruináis todo lo que tocáis. —Al pasar junto a ellos, Barney derramó la taza de té sobre el reluciente suelo—. ¿Ves? Sois unos inútiles.

—Tienes que calmarte —dijo Noel.

El asqueroso cabrón estaba sentado a su mesa. Apretó los puños.

—En cuanto a ti, ¿de qué puto agujero has salido?

El hombre se encogió de hombros inútilmente.

—Me ha traído Terry.

Brontë soltó una palabrota y se dirigió al salón. Cerró la puerta de un portazo y se dejó caer en un sillón.

—¿Cuál es tu próxima idea brillante, Terry?

—Si te callaras medio minuto, quizá podría pensar.

—Si la policía encuentra a alguna de las chicas, hablarán y estaremos jodidos. ¿Qué pasará con mi bebé entonces?

—Creía que habías dicho que no se movía.

—Eres una basura.

—Lo solucionaremos. Tenemos que quedarnos aquí un par de días, hasta que se calme la cosa. Entonces podremos irnos a Málaga. Estoy organizando un vuelo privado.

—¡Eres un estúpido cliché! Tres niños han muerto y ¿crees que la cosa se va a calmar? —Resopló en tono de burla—. Madura de una puta vez. ¿Por qué tuviste que matarla?

—¿Lucy? Iba a cantar. Esa foto de Hannah que envió era parte de su gran plan para

delatarnos. Esa puta quería hundirnos a todos. Estoy seguro de que le dijo algo a Jake, porque actuaba raro.

—Podrías haberlo dejado en paz. Estaba demasiado preocupado por hacer dinero como para ser una molestia.

—Me vio en casa de Lucy cuando acabó la fiesta.

—¿Por qué estabas allí, idiota? ¿Cómo te vio?

—Estuve toda la noche observando a Lucy desde los árboles, en el campo detrás de su casa. Cuando pensé que todos se habían ido, la zorra me acusó de violarla.

—¿No me digas que te acostaste con ella la noche de la fiesta? ¿Por qué, por el amor de Dios?

—Vino a Dublín el fin de semana pasado, rogándome. Supuse que querría más.

—¿Lucy estuvo en tu apartamento? Por el amor de Dios. La estuviste vigilando cada segundo que estuvo allí, ¿verdad?

—No. ¿Debería haberlo hecho?

—Apuesto a que esa zorra traicionera entró en tu ordenador. Seguro que copió el disco duro. ¿Por qué sino iba a quedar contigo allí?

—Le gustaba.

—Te despreciaba, igual que te desprecio yo. Quiero la verdad sobre lo que pasó la noche de la fiesta. —No pudo evitar chillar. Su bebé podría estar muerto y Terry se comportaba como un completo imbécil.

El boxeador se inclinó hacia delante.

—Nunca me entendiste, Brontë. Lo único que querías era dinero. Yo era el que me jugaba el pellejo por ti.

—Si no me dices lo que pasó después de la fiesta, yo misma llamaré a la policía.

—Eres una zorra, ¿lo sabías? Lucy estaba colgada de mí y yo no entendía por qué había cambiado. Se resistió cuando intenté besarla y apenas me había puesto el condón cuando empezó a llamarme violador. Empezó a gritar que iba a contárselo a la policía, que tenía…

—¿Pruebas? —Dios, qué estúpido era—. ¡Y luego vas y la matas en su propia casa! Está llena de policías y forenses. Tu ADN debe de estar por todas partes.

—Esa puta se me escapó chillando como una loca. Cogí un cuchillo y fui a por ella al salón. Luchó como un demonio. Me dio una paliza. Entonces perdí el control. Era como si estuviera en el último asalto, segundos antes de que sonara la campana. La perseguí por las escaleras de atrás y… la hice callar para siempre.

—Eso fue una puta estupidez. Todavía más estúpido fue matar a Jake Flood. ¿Por qué?

—Encontré a ese niñato agazapado detrás de la mesa de bebidas. Lo vio y lo oyó todo. Fui a por él con el cuchillo y empezó a correr. Yo estaba lleno de adrenalina, como en el *ring*, lo agarré y lo lancé al otro lado de la sala. Atravesó la puerta del jardín.

—Entonces tuviste la brillante idea de involucrar a mi padre. —Seguramente tenía la presión sanguínea por las nubes, pero no podía calmarse—. ¡Me cago en Dios, Terry!

—¿Adónde iba a ir con un adolescente medio muerto? Lo metí en su coche y lo llevé a casa de Barney. Tenía que ayudarme porque os he hecho ganar mucho dinero. Dijo que se ocuparía de Jake, y yo me largué al aeropuerto.

—¿Por qué te marchaste?

—Para tener una coartada. Si estaba en España, no podía haber matado a nadie, ¿verdad?

—No pensaste que otras personas podrían necesitar una coartada, ¿verdad? No respondas a eso. —Sentía náuseas y su bebé seguía sin moverse—. No deberías haber vuelto.

—Tuve que hacerlo. Lo que Lucy dijo de esa rata de Sharon… No podía fiarme de la niña. Además, estaba Ivy y su bocaza, que amenazaban todo lo que había construido.

—No deberías haber matado a la niña.

—Si el idiota de tu padre hubiera llegado antes que los guardias nunca la habrían encontrado.

—No puedo creer que Ivy se presentara en mi casa. —Brontë sacudió la cabeza con rabia—. La zorra que se estaba follando a mi marido aparece en la puerta de mi casa y… Oh, joder, Terry, eres la peste, ¿lo sabías? La puta peste.

Se levantó del sillón y caminó por la habitación, dándose golpecitos en la barriga con ansiedad. Seguía sin moverse. Se detuvo ante la ventana y miró hacia fuera.

—¡Mierda! Joder.

Sintió que Terry se acercaba a su lado.

—¿Es el bebé? ¿Se ha movido el cabroncete?

—¡Mira fuera! ¡Es la policía! Han traído al puñetero ejército.

Cuando se dio la vuelta para salir de la habitación, el bebé dio una patada y ella se desplomó en el suelo con alivio.

—Se acabó, Terry. Todo ha terminado. Tu estupidez lo ha derrumbado todo. Espero que te pudras en un agujero.

—Nunca te quise en esto, de todos modos —le escupió el boxeador—. Barney pensó que podrías ayudarnos a encontrar más chicas después de que Sarah se echara atrás. Afirmó que las fotos ya estaban anticuadas. Ahora todo es vídeo, dijo, y mi Brontë es buena en eso. Tu querido papá. El dinero que iba a ganar solo con Sharon… Si caigo, ten por seguro que tú y tu viejo caeréis conmigo.

Un enorme estruendo sonó en el pasillo, y el mundo de Brontë Harrison se derrumbó junto con la puerta de su casa.

Capítulo 80

La captura y el arresto le parecieron sorprendentemente sencillos a Lottie. Era como si supieran que el juego había terminado. Brontë parecía delirar hablando de su bebé; Barney Reynolds atendía a su hija, y Noel Glennon parecía aliviado de que se supiera la verdad, y Richie Harrison estuvo tirando y retorciendo su collar hasta que se rompió y las cuentas de colores se desparramaron por el suelo. Era el único que parecía desconcertado.

Encontraron a Ivy en un dormitorio del piso de arriba, llorando a lágrima viva.

—Quería que me salvara, que se fuera conmigo.

—¿Quién?

—Richie. Lo tenía todo planeado para que la dejara. Cuando he salido corriendo de casa esta mañana, he venido directamente aquí, pero la zorra de su mujer me ha abierto la puerta.

—No pasa nada, Ivy. Tendrás oportunidad de contar tu historia. Pero ahora debes ir a casa con tu madre. —Lottie no creía que hubiera nada de lo que acusar a la chica por el momento, y su testimonio sería crucial en el juicio.

—Soy tan estúpida —se lamentó Ivy.

—Se aprovecharon de ti. Lo que te hicieron es abuso, desde la primera fotografía ilícita cuando tenías doce o trece años. Necesitarás ir a terapia.

—Haría cualquier cosa por quitarme esta mierda de la cabeza. —Se echó a llorar—. Debería haber ayudado a Lucy, pero creo que en los últimos meses no confiaba en mí. Siempre estaba celosa de ella. Fui una mala amiga.

—No, no lo fuiste.

Ivy sollozó.

—De verdad que pensé que Richie podría quitarme el dolor. ¿Esta agonía que siento es por lo que me hicieron esos hijos de puta?

—Probablemente. —Lottie pensó que si Rita Jones hubiera prestado tanta atención a sus hijos como a sus deportes quizá su hija y su hijo se habrían librado de esa pesadilla—. ¿Sabías en lo que estaba metido Oscar?

—Era más fácil hacer la vista gorda con él y sus amigos. Solo pensaba en mi propia supervivencia y me costaba admitir que mi hermano se drogaba y andaba con la gente equivocada. Nunca imaginé que Terry tenía a Oscar en sus garras, igual que a mí.

Lottie se encargó de que llevaran a Ivy a casa y luego centró su atención en Terry Starr. Su

actitud contrastaba con la de sus malvados socios. Se mostraba agresivo y se pavoneaba, engreído.

Cuando el garda Lei le puso las esposas en las muñecas, Terry gritó:

—¡Yo soy la urraca! Puedo saquear vuestros nidos. Será mejor que tengáis cuidado, porque os estoy vigilando a todos. Vendré a por vosotros.

Dos horas más tarde, sentada con Kirby frente a Terry Starr, que era lo bastante arrogante como para creer que no necesitaba abogado, Lottie observaba con detenimiento al boxeador. Debajo de su pelo liso recogido hacia atrás, los ojos le brillaban de ira.

—¿Sabes quién soy? —preguntó con su voz de barítono que le hacía parecer mucho mayor de los treinta años que tenía en realidad.

—Eres un asesino.

—Soy la urraca. Las gloriosas alas y…

«Ya basta de esa mierda», pensó Lottie e interrumpió su perorata.

—Un testigo te sitúa en la casa de Lucy después de su fiesta. Te vio atacarla.

—¿Eh? Ese no va a decirte nada. —Una sonrisa de satisfacción se le dibujó en la cara—. Lo encontré escondido debajo de una mesa. Le di un puñetazo que casi lo saco del país.

—Estás hablando de Jake Flood. ¿El chico al que lanzaste a través de una puerta de cristal?

—No pudo decirte nada porque… —Cerró los labios de golpe al darse cuenta de que había caído en una trampa.

Lottie sonrió con frialdad.

—Mi testigo es otra persona. Vio lo que le hiciste a Lucy y te vio agredir a Jake, meterlo en el maletero de su coche y marcharte.

Terry la miró incrédulo.

—Si no es Jake, ¿entonces quién?

—No necesitas saberlo.

—¿Barney? Me debe demasiado como para delatarme.

—¿Tanto como para matar a su boxeador más prometedor y tirar su cuerpo al canal?

—Si es así, nada de eso fue obra mía.

—Ya volveremos a Barney Reynolds, pero quiero saber por qué violaste y asesinaste a una chica de diecisiete años.

—No la violé.

Lottie reprimió el impulso de darle un puñetazo en la cara.

—Hemos rastreado tu ADN, Terry, y coincide con el hallado en las heridas defensivas de Lucy y con el semen encontrado en su cuerpo. ¿Sabes lo que les pasa a los violadores en la cárcel?

—Me puse un condón y, de todos modos, estuvo conmigo el fin de semana pasado en mi apartamento. Entonces no me dijo que no.

—Sin embargo, te lo dijo el viernes por la noche, ¿verdad?

—Esa zorra me amenazó.

—Y la perseguiste con un cuchillo y no paraste hasta matarla.

—Ella se lo buscó. —Su petulancia era tan irritante que Lottie tenía que luchar para controlar el asco que le producía.

—¿Por qué crees que estuvo contigo el fin de semana pasado?

—Ella me deseaba, simple y llanamente. Pero yo sabía que algo en ella había cambiado y necesitaba mantenerla cerca. Pensé que lo averiguaría teniéndola en mi nido… en mi casa. Ahora sospecho que me robó algo del ordenador o metió algo.

Lottie le mostró la foto de Sharon sentada en su regazo.

—Esto estaba en tu cuenta de Finsta.

—Yo no… ¿Qué es esto? —Entrecerró los ojos y frunció el ceño en una fea mueca.

—Fue publicado en tu cuenta el lunes pasado a las cuatro de la mañana.

—¡Puta Lucy!

—Una chica inteligente —observó Lottie con creciente admiración por la adolescente, que había actuado con valentía a pesar de que estaba demasiado asustada para acudir a las autoridades—. ¿Por qué atacaste a Sharon Flood?

—Tenía que asustarla. La quería para mí, aunque sabía que sería buena para el negocio… Quiero decir… —Hizo una pausa con los ojos cerrados.

Lottie se obligó a contener su aversión.

—La estabas manipulando, como a tantas otras antes que a ella. Una niña que ni siquiera tenía un cordón para sus zapatillas. La mataste. ¿Por qué?

Terry se encogió de hombros.

—No paraba de hablar de devolverme lo que el ladrón de su hermano me debía. Como si un par de euros de su puta hucha pudieran compensar el valor de las drogas que Jake había robado. Recibió su merecido.

—Tenía diez años.

—Eso no es culpa mía.

Dios, era un narcisista de primer nivel.

—¿Por qué la elegiste?

—Vino un día al gimnasio con Jake. Barney me llamó para que fuera a verla. Estaba asustada como un conejo, pero reconocí su potencial. La inocencia y el miedo son buenos en las subastas por internet.

El inspector Reilly, de la unidad de explotación infantil en internet, había mencionado estas subastas. No habían descubierto ninguna imagen de Sharon en internet o en el internet oscuro. Algo por lo que estar agradecida, supuso.

—Háblame de Hannah Byrne.

—Ah, la dulce Hannah. Parece más joven de lo que es. Puede pasar por trece. Y esas piernas son interminables. —Su expresión se volvió lasciva.

—Le ordenaste a Jake que la drogara. ¿Por qué?

Se rio.

—¿Drogar a Hannah? No, tenía que poner la droga en la bebida de Lucy. El muy capullo no pudo hacer ni eso bien. Pero fue conveniente durante un tiempo. Fue vuestra principal sospechosa.

—Querías drogar a Lucy con GHB para poder hacer lo que quisieras con ella. ¿Estoy en lo

cierto?

—Sin comentarios. —Sonrió satisfecho.

—¿Cuántas chicas indefensas has violado después de darles GHB?

—Estás enferma —dijo, socarrón.

—¿Por qué cortaste el tatuaje del cuerpo de Lucy? —Lottie no paraba de hacer preguntas mientras deseaba poder escapar de su vil maldad.

—Tenía mis iniciales. Se lo hizo hace unos meses, para impresionarme. Toda orgullosa, pensando que era solo mía.

—Pero entonces descubrió cómo eras en realidad.

—Ivy es una bocazas.

—¿Estás diciendo que es culpa de Ivy?

—Es una sanguijuela. Primero se colgó de Noel Glennon y luego del marido de Brontë. Así que sí, ella tiene parte de culpa.

—¿Cómo involucraste a Glennon en tu plan?

—Fácil. Empezó con Ivy. Le habló de una profesora, Sarah Robson, de la que sospechaba que sacaba fotos de las chicas en las duchas en secreto. Noel me lo contó y yo conocía a Sarah desde hacía años, así que la metí en el plan. Ella me dio su catálogo particular, por así decirlo. Todo iba de perlas hasta que se acobardó y Noel la denunció ante la directora. Para entonces ya no la necesitábamos, él tenía acceso a las chicas de atletismo.

—¿A quién le vendías las imágenes?—Hay muchos compradores. El principal problema es el suministro de carne fresca. —Terry sonrió y a Lottie se le revolvió el estómago. Actuaba como si creyera que iba a salir impune de sus crímenes.

—¿Cómo involucraste a Brontë?

—Barney ya no servía como entrenador después de su accidente. Tenía deudas de juego y necesitaba dinero. Le hice una propuesta y él involucró a su hija. Brontë tiene cabeza para los negocios. Los signos de dólar son como diamantes para ella. Es despiadada, capaz de aterrorizar hasta convencer al más reticente.

—¿A ti también te aterrorizó?

—Puedo manejar a Brontë. Noel acababa de descubrir que ella es mi mano derecha, y ahora le tiene un miedo de muerte.

—¿Así que Noel, Brontë y tú dirigíais el espectáculo, dejando el trabajo sucio para Barney?

—Traté de mantenerlos a todos separados. Noel ni siquiera sabía hasta hoy que Brontë estaba involucrada hasta hoy.

—¿Richie también es parte de esto?

—Brontë no quería a su marido cerca de las chicas. Está furiosa porque se lio con Ivy. —Se rio—. Me dijo que Noel se presentó ayer en su casa buscando a Richie, sin saber que ella estaba involucrada.

—A Richie no le daba miedo que lo fotografiaran con jovencitas en las discotecas.

—Parte de su trabajo como DJ. Noel estaba intentando que se involucrara más.

—La cosa es, Terry, que Noel me ha dicho que estaba tratando de desvincularse y quería que Richie lo ayudara a escapar de tus garras.

—¿Garras? Muy buena, pero es mentira.

—Brontë dice que la obligaste a ella y a su padre a involucrarse.

—También es mentira. Está tratando de salvar su pellejo y el de su hijo.

—¿Qué planeabas hacer si no hubiéramos descubierto que habías asesinado a Lucy, Sharon y Jake?

—Fue Barney el que mató a Jake, no yo. Ahora quiero llamar a mi abogado para que me saque de aquí.

—Vas a estar encerrado durante mucho tiempo, Terry. De esta no podrás ahuecar el ala.

—Puedo desplegar mis alas a lo largo y ancho. No sabes a quién te enfrentas, inspectora.

—Oh, sí lo sé. Y Albert McAllister también lo sabe. Te has ganado un enemigo muy poderoso.

Cuando Kirby terminó la grabación y apagó la máquina, Lottie se levantó y se inclinó sobre la mesa hacia Terry.

—Estamos a punto de cortarte las alas para siempre. Y una vez que los otros prisioneros terminen contigo, espero que tu patético culo se pudra en las alcantarillas del infierno.

Esperaba que se acobardara. En lugar de eso, el hombre la miró fijamente, con una expresión lasciva arrugándole lentamente el rostro. En ese momento, la inspectora creyó no haber visto una imagen más aterradora en su vida.

Capítulo 81

Albert McAllister volvía a tener el corazón roto. El dolor por la pérdida de su adorada hija era más fuerte que cualquier ira que pudiera reunir. Lottie sabía que eso vendría más tarde, y entonces Albert sería una fuerza para tener en cuenta.

Se sentó junto a la cama de su esposa dormida. A Mary le habían administrado un sedante fuerte y una infusión salina para la deshidratación antes de darle el alta del hospital.

—¿Cuándo podremos irnos a casa? —Sus ojos vidriosos recorrieron el dormitorio del apartamento.

—Mañana o pasado mañana. Los forenses deberían terminar pronto. Albert, le aconsejo que contrate personal de limpieza para la casa. No creo que Mary sea capaz de manejar la… Hay mucha sangre.

—Quiero ver por mí mismo lo que hizo ese hijo de puta.

—Por supuesto. —Lottie se sentía tan cansada que no sabía si era de día o de noche.

—Gracias, inspectora. Ha trabajado veloz y sin descanso para atrapar al asesino de mi hija. Todavía estoy procesándolo todo. Me siento muy estúpido. Recibí a Terry Starr en mi casa; le presenté a mi esposa y a mi hija; volqué toda mi energía en él para que tuviera éxito, y durante todo ese tiempo, él traficaba con drogas y hacía a mi pequeña víctima de sus perversiones. Abusó de ella, la violó, la asesinó…

Las lágrimas caían sin control por sus mejillas curtidas.

—No puedo perdonarme haberme tragado el correo amenazador que me envió. Dejé a mi niña sola y él… él…

—Su plan era quitarle de en medio mientras le extorsionaba. Lo tramó junto con Brontë Harrison. Como Brontë estaba embarazada, Terry se preparaba para establecer su vil negocio en otro lugar. Creo que sospechaba de Lucy.

—¿Por qué? ¿Qué sabía ella?

—Es posible que se diera cuenta de la escala de su depravación cuando Sharon Flood se convirtió en el objetivo de Terry. —Lottie le mostró una foto de la niña—. ¿La reconoce?

Albert estudió la imagen a través de cegadoras lágrimas.

—No.

—Si recuerda algo, hágamelo saber.

Cuando salió de la habitación, Albert sostenía la mano de su esposa, llorando sus lágrimas

interminables.

Tres semanas antes

Sharon levantó la vista cuando Lucy McAllister se sentó a su lado.

—Hola, renacuaja, ¿a qué viene esa cara triste?

—Hola. —Sharon se tiró de las perneras de los vaqueros demasiado cortos y gimió al ver los calcetines sucios y la zapatilla rosa sin cordones. Lucy era una chica rica y Sharon estaba tan avergonzada que no sabía dónde mirar.

—Sal a tomar el aire. El olor a sudor aquí dentro me está dando náuseas.

Fuera del gimnasio, Lucy se apoyó en la pared, con la cara vuelta hacia el sol acuoso. Sharon la imitó.

—¿Shaz? —dijo Lucy—. Así te llaman tus amigos, ¿verdad?

—Sí.

—Quiero ser tu amiga.

—Genial.

—Te vi con Terry Starr. ¿Lo conoces? El boxeador.

—Sí. A veces viene a ver entrenar a Jake. Me dijo que era guapa. Dijo que quería llevarme a dar una vuelta en su coche.

—¿Qué dijo tu hermano a eso?

Sharon sintió que se le encendían las mejillas.

—No se lo conté.

—¿No se preguntó adónde habías ido?

—Solo fue una hora, y él estuvo entrenando dos. Por favor, no se lo digas. —Sharon se sentía incómoda con la conversación. No pudo evitar mirar las zapatillas plateadas de Lucy. Eran superguais. Y caras.

—Shaz, tienes que alejarte de Terry.

—¿Por qué?

—No me gusta cómo se comporta contigo.

—¿Qué quieres decir? —Sharon se sintió incómoda y raspó unos guijarros con la punta de su zapatilla. Necesitaba unos cordones nuevos.

—Te vi en su coche. Te tenía en su regazo.

Con el estómago revuelto, dio un respingo cuando Lucy se puso delante de ella y la agarró por los codos. Tenía el pelo largo y negro alborotado, como el de una bruja, y de repente Sharon le tuvo miedo.

—No tengas miedo, Shaz, soy tu amiga. Pero recuerda esto: Terry no es tu amigo. ¿Me oyes? Tienes que alejarte de él.

Sharon se preguntó si Lucy estaría celosa.

—Fue amable conmigo. Me compró un helado.

—Seguro que sí. —Lucy caminó de un lado a otro.

Cuando se dio la vuelta, se inclinó y se le acercó tanto que sus narices casi se tocaban.

Sharon tuvo que reprimir una risita.

—Esto es serio, Shaz. Quiero que me cuentes todo lo que te hizo, por muy mal que te hiciera sentir.

Tras morderse el labio durante unos segundos, Sharon dijo:

—¿Es un hombre tóxico?

—¿Por qué dices eso?

—Jake me advirtió que me alejara de la gente tóxica y tú me has dicho que me aleje de Terry…

—Cariño, Terry es tan tóxico que te envenenará hasta matarte.

El escalofrío que se apoderó de Sharon fue tan intenso que la hizo llorar.

—Yo no quería hacer nada malo. Soy una niña buena. Él me obligó.

Sintió los brazos de Lucy envolviéndola, y el olor de su jersey era como el de los lirios en la tumba de su padre el día que lo enterraron.

Entre sollozos, le contó a Lucy lo que Terry le había hecho.

Y entonces Lucy también lloró.

—No te preocupes, corazón —le dijo—. Haré que Terry Starr se arrepienta del día en que te puso la mano encima.

—¿Qué vas a hacer?

Lucy no contestó

Y, de repente, Shaz sintió miedo de la oscuridad que llenó los ojos de Lucy.

Capítulo 82

Lottie se había pasado una eternidad en la ducha y se había aplicado un poco de maquillaje para disimular las ojeras. Después de ponerse unos vaqueros negros limpios, encontró una camiseta blanca que de alguna manera había salido indemne de la lavadora. No estaba segura de si quería estar guapa para Boyd o para impresionar a Sergio. Pero antes tenía una audiencia con su jefa.

El sonido de los zapatos de la comisaria yendo y viniendo la estaba volviendo loca. La cabeza le saldría volando y le daría a Farrell en la cara si la mujer no se sentaba pronto.

—¿Alguna esperanza de obtener ADN del cuchillo encontrado en el canal? —preguntó Farrell.

—Gráinne cree que podrían conseguir algo. De todos modos, el ADN de Terry Starr coincide con el de Lucy. La chica luchó con fiereza por su vida.

—¿La violó?

—Según él fue consentido. Es detestable. Estoy segura de que Brontë Harrison conoce toda la historia.

—¿Hablará?

—Lo hará si quiere ver a su bebé antes de que sea un adulto.

—¿Estaban todos en el ajo?

—Terry era el cabecilla. Le tocó el gordo, Noel Glennon le contó el secreto de Sarah Robson. Ivy pensó que hacía lo correcto contándoselo a Glennon, pero la pobre se metió directa en un nido de víboras. Terry metió a Brontë y Barney en su plan. Menuda banda de cabrones.

—¿Richie estaba involucrado? —Farrell ni se inmutó ante la palabrota de Lottie—. ¿No dijo Glennon que se conocieron en un club nocturno?

—Sí. Pero creo que Richie solo quería a las adolescentes para él. No creo que se diera cuenta de la magnitud de lo que estaba pasando delante de sus narices. Glennon afirma que no tenía ni idea de que Brontë estuviera involucrada, ya que solo trataba con Terry. Pero era amigo de Richie y ambos fueron fotografiados en un club nocturno con adolescentes. El tiempo dirá quién delata a quién primero.

—Diría que entiendo la mayor parte. —Farrell al fin se sentó detrás de su escritorio y Lottie exhaló un suspiro de alivio—. Pero ¿cómo llegó Terry Starr a conocer a Sharon Flood?

—Jake la llevaba a veces a sus entrenamientos, cuando su madre estaba en el trabajo. En

cuanto Terry Starr vio la inocencia de la niña, se convirtió en su objetivo.

—¿Y ese fue el catalizador para que Lucy entrara en acción?

—Supongo que ver a Terry manoseando a la niña la hizo entrar en razón. Quería ponerle fin, pero lo hizo de la manera equivocada. Es probable que Sharon le dijera lo que pasaba y Lucy decidiera encargarse ella misma.

—¿Ha aparecido alguna foto o vídeo de Sharon?

—El inspector Reilly dice que su equipo no ha encontrado imágenes de la pequeña. Está en contacto con la policía española.

—Estos casos pueden llevar años —dijo Farrell, abatida.

—Ivy y Oscar Jones están dispuestos a declarar. Oscar afirma que nunca supo a quién informaba por mensaje, pero creo que era a Brontë. Gary está trabajando en ello.

—¿Cómo está la joven Hannah? —preguntó Farrell.

—Necesitará terapia y tiene que arreglar las cosas con Cormac por la vez que se acostaron. Él no le echó nada en la bebida, así que no está claro si hay que presentar cargos en su contra.

—Si Cormac no la drogó, ¿quién lo hizo?

—Terry dijo que Jake tenía que drogar a Lucy, aunque a lo mejor Lucy habló con Jake esa noche sobre Sharon. O drogó a Hannah por orden de Lucy, o lo hizo otra persona. Cormac mencionó que Richie le dio una copa a Hannah después de su discusión con Lucy. Pero si Richie no era parte de la banda, entonces es difícil saber lo que pasó en realidad.

—¿Tenemos a Terry por el asesinato de Lucy y Sharon, y a Barney Reynolds por el de Jake?

—Hemos encontrado la cadena que Reynolds usó para golpear a Jake en un archivador del club de boxeo. Tiene una barca amarrada en el canal, así es como transportó el cuerpo de Jake hasta donde lo descubrieron. Los forenses están examinándolo todo.

—Todavía me cuesta entender cómo Reynolds pudo golpear al chico hasta matarlo, atarlo y tirar su cuerpo destrozado al canal. Un chico con el que había trabajado y entrenado durante meses. —Farrell sacudió la cabeza con cansancio y se aflojó la corbata—. Cruel y despiadado.

—Barney Reynolds es un cabrón codicioso que vio que se le acababa el chollo. Me tragué su cuento cuando hablé con él, el día después de la fiesta.

—¿Cómo están los McAllister?

—Desolados. La policía española cree que el tráfico de drogas fue obra de Terry. Lo único de lo que son culpables los McAllister es de no reconocer los signos de abuso en su hija.

—Han sido unos días duros. Supongo que no querrás dar la rueda de prensa por mí.

—Supone bien. Tengo que estar en un sitio en menos de una hora. —Lottie se dirigió a la puerta.

—Tengo que llamar a Liz Flood —dijo Farrell.

Lottie contuvo las lágrimas mientras dejaba la zapatilla rosa sin cordón de Sharon en el escritorio de la comisaria.

—La estaba guardando para recordarme que no fui capaz de proteger a Shaz. Puede que su madre quiera tenerla.

Fue hacia la puerta.

—¿Inspectora Parker?

—¿Sí?

—Retiro lo que dije. No eres ninguna estúpida. Eres una detective cojonuda.

Capítulo 83

Lottie odiaba el aeropuerto. Siempre le daba vértigo cuando tenía que conducir hasta el nivel superior del aparcamiento.

Mientras la noche se cernía a su alrededor, cruzó la carretera hacia la zona de llegadas. Iba tarde.

Los vio antes de que ellos la vieran a ella. A la derecha de la barrera, padre e hijo. Ninguna exmujer a la vista, gracias a Dios.

Se detuvo ante una columna y se le llenaron los ojos de lágrimas. Sergio era la viva imagen de su padre. Estudió a Boyd. Estaba un poquito bronceado y tenía un aspecto saludable. Tenía la mano apoyada en el hombro de su hijo y dos maletas a los pies. Le entraron ganas de correr hacia él y abrazarlo para siempre, pero debía tener cuidado con el niño. No era su madre y el pequeño acababa de conocer a su padre, así que le costaba prever cómo reaccionaría ante ella.

Boyd la vio, allí de pie, incapaz de moverse, y se le iluminó la cara con una sonrisa. Vio cómo Sergio se echaba la mochila al hombro y Boyd recogía las dos maletas.

—No sabes cuánto me alegro de verte. —Se inclinó hacia ella y le besó la mejilla.

—Eres un regalo para la vista —le dijo, antes de volverse hacia el chico—. Tú debes de ser Sergio. —Le tendió la mano—. Yo soy Lottie.

—¿Eres la jefa de papá?

—Así es.

—¿Aquí llueve siempre?

—Hoy no. Hace un rato brillaba el sol, casi tan cálido como en Málaga.

—Papá dice que tendrá que comprarme ropa de abrigo. —Se volvió para mirar a Boyd—. ¿Cuándo vendrá mamá?

Lottie notó que la cara de Boyd se sonrojaba. Ah, no. Mierda.

—No vendrá durante un tiempo —aclaró con torpeza—. Tiene cosas que resolver.

—Durante un largo tiempo, espero —le susurró Lottie al oído.

—Es complicado —dijo él, y la besó de nuevo en la mejilla.

—Estoy familiarizada con lo complicado. Déjame llevar uno de esos. ¿Te apetece conducir?

—Oh, sí, lo he echado de menos.

Antes de que se fueran, Boyd sacó una bolsita de la mochila.

—Creo que esto te resultará útil en tu caso contra Terry Starr.

—¿Qué es?

—Me lo dio el detective López antes de irme. Esta mañana, han entregado un paquete pequeño en el apartamento de los McAllister. La policía lo ha confiscado. Esto es una copia del USB que había en el paquete.

—Lucy. —Lottie se quedó sin aliento—. Se las arregló para copiar el disco duro de Terry. Era una chica valiente.

—Flaco consuelo para sus padres. —Boyd se irguió—. Bueno, ¿en qué planta has aparcado?

—Por cierto, mi madre ha salido del hospital y va a vivir conmigo un tiempo.

—Parece que tienes mucho que contarme.

—Ya lo creo que sí. —Lottie enlazó su brazo libre con el de Boyd y se sintió completa de nuevo—. Oye, Sergio, ¿te gusta el McDonald's?

—Sí.

—Hay un autoservicio no muy lejos del aeropuerto. Yo invito.

El niño esbozó una sonrisa radiante.

—¿Puedo, papá?

—Lottie es mi jefa y hay que hacer siempre lo que dice. —Boyd le guiñó un ojo.

Cuando llegaron al coche, sonó el teléfono de Lottie.

—Es Sean —dijo—. Qué te apuestas a que es sobre mi madre.

Boyd sonrió.

—Será mejor que contestes.

—Quien dijo que la vida era coser y cantar no debía de pincharse a menudo.

Sergio la observó admirado.

—No sabía que también cosías.

Lottie se volvió con una sonrisa y respondió a la llamada mientras cargaban las maletas en el maletero.

—Mamá, ¿dónde estás? La abuela está destrozando la casa.

—¿Qué le pasa?

—Insistió en que te llamara. Está buscando un traje verde.

—Dile que está en la tintorería.

—Está desesperada. Como no se calme acabará otra vez en el hospital. No para de llamarme Peter.

—Ese es tu abuelo muerto.

Sean suspiró.

—¿Volverás pronto?

—Dile a la abuela que se ponga. —Lottie agitó el teléfono hacia Boyd con los ojos en blanco. El sargento sonrió y acercó a Sergio.

—Lottie —gritó Rose—. Peter no quiere buscar mi traje. El verde…

—No te preocupes, madre. Mañana iré a la tintorería a recogerlo —mintió Lottie—. Ahora iré a casa con Boyd.

—Oh, ese hombre encantador de las orejas grandes. Quizá él sepa dónde has puesto mi traje.

—Estaré allí en una hora. —Cortó la llamada—. Lo siento.

Boyd le guiñó un ojo.

—He echado de menos el caos que creas, Lottie Parker.

—Sube al coche, Boyd.

—Tengo hambre —dijo Sergio.

Lottie se sentó.

—Ya somos dos, pequeño.

Boyd sonrió y arrancó el motor.

Recostada en el asiento, Lottie cerró los ojos, pensando que un poco de caos estaba bien. Nunca había vivido de otra manera y no pensaba cambiarlo ahora.

—Me alegro de que estés en casa, Mark —dijo—. Te he echado de menos.

Carta al lector

Hola, querido lector:

Estoy encantada de que hayas leído *La chica culpable.* Si te ha gustado y quieres estar al día de todas mis novedades, solo tienes que suscribirte a mi boletín en inglés en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico no se compartirá, y puedes anular la suscripción en cualquier momento: www.bookouture.com/patricia-gibney

Gracias por compartir tu tiempo con Lottie, su familia, Boyd y el resto del equipo en este undécimo libro de la serie. Espero que hayas disfrutado de *La chica culpable* y te agradecería mucho que publicaras una valoración en Amazon o en la web donde hayas comprado el libro electrónico o el libro en papel. Significaría mucho para mí. Muchas gracias por las valoraciones recibidas hasta ahora.

A los que ya habéis leído los otros diez libros de Lottie Parker, *Los niños desaparecidos, Las chicas robadas, El secreto perdido, No hay salida, No digas nada, La última traición, Las almas rotas, Los ángeles sepultados, Las voces silenciadas* y *Los huesos ocultos,* os doy las gracias por vuestro apoyo y vuestras valoraciones. Si *La chica culpable* es tu primer encuentro con Lottie, espero que disfrutes de los diez libros anteriores de la serie.

Puedes ponerte en contacto conmigo en mi página de Facebook, Instagram y Twitter. También tengo una web, que intento mantener actualizada.

Gracias de nuevo por leer *La chica culpable.*

Espero que me acompañes en el duodécimo libro de la serie.

Con cariño,
Patricia

Agradecimientos

Vivimos tiempos difíciles y escribir me reconforta. Escribí *La chica culpable* a finales de 2021, cuando la pandemia de COVID-19 aún era un temor en todo el mundo. Lo edité cuando estalló la guerra en Ucrania. La vida es frágil, lo era antes y lo sigue siendo ahora, pero espero que la lectura sea un refugio de paz. Gracias por leer *La chica culpable* y por acompañarme en el viaje de Lottie.

Son muchas las personas que han participado en la elaboración de este libro. Quiero aprovechar esta oportunidad para darles las gracias. Mi agente, Ger Nicol, de The Book Bureau, ha estado conmigo desde el primer día y valoro sus consejos y su amistad.

Agradezco a Lydia Vassar-Smith su experiencia editorial. ¡Sigue sacando lo mejor de mí!

La promoción es muy importante para los escritores, y agradezco a Kim Nash, responsable de promoción de Bookouture, su amistad y su incansable trabajo en mi favor. También a Sarah Hardy, Noelle Holten y Jess Readett por el trabajo para promocionar mis libros, y gracias a Mark Walsh, de Plunkett PR, en colaboración con Hachette Ireland.

Un agradecimiento especial a quienes trabajan directamente en mis libros en Bookouture: Alex Holmes (producción), Alex Crow, Melanie Price y Occy Carr *(marketing).* Gracias a Tom Feltham por sus revisiones. Estoy eternamente agradecida a Jane Selley por sus excelentes habilidades como correctora. Mi hermana Marie Brennan es la primera lectora de mis manuscritos, incluido *La chica culpable,* y le agradezco su ayuda como revisora.

Sphere Books y Hachette Ireland publican mis libros en papel en inglés, y les agradezco su apoyo. Gracias a Hannah Whitaker, de The Rights People, y a mis editores extranjeros por traducir mis libros.

Michele Moran es la fantástica voz en el formato de audio en inglés de *La chica culpable* y, de hecho, de todos los libros de Lottie Parker hasta la fecha. Gracias a Michele y al equipo de The Audiobook Producers.

Las librerías han sufrido un duro golpe en los últimos años, y les agradezco que sigan acercando los libros a los lectores. Gracias también a los bibliotecarios de todo el mundo.

Doy las gracias a los lectores que publican reseñas y también a los *bloggers* que hablan de libros y a los que publican valoraciones, que dedican su tiempo a leer y valorar mis libros.

Un agradecimiento especial a Niamh Brennan y Kevin Monaghan, que me ayudaron con algunos detalles técnicos de *La chica culpable.* Agradezco a John Kenny, de Kenny’s Cycles, en Mullingar, que me permitiera utilizar su nombre y su tienda en la novela.

Mi familia lo es todo para mí. Mis hijos, Aisling, Orla y Cathal, son los jóvenes más fuertes, trabajadores y sensatos que conozco. Vosotros y mis nietos me completáis.

Dedico este libro a mis amigas de siempre, Jo Kelly y Antoinette Hegarty. Gracias a las dos por vuestra amistad y apoyo. Sois verdaderas amigas, en los momentos buenos y en los no tan buenos.

Por último, como lector haces que merezca la pena escribir. En estos momentos, estoy escribiendo el siguiente libro de la serie (el duodécimo), ¡así que no tendrás que esperar demasiado para ver qué caos crean Lottie y Boyd! Muchas gracias por acompañarme en este viaje.

Nota: novelizo muchos de los procedimientos policiales para añadir ritmo a la historia. Todas las imprecisiones son solo mías.

Sobre la autora



Patricia Gibney es una artista y escritora de Mullingar, condado de Westmeath, en el centro de Irlanda. Es viuda y madre de tres hijos que la mantienen cuerda, o tal vez mantienen su locura a raya.

Patricia quiso ser escritora desde que leyó a Enid Blyton y Carolyn Keene, y tras la repentina muerte de su marido, decidió refugiarse en la escritura para lidiar con la pérdida. Durante años, asistió a cursos de escritura y se unió al Irish Writers Centre para adentrarse en el mundo literario de forma profesional.

Los libros protagonizados por la inspectora Lottie Parker se han convertido en *best sellers* en Reino Unido, Estados Unidos, Canadá y Australia y han hecho de Patricia Gibney la nueva sensación de la novela policíaca internacional.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que haya disfrutado de la lectura.

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.




BRITTAINY C. CHERRY
EL AIRE
QUE
RESPIRA
SERIE DE LOS ELEMENTOS I
CHIC

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.
9788416223503
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?

Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.
Elizabeth ha perdido a su marido.
Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.
Necesitan recordar lo que se siente al querer.
Solo así podrán volver a respirar.

La novela romántica revelación en Estados Unidos

"No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar."
New adult addiction

"Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros."
Totally Booked Blog

Cómpralo y empieza a leer


Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte
Premio Bancarella de los libreros italianos
CHIC

Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias?

Jennifer es abogada.
Ian es economista.
Y se odian.
Un cliente los obliga a trabajar juntos.
¿Y si del odio al amor solo hay un paso?

Premio Bancarella de los libreros italianos

Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

"Una historia de amor con mucha ironía ambientada en la City de Londres."
La Repubblica

"La historia de rechazo y amor entre Jennifer e Ian desprende buen humor, sentimientos y optimismo. ¡Funciona!"
Il Messaggero

"El primer caso real de autopublicación que cosecha un gran éxito en librerías."
La Stampa

"La novela se mueve sin incertidumbre ni jadeos predecibles a lo largo de las pistas de la historia (…) El best seller de Anna Premoli confirma una certeza: nunca subestimes el odio profesional."
Corriere della Sera

"Es un fenómeno. El género se llama luxury romance, y se ambienta entre el mundo de las finanzas y castillos de familia."
Panorama

"Primer caso en que la autoedición digital designa a una autora como nueva voz de la narrativa italiana."
Panorama.it

"Una novela despreocupada sobre amores (im)posibles y desafíos profesionales."
Tu Style

Cómpralo y empieza a leer


HOMICIDIO
UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE
DAVID SIMON
UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE
THE WIRE
PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
UNA OBRA MAESTRA» MARTIN AMIS
PRINCIPAL

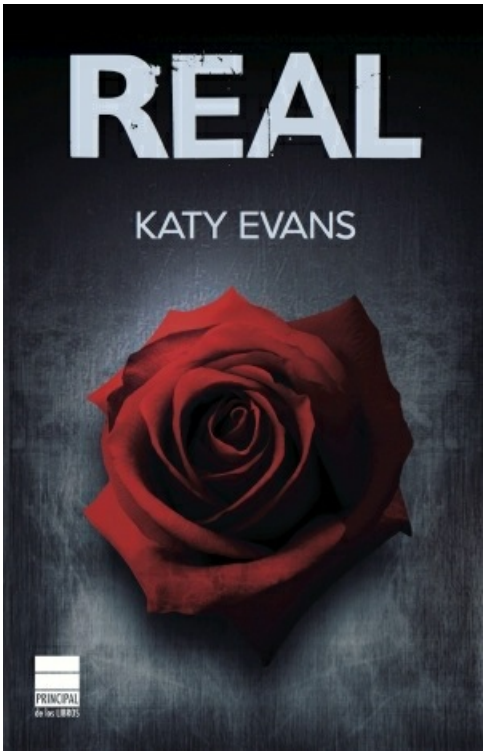
Homicidio

Simon, David
9788416223480
784 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

Cómpralo y empieza a leer


REAL
KATY EVANS
PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy
9788494223488
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un boxeador inestable.

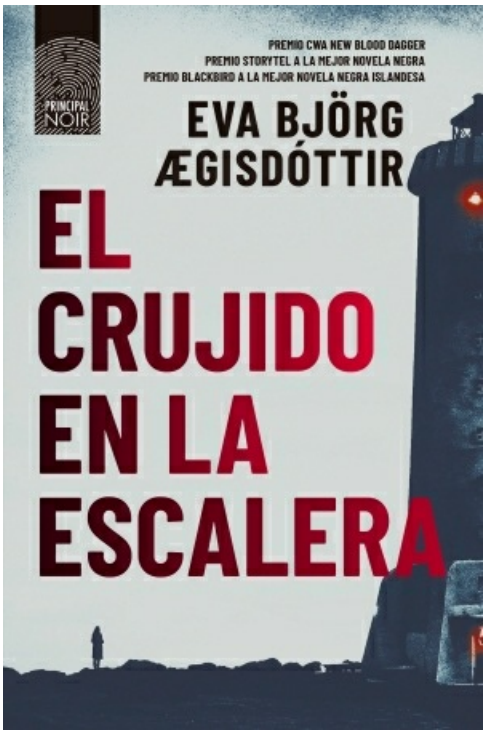
Una joven con los sueños rotos.

Una combinación explosiva.

Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

Cómpralo y empieza a leer


PREMIO CWA NEW BLOOD DAGGER
PREMIO STORYTEL A LA MEJOR NOVELA NEGRA
PREMIO BLACKBIRD A LA MEJOR NOVELA NEGRA ISLANDESA
PRINCIPAL NOIR
EVA BJÖRG ÆGISDÓTTIR
EL CRUJIDO EN LA ESCALERA

El crujido en la escalera

Ægisdóttir, Eva Björg
9788418216756
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La gran revelación del escandinoir, ganadora de tres premios literarios

Cuando unos jóvenes encuentran el cadáver de una mujer en el faro de la ciudad islandesa de Akranes, pronto resulta evidente que la víctima es alguien de la zona.

Elma, una policía que, tras el fin de una relación sentimental, acaba de regresar a Akranes, su ciudad natal, empieza una inquietante investigación con sus colegas Sævar y Hörður, y juntos descubren un espeluznante secreto en el pasado de la víctima que tiene graves repercusiones en la actualidad…

Al remover el pasado, Elma y su equipo sacan a la luz unos crímenes ocultos durante mucho tiempo y se enfrentan al rechazo de la conmocionada comunidad local. Cribando entre los recuerdos de la gente del pueblo, tendrán que esquivar amenazas cada vez más graves y buscar justicia… antes de que sea demasiado tarde.

Premio CWA New Blood Dagger

Premio Storytel a la mejor novela negra

Premio Blackbird a la mejor novela negra islandesa

Cómpralo y empieza a leer